Jane Austen

Orgullo y Prejuicio

Colección Malva

Gradifco

ORGULLO Y PREJUICIO

JANE AUSTEN

Gradifco
Buenos Aires - Argentina

Austen, Jane
Orgullo y prejuicio - 1a ed. 2a reimp. - Caseros : Gradifco, 2008.
320 p. ; 19x12 cm. (Malva)

Traducido por: Juan Izquierdo
ISBN 978-987-1093-72-4

1. Narrativa Inglesa. I. Juan Izquierdo, trad. II. Título
CDD 823

Título original:
PRIDE AND PREJUDICE

Traducción:
JUAN IZQUIERDO

ISBN 978-987-1093-72-4

Diseño de portada e interior:
VÍCTOR ROLANDO MOULY

Ilustración de portada:
MUJERES EN EL JARDÍN (1866-1867 - CLAUDE MONET)

©GRADIFCO SRL

Viamonte 2632 - Caseros
(D1678DWB) - Prov. de Buenos Aires - Argentina
Tel/Fax: (54-11) 4759-0286 / 4750-5688
E-mail: editorial@gradifco.com.ar
www.gradifco.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

Estudio Preliminar

JANE AUSTEN

Jane Austen fue una destacada novelista inglesa cuya ficción satírica, ingeniosa y elegantemente estructurada señaló la transición en la literatura inglesa del neoclasicismo del siglo XVIII al romanticismo del siglo XIX.

Nació en Inglaterra en 1775, en la parroquia de Steventon, en Basingstone, donde su padre, un pastor protestante, era rector. Séptima de ocho hermanos, se crió en un ambiente religioso, apacible y tranquilo, aunque bastante severo. Esta razón supone el fuerte fondo moral de sus obras. Estudió en su casa y nunca se separó de su familia. Su vida carecía de aventuras mundanas y de episodios relevantes; antagonista absoluta de las protagonistas de sus novelas, excepto por la estrecha relación que siempre mantuvo con su hermana Cassandra, quien al igual que ella, nunca contrajo matrimonio.

Desde muy joven sintió una gran afinidad hacia la lectura y la escritura, y la austeridad con que fue educada y con la que enfrentó su vida se manifiesta en toda su producción literaria. En ella se descubre una psicología graduada y profunda de sus personajes, particularmente de la pequeña burguesía rural inglesa a la que retrata fielmente, con sutil ironía. Por otro lado, la sobriedad y la fuerza con la que trató algunos temas resultaron demasiado ásperas para una sociedad sensiblera e hipócrita, que no esperaba ni buscaba críticas. Debido a esta circunstancia y a la presión familiar que recibía, siempre publicó anónimamente, incluso algunas de sus obras fueron póstumas. Cerca de 1830 fue cuando estas historias se descubrieron y lograron un gran recibimiento tanto en Inglaterra como en el mundo entero.

Las seis novelas que escribió podrían ubicarse en dos períodos. Las del primero (1796-1798) tardaron más de quince años en encontrar un editor para que las publicase. Durante este

tiempo escribió *Sensatez y sentimientos* (1811), la historia de dos hermanas y sus asuntos amorosos; *Orgullo y prejuicio* (1813), su novela más famosa, que relata las relaciones de las cinco hermanas Bennet y la búsqueda de un marido adecuado; y *La abadía de Northanger* (1818), una sátira sobre las novelas góticas muy populares a finales del siglo XVIII.

La segunda etapa creadora de Austen empezó en 1811 después de la publicación de *Sensatez y sentimientos*. Tras doce años improductivos y llenos de decepciones, escribió rápidamente sus tres últimas novelas: *Mansfield Park* (1814), *Emma* (1816) y *Persuasión* (1818). Todas refieren los enredos románticos de sus tres heroínas, retratadas con la profundidad que ya se había convertido en una marca recurrente de su obra.

Mucho tiempo después de su muerte, su hermano se encargó de publicar varias novelas incompletas, entre ellas: *Los Watson* (1923), *Fragmentos de una novela* (1925) y *Plan para una novela* (1926).

Orgullo y prejuicio es la obra más popular de Austen. Una novela romántica clásica que cuenta la historia de una pareja con una incómoda situación económica y cinco hijas casaderas. La pieza se desarrolla en Inglaterra durante la época isabelina y en una sociedad sumamente conservadora y tradicional. En ese ambiente rural, pequeño y burgués, lo más importante era "casarse bien", reservándole al amor un lugar poco frecuentado, lejano y hasta, en muchas ocasiones, desconocido. Este buen matrimonio implicaba conseguir la mejor opción de la comarca y un marido con una muy buena posición económica y social, de quien no importaba demasiado su educación, su cuestionada moral o degradada inteligencia.

Esta obra, publicada en 1813, es quizá la mejor novela de Jane Austen. Entretenida, con un argumento construido de manera distinguida, de diálogo irónico y ágil, con momentos brillantes que arremeten contra los vicios sociales más clásicos, como el egoísmo, la arrogancia, la avaricia, la hipocresía, etc., debe gran parte de su popularidad al espíritu y a la sagacidad con que fueron creados algunos entrañables personajes, como el inspirador pastor Collins, uno de los presuntuosos más célebres de la literatura inglesa. Al igual que el espíritu ingenioso e independiente de Lizzy Bennet, con su determinación apresurada de odiar a Darcy (sin duda, el más codiciado soltero de toda la literatura inglesa) como una mala causa sólo atribuible al orgullo arrogante de él; aunque sus primeras impresiones serán las que den paso a aquellos sentimientos más profundos y ver-

daderos en una representación que trata sobre la búsqueda individual de la felicidad y de cómo ésta debe llegar en el transcurso de las buenas acciones.

Este clásico de la literatura evidencia muchas facetas de la vida: momentos felices, malos tiempos y una búsqueda insaciable por la felicidad y el verdadero amor en una sociedad que rechazaba sentimientos tan puros. Esto la convirtió en una lectura que, dentro de su agudeza y tono delicado, muestra situaciones muy duras contra las que tenían que batallar las jovencitas que crecían en ese mundo de la mentira burguesa, donde no se podía confiar ni siquiera en las bondades familiares.

Jane Austen procura una historia que ilustra la intimidad del hogar y la vida familiar, donde los hombres no aparecen haciendo ejercicio de su profesión, sino representando sólo su faceta familiar y social; en cambio, las mujeres son portadoras de un saber que las lleva a superar las diversas dificultades con las que se enfrentan para llegar a una madurez plena. Y en efecto, es la minuciosidad en el perfil de sus heroínas lo que eleva esta obra a la condición de clásico universal.

Extraordinariamente, Austen intenta enfrentar esa sociedad, en la que le toca vivir, a un espejo donde exponer todos los defectos y horrores de una clase, donde verse al natural, sin la caracterización con la que acostumbraba hacerlo. Tal vez su intento haya sido, como lo dice el nombre de la novela, oponer el orgullo al prejuicio y así romper esquemas que padecía el mundo que ella conocía y que ocultaban el verdadero sentido de la vida.

Es precisamente por esa ruptura, por esa ironía y por esa denuncia que hace esta novela, siempre desde una perspectiva aparentemente afable y delicada, por lo que *Orgullo y prejuicio* resulta una lectura ineludible y por lo que se convirtió en un puntal importante del romanticismo inglés.

JANE AUSTEN. CRONOLOGÍA

1775. El 16 de diciembre nació en Steventon, Hampshire, en el sur de Inglaterra, Jane Austen. Su padre era un pastor protestante, George Austen; su madre, Cassandra Leigh, sobrina de un profesor universitario. El matrimonio tuvo ocho hijos —Jane fue la séptima—, y los cinco primeros fueron varones.

1784. Jane toma clases en la escuela de Reading —en

compañía de su hermana Cassandra, que más tarde se convirtió en su más íntima amiga y destinataria del grueso de su correspondencia—. Luego, el reverendo Austen asumió personalmente su educación, le otorgó conocimientos muy superiores a los de cualquier señorita de provincias de la época.

1796. Inició la redacción de *Orgullo y prejuicio*; el original, que al comienzo se tituló *Firs Impressiens*, fue objeto de innumerables correcciones.

1797. Empezó a escribir *Sensatez y sentimientos*, que debía llamarse *Elinor and Marianne*; dos años más tarde, al cabo de prolijas revisiones, suprimió la forma epistolar. Su fervorosa actividad literaria no decayó; hacia septiembre abordó la redacción de *La abadía de Northanger*, que en su origen pretendía ser una sátira de la novela gótica y, en especial, de los engendros folletinescos de Ann Radcliffe.

1801. La familia Austen se traslada a Bath, pueblecito alegre y discreto cuyos parajes sirvieron de telón de fondo a varias de las novelas de Jane.

1805. Muere el reverendo George Austen, su padre. Su desaparición, según revelan las cartas, afectó profundamente a Jane.

1806. La familia se instala en Southampton. Jane hace una vida tranquila, transcurre los días bordando, tejiendo y haciendo las tareas de la casa; suele leer a Shakespeare en voz alta y escribe asiduamente a sus amigos. Frecuenta una biblioteca pública y conoce a Tom Lefroy, un simpático y apuesto caballero de origen irlandés. Nunca se conocieron las causas que hicieron fracasar el casamiento, que hubiera sido recibido de muy buen grado por la familia.

1818. Al morir la esposa de su hermano Edward, Jane y su hermana Cassandra se hicieron cargo de los sobrinos que quedaron huérfanos. Esta circunstancia no la apartó del trabajo literario.

1809. Se trasladan a la aldea de Chawton, en las proximidades de Alton, donde Jane escribió sus últimos libros. Las dificultades para encontrar editor enfriaron un poco su entusiasmo.

1811. Publica *Sensatez y sentimientos*, firmada como *A novel by a lady*. Las siguientes obras aparecerán como *The author of...* (La autora de...) *las anteriores*. Se debe recordar que el procedimiento de firmar con seudónimo era frecuente en la época: las hermanas Brontë o Mary Evans —George Eliot— en más de una oportunidad buscaron refugio en seudónimos masculinos. La buena acogida que su novela obtuvo

en círculos privados impulsó a Jane a iniciar la redacción de *El parque de Mansfield.*

1813. Se publica *Orgullo y prejuicio*; la tirada fue muy reducida y sólo unos pocos privilegiados —en su mayoría amigos íntimos de la autora— tuvieron acceso a ella.

1814. Edición de *El parque de Mansfield*; Jane apenas si hizo comentarios, en sus cartas, sobre el acontecimiento.

1815. Sufre los primeros síntomas de tuberculosis —o de la enfermedad de Addison, un misterio que jamás se develará—. En menos de ocho meses escribe *Emma*, una de sus obras maestras, y *Persuasión.*

1816. Se publica *Emma*, novela considerada como el mejor exponente de su madurez literaria. A pesar del relativo éxito de ventas, tardó dieciséis años en ser reeditada.

1817. La rápida evolución de su enfermedad la obliga a trasladarse a la ciudad de Winchester en busca de los cuidados médicos necesarios. El mal evoluciona rápidamente y todas las asistencias resultan inútiles. Muere el 18 de julio.

1818. Publicación póstuma de *La abadía de Northanger* y *Persuasión.* Por primera vez están firmadas con su nombre. Walter Scott le dedica un infrecuente elogio. Disraeli se muestra conmovido.

1884. Lord Brabourne publica su *Correspondencia*; la mayoría de las cartas están dirigidas a su hermana Cassandra y, a pesar de su valor testimonial, no revelan ningún apunte inédito de su vida sentimental o de su concepto literario.

1922. Se edita *Love and friendship*, fragmento de una novela escrita en plena adolescencia y que ya apunta las principales particularidades de su estilo.

1925. Edición de dos fragmentos de indudable importancia, *Lady Susan y Sanditon.* Ambos merecen concienzudos estudios críticos.

1925. Descubrimiento y posterior edición, en Londres, de otro significativo fragmento, *The Watsons.*

ORGULLO Y PREJUICIO

La sinopsis de *Orgullo y prejuicio* puede llamar a engaño; su trama, aunque perfecta y precisa como un reloj, parece más digna de una novelita de folletín. No acontece nada espectacular: los héroes renuncian a las honduras filosóficas, faltan oscuros crímenes, amores desproporcionados, aventuras en tierras

hostiles y acartonados fantasmas góticos; ni siquiera hay una guerra como telón de fondo. Para colmo, desde la primera página, la autora sorprende con palabras como intimidad, discreción, malicia, sensibilidad, pudor, decoro, persuasión o delicadeza, que al lector habituado a la literatura de nuestros días le pueden sonar cursi. Hasta el más valiente duda antes de sumergirse en ese río de prosa —cuya luminosidad no disimula algún sobresalto— que describe con singular talento las andanzas de la señora Bennet, de lengua larga y siempre deseosa de casar a sus hijas con el mejor partido de la comarca; los tropiezos y el oportunismo de Collins, el clérigo adulador; la lúcida resignación de Jane, la mayor de las hermanas, enamorada del caballero Bingley; el imperativo carácter de la gran dama Catalina de Bourgh; la fuga de Lidia con el oficial Wickham y, por fin, los vaivenes sentimentales de Isabel, cuyos prejuicios ante el orgullo del señor Darcy, que está legítimamente enamorado de ella, la llevan por el camino del padecimiento y la zozobra. Eso es todo, la aparente pobreza de la obra consterna y asombra. Parece un milagro que con tan escaso material Jane Austen haya escrito una novela clave en la historia de la literatura inglesa.

Evidentemente, la prosa de Austen no es para lectores apresurados. Un análisis exhaustivo permite entrever que el principal interés de *Orgullo y prejuicio* reside en la pintura de los caracteres de los personajes y del ambiente, y no en la simple narración de diversos acontecimientos. La acción está circunscrita a un grupo de gente que vive sujeta a un código fijo de costumbre y es en el análisis de sus relaciones personales donde se reconoce el particularísimo genio de la autora. No hay que escarbar demasiado para darse cuenta de que su radio de acción es limitado, pero nunca reducido; además, ella se preocupa por ser perfectamente objetiva: ningún matiz de su psicología trasciende a los personajes, que siempre —aún en los momentos de pasajero desencanto— están lejos de los arrebatos románticos y de la tragedia, ya que jamás descienden a explorar las tinieblas del alma, recurso frecuentemente utilizado por las hermanas Brontë o George Eliot. A propósito de *Orgullo y prejuicio,* Jane escribió a su hermana Cassandra: *Tal vez es demasiado ligera, brillante y chispeante; hace falta extenderla aquí y allá con un largo capítulo sensato o, en su defecto, con uno lleno de solemnes tonterías aparentemente plausibles, relativas a alguna cuestión desvinculada del relato: un ensayo sobre el arte de escribir, una crítica de Walter Scott, la historia de Bonaparte o cualquier otra cosa que con-*

traste y lleve al lector con mayor placer al estilo del conjunto, que resulta retozón y epigramático. Esta reflexión deja constancia de que Austen desconfía de la aceptación con que será recibido el tono de comedia que impregna *Orgullo y prejuicio*, y su forma de ser, poco propensa a desafiar grandes tormentas, la obliga a preguntarse si no violentará las inexorables reglas de su esquemática sociedad. Hoy se aprecia con claridad que su preocupación era infundada: la comedia, carente de sátira, en ningún momento deja al descubierto la pequeñez humana; por el contrario, conduce al perdón, al reconocimiento de la bondad, obliga a derrocar los prejuicios. Es inevitable que muchos pasajes recuerden el universo mozartiano. Austen, como señala Gide, tiene un exquisito dominio de lo que puede ser dominado. Mediante acertadas frases y observaciones teñidas por una punzante ironía, sabe conducir al lector a través de la intimidad de sus personajes. Aunque elimina el decorado y las largas descripciones —a excepción del baile que ofrece Bingley, los entretelones de la enfermedad de Jane o alguna visita de cortesía—, hay en su técnica una hábil economía que obtiene de cada recurso los mayores efectos. Es un prodigio para deslizarse entre la farsa y el decoro, entre la alegría y la frustración. Su pequeño e íntimo mundo se sirve de la ironía como medio de comprensión; gracias a ella se muestran las contradicciones y paradojas; cada personaje, no importa cuál sea su envergadura, adquiere conciencia de su posición. Pero la ironía no sólo apunta hacia ellos; en el fondo pretende conmover al lector, que no puede dejar de reconocerse en esas pinceladas. *Jamás ridiculizo lo cuerdo y lo bueno. Me divierten las locuras y los disparates, los caprichos y las inconveniencias; de eso sí que me burlo siempre que puedo*, confesaba la protagonista. Esta perspicaz utilización de la ironía es el único medio del que dispone la hija de un clérigo de provincias que no se siente atraída por el gran mundo, que elude el romanticismo actual y que permanece ajena a los dictados de Rousseau, para ejercitar la crítica de su sociedad. De ahí que la transparencia de su prosa resulte engañosa. *Orgullo y prejuicio* comienza donde terminan las apariencias. En todo momento Austen susurra, insinúa, deja entrever, obliga a leer entre líneas; el recurso es sangrante y, por lógica, la priva de todo dramatismo. La difícil tarea suele desbordarla, pero *debo seguir estrictamente mi propio estilo, jamás debo abandonar mi propio camino, aunque sólo me conduzca al fracaso; estoy convencida de que fracasaría en cualquier otro*, señalaba con

notable lucidez en su correspondencia. Y no es para menos, nadie, desde Fielding, había reclamado para la novela semejante disciplina, tanta fidelidad, tan severos escrúpulos.

En *Orgullo y prejuicio* prevalecen los caracteres de Isabel Bennet y del señor Darcy (que es retratado con hábiles trazos que se subordinan al *tempo* de la narración). Jane Austen utiliza a la muchacha para explicar sus ideas esenciales. Isabel, a pesar de no sentirse capacitada para juzgar a toda una sociedad, resulta una excelente jueza de la conducta humana. Su bondad deriva de la capacidad para prever las consecuencias de sus actos y dista mucho de poseer una conducta irreflexiva, sabe examinar sus sentimientos y no duda en subordinarlos a un bien que la trasciende y del cual depende la armonía del orden social. No es fría, ama con intensidad; por lo tanto, su mayor virtud estriba en que no se limita a aceptar las convenciones por falta de sentimientos. Nunca se ilusiona con la posibilidad de que pueda existir otra sociedad mejor en donde las cosas se puedan disponer de otra manera. A la hora del dolor, no se rasga las vestiduras; la infelicidad no la impulsa a pensar como una romántica; y cuando llega la dicha, la acepta como algo natural, merecido. Este difícil equilibrio de su conducta se debe, esencialmente, a que Jane Austen sostiene la verdad con el mayor cuidado en cada línea de la novela; además, el tono de claridad y audacia con que expone su pensamiento no la aparta de la intimidad, de la leve confidencia. Jamás se le escapa un detalle al describir la relación entre los personajes, pero como en un teatro, se tiene la sensación de que la escena está dispuesta y es imposible que algo cambie. Muy a la distancia, el lector escuchará el murmullo de la marginación, del delito, de la locura amorosa; pero siempre son referidos como hechos consumados, y quienes lo generan ya no vuelven a aparecer en escena.

Los personajes secundarios de *Orgullo y prejuicio* son igualmente valiosos. Austen siente por ellos una particular indulgencia, pero no por eso contiene su ironía.

El oficial Wickham ofrece, cuando es presentado, todas las virtudes de un caballero; luego, mediante la simple enumeración de sus actos, se revelarán las facetas más innobles de su personalidad. El señor Bennet, que había conquistado todas las simpatías por sus hirientes diálogos, desciende hasta convertirse en un ocioso que no ha sabido asegurar el porvenir de la familia y, ante la fuga de Lidia, evidencia su falta de recursos y un escaso sentido del honor; su pasividad lo ha traicionado. Austen es más benigna con el reservado Collins: lo sabe capaz

de adular a un pararrayos y, para evitarle más tropiezos y resbalones, le adjudica un regocijante destierro. La señora Bennet, en cambio, es un éxito de la impertinencia: hace enrojecer a los invitados, espanta a los galanes, ignora lo que mejor conviene a cada uno, discute con su marido y entabla una indiscreta competencia con los vecinos. Es, para sus hijas, el ejemplo de lo que nunca querrían ser, la responsable de un cúmulo de desaciertos que jamás querrían cometer. Sin embargo, no le discuten la autoridad y la aceptan como un deber más, impuesto por el código de costumbres, en el seno de la familia. Todos ellos agradan y divierten, es casi imposible odiarlos; y a lo largo de la novela cada uno se va ubicando en su justo punto gracias a las actitudes de quienes los rodean, de tal forma, que ninguno es mejor que el otro, en un supremo ejemplo de armonía.

Charlotte Brontë despreció a Jane Austen porque solía representar a todos los hombres y mujeres como si sólo fueran damas y caballeros; otros la acusaron de no haber salido nunca de la sala de estar. Esas críticas serían válidas si *Orgullo y prejuicio* no revelara un nuevo modo de juzgar y una lección moral de indudable trascendencia.

EL AUTOR EN EL TIEMPO. ANTECEDENTES

En la Inglaterra del siglo XVIII, la novela gozaba de extraordinaria popularidad, al punto que los clérigos se quejaban por el excesivo tiempo que a ella dedicaban sus feligreses. El éxito era fácilmente explicable: como era la última forma literaria establecida, sirvió, mejor que ninguna otra, para explorar los sentimientos y las costumbres del hombre común. Además, es el único género donde las mujeres compiten abiertamente con los hombres, a quienes a menudo superan en prestigio e importancia. Las bibliotecas circulantes —a las que toda dama que desee estar al día debe asociarse— glorifican *Pamela*, y más tarde, *Clarissa*, de Samuel Richardson; el bellísimo *Tom Jones*, de Fielding; *Roderick Random*, de Tobías Smollet, o *Vida y opiniones del caballero Tristam Shandy* o *El viaje sentimental*, de Laurence Sterne. El ávido lector inglés conoce *Le paysan parvenu*; y *Marianne*, de Marivaux, ha sido traído por *La nouvelle Héloise*, pero en el momento de elegir se decide por *Camilla*, de la muy descuidada Fanny Burney, cuya sintaxis puede provocar un colapso al crítico exigente, se rego-

dea con *El vicario de Wakefield*, de Oliver Goldsmith, y un poco más tarde, cae víctima de los arrebatos decadentes de la novela gótica, un subgénero que, a pesar de su reducido nivel artístico, llamó la atención de talentos como Scott y las Brontë. El origen de este curioso tipo de literatura puede atribuirse a *El castillo de Otranto*, escrita por Horace Walpole en 1762, y cuya acción transcurre en la Italia medieval; le sucede *Vathek*, de William Beckford, aparecida en 1782. Ann Radcliffe establece un discreto paréntesis, a pesar de *Los misterios de Udolfo* (1794) y *El italiano*, sus obras más pretenciosas, apenas si escapan a las coordenadas del género de terror. En 1795, *El monje*, de Matthew Gregory Lewis, parece indicar un tibio renacimiento que culminará en 1817 con *Frankenstein*, la excelente creación de Mary Shelley...

SU ÉPOCA

Los primeros años del siglo XIX consagran el ideal romántico (la palabra perduró más de un siglo para definir las puestas de sol, el carácter inconstante de las señoritas enamoradizas, el lenguaje apasionado, las pasiones imposibles y el feliz hallazgo de un pétalo de rosa entre las páginas de un libro). En lo que a literatura se refiere, el romanticismo revolucionó todos los cánones vigentes y extinguió el exasperante clasicismo del siglo XVIII. Ya no se repetirá la experiencia de Milton o de Pope, que escribieron sus poemas basándose en leyendas o conocimientos comunes a toda la humanidad. Byron, Coleridge, Wordsword, Keats y Shelley en la poesía, y Walter Scott en la prosa se caracterizan por el individualismo más inmaculado, circunstancia que hace más notables sus diferencias. La soledad del hombre, el amor por la naturaleza, la rebelión contra los órdenes establecidos, los delirios de la imaginación y el desafío a las convenciones constituyen las más notables características de sus obras. Así, William Wordsworth conmueve con el estremecedor relato de su vida íntima en *El preludio*, donde se encuentran varios sonetos sin parangón en idioma inglés. Byron conmociona al mundo con *Don Juan* y *Visión del fuego final*. Keats escribe el incomparable poema *A un ruiseñor*. Shelley le da una nueva dimensión a la libertad, inaugurando un camino que sus contemporáneos agotaron durante todo un siglo. Por otra parte, las turbulencias políticas —los ecos de la Revolución Francesa, Napoleón, las guerras con

Francia y la independencia de los Estados Unidos— van modificando el mapa de un mundo donde el despertar de la ciencia planta una semilla peligrosísima para cualquier *statu quo*: aquella según la cual la felicidad puede y debe ser la condición normal de la vida humana.

Jane Austen se apartó de las tentaciones de estos cambios y movimientos. A pesar de que estaba correctamente informada de todo, no siente curiosidad por el pasado, omite el presente —cabe señalar que dos de sus hermanos fueron almirantes, uno sirvió en el Nilo y en Trafalgar— y los sucesos de su tiempo no dejan huella alguna en sus páginas. Por otra parte, siempre mantuvo un prudente silencio sobre sus influencias, lo que no impide afirmar que *Sensatez y sentimientos* fue redactada, inicialmente, a la sombra del género epistolar de Samuel Richardson. Ciertos apuntes de novela rosa de *Orgullo y prejuicio* provienen de Burney, y en *La abadía de Northanger* efectúa un pálido intento por satirizar la novela de terror. Eso es todo. Resulta evidente que ella determinó su estilo sin hacer concesión a ninguna escuela; y para sorpresa del crítico, la ironía con que desplaza la emoción romántica tiene hoy un valor más permanente. Cuando el bibliotecario de Carlton House la invitó a escribir una novela histórica sobre la Casa de Coburgo, Jane respondió: *Sólo el tener que salvar mi vida a ese precio podría decidirme a escribir una novela seria de aventuras: y si, para poder hacerlo, fuera necesario atenerme estrictamente a lo estipulado, sin poder descansar un momento riéndome de mí o de los demás, estoy segura de que antes de terminar el primer capítulo ya me habrían enviado a la horca.* Su aislamiento era total; cuando se la invitaba a una reunión en la que participaría madame de Staël, una de las mujeres influyentes de la época, inventaba una excusa para quedarse en casa; prefería centrar su capacidad de observación en el pequeño mundo de la aristocracia provinciana que la rodeaba y permanecía siempre atenta a sus maneras y obligaciones. Una vez más, era plenamente consciente de sus limitaciones.

La publicación con seudónimo de sus novelas —que sólo le reportaron 750 libras de beneficios— contribuyó aún más a que su arte, *esa laminita de marfil, de apenas dos pulgadas de ancho, en la que pinto con un pincel demasiado fino como para producir ningún efecto*, agigantara las elogiosas críticas que a su muerte le dispersaron Walter Scott, Coleridge y Southey.

INFLUENCIA POSTERIOR

Es sorprendente que con tanta modestia y discreción, con tan irrelevantes materiales, Jane Austen se haya convertido en un clásico al que algunos críticos suelen comparar con William Shakespeare. Es una de los pocos grandes escritores que se ha callado todos sus secretos; ni siquiera sus primeros y frustrados encuentros con diversos editores lograron disuadirla o apartarla del camino que se había fijado. Su fulgurante análisis de las costumbres la muestra como la verdadera precursora de escritores tan distantes como Virginia Woolf, Henry James, Marcel Proust, E. M. Forster, Gide e Ivy Compton-Brunett. Algunos de sus detractores más notables son —menuda picardía del destino— sus propios herederos. El gran Henry James comenta en su ensayo *La lección de Balzac* que la reputación de Austen es mayor que su interés personal y la atribuye *al conjunto de editores, directores de publicaciones, ilustradores y productores del actual caos de revistas, quienes han encontrado que su querida Jane se presta a su objetivo material.* Tampoco evita, en otro pasaje, ironizar sobre la maestría que Austen se ganó como bordadora y ama de casa, con lo que antepone estos méritos a los literarios. Dickens, unos años antes, fue contundente, la obra de Austen *le inspira una repugnancia animal.* Para Charlotte Brontë *no era más que un retrato detalladísimo de una cara vulgar.* Como contrapartida, E. M. Forster se declaró un admirador incondicional de su genio y Virginia Woolf destacó que el arte de Austen *es para personas mayores*; en su obra *The voyage out,* un personaje acota: *Es la mejor escritora [...] No intenta escribir como un hombre. Todas las demás mujeres lo hacen; por esa razón, yo no las leo.*

Lo cierto es que en toda la obra de Jane Austen no hay grandes intrigas como en *La feria de las vanidades*, de Thackeray; la fantasía que sorprende en *El egoísta*, de Meredith; las indignaciones psicológicas que Henry James perfeccionó en *Las alas de la paloma*, los severos cuestionamientos filosóficos como en *Las olas*, de Virginia Woolf; ni el rumor introspectivo de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust; pero curiosamente, ha servido como punto de partida para todas ellas.

BIBLIOGRAFÍA

De Jane Austen

Persuasión, Espasa-Calpe, Colección Austral, Madrid, 1968.

Emma, Planeta, Colección Clásicos Universales, Barcelona, 1982.

La abadía de Northanger, Espasa-Calpe, Colección Austral, Madrid, 1972.

El parque de Mansfield, Merrer, Colección Clásicos Ingleses, México, 1966.

Sensatez y sentimientos. López Gallery, Buenos Aires, 1960.

Sobre Jane Austen

AUSTEN-LEIGH, JAMES, *A memoir by her nephew*, Edición de R. Chapman, Oxford, 1926.

AUSTEN-LEIGH, WILLIAM Y RICHARD, *Jane Austen. Her life and letters, a family record*, Londres, 1913.

CHAPMAN, ROBERT, *Jane Austen, facts and problems*, Oxford, 1948.

FORSTER, E. M., *Ensayos críticos*, Taurus, Madrid, 1979.

———*Aspectos de la novela*, Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Veracruzana, México, 1961.

JAMES, HENRY, *El futuro de la novela*, Taurus, Madrid, 1975.

LATIMER APPERSON, GEORGE, *A Jane Austen dictionary*, Londres, 1932.

LIDDELL, ROBERT, *The novels of Jane Austen*, Londres, 1963.

MUIR, EDWIN, *Literatura contemporánea*, Sur, Buenos Aires, 1957.

TRILLING, LIONEL, *Imágenes del yo romántico*, Sur, Buenos Aires, 1956.

WOOLF, VIRGINIA, *The common reader*, Londres, 1925.

WRIGHT, ANDREW, *Jane Austen's novels. A study in structure*, Londres, 1953.

Orgullo y Prejuicio

CAPÍTULO I

Es reconocida como verdad absoluta aquella que afirma que un hombre soltero dueño de una gran fortuna ha de sentir algún día la necesidad de casarse.

Aun desconociendo casi por completo los sentimientos y la manera de pensar de un hombre que se halla en tal situación, esta verdad se convierte en idea fija entre las personas de un vecindario cuando el individuo en cuestión entra a formar parte de él, de tal forma que llegan a considerarlo, con la mayor naturalidad, como propiedad legítima de alguna de sus hijas.

—Querido Bennet —dijo a éste su esposa un día—, ¿no sabes que ha sido alquilado por fin Netherfield Park?

El señor Bennet miró con curiosidad a su mujer y respondió que era la primera vez que lo oía.

—Así es —prosiguió ella—, lo sé porque ha estado aquí hace un momento la señora Long y me lo ha contado todo.

Al señor Bennet parecía importarle un comino la noticia y guardó silencio.

—¿No te interesa saber quién lo ha alquilado? —preguntó impaciente su esposa.

—No. Me parece que es a ti a quien le interesa decírmelo. Sigue hablando, no tengo inconveniente en escucharte.

La invitación era suficiente.

—Entonces, querido mío, la señora Long dice que Netherfield fue alquilado por un joven de gran fortuna del Norte de Inglaterra. El lunes llegó en un coche de cuatro caballos para inspeccionar la casa y su situación, y tanto le gustó que enseguida se puso en contacto con el señor Morris para tomarla y poder habitarla antes de San Miguel. Según parece, algunos de sus criados ya estarán en la hacienda a fines de la próxima semana.

—¿Cómo se llama ese joven?

—Bingley.

—¿Casado o soltero?

—Soltero, querido mío, naturalmente. Un soltero muy rico, que gana cuatro o cinco mil libras al año. ¡Qué estupendo partido para nuestras hijas!

—¿Cómo? ¿Qué relación puede haber entre la llegada de ese Bingley y ellas?

—Querido Bennet —repuso su esposa—, a veces te cuesta demasiado entender las cosas más simples. Tienes que saber que mi intención es trabajar cuanto pueda para lograr que se case con una de ellas.

—Entonces, ¿se va a instalar aquí con ese fin?

—¿Con ese fin? ¡Qué cosas dices! A veces no te entiendo... Quiero decir que es muy posible que se enamore de alguna de ellas y, por esa razón, tendrás que visitarlo en cuanto llegue.

—¿Una visita yo? No veo por qué. Tú puedes ir con ellas o incluso mandarlas solas. Quizás hasta sería mejor que no fueras con ellas, tú eres tan guapa como cualquiera de nuestras hijas y bien pudiera suceder que el señor Bingley se enamorase de ti.

—Me halagas, querido. Ya sé que nunca me ha faltado belleza, pero ahora no puedo presumir de eso. Cuando una mujer tiene cinco hijas ya crecidas, sus propios encantos deben quedar a un lado.

—Lo que pasa es que en muchos casos no le quedan a una mujer muchos encantos para presumir, ¿no te parece?

—Así es, querido; tienes razón. Igualmente, en cuanto llegue el señor Bingley deberás ir a hacerle una visita.

—No puedo prometerte eso.

—Piensa en tus hijas, querido Bennet, y no olvides el excelente partido que puede representar para alguna de ellas. El señor William y la señora Lucas ya decidieron ir sólo con ese fin, porque ya sabes que jamás visitan a los recién llegados. A nosotras solas nos sería imposible hacerlo si tú no te anticipases.

—Me parece que tienes demasiados miramientos. Estoy seguro de que tu señor Bingley se alegrará mucho de verlas. Si lo crees conveniente, hasta puedes entregarle unas líneas mías, donde le haré saber que sería un honor que se casara con la que más le guste de mis tres hijas, aunque no sé si podría evitar la inclusión de alguna frase recomendándole a la pequeña Lizzy.

—No debes decir eso. Lizzy no es más que ninguna de las otras dos, y estoy segura de que no tiene ni la belleza de Jane ni

el buen carácter de Lydia, no sé por qué es tu preferida...

—La verdad es que ninguna de las tres reúne cualidades que las hagan recomendables a nadie —replicó Bennet—; las tres son cándidas e ignorantes, como la mayor parte de las muchachas. A pesar de eso, creo que Lizzy es más viva que las otras dos.

—Por favor, Bennet, ¿es posible que menosprecies de ese modo a tus propias hijas? Tu diversión es irritarme. Ten compasión de mis pobres nervios, por favor.

—No eres sincera, querida; tus nervios me merecen un grandísimo respeto, como antiguos amigos. Te he oído hablar de ellos desde hace veinte años.

—¡Oh! No sabes cuánto me hacen sufrir.

—A pesar de eso espero que te dejen vivir lo suficiente para que puedas ver llegar a nuestra villa a muchos jóvenes con rentas de cuatro mil libras...

—Aunque llegaran veinte sería inútil si tú sigues negándote a visitarlos.

La mezcla extraña de perspicacia, humor sarcástico, reserva y caprichos que formaban el temperamento del señor Bennet era tal que, a pesar de veintitrés años de experiencia, su mujer no era capaz aún de comprenderlo. En cambio, ella era más comprensible. Era una mujer de escasa inteligencia, deficiente educación y temperamento indeciso. Cuando se discutían sus opiniones simulaba crisis nerviosas. Su preocupación más importante, y casi la única de su vida, era procurar casar a sus hijas; y su diversión favorita, visitar a las vecinas y criticar a las ausentes.

CAPÍTULO II

Uno de los primeros que acudió a Netherfield a presentar sus respetos al señor Bingley fue el señor Bennet. A pesar de sus reiteradas negativas y de que hasta el último momento estuvo repitiendo a su mujer que no iría a visitarlo, había tenido siempre la intención de hacerlo. Pero la señora Bennet no se enteró de la visita hasta la noche del mismo día en que sucedió. La noticia fue revelada así: el señor Bennet estaba observando cómo adornaba su segunda hija un sombrero cuando de pronto declaró:

—Me parece, Lizzy, que ese sombrero le gustará al señor Bingley.

—Es imposible conocer los gustos del señor Bingley —repuso enojada su madre— hasta que vayamos a visitarlo.

—Te olvidas, mamá —dijo Lizzy—, que lo encontraremos en las reuniones y que la señora Long ha prometido que nos lo presentará.

—¿Y confías en la promesa de la señora Long? Ella tiene dos sobrinas y es una mujer hipócrita y egoísta; no espero que nos lo presente nunca.

—Ni yo tampoco —apoyó el señor Bennet—. Pero celebro comprobar que no necesitamos favores de nadie.

La señora Bennet cerró la boca de mala gana. Pero finalmente no se pudo contener y comenzó a regañar a una de sus hijas.

—¡Kitty, por favor, deja ya de toser! Compadécete de mis nervios, me los estás haciendo añicos.

—Cuando Kitty tose lo hace siempre alborotadamente —volvió a apoyar el señor Bennet—, nunca es oportuna para escoger el momento de toser.

—Desde luego —replicó Kitty, un tanto molesta— pueden estar seguros de que no me resulta divertido. ¿Cuándo celebras tu próximo baile, Lizzy?

—Dentro de quince días a partir de mañana.

—Es cierto —exclamó su madre—. Y la señora Long no regresará hasta la víspera, lo que quiere decir que no podrá presentárnoslo, ya que ese día ella no lo conocerá tampoco.

—¡Magnífico! —prorrumpió el señor Bennet—. Así podrás darte el gusto de presentárselo tú a ella.

—¡Eso es imposible, Bennet! ¡Si no lo conozco...! ¿Cómo puedo hacerlo?

—Aplaudo tu sensatez. En efecto, una amistad de quince días es poca cosa y en una quincena no es posible conocer la profundidad de un hombre. Pero si no nos decidimos, los otros lo harán antes. Al fin y al cabo es muy natural que la señora Long y sus sobrinas quieran probar fortuna. Por consiguiente, si te sigues negando a hacerlo, me encargaré yo mismo de hacer las presentaciones.

Las muchachas se quedaron mirando fijamente a su padre y la señora Bennet se limitó a exclamar:

—¡Qué tonterías dices!

—¿Tonterías? —vociferó él—. ¿Acaso es una simpleza la ceremonia de presentación y la importancia que a ella se concede? En esto no estoy de acuerdo contigo. ¿A ti qué te parece, Mary? Quiero saber tu respuesta, ya que eres una chica

muy juiciosa y lees libros muy serios, de los que te gusta citar pasajes importantes.

Mary quería decir algo que respondiera perfectamente a las expectativas de su padre, pero no encontraba palabras correctas para expresarse.

—Mientras Mary coordina sus ideas —prosiguió el señor Bennet—, sigamos hablando del señor Bingley.

—¡Ya estoy cansada de hablar del señor Bingley! —exclamó su esposa.

—De verdad que lo siento, pero debiste habérmelo dicho antes. De haberlo sabido, incluso esta misma mañana, no habría ido a visitarlo. Lo lamento, pero como ya hice la visita, no podemos eludir la relación amistosa con ese caballero.

La sorpresa de las mujeres alcanzó la intensidad que él estaba buscando. Pero superó quizás a la de sus hijas la de la señora Bennet que, transcurridas las primeras manifestaciones de alegría, comenzó a decir que ella ya se imaginaba la decisión de su marido y que estaba esperando que lo hiciera de un momento a otro.

—¡Qué bien te portaste, querido! Ya sabía yo que al fin lograría convencerte. Estaba segura de que el cariño que sientes por tus hijas es demasiado para despreciar una amistad tan recomendable como la del señor Bingley. ¡Qué contenta estoy! ¡Qué forma tan graciosa de actuar has tenido al ir esta mañana y no querer decírnoslo hasta este momento!

—Kitty, ya puedes toser lo que quieras —dijo el señor Bennet, mientras salía de la habitación, harto ya de las estupideces de su mujer.

—¡Qué padre tan maravilloso tienen, hijas mías! —exclamó ésta cuando se cerró la puerta.

—Les va a costar mucho corresponder su bondad y mi interés en este asunto. Les aseguro que a nuestra edad no resulta muy agradable tener que buscar nuevas amistades todos los días, pero sería capaz de hacer cualquier cosa por ustedes. Lydia, cariñito mío, me atrevo a afirmar que, aunque eres la más joven, el señor Bingley bailará contigo en la próxima fiesta.

—¡Oh, no te preocupes, mamá —repuso Lydia con firmeza—; porque aunque soy la más joven, también soy la más alta!

Madre e hijas pasaron el resto de la velada haciendo conjeturas sobre si el señor Bingley devolvería la visita al señor Bennet o si tardaría en hacerlo, y discutieron sobre la fecha en que podrían invitarlo a comer.

CAPÍTULO III

A pesar del trabajo que se tomaron la señora Bennet y sus cinco hijas para arrancar al jefe de la familia una descripción del señor Bingley, nunca lo consiguieron. Le hicieron preguntas descaradas, insinuaron suposiciones ingeniosas y vagas conjeturas, recurriendo a todos los subterfugios dialécticos; pero él los eludió con singular sagacidad, por lo que, finalmente, se vieron obligadas a aceptar la información que les procuró su vecina la señora Lucas. Las referencias que tuvieron de ella fueron muy favorables. El señor William había quedado profundamente impresionado. Se trataba de un hombre muy joven, esbelto, agradable y, para colmo de dicha, había prometido asistir a la próxima reunión acompañado de muchas personas nuevas en la localidad. ¡Todo parecía perfilarse en favor de las damas! El hecho de ser aficionado al baile presuponía ya una posibilidad muy digna de ser tenida en cuenta, de que en algún momento llegara a enamorarse; y las jovencitas de la buena sociedad fundaban grandes esperanzas en el corazón del señor Bingley.

—¡Qué dicha tan grande para mí si pudiese ver a alguna de mis hijas viviendo felizmente en Netherfield —decía la señora Bennet a su esposo—, y a las demás tan bien casadas como ella! Creo que después ya no tendría nada que desear.

A los pocos días, el señor Bingley tuvo la gentileza de devolver la visita que le había hecho el señor Bennet y estuvo cerca de diez minutos sentado en la biblioteca charlando con él. Estaba esperanzado en conocer en esta ocasión a sus hijas, cuya belleza le habían ponderado, pero sólo pudo ver al padre. Las jóvenes tuvieron más suerte que él, porque pudieron comprobar, a través de una ventana del piso superior, que el visitante vestía una casaca azul y cabalgaba sobre un caballo negro.

Poco después, el señor Bingley recibió una invitación del señor Bennet para asistir a una comida. La señora ya había estudiado minuciosamente la minuta que mejor pudiera acreditarla como una excelente ama de casa cuando inesperadamente llegó una contestación que sembró la angustia en torno de la familia: el señor Bingley se veía obligado a viajar a la ciudad al día siguiente, circunstancia que le impedía aceptar tan amable invitación. La señora Bennet no lograba comprender qué asuntos podían requerir la presencia del señor Bingley en la ciudad apenas unas semanas después de su llegada al condado de Hertford, y comenzó a temer que aquellos viajes se sucedieran inin-

terrumpidamente, de forma tal que no se pudiese asegurar nunca si residía o no habitualmente en la localidad. Pero la señora Lucas consiguió tranquilizarla un poco diciéndole que el señor Bingley había ido a la ciudad con la única finalidad de reunir un grupo numeroso de acompañantes para el baile y no tardó en agregar que se presentaría a la reunión con doce señoras y siete caballeros. A las jóvenes no les pareció muy bien aquel número tan exagerado de señoras; pero en la víspera del baile sus temores se apaciguaron al enterarse de que, en lugar de doce, Bingley había llegado de Londres acompañado solamente por seis de ellas: cinco hermanas y una prima. Y cuando los forasteros entraron en la sala de reunión, el grupo se componía tan sólo de cinco personas: el señor Bingley, sus dos hermanas, el marido de la mayor y otro joven.

El señor Bingley fue catalogado enseguida como un hombre simpático y distinguido; su expresión era agradable; y sus modales, sencillos y sin afectación. Sus hermanas eran mujeres hermosas y en ellas se distinguía un sentido innato de la elegancia. Hurst, su cuñado, parecía un caballero como cualquier otro; pero su amigo, el señor Darcy, provocó enseguida la curiosidad de la concurrencia por su esbelta figura, su aspecto de hombre simpático y, sobre todo, porque pronto se extendió el rumor en el salón de que su renta anual ascendía a diez mil libras. A juicio de los caballeros era un joven encantador y apuesto, y las damas declaraban que era mucho más guapo que el señor Bingley. Durante casi la mitad de la velada fue contemplado por todos con entusiasmo y admiración. Pero de pronto algo vino a destruir toda aquella popularidad que se había ganado, sus maneras ya no resultaban tan agradables y comenzó a descubrirse que era orgulloso y que se consideraba superior al resto de los asistentes a la fiesta. Y así, de hombre admirado y envidiado pasó a convertirse en un ser aborrecible, de aspecto desagradable e indigno de ser comparado con su amigo, a pesar de su magnífica renta de diez mil libras.

Mientras el señor Bingley se daba a conocer a todos los principales concurrentes y se mostraba animado y franco, bailando sin cesar y lamentando públicamente que la fiesta tuviese tan corta duración —hasta el extremo de prometer la organización de una similar en su villa de Netherfield—, el contraste que ofrecía el señor Darcy era impresionante. Sólo bailó una vez con la señora Hurst y otra con la señora Bingley, y no consintió que le presentaran a ninguna de las damas que no cono-

cía. El resto de la velada lo empleó paseando por el salón o conversando con alguno de sus amigos. Su carácter quedaba suficientemente demostrado, era el hombre más antipático y orgulloso del mundo, y todos lamentaron que se hubiese atrevido a asistir a la fiesta. La señora Bennet figuraba entre las personas más indignadas por esa actitud y sus reproches se intensificaban por el hecho de que había tenido la desfachatez de desairar a una de sus hijas.

A consecuencia de la escasez de caballeros, Lizzy tuvo que permanecer sentada durante dos bailes, y en todo ese tiempo el señor Darcy estaba tan cerca de ella que pudo oír íntegramente la conversación sostenida entre él y su amigo Bingley. Éste había abandonado unos momentos el baile para acercarse a Darcy con el propósito de lograr que se portase como el resto de los asistentes a la velada.

—Darcy —le dijo—, quiero que bailes como los demás. Me molesta verte ahí solo, de pie, en esa actitud estúpida, mientras los otros se divierten.

—No bailaré. Conoces mi aversión a esta clase de reuniones y sabes que no me gusta bailar con ninguna mujer a la que no conozca particularmente. Hoy esto me resulta imposible. Tus hermanas están comprometidas y me parecería un castigo tener que bailar con cualquier otra de las mujeres que hay en la sala.

—Ni por un imperio me portaría yo con ese desdén. Te aseguro que en mi vida había encontrado muchachas tan agradables como las que hoy se encuentran presentes y entre ellas hay algunas extraordinariamente bonitas.

—Parece que ya has acaparado para ti a la única chica verdaderamente bella que hay en el salón —afirmó el señor Darcy, dirigiendo la mirada a la mayor de las hermanas Bennet.

—Ciertamente es la criatura más hermosa que han visto mis ojos. Pero tiene una hermana, que está sentada detrás de ti, que también es muy bonita, e incluso me atrevo a afirmar que también es agradable. Si esperas un segundo, iré a pedir a mi pareja que te la presente.

—¿A quién te refieres? —preguntó Darcy. Se volvió y pasó un momento contemplando a Lizzy, hasta que al encontrarse sus miradas se dirigió nuevamente a Bingley y prosiguió, con indiferencia—: Puede pasar, pero su hermosura no es algo que pueda tentarme y, por otra parte, no tengo intención de conceder importancia a muchachas que desechan otros hombres.

Amigo mío, vuelve con tu pareja y sigue deleitándote con sus sonrisas, que conmigo estás perdiendo el tiempo.

Bingley dio por terminado el asunto y fue en busca de su pareja, mientras Darcy abandonaba la sala y Lizzy lo seguía con la mirada, dedicándole sus pensamientos menos cordiales. Minutos después relataba a sus amigas lo ocurrido, con su gracia natural, pretendiendo divertirse a cuenta de ello.

En términos generales, la velada transcurrió agradablemente para toda la familia. La admiración que los nuevos habitantes de Netherfield habían demostrado hacia la hija mayor de la señora Bennet colmó a ésta de felicidad. El señor Bingley había bailado dos veces con ella y las hermanas de éste la habían hecho objeto de múltiples atenciones. Aunque lo demostraba menos, Jane se sentía tan satisfecha por ello como su propia madre. Lizzy experimentaba la misma satisfacción que Jane; Mary había oído decir a la señorita Bingley, refiriéndose a ella, que era la muchacha mejor educada de la localidad, y Kitty y Lydia no se habían quedado nunca sin pareja, que era lo que entonces constituía su única ambición. Regresaron, entonces, muy contentas a Longbourn, el pueblo donde residían y del cual eran las principales habitantes.

Cuando llegaron, el señor Bennet no se había acostado aún, estaba leyendo un libro y no se había dado cuenta del paso de las horas. Por otra parte, en aquella ocasión había sentido mucha curiosidad por enterarse de lo ocurrido durante una velada en la que tantas esperanzas había depositado. Al principio se imaginaba la decepción de su esposa respecto del juicio que se habría formado del forastero, pero pronto se dio cuenta de que, por el contrario, tendría que soportar una larga historia muy distinta de la que él se había fraguado.

—¡Oh, mi querido Bennet —exclamó la esposa al entrar en la biblioteca—, hemos pasado una velada encantadora! El baile ha sido maravilloso. ¡Qué lástima que te lo hayas perdido! Ha sido emocionante la admiración que ha causado Jane. Todo el mundo hablaba de sus dotes de atracción, y el señor Bingley la encontró hermosísima. Y hasta bailó dos veces con ella. Fíjate en esto, querido, ¡bailó dos veces con ella y fue la única joven de la fiesta a la que le pidió que fuese su pareja por segunda vez! Primero invitó a la señora Lucas. La verdad es que yo me sentía muy disgustada al verla bailar con él. Pero como debía suceder, no le gustó en absoluto; en cambio, demostró hallarse favorablemente impresionado cuando vio que Jane

salía a bailar. Enseguida demostró interés por saber quién era, hizo que se la presentaran y la invitó para los dos bailes siguientes. Bailó los dos terceros con la señorita King, los dos cuartos con Mary Lucas, los dos quintos con Jane otra vez, los dos sextos con Lizzy, después con la Boulanger...

—Si hubiese sido un poco compasivo conmigo —exclamó el marido con impaciencia—, no habría bailado ni la mitad. ¡Por favor, no me hables de sus parejas! ¡Ojalá se hubiese dado un golpe en el tobillo en su primer baile!

—¡Oh, querido Bennet! —prosiguió la mujer—. Estoy verdaderamente encantada con él. ¡Es un hombre tan fino...! ¡Y sus hermanas son unas jóvenes tan fascinantes...! En mi vida he visto trajes tan elegantes. Sin lugar a dudas, los encajes que lucía la señora Hurst...

De nuevo fue interrumpida por las protestas de Bennet contra la descripción de los atavíos de las damas, por lo que se vio obligada a abordar el tema desde otro ángulo y se puso a relatar con mucha aspereza y bastante exageración el irritante comportamiento de Darcy.

—Pero puedo asegurarte —añadió— que Lizzy no pierde nada con no agradar a ese hombre, ya que es en extremo despreciable y odioso, y no vale la pena molestarse por él. Es tan altanero y presuntuoso que se hace insoportable. Se paseaba de un lado para otro dándoselas de hombre importante. ¡No es bastante bonita para bailar con él! ¡Cuánto lamenté tu ausencia, querido, y con qué gusto hubiese presenciado cómo soltabas una de tus ofensas! Detesto a ese hombre.

CAPÍTULO IV

Cuando Jane y Lizzy consiguieron estar solas, la primera, que hasta aquel momento se había mostrado parca en sus elogios a Bingley, declaró a su hermana la admiración que le producía.

—Es precisamente un joven tal como a mí me gustaría que lo fuesen todos —dijo—: sentimentales, de buen carácter y perspicaces. Nunca he visto modales más refinados, ni más naturalidad ni educación.

—Y además es guapo —repuso Lizzy—, cualidad que, dentro de lo posible, deberían reunir todos los jóvenes. Lo que quiere decir que el señor Bingley posee todas buenas condiciones.

—Me sentí muy halagada al ver que se acercaba a mí para

sacarme a bailar por segunda vez. No esperaba semejante atención.

—¿Que no? Yo sí. Ésta es la gran diferencia que existe entre las dos. A ti siempre te sorprenden las atenciones; a mí, en cambio, nunca. ¿Qué cosa más natural que invitarte a bailar por segunda vez? El señor Bingley tenía que percatarse necesariamente de que eras cinco veces más bonita que cualquiera de las otras chicas que había en la fiesta. Su galantería, por consiguiente, no merece gratitud. Pero reconozco que es muy simpático y te concedo mi autorización para que te guste. Muchos hombres bastante más estúpidos que él te han gustado antes.

—¡Por Dios, Lizzy!

—Jane, ya sabes que eres muy propensa a prendarte de toda clase de personas. Nunca ves defectos en nadie. Todo el mundo es bueno y agradable para tus ojos. Jamás te he oído hablar mal de ningún ser humano.

—Jamás quisiera acostumbrarme a abrir juicios imprudentes, siempre digo lo que pienso.

—Lo sé, y esto es precisamente lo que carece de explicación: que tu buen sentido te haga tan candorosamente ciega en cuanto se refiere a las torpezas y locuras de los demás. Simular candor es algo muy corriente; pero ser cándido sin afectación, recoger lo bueno del carácter de los demás sin preocuparse en absoluto de aquello que pueda tener de malo, es un privilegio exclusivo de tu persona. Eso hace que te gusten las hermanas de ese hombre, ¿no es cierto? Sin embargo, ninguna de ellas es como él.

—Al principio así lo parece, en efecto. Pero hablando con ellas, una advierte que son jóvenes muy agradables. La señorita Bingley vivirá con su hermano y cuidará de las cosas de su casa, y no quisiera equivocarme al pensar que tendremos en ella una vecina encantadora.

Lizzy guardaba silencio, pero no la convencían las afirmaciones de su hermana, ya que estaba segura de que la conducta de las Bingley no podía haber dejado satisfecho a todo el mundo. Su temperamento la inclinaba menos a la resignación que a su hermana; era más rápida y certera en la observación, y en su juicio no podían influir atenciones como aquellas de las que había sido objeto Jane, por lo que en modo alguno se sentía inclinada a opinar favorablemente acerca de las forasteras.

Las hermanas Bingley eran en realidad unas damas muy distinguidas; siempre que se las complacía demostraban muy buen humor y tenían la facultad de mostrarse agradables donde

y cuando les parecía oportuno; pero en general, destacaban en ellas la arrogancia y la petulancia. No les faltaba belleza; habían recibido esmerada educación en uno de los mejores pensionados de la capital; su fortuna ascendía a veinte mil libras, estaban acostumbradas a gastar sin limitación y a tratar con gente de la aristocracia, y parecía muy normal que pensaran demasiado bien de sí mismas y medianamente de los demás. Pertenecían a una familia respetable radicada en el Norte de Inglaterra y esta circunstancia contaba más para ellas que el hecho de que tanto la fortuna de su hermano como la suya hubiesen sido logradas por medio del comercio.

Bingley había heredado de su padre bienes que ascendían a unas cien mil libras. Su padre había tenido la intención de comprar una finca, pero la muerte lo sorprendió sin haber llevado a la práctica el proyecto. Bingley albergaba el mismo propósito e incluso llegó a pensar en el lugar en que elegiría la hacienda; pero como ahora disponía de una buena casa, con todas las ventajas de las mansiones distinguidas, las personas allegadas a él, conocedoras de su sencillez, suponían ya que se quedaría definitivamente en Netherfield y que dejaría para la siguiente generación la tarea de comprar la hacienda con la que había soñado su padre.

Aún no hacía dos años que Bingley había alcanzado la mayoría de edad cuando, por casualidad, le recomendaron que visitara Netherfield House. Durante media hora estuvo examinando el inmueble y quedó tan satisfecho de su instalación y de la distribución de las habitaciones, que inmediatamente se puso de acuerdo con el propietario y adquirió la villa.

A pesar de la gran diferencia existente entre su carácter y el de Darcy, unía a ambos una sólida amistad. Darcy admiraba en Bingley su sencillez y la franqueza y ductilidad de su temperamento, a pesar de que ningún otro era tan distinto al suyo, del que, sin embargo, se encontraba siempre muy satisfecho. A su vez, Bingley confiaba de un modo ilimitado en la amistad y consideración de las que le hacía objeto Darcy y tenía un gran concepto respecto de sus opiniones. Darcy era más inteligente que su amigo pero al mismo tiempo era tan arrogante, reservado y desdeñoso que, a pesar de sus modales refinados, en conjunto no resultaba un hombre agradable. En este aspecto Bingley le llevaba mucha ventaja, porque mientras él estaba seguro de inspirar confianza dondequiera que se presentase, Darcy ofendía continuamente con su extraña manera de ser.

La opinión que a ambos mereció la fiesta de Meryton fue bastante característica. Bingley afirmó no haber visto jamás gente más agradable ni muchachas tan bonitas; todo el mundo se había portado con muchísima afabilidad y le había dispensado gran número de atenciones; se había prescindido de la etiqueta y pronto se había considerado amigo de todos los concurrentes; y en cuanto a la señorita Bennet, aseguró que sería imposible encontrar un ángel de belleza semejante. Darcy, en cambio, dijo que había visto en la sala una colección de personas, entre las cuales apenas pudo descubrir un poco de belleza y ninguna distinción; añadió que ninguna de ellas le produjo el más mínimo interés y que en ningún caso recibió alguna demostración de agrado. Reconoció que la señorita Bennet era bonita, pero le encontró un defecto: sonreía demasiado.

Tanto la señora Hurst como su hermana convinieron con Darcy en que eso era cierto; pero a pesar de todo la admiraban y les inspiraba confianza, y concluyeron afirmando que era una muchacha encantadora, por lo que no tenían inconveniente en mantener su amistad. En términos generales, la señorita Bennet fue, por consiguiente, clasificada como una joven encantadora. En vista de eso, Bingley se consideró autorizado para pensar en ella en lo sucesivo tanto como le pareciera.

CAPÍTULO V

Muy cerca de Longbourn residía una familia con la que los Bennet mantenían una íntima amistad. El padre, William Lucas, había sido tiempo atrás comerciante en Meryton, donde consiguió hacer una fortuna regular y ser nombrado caballero como premio a un célebre discurso que, siendo alcalde, dirigió al rey. Tal distinción lo hizo sentirse hombre demasiado importante y desde entonces comenzó a profesar repugnancia por el negocio y por la forma de vida que se veía obligado a hacer en aquella pequeña ciudad mercantil. Finalmente abandonó Meryton y se trasladó con su familia a una casa situada aproximadamente a una milla de allí, que se denominó desde entonces "Mansión Lucas". En su nueva residencia pudo dedicarse a pensar muy complacido en su personal importancia y le fue permitido, libre ya de preocupaciones mercantiles, tratar a todo el mundo con su habitual afabilidad, ya que aunque íntimamente satisfecho de su rango, no lo dominó el orgullo; al contrario,

experimentaba verdadero placer deshaciéndose en atenciones para con todos los que lo rodeaban. Había tenido siempre un carácter inofensivo, inclinado a la amistad y complaciente, y su presentación en Saint James lo hizo cortés.

La señora Lucas era una mujer muy buena, aunque no lo bastante inteligente para ser la vecina que necesitaba la señora Bennet. Tenía varios hijos. La mayor, una muchacha inteligente y de exquisita sensibilidad, de unos veintisiete años, era amiga íntima de Lizzy.

Se había hecho absolutamente necesario y era ya tradicional que las Lucas y las Bennet se reunieran para hablar después de cada baile. Por eso, el día después de la fiesta de Meryton, se presentaron las primeras en Longbourn y cambiaron impresiones.

—Empezaste bien la velada, Carlota —dijo la señora Bennet a la señorita Lucas con toda la discreción con que fue capaz—, el señor Bingley te escogió a ti antes que a ninguna otra.

—Sí, pero dio a entender que le gustaba más la segunda pareja.

—¡Ah! Supongo que lo dices porque bailó dos veces con Jane, ¿verdad?

—En efecto, cualquiera hubiese afirmado que la miraba... y estuve a punto de creerlo.

—Oí decir algo sobre aquello..., pero no sé exactamente de qué se trataba. Es algo que dijo el señor Robinson.

—Posiblemente se refiere usted a lo que yo misma oí hablar al señor Bingley y al señor Robinson; creo que ya se lo he explicado. El señor Robinson le preguntó si eran de su agrado nuestras reuniones de Meryton y si opinaba que había muchas jóvenes bonitas en la sala y cuál le parecía que destacaba más entre todas. A esta última pregunta contestó el señor Bingley al instante: *La mayor de las señoritas Bennet, sin duda alguna; sobre este punto no puede haber contradicción.*

—¡Vaya, vaya! Dicho así, parece terminante. Aunque, podría decirse, sin embargo, que al final todo puede quedar en agua de borrajas...

—Lo que oí después carece ya de importancia, Lizzy —dijo Carlota—. El señor Darcy ya no es digno de tanta consideración como su amigo, ¿verdad? ¡Pobre Lizzy...! ¡Juzgarte únicamente bastante "aceptable"...!

—Te ruego, Carlota, que no vuelvas a repetir eso, para que mi hija no llegue jamás a considerarse ofendida por semejante desprecio, porque el señor Darcy es un hombre tan de-

sagradable, que sería una desgracia ser agradable a sus ojos. Anoche me dijo la señora Long que había estado sentado media hora a su lado sin despegar los labios.

—¿Estás segura de eso, mamá? ¿No habrá algún error? —dijo Jane—. Yo misma vi cómo el señor Darcy hablaba.

—¡Naturalmente! Porque al final ella acabó por preguntarle si le gustaba Netherfield y él no tuvo más remedio que contestar; la señora Long me ha dicho que pareció muy contrariado por haberle dirigido la palabra.

—Según me indicó la señorita Bingley —manifestó Jane—, no es muy hablador, a no ser cuando se encuentra entre sus amigos íntimos, caso en que no se parece en absoluto al de ayer.

—No creo nada de todo eso, querida. Si fuese como tú dices, habría hablado al menos con la señora Long. Pero ya me imagino lo que ocurrió, todo el mundo asegura que lo domina el orgullo, y yo supongo que debió de enterarse que la señora Long no tiene coche propio y que tuvo que ir al baile en uno alquilado.

—A mí me importa muy poco que no haya dirigido la palabra a la señora Long a no ser por la fuerza —declaró la señorita Lucas—, aunque me hubiese gustado verlo bailar con Lizzy.

—Si yo estuviese en tu lugar, Lizzy —dijo la madre—, en otra ocasión me negaría a bailar con él.

—Mamá, me parece que eso puedo prometerlo.

—No me ofende tanto su orgullo —dijo la señorita Lucas— como cualquier otro acto de arrogancia, porque tiene una excusa. En realidad no puede extrañar que un joven tan distinguido, con familia, fortuna y todo a su favor, tenga un concepto de sí mismo muy elevado. En cierto modo tiene derecho a ser orgulloso.

—Eso es verdad —repuso Lizzy—; yo le podría perdonar fácilmente su orgullo, pero sólo si él no hubiese mortificado el mío.

—En mi opinión —dijo Mary, que presumía de la solidez de sus reflexiones—, el orgullo me parece un defecto demasiado común. He podido deducir, por la lectura de muchos libros, que la naturaleza humana es particularmente propensa a él y que son muy pocas las personas que se sienten satisfechas de sí mismas por razón de alguna cualidad imaginaria o real. Aunque las palabras se usen corrientemente como sinónimos, la vanidad y el orgullo son dos cosas muy distintas. Una persona puede ser orgullosa sin ser vanidosa. El orgullo se refiere concretamente al concepto que tenemos de nosotros mismos; y la vanidad, al que quisiéramos que los demás tuvieran de nosotros.

—Si yo tuviese tanto dinero como el señor Darcy —inter-

vino uno de los jóvenes Lucas, que había acompañado a sus hermanas—, no me preocuparía en absoluto de si soy o no orgulloso. Mi única preocupación sería cuidar un buen número de canes para la caza de zorras y beberme diariamente una botella de vino.

—Entonces llegarías a beber algún día mucho más de lo debido —replicó la señora Bennet— y si yo te viese un día empinar el codo, te arrebataría inmediatamente la botella.

El joven Lucas repuso que no se atrevería a hacèr tal cosa; ella siguió diciendo que llegado el caso nada se opondría a que lo hiciera, y así siguieron discutiendo durante largo rato. La polémica no terminó hasta que los visitantes se despidieron.

CAPÍTULO VI

Las señoras del Longbourn no tardaron en corresponder la atención de las de Netherfield. La visita fue devuelta debidamente. Los modales agradables de la señorita Bennet cautivaron pronto la admiración y simpatía de la señora Hurst y de la señorita Bingley, y aunque la madre resultaba insoportable y las hijas menores indignas de que se les dirigiese la palabra, expresaron a las dos mayores el deseo de entablar amistad y de conocerse mejor. A Jane le pareció muy bien esta deferencia, pero Lizzy seguía observando un fondo de orgullo en la manera en que aquellas jóvenes trataban a todo el mundo, exceptuando quizás a su hermana, por lo que seguían sin resultarle simpáticas.

Aun así, la amabilidad que demostraban hacia Jane procedía, probablemente, de la influencia que la admiración de su hermano ejercía sobre ellas. En general, dondequiera que se encontraran, se ponía de manifiesto la admiración del joven hacia ella, y para Lizzy era así mismo evidente que la predilección que Jane había comenzado a sentir desde el principio iba cediendo paulatinamente y se hallaba en camino de enamorarse de verdad; pero al mismo tiempo pensaba con satisfacción que no era probable que las personas que la rodeaban se enterasen de ello, puesto que su hermana unía a la fuerza de sus sentimientos una presencia de ánimo y una alegría interior envidiables que la ponían a cubierto de cualquier sospecha.

Lizzy habló de eso a su amiga la señorita Lucas.

—Tal vez resulte bonito e incluso agradable —contestó Carlota— poder engañar a los demás en un caso como éste,

pero tanta reserva puede resultar a veces inconveniente. Si una mujer se obstina en ocultar sus sentimientos al hombre que ama, puede perder la oportunidad de conservarlo y entonces significará un consuelo demasiado pobre el hecho de creer que se ha burlado de los demás. Tanta parte de gratitud o de vanidad hay en todos los defectos, que no es leal ni correcto dejar algo sin amparo. Todos podemos empezar con absoluta libertad, aunque una ligera preferencia es hasta cierto punto natural; pero muy pocas somos las mujeres que tenemos valor suficiente para enamorarnos de verdad si antes no se nos ha inducido a ello. En nueve de cada diez casos la mujer hubiera debido demostrar más afecto del que en realidad siente. Creo que no se puede poner en duda que tu hermana le gusta a Bingley, pero si ella no lo ayuda, es muy posible que la cosa no pase de ahí.

—Ella hace todo lo que puede. Si yo soy capaz de darme cuenta de que ella lo ama, muy obtuso tiene que ser él para no advertirlo mejor que yo.

—A pesar de eso, no debes olvidar, Lizzy, que Bingley no conoce el carácter de tu hermana como tú.

—Pero cuando una mujer no puede disimular la simpatía que siente hacia un hombre, éste tiene que comprenderlo forzosamente.

—Tal vez sí, en el caso de que la vea con frecuencia. Pero aunque Jane y Bingley se encuentren a menudo, nunca están juntos mucho tiempo; y como siempre se hallan entre un grupo numeroso de gente, es imposible que conversen a solas todo el tiempo. Por esta razón, Jane tendría que aprovechar todos los momentos para atraer su atención. Cuando lo tenga seguro, ya dispondrá de tiempo suficiente para enamorarse de él todo lo que le dé la gana.

—Tu plan es bueno —repuso Lizzy—, pero sólo para aquellos casos en que una trate de hacer un matrimonio de conveniencia. Si yo tuviese alguna vez la idea de casarme con un hombre rico o de conseguir un esposo cualquiera, sin duda alguna lo pondría en práctica para conquistarlo. Pero Jane nunca podría hacer eso, no es capaz de obrar con premeditación. Y creo que ni siquiera conoce la intensidad de su propia inclinación. Lo ha tratado tan sólo quince días. Bailó con él cuatro veces en Meryton, lo vio una mañana en su propia casa y desde entonces ha comido cuatro veces con él, pero nunca solos. Estos contactos son insuficientes para que Jane pueda comprender el temperamento de Bingley.

—Viéndolo así, no. Si sólo se hubiesen limitado a comer cuatro veces juntos, a lo único que podría haber llegado era a descubrir si tiene buen apetito o no; pero no olvides que han pasado juntos también cuatro veladas; y cuatro veladas pueden aprovecharse bien, si se quiere.

—Sí, después de esas cuatro veladas han podido comprobar que a ambos les gusta jugar al veintiuno y que detestan la profesión de comerciante; en cuanto a cualquier otra característica de importancia, no creo que hayan logrado descubrimientos sensacionales.

—Bien —dijo Carlota—, sinceramente deseo a Jane un completo éxito, y si mañana mismo se casara con él, creo que sus probabilidades de ser feliz serían las mismas que si tuviese que emplear un año entero en estudiar su carácter. La dicha de un matrimonio está siempre en manos de la suerte. La circunstancia de que los interesados se conozcan bien no presupone necesariamente que vayan a ser felices. Más tarde se descubrirá la diferencia real de temperamentos y llegarán los disgustos. Por eso, lo mejor es conocer lo menos posible los defectos de la persona con la que se ha de pasar la vida.

—Me hace reír lo que dices, Carlota. Sabes que eso no es cierto y también que tú nunca obrarías de esa manera.

Tan sólo atenta a observar las delicadezas del señor Bingley hacia su hermana, Lizzy estaba muy lejos de sospechar el interés que poco a poco estaba despertando en el ánimo de su amigo. Darcy se había limitado al principio a admitir que era una muchacha bonita; en el baile la había contemplado sin admiración y cuando volvieron a encontrarse la miró solamente como crítico severo. Pero pronto comenzó a advertir que el rostro de Lizzy reflejaba una inteligencia extraordinaria que se mostraba en la expresión de sus ojos negros. A este descubrimiento siguieron otros igualmente mortificantes. Aún después de comprobar más de un defecto de simetría en su talle, se veía obligado a reconocer la esbeltez y armonía de su figura; y a pesar de haber afirmado que sus modales no correspondían a los de una muchacha de clase distinguida, se sintió cautivado por la gracia de sus movimientos y por su natural desenvoltura. Pero Lizzy ignoraba todo esto; para ella, Darcy era un hombre que no inspiraba simpatía ninguna a nadie, el mismo que no la había encontrado bastante bonita para invitarla a bailar con él.

Darcy comenzó a sentir el deseo de conocerla mejor, y como medida eficaz para llegar a hablar con ella se puso a escu-

charla mientras conversaba con los demás. Este detalle llamó la atención de la muchacha. Aquel día se encontraban en casa del señor William Lucas, donde se celebraba otra gran fiesta.

—¿Qué perseguirá el señor Darcy —preguntó Lizzy a Carlota— al escuchar lo que decíamos el coronel Forster y yo?

—A esa pregunta sólo puede responder el propio señor Darcy.

—Si continua así, pronto le haré saber que adivino lo que pretende. Su mirada es tan impertinente que si no le correspondo del mismo modo acabaré por tenerle miedo.

Poco después volvía a acercarse Darcy a ellas, aunque al parecer sin intención de hablar. Al verlo, la señorita Lucas invitó a su amiga a decir algo; y ésta, siguiendo el consejo de ella, se volvió de cara a Darcy y dijo:

—¿No le ha parecido a usted, señor Darcy, que me expresé muy bien hace unos instantes cuando decía al coronel Forster que debería ofrecernos un baile en Meryton?

—Lo hizo usted con gran energía. En efecto, éste es un tema que hace a todas las mujeres sentirse enérgicas.

—Nos juzga usted con demasiada severidad.

—Pronto le tocará a ella que le digan lo que a su vez ha dicho al coronel Forster —intervino la señorita Lucas—. Lizzy, voy a abrir el piano y ya sabes lo que eso quiere decir.

—Eres una amiga muy extraña, Carlota. ¡Siempre insistiendo para que toque o cante delante de todo el mundo! Si yo tuviese vanidad musical, me halagarías; pero ahora preferiría no tocar ante personas que deben estar acostumbradas a escuchar a los mejores concertistas.

Pero al observar que su amiga insistía, añadió:

—De acuerdo, ya que tiene que ser, que sea —y mirando con mucha seriedad a Darcy, le dijo—: Todos los que están aquí conocen un antiguo proverbio que dice: "Reserva tu aliento para enfriar la sopa". Entonces, yo reservaré el mío para cantar.

La actuación de Lizzy resultó agradable, pero en modo alguno fue magistral. Cantó dos canciones, y antes de que pudiese repetir a ruegos de algunos concurrentes, la sustituyó al piano su hermana Mary, que por ser la menos agraciada físicamente de la familia trabajaba con ahínco para instruirse y refinarse, y sentía gran impaciencia por exhibirse en todas las reuniones. Mary carecía de talento y apenas demostraba tener gusto; a esto se añadía que su afán de estudio le había conferido una pedantería tal y unos modales tan afectados que provocaban la irritación de cualquier persona de cultura superior a la de ella. Lizzy

había actuado con desenvoltura y sin afectación, y a pesar de tocar el piano peor que Mary, fue oída con agrado. Ésta, en cambio, después de una larga y monótona audición tuvo que recurrir, para lograr el aplauso que buscaba, a la interpretación de unos aires escoceses e irlandeses, tarea en que fue ayudada por sus hermanas menores y el señor Lucas, que con dos o tres oficiales se pusieron afanosamente a bailar en un extremo del salón.

Darcy permanecía cerca de ellos, ocultando su indignación por esa manera de pasar la velada que no permitía entablar conversación con nadie. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que no advirtió junto a él la presencia del señor William Lucas hasta que le oyó decir:

—Encantadora diversión para la juventud, señor Darcy, ¿no le parece? Después de todo no hay nada tan hermoso como el baile. Lo considero como uno de los refinamientos propios de la alta sociedad.

—Así es, señor... Además, ofrece la ventaja de ser común a las sociedades menos distinguidas del mundo. Hasta los salvajes saben bailar.

El señor William se limitó a sonreír.

—Su amigo baila muy bien —prosiguió al cabo de unos instantes, al observar que el señor Bingley se unía al grupo—, y creo no equivocarme al afirmar que usted es un adepto de este arte, señor Darcy.

—Si mal no recuerdo, me vio usted bailar en Meryton.

—Así es, en efecto, y sentí un gran placer contemplándolo. ¿Baila usted con frecuencia en Saint James?

—No, señor, nunca.

—¿No cree usted que sería un cumplido muy adecuado al lugar?

—Es un cumplido que jamás efectuaré en ningún sitio, si puedo evitarlo.

—Tengo entendido que tiene usted casa en la ciudad.

Al advertir que el señor Darcy asentía, prosiguió:

—He pensado muchas veces en fijar mi residencia en Londres, porque nos gusta alternar con la sociedad distinguida; pero el clima de la capital no sienta bien a la señora Lucas.

Guardó silencio y esperó la contestación de su compañero, pero éste optó por no darle ninguna. En aquel momento Lizzy se dirigía hacia ellos, circunstancia que el señor William se dispuso a aprovechar para permitirse una galantería. Llamó a la joven y le dijo:

—Querida Lizzy, ¿usted por qué no baila? Señor Darcy, permítame que le presente a Lizzy como la pareja de baile más envidiable de la sala. Estoy seguro de que no podrá usted negarse a bailar con semejante belleza.

Y tomando la mano de Lizzy se dispuso a unirla a la de Darcy. Éste, sorprendido momentáneamente, la recibió, sin embargo, con evidentes muestras de complacencia. Pero de pronto ella retrocedió y dijo al señor William con cierta aspereza:

—Señor, no tengo ganas de bailar. Le suplico que no piense que me dirigía hacia ustedes con el propósito de mendigar una pareja.

Darcy quedó extrañado, pero al momento reaccionó y solicitó a la joven con solemne dignidad que le concediera el honor de bailar con él. Fue inútil, Lizzy se mantuvo firme en su resolución y los esfuerzos del señor William para convencerla no prosperaron.

—Baila usted tan maravillosamente, señorita Lizzy, que se porta conmigo de un modo cruel negándome el placer de contemplarla. Y aunque este caballero no es muy aficionado a las diversiones en general, sé positivamente que no se opondrá a complacernos durante media hora.

—El señor Darcy es muy cortés —dijo Lizzy sonriendo.

—Efectivamente, así es; pero viéndola a usted, querida Lizzy, no nos puede extrañar. ¿Quién podría encontrar reparos a una pareja como usted?

Lizzy lo miró, sonrió de un modo muy significativo y se marchó. Su negativa no le había hecho desmerecer ante el caballero; al contrario, éste estaba pensando en ella con indudable satisfacción cuando se le acercó la señorita Bingley y le dijo:

—Adivino el motivo de su meditación.

—Me parece que no.

—Está usted pensando en lo insoportable que sería pasar muchas veladas de esta manera, yo también soy de la misma opinión. ¡Nunca me había aburrido tanto! ¡Cuántas pretensiones tiene esa gente! Me gustaría saber la opinión que le merece.

—Le aseguro que se equivoca completamente, tenía ocupado el pensamiento en cosas más agradables. Reflexionaba sobre lo delicioso que es ver unos lindos ojos en el rostro de una mujer bonita.

Al oír aquello la señorita Bingley lo miró fijamente y sintió el deseo de saber a qué mujer se refería.

—A la señorita Lizzy Bennet —respondió Darcy.

—A la señorita Lizzy Bennet —repitió ella, con los ojos muy abiertos—. ¡Estoy asombrada! ¿Desde cuándo es su favorita? Y ahora dígame, ¿cuándo podré darle mi enhorabuena?

—Esperaba esa pregunta. ¡Cómo vuela la imaginación de las damas! Pasa en un instante de la admiración al amor y del amor al matrimonio. Ya sabía yo que estaba usted dispuesta a darme la enhorabuena.

—Bien; si continúa usted tomándolo en serio, habré de considerar que se trata de un asunto decidido. Tendrá usted una suegra encantadora y, como es natural, pasará largas temporadas con ustedes en Pemberley.

Mientras ella hablaba, procurando divertirse a su manera, Darcy escuchaba con absoluta indiferencia. Al final esta actitud la convenció de que todo era cierto y su imaginación se perdió en un caos de conjeturas.

CAPÍTULO VII

Los bienes que poseía Bennet se reducían a una renta anual de dos mil libras; producto de una propiedad que, por desgracia para sus hijas, se hallaba vinculada a un pariente lejano, a falta de heredero varón. Aunque importante para su situación familiar, la fortuna de la madre no bastaba para cubrir las necesidades de ella y de sus hijas el día en que faltase el marido. El padre de la señora Bennet había sido procurador en Meryton y a su muerte le había legado cuatro mil libras esterlinas.

La señora Bennet tenía dos hermanos; una hermana casada con un antiguo pariente de su padre, llamado Philips, que lo había sucedido en el negocio; y un hermano residente en Londres, propietario de una industria de relativa importancia.

Longbourn se hallaba a una milla escasa de Meryton, distancia muy conveniente para las jóvenes, que solían ir allí tres o cuatro veces por semana para visitar a su tía y, a la vez, a una modista que tenía el taller en la misma calle. Kitty y Lydia, las menores, eran las que frecuentemente se desplazaban a Meryton; tenían menos preocupaciones que sus hermanas y, en cuanto se presentaba una ocasión, realizaban ese corto viaje para entretener sus horas de la mañana y procurarse al mismo tiempo tema de conversación para las veladas, porque aunque en el campo las noticias eran pocas, ellas se las arreglaban siempre para que su tía les confiara alguna interesante. A veces,

no obstante, abundaban tanto las noticias como la satisfacción general por haber llegado a Meryton un regimiento de la milicia que había establecido allí su cuartel general y que, al parecer, iba a estar en la localidad durante todo el invierno.

Las visitas a la señora Philips eran ahora muy productivas para la obtención de informes interesantes. Conocían algo nuevo cada día respecto de los nombres y parentesco de los oficiales y, de esta forma, llegaron a conocer muy pronto los lugares en que se alojaban, por lo que finalmente trababan amistad con ellos. La señora Philips los visitaba a todos, procurando así a sus sobrinas una fuente de felicidad que jamás habían conocido. Sus únicos temas de conversación eran los oficiales; y a partir de entonces la gran fortuna de Bingley, cuyo recuerdo era suficiente para animar a su madre, perdió interés al ser comparada con el brillante uniforme de un teniente.

Cierta mañana, después de oír una nueva versión sobre el mismo tema, Bennet observó fríamente:

—Por su manera de expresarse puedo deducir que son las chicas más bobas del país. Lo venía sospechando desde hace tiempo, pero ahora puedo afirmarlo categóricamente.

Kitty quedó desconcertada y guardó silencio, pero Lydia continuó hablando con absoluta indiferencia de su admiración por el capitán Carter y de sus esperanzas de verlo aquel mismo día, puesto que por la mañana siguiente tenía que marcharse a Londres.

—Me asombra, querido —dijo la señora Bennet—, tu inclinación a considerar que tus hijas son estúpidas. Si alguna vez se me ocurriese juzgar ridículamente a los hijos de alguien, no sería a los míos.

—Si mis hijas son estúpidas, lo menos que puedo hacer es reconocerlo.

—Sí..., pero no me negarás que todas son muy inteligentes.

—Lo lamento, pero no estoy de acuerdo contigo en eso. Y mantengo mi punto de vista hasta el extremo de afirmar de nuevo que, al menos las dos pequeñas, están del todo chifladas.

—Querido, no pretenderás que unas muchachas como éstas sean ya tan juiciosas como nosotros. Puedo asegurarte que cuando tengan nuestra edad no pensarán en los oficiales como ahora. Todavía recuerdo aquel tiempo en que a mí me atraían también las guerreras rojas y, a decir verdad, aún hoy me gustan. Por eso, si un coronel joven y elegante con una renta de cinco o seis mil libras al año pidiera la mano de una de mis

hijas, no dudaría en concedérsela. Y encuentro que el coronel Forster estaba muy favorecido la otra noche con su flamante uniforme en el salón del señor William.

—Mamá —intervino Lydia—, mi tía afirma que el coronel Forster y el capitán Carter ya no van a casa de la señorita Watson con la frecuencia de antes; ahora los ve acudir mucho a la biblioteca de Clarke.

La señora Bennet no pudo responder porque en aquel momento llegó un criado con una carta para Jane, remitida desde Netherfield. El criado esperaba contestación. Los ojos de la muchacha brillaron de satisfacción y mientras ésta leía, la madre no cesó de insistir:

—Jane, ¿de quién es? ¿De qué se trata? ¿Qué dice? Vamos, hija mía, date prisa. Dime, ¿qué dice?

—Es de la señorita Bingley —manifestó por fin Jane, al tiempo que se ponía a leer en voz alta:

Querida amiga:

Si no tiene usted piedad de nosotros y viene a comer en mi compañía y en la de Luisa, que estamos solas, correremos el riesgo de terminar el día declarándonos un odio eterno, ya que un día entero tête-à-tête entre dos mujeres no puede acabar de otro modo. Venga usted, se lo ruego, tan pronto como pueda después de recibida esta carta. Mi hermano y sus amigos han salido a comer con los oficiales.

Siempre suya,

CAROLINA BINGLEY

—¡Con los oficiales! —exclamó Lydia—. ¡Qué extraño que mi tía no nos haya dicho nada sobre esto!

—Van a comer fuera. ¡Qué mala suerte! —se lamentó la señora Bennet.

—¿Puedo usar el coche? —preguntó Jane.

—No, querida; será mejor que vayas a caballo. Es muy posible que hoy llueva y entonces tendrás que quedarte allí.

—Eso estaría bien —intervino Lizzy— si no fuese seguro que se ofrecerán a acompañarla a casa.

—Has olvidado, hija mía, que el coche del señor Bingley se lo habrán llevado los caballeros y que los Hurst no tienen caballos para el suyo.

—Yo preferiría ir en coche.

—Pero, querida, tu padre no podrá disponer de todos los

caballos; los necesita para los trabajos de la granja, ¿no es cierto, Bennet?

—En la granja los necesitan con más frecuencia que yo.

—Papá —dijo Lizzy—, si han de disponer de ellos hoy, confiésalo de una vez.

Después de insistir durante un rato, el señor Bennet confesó que la mayor parte de los caballos estaban ocupados. Por eso Jane se vio obligada a ir a caballo. Su madre la acompañó hasta la puerta mientras pronosticaba con agrado mal tiempo para aquel día.

Efectivamente, sus pronósticos se cumplieron, porque aún no se había alejado mucho su hija cuando comenzó a llover copiosamente. Esto intranquilizó a sus hermanas, pero colmó de satisfacción a la madre. El aguacero continuó toda la tarde sin interrupción; entonces, lo más probable era que Jane no pudiera regresar.

—¡Qué idea tan genial he tenido! —repetía la señora Bennet, como si por la fuerza de su deseo se hubiese producido aquel diluvio.

Sin embargo, hasta la mañana siguiente no se enteró del éxito total de la artimaña. Apenas había acabado de desayunar cuando un criado de Netherfield llegó a la casa con una carta dirigida a Lizzy, que decía así:

Mi querida Lizzy:

Esta mañana me encuentro bastante mal, a causa, supongo, del remojón de ayer a la tarde. Mis amables anfitriones no quieren oírme hablar del regreso a casa hasta que haya mejorado, e insisten en que me visite el doctor Jones. No se alarmen, porque aunque oigan decir que me ha visitado el médico, se trata de un simple resfriado y un ligero dolor de cabeza.

Tuya,

JANE

—Bien, querida —manifestó Bennet cuando Lizzy hubo terminado de leer la carta en voz alta—, si Jane ha contraído una enfermedad grave, o bien, si por desgracia muere, siempre será un consuelo para mí saber que todo ocurrió por haber ido detrás del señor Bingley siguiendo tus instrucciones.

—¡Oh, qué cosas dices! No tengo ninguna preocupación por eso. Nadie muere por un simple resfriado. Además, sé que la cuidarán con esmero y que mientras esté allí todo irá bien. Si

pudiese utilizar el coche, iría a verla ahora mismo.

Lizzy, que estaba verdaderamente preocupada por su hermana, decidió ir aunque no hubiera carruaje; pero como no sabía montar a caballo, la única alternativa que le quedaba era ir caminando.

—¿Serías capaz de cometer semejante locura —le dijo su madre— con el barro que hay? Cuando llegues allí la suciedad no permitirá reconocerte.

—No importa, lo único que quiero es ver a Jane.

—Oye, Lizzy, ¿acaso estás insinuándome que mande a buscar los caballos? —preguntó su padre.

—De verdad que no. Tres millas de distancia no cuentan cuando existen motivos serios para recorrerlas. Volveré a la hora de comer.

—Admiro la intensidad de tu afecto —observó Mary—; pero recuerda que todos los impulsos sentimentales deben ser guiados por la razón y, a mi entender, el esfuerzo ha de ser siempre proporcional a la necesidad.

—Te acompañaremos hasta Meryton —se ofrecieron Catalina y Lydia.

Lizzy aceptó su compañía, y las tres salieron juntas.

Mientras iban andando, Lydia manifestó a su hermana menor:

—Si nos damos prisa quizá podamos ver al capitán Carter antes de que emprenda el viaje a Londres.

En Meryton se separaron, las dos menores se fueron en busca de la esposa de un oficial, y Lizzy continuó sola el camino, a campo traviesa, a paso ligero y atravesando con agilidad los baches y charcos que encontraba, hasta que divisó Netherfield. Le dolían los tobillos y tenía las medias sucias y las mejillas encendidas por el esfuerzo.

La recibieron en la salita de estar, donde se hallaban reunidos todos, excepto Jane. Su aparición produjo natural sorpresa. La señora Hurst y la señorita Bingley consideraban algo increíble el hecho de que hubiese recorrido tres millas a pie, tan temprano y con un clima tan inseguro. Lizzy observó sus gestos y pensó que la menospreciaban por ello.

Sin embargo, fue acogida con amabilidad y pudo apreciar en Bingley, más que amabilidad, auténtica simpatía. Darcy apenas dijo unas pocas palabras y Hurst ninguna. El primero contemplaba con admiración el rojo vivo de las mejillas de la joven mientras se preguntaba si la ligera enfermedad de su hermana podía justificar el hecho de que se hubiese decidido a llegar sola

hasta allí; y el segundo estaba pendiente tan sólo de su almuerzo.

Las respuestas que dieron a Lizzy sobre el estado de Jane no la dejaron satisfecha. La señorita Bennet había pasado una noche bastante agitada y se había obstinado en levantarse aún teniendo fiebre. Lizzy expuso el deseo de verla al momento y cuando quedaron solas las dos hermanas, Jane no hizo otra cosa que expresar su agradecimiento por las atenciones recibidas de la familia Bingley. Lizzy escuchaba en silencio.

Después del almuerzo se presentaron en la habitación las hermanas Bingley; y al observar lo solícitas que se mostraban con Jane, comenzaron a resultarles simpáticas a Lizzy. Un rato más tarde llegó el médico y, tras reconocer a la enferma, manifestó que se trataba de un resfriado muy fuerte que había que tratar de curar rápidamente; le ordenó que volviera a la cama y le recetó unas pócimas. Jane obedeció sin demora, porque la fiebre iba en aumento y el dolor de cabeza era intenso. Lizzy permaneció en la habitación continuamente y las demás señoras tampoco se ausentaron por mucho tiempo. Los caballeros habían salido, porque, era lógico, allí no tenían nada que hacer.

Cuando dieron las tres, Lizzy decidió marcharse, aunque contra su voluntad, según lo manifestó a la señorita Bingley. Ésta le ofreció el coche, y cuando estaba a punto de aceptarlo Jane comenzó a lamentarse de tal forma por la ausencia de su hermanita, que la señorita Bingley tuvo que retirar la oferta del coche y reemplazarla por una invitación a quedarse en Netherfield hasta que su Jane se repusiera. Lizzy aceptó muy agradecida y al momento salió un criado con el encargo de comunicar en Longbourn el cambio de plan y solicitar le entregaran ropa para la nueva visita.

CAPÍTULO VIII

Las dos señoras se vistieron a las cinco, y hora y media más tarde llamaron a Lizzy para que fuese a comer. No pudo dar una contestación muy favorable a las corteses preguntas que le dirigieron, entre las que notó con satisfacción la atenta y sincera de Bingley, porque Jane no se encontraba nada bien. Al oír esto, las hermanas repitieron tres o cuatro veces cuánto lo lamentaban, lo fastidioso que era tener un resfriado tan fuerte y hasta qué punto les molestaba enfermarse, y no volvieron a pensar más en aquello. La antipatía que Lizzy había sentido inte-

riormente hacia ellas al llegar a la casa se reprodujo al observar la indiferencia que demostraban con respecto a Jane.

El único a quien ella veía con cierto agrado era Bingley. Su preocupación por la salud de Jane era evidente, lo mismo que sus atenciones para con ella misma, lo cual hizo que no se sintiera tan intrusa como se imaginaba que la consideraban los demás. Excepto él, nadie se preocupa demasiado por ella. La señorita Bingley se dedicaba a contemplar con embeleso a Darcy, y su hermana hacía otro tanto. En cuanto a Hurst, al lado de quien estaba sentada Lizzy, era un hombre que parecía vivir tan sólo para comer, beber y manejar los naipes; y al enterarse de que la joven prefería cualquier plato a un *ragoût*, dejó de hablar con ella, como si los temas de conversación se hubiesen agotado a partir de entonces.

Terminada la comida, Lizzy volvió inmediatamente al lado de su hermana y la señorita Bingley comenzó a criticarla apenas hubo abandonado el comedor. Le parecía censurable su actitud y veía en ella una rara mezcla de orgullo e impertinencia; además, no sabía seguir una conversación, ni tenía estilo, ni mucho menos gusto ni belleza.

La señora Hurst confirmó esa opinión y añadió:

—En resumen, no tiene nada que la pueda favorecer, ni mérito alguno, a no ser el de manifestarse como una excelente excursionista. Jamás olvidaré el deplorable aspecto que tenía esta mañana. Parecía una salvaje.

—En efecto, Luisa, yo apenas he logrado contenerme. ¡Vaya tontería la de llegarse hasta aquí! ¿Cómo se le habrá ocurrido atravesar esos campos empapados de agua por el simple hecho de que su hermana estaba un poco resfriada? ¡Qué cabello tan enmarañado traía!

—¡Y qué enaguas! Habrás visto la cantidad de barro que había recogido en ellas. Además, se había soltado el vestido un poco, sólo para disimular la suciedad.

—Tu descripción puede ser exacta —intervino Bingley—; pero yo no me he fijado en nada de eso. Mi impresión respecto de la señorita Lizzy fue muy distinta cuando la vi entrar en la sala esta mañana. A mí me pareció muy atractiva y no me di cuenta de que llevara las enaguas sucias.

—Usted sí se fijó, señor Darcy, estoy segura —dijo la señorita Bingley—; y quiero creer que a usted no le gustaría ver a su hermana dando un espectáculo semejante.

—No, naturalmente.

—¡Andar tres, cuatro o cinco millas, las que sean, con barro hasta los tobillos y completamente sola...! ¿Qué se proponía dar a entender con eso? Sin duda alguna, demostrar su abominable inclinación a la independencia y una despreocupación por el decoro, propia más bien de los campesinos.

—Lo único que eso demuestra —intervino de nuevo Bingley— es el cariño que siente por su hermana, lo cual me parece muy digno de alabanza.

—Temo, señor Darcy —observó la señorita Bingley con un gesto un tanto malicioso—, que esta aventura ha restado en usted al menos parte de la admiración que sentía por sus encantadores ojos.

—En absoluto —replicó él—, la agitación les dio un brillo superior a lo normal.

Un breve silencio siguió a estas palabras, roto al fin por la señora Hurst, que prosiguió:

—Siento un cariño entrañable por Jane Bennet; en realidad es una muchacha deliciosa y deseo de todo corazón que encuentre el partido que merece. Pero temo que no lo logre con unos padres como los suyos y con parientes tan ordinarios.

—Creo haberle oído decir que su tío es procurador en Meryton.

—Sí, y tiene otro que vive no muy lejos de Cheapside.

—Eso es algo muy importante —añadió su hermana.

Y las dos se echaron a reír con muy buen humor.

—Aunque todos los caballeros que habitan Cheapside fuesen tíos suyos, no por ello dejarían de ser agradables —exclamó Bingley.

—Pero esto debe influir necesariamente en las probabilidades de contraer matrimonio con un hombre distinguido —repuso Darcy.

Bingley no replicó, pero sus hermanas corroboraron con manifiesta sinceridad las palabras de Darcy. La conversación se prolongó aún durante largo rato y las mujeres se divirtieron a expensas de los vulgares parientes de su querida amiga.

No obstante, en un nuevo impulso de ternura, pasaron a la habitación de la enferma cuando ya no tenían nada que decir y permanecieron con ella hasta que las llamaron para tomar café. Jane seguía muy decaída y Lizzy no quiso dejarla sola hasta muy entrada la noche. Al comprobar que por fin había conciliado el sueño, le pareció correcto y agradable bajar al salón para hacerle compañía a los demás. Al entrar en él, todos estaban jugando al *loo* y fue invitada inmediatamente a participar;

pero sospechando que apostaban cantidades fuertes rehusó la invitación alegando el estado de su hermana y añadiendo que durante el poco tiempo que podría estar allí se entretendría leyendo un libro. Hurst la miró con gesto de incomprensión.

—¡Cómo! ¿Prefiere usted la lectura a los naipes? —exclamó—. ¡Qué cosa más singular!

—Lizzy desprecia los naipes —intervino la señorita Bingley—, le gusta extraordinariamente la lectura y no encuentra diversión en otra cosa.

—No merezco ni esa alabanza ni esa censura —replicó Lizzy—; ni me gusta tanto la lectura como usted cree y hay otras muchas cosas que me divierten.

—Lo que es cierto —dijo Bingley— es que le resulta muy grato cuidar de su hermana, y espero que la satisfacción que encuentra ahora se duplique muy pronto al verla restablecida.

Lizzy agradeció de todo corazón las palabras de Bingley y se acercó a una mesa sobre la que había algunos libros. Al momento se ofreció él para ir a buscarle otros de los muchos que contenía su biblioteca.

—Mi gusto sería disponer de una colección más extensa para su satisfacción y mi honra; pero me he convertido en un haragán y sé que aunque en mi biblioteca no hay muchos volúmenes, me sobra la mayor parte, por cuanto me digno hojear muy pocos.

Lizzy le aseguró que con los que había en el salón tenía suficiente.

—Es extraño —dijo la señorita Bingley— que mi padre haya dejado una colección de libros tan reducida. En cambio usted, señor Darcy, tiene una biblioteca magnífica en su mansión de Pemberley.

—Necesariamente ha de ser buena —repuso Darcy—, puesto que se han preocupado por ella muchas generaciones.

—Y usted, por su parte, la está enriqueciendo continuamente con nuevos libros.

—Así es. Lo que no comprendo es que se pueda tener descuidada una biblioteca familiar.

—Estoy segura de que usted no podría descuidar ningún detalle que pudiera aumentar la belleza de su residencia. Cuando mi hermano construya su casa, yo me daría por satisfecha con que fuese tan sólo la mitad de bonita y acogedora que la de Pemberley.

—Yo también —intervino el aludido.

—Para eso te aconsejo que compres los terrenos cerca de Pemberley y que tomes como modelo la finca del señor Darcy. No hay en toda Inglaterra región tan hermosa como el condado de Derby.

—De muy buena gana compraría el propio Pemberley si Darcy quisiese vendérmelo.

—Estoy hablando de posibilidades, Carlos —declaró su hermana.

—Y yo te aseguro, Carolina —replicó Bingley—, que sería mucho más fácil comprar Pemberley que construir una mansión que pueda parecérsele en algo.

Tan abstraída estaba Lizzy en la conversación que apenas si prestaba atención al libro que tenía abierto ante sus ojos. Finalmente abandonó la lectura y se acercó a la mesa en que se jugaba, donde tomó asiento entre Bingley y su hermana, con objeto de seguir las incidencias del juego.

—¿Ha crecido mucho su hermana desde la primavera pasada? —preguntó la señorita Bingley a Darcy—. Seguramente estará ya tan alta como yo.

—Me parece que sí. Casi es tan alta como la señorita Lizzy, o posiblemente un poco más.

—¡Qué ganas tengo de volver a verla! Jamás he visto persona alguna tan agradable como ella. ¡Qué distinguida es y qué modales tan delicados tiene! Y sobre todo ¡qué cultura tan extraordinaria posee a su edad! Y además toca el piano maravillosamente.

—Nunca podré explicarme —dijo Bingley— cómo todas las jóvenes tienen tanta paciencia para llegar a adquirir una formación tan completa.

—¿Que todas las jóvenes tienen una formación completa? Pero ¿qué estas diciendo, Carlos?

—Sí, todas. Por lo que estoy viendo, todas saben pintar, confeccionan monederos, cubren biombos..., y puedo asegurar que nunca he oído hablar de una joven sin que se indicara que se trataba de una mujer instruida.

—El concepto que tienes de lo que comúnmente se considera como instrucción es muy acertado —dijo Darcy—. El calificativo de instruidas se aplica a muchas mujeres sencillamente porque saben confeccionar un monedero o cubrir un biombo. Sin embargo, yo no puedo aceptar que todas las jóvenes sean instruidas por hacer esto solamente, y en ese sentido no puedo jactarme de conocer más de media docena que lo sean de verdad.

—Y yo tampoco —dijo la señorita Bingley.

—Entonces —observó Lizzy— debe ser muy exigente su concepto de la mujer perfectamente instruida.

—Desde luego, lo es.

—¡Oh! En efecto —corroboró la señorita Bingley, su fiel cómplice—, nadie puede considerarse instruido si no rebasa en mucho el nivel normal de la mayoría. Una mujer debe tener amplios conocimientos de música, canto, dibujo y baile, y de los idiomas modernos para merecer el calificativo de instruida; y además ha de tener algo peculiar en su aire, en sus gestos, en el tono de su voz y en su trato, que la muestren agradable al resto de la gente; de lo contrario sólo podrá considerarse medianamente instruida.

—Todo eso es necesario —añadió Darcy—, pero hay que agregar algo más sustancial: una mujer debe perfeccionar su espíritu con la lectura constante.

—Ahora ya no me extraña —dijo Lizzy— que sólo conozca usted seis mujeres bien instruidas. Lo raro es que haya podido encontrar alguna.

—¿Tan severa es usted con las personas de su propio sexo que llega a dudar de esta posibilidad?

—Jamás he visto semejante mujer, ni hallé reunidas tales capacidades, tal gusto y elegancia como los que acaba de describir usted.

La señorita Bingley y la señora Hurst protestaron al unísono contra la injusticia que suponía su duda y ambas afirmaron que conocían a muchas mujeres que respondían perfectamente a tal descripción. En esto estaban cuando Hurst las llamó al orden, lamentándose amargamente la poca atención que prestaban al juego.

Comprendiendo que la conversación tocaba ya a su fin, Lizzy se ausentó del salón. Cuando hubo cerrado la puerta tras de sí, la señorita Bingley se dio prisa en hacer el siguiente comentario:

—Lizzy Bennet es una de esas chicas que tratan de congraciarse con el otro sexo menospreciando al suyo propio, y me atrevo a asegurar que este sistema suele dar buen resultado con muchos hombres. Pero en mi opinión es un recurso vil, un método muy mezquino.

—Sin duda alguna —repuso Darcy, a quien iba dirigida principalmente esta observación— en todos los métodos que las mujeres a veces se permiten poner en práctica para cautivar a los hombres hay mucha mezquindad.

La señorita Bingley no quedó satisfecha con esta contestación y la polémica prosiguió.

Lizzy volvió al salón para anunciar que su hermana había empeorado y que no podía dejarla sola. Al momento Bingley expuso la conveniencia de mandar a buscar al doctor Jones; sus hermanas, por el contrario, insistían en que se enviara expresamente a alguien a la ciudad con el objeto de que hiciese ir a alguno de los médicos más eminentes, alegando que un médico rural no era de ninguna utilidad en aquel caso. Finalmente, la señorita Bennet optó por seguir el consejo del señor Bingley y se acordó que si a primeras horas de la mañana no se encontraba Jane francamente mejor, irían en busca del doctor Jones.

CAPÍTULO IX

Lizzy pasó la mayor parte de la noche en la habitación de su hermana, y a la mañana siguiente tuvo la satisfacción de dar buenas noticias al señor Bingley, que muy temprano, por medio de una camarera, se interesó por la enferma. No obstante, a pesar de esta mejoría, el joven ordenó a un criado salir hacia Longbourn con el encargo de rogar a la señora Bennet para que visitara a Jane y que pudiese juzgar la situación por sí misma. Ésta respondió al recado inmediatamente y llegó a Netherfield acompañada de sus dos hijas menores poco después de la hora del desayuno.

La señora Bennet se habría desesperado si su hija hubiese corrido algún peligro; pero al comprobar que no se trataba de una enfermedad grave, no sintió el deseo de que su hija se restableciera pronto, porque recobrar la salud hubiera significado tener que abandonar Netherfield. Por consiguiente, hizo oídos sordos al deseo de su hija de ser trasladada a su casa y se alegró de que el doctor Jones, que acababa de llegar en aquel preciso momento, considerase, del mismo modo, inoportuna la petición. Luego de permanecer un rato al lado de Jane, la señorita Bingley les hizo un gesto disimulado de invitación, y la madre y las tres hijas la acompañaron a una salita. Bingley fue enseguida a reunirse con ellas, seguro de que la señora Bennet no había encontrado a su hija peor de lo que esperaba; pero a sus preguntas la señora respondió:

—Señor Bingley, mi hija está peor de lo que me suponía; considero que está demasiado enferma para trasladarla. El doc-

tor Jones opina lo mismo que yo. Por ello tendremos que abusar un poco más de la amabilidad de usted.

—¡Trasladarla! —exclamó Bingley—. ¡Ni pensar en eso! Estoy seguro de que a mi hermana le parecería mal incluso oír hablar de tal cosa.

—Puede estar segura, señora —dijo la señorita Bingley con fría cortesía—, de que sus hijas serán objeto de todas las atenciones posibles mientras permanezcan en esta casa.

La señora Bennet pronunció un largo discurso para demostrar su gratitud.

—Estoy convencida —concluyó— de que algo malo hubiese podido ocurrirle a mi hija de no hallarse entre unos amigos tan buenos como ustedes, porque está realmente muy enferma y sufre mucho, aunque, como es costumbre en ella, con la mayor paciencia y resignación que cabe imaginarse, ya que tiene el carácter más dulce que en mi vida haya conocido. A mis otras hijas les digo con frecuencia que ninguna de ellas puede compararse con Jane. ¡Qué salita más agradable tiene usted, señor Bingley, y qué vista más encantadora sobre la alameda! En todo el país no existe otro lugar como Netherfield. Supongo que no debe usted tener intención de abandonarlo pronto, aunque el contrato sea para corto plazo.

—Mi costumbre es hacerlo todo con mucha rapidez —repuso él— y, por consiguiente, si alguna vez me decidiera a abandonar Netherfield, lo haría en cinco minutos. Sin embargo, por ahora me encuentro perfectamente aquí.

—Eso es exactamente lo que yo me hubiera imaginado de usted —intervino Lizzy.

—Parece que empieza usted a conocerme, ¿no es cierto? —preguntó Bingley volviéndose de cara a ella.

—¡Oh, sí! Lo comprendo perfectamente.

—Quisiera interpretar sus palabras como un cumplido, porque pienso que ser conocido tan a fondo puede ser lamentable para uno.

—Depende de cómo ocurran las cosas. No puede afirmarse necesariamente que un carácter complicado y en apariencia impenetrable sea más o menos apreciable que el suyo.

—Lizzy —exclamó su madre—, recuerda que no estás en tu casa y que no debes hablar de ese modo tan irreflexivo.

—Ignoraba que también era usted un psicólogo —prosiguió Bingley inmediatamente—. Debe de ser muy divertido el estudio de los caracteres.

—Sí, pero los intrincados son los más divertidos. Por lo menos tienen esa ventaja.

—En general —manifestó Darcy—, el campo puede ofrecer muy pocos temas para un estudio de esa índole. El ambiente de un vecindario rural es muy limitado y hay poca variedad.

—Pero las personas cambian tanto dondequiera que vivan que siempre hay en ellas algo nuevo que observar.

—En efecto —exclamó la señora Bennet, algo molesta por aquella manera de hablar de los vecindarios rurales—, aseguro a usted que esto sucede en la ciudad exactamente igual que en el campo.

Estas palabras asombraron a todos y Darcy, después de quedarse un momento mirándola fijamente, se volvió sin pronunciar palabra. La señora Bennet, creyendo firmemente que acababa de obtener una gran victoria sobre él, prosiguió en tono triunfal:

—No sé en qué sentido puede llevar Londres mucha ventaja a cualquier zona rural, a no ser en lo que concierne a las tiendas y edificios públicos. El campo presenta aspectos muchísimo más agradables. ¿No lo cree usted así, señor Bingley?

—Cuando me encuentro en el campo —respondió él— nunca siento el menor deseo de abandonarlo; y lo mismo me ocurre cuando estoy en la ciudad. Ambos ofrecen sus encantos y sus ventajas, y me siento igualmente feliz en una u otra parte.

—Naturalmente, porque usted hace lo posible por acomodarse a todo. Pero ese caballero —dijo mirando a Darcy— parecía querernos demostrar que el campo no vale nada.

—Estás equivocada, mamá —intervino Lizzy, sonrojándose por las palabras de su madre—. Has interpretado mal lo que ha dicho el señor Darcy. Lo que él quería decir era solamente que no existe tanta variedad en la gente del campo como en la de la ciudad y en este sentido debes reconocer que tiene toda la razón.

—Sin duda alguna, querida; nadie ha dicho lo contrario. Pero en cuanto a lo de que aquí no se encuentra mucha gente, me parece que hay pocos vecindarios tan poblados como éste. Yo he llegado a comer rodeada de veinticuatro familias.

Sólo por consideración a Lizzy el señor Bingley procuró contenerse. En cambio su hermana fue menos delicada y dirigió la mirada al señor Darcy, acompañada de una sonrisa muy significativa. Con objeto de decir algo que cambiase el giro de la conversación e hiciese olvidar las apreciaciones de su madre, le

preguntó Lizzy si Carlota Lucas había estado en Longbourn desde que ella había llegado a Netherfield.

—Sí, estuvo en casa ayer con su padre. ¡Qué agradable es sir William! ¿Verdad, señor Bingley? ¡Tan sencillo y a la vez tan distinguido...! Siempre tiene una palabra para todo el mundo. Así es como yo considero deben ser las personas educadas. Aquellas otras que se dan tanta importancia y nunca despegan los labios jamás lo son.

—¿Se quedó Carlota a comer con ustedes?

—No, insistió en irse a su casa. Supongo que la necesitaban para preparar los pastelillos de carne. Yo, señor Bingley, procuro siempre disponer de sirvientas que conozcan bien sus obligaciones. A mis hijas les he dado una educación muy distinguida. Pero cada cual juzga las cosas a su antojo. A pesar de todo, las hijas de sir William son unas chicas excelentes. ¡Lástima que no sean bonitas! Carlota, por ejemplo, lo es muy poco, lo cual no impide que sea muy buena amiga nuestra.

—Parece una joven muy agradable —observó Bingley.

—¡Oh, sí, querido! Sin embargo, deberá usted reconocer que es muy fea. Su misma madre me lo ha dicho algunas veces y hasta me ha reconocido que envidia la belleza de Jane. Nunca me ha gustado vanagloriarme de mis hijas, pero lo cierto es que no se ven por ahí chicas tan bonitas como Jane... Todo el mundo lo dice. Y repito que no hablo así por derecho de que sea su madre. Había en Londres, en casa de mi hermano Gardiner, un caballero tan enamorado de Jane (cuando ella sólo tenía quince años) que mi cuñada estaba segura de que pediría su mano antes de regresar a Longbourn. Pero no lo hizo, quizá porque la vio demasiado joven. A pesar de eso le dedicó algunos versos muy inspirados.

—Y ahí terminó su cariño —dijo Lizzy con visible impaciencia—. Imagino que hubo muchos otros que acabaron igual que ese caballero. A veces me pregunto quién fue el primero que descubrió la eficacia que tienen los valores para hacer olvidar el amor.

—En mi opinión la poesía ha sido siempre como el combustible que mantiene vivo el fuego del amor.

—De un amor bello, sano y profundo, tal vez. Cualquier cosa sirve para mantener vivo lo que ya rebosa de vida. Pero tratándose de una ligera y débil inclinación puede usted asegurar que un buen soneto es el remedio más práctico para anularla.

Bingley se limitó a esbozar una sonrisa y no replicó. El silencio que siguió a sus propias palabras hizo temblar a Lizzy

ante la posibilidad de que su madre volviera a intervenir. Efectivamente, parecía querer hablar, pero no se le ocurría nada. Por fin, después de una breve pausa, comenzó a repetir una y otra vez frases de agradecimiento a Bingley por las atenciones dedicadas a Jane y a Lizzy. Éste contestó de un modo cortés y sin afectación, obligando con eso a su hermana a imitarlo, aunque ésta no pudo evitar que se reflejaran en sus palabras la falta de sinceridad y el deseo de cumplir. Pero la señora Bennet quedó satisfecha, y poco después ordenaba que preparasen su coche.

Entonces se decidió a hablar la menor de sus hijas, que hasta aquel momento había estado cuchicheando con su otra hermana. El resultado fue que Lydia, una muchacha de quince años, alta y robusta, de cutis delicado y expresión risueña, interpelara al señor Bingley, un tanto bruscamente, para recordarle su promesa de dar un baile a su llegada a Netherfield. La respuesta de Bingley sonó a música celestial en los oídos de la señora Bennet.

—Estoy dispuesto a cumplir mi palabra, se lo aseguro. En cuanto su hermana se haya restablecido, usted misma tendrá la bondad de designar la fecha para la celebración del baile. Supongo que no tendrá inconveniente alguno en esperar unos días.

—¡Oh, claro que no! —agregó, satisfecha Lydia—. El baile se dará cuando Jane se recupere y entonces es posible que el capitán Carter haya regresado a Meryton. Y luego de que se haya celebrado su baile insistiré para que ellos también organicen uno. Insistiré para que el señor Forster comprenda que sería vergonzoso que no lo hiciera.

La señora Bennet y sus dos hijas menores se marcharon y enseguida corrió Lizzy al lado de Jane y dejó que las damas de Netherfield y Darcy comentaran con libertad el comportamiento de su madre y sus hermanas. Sin embargo, no fue posible hacer intervenir a Darcy en las críticas de las que fuera objeto Lizzy, a pesar de todas las agudezas que a las hermanas de Bingley se les ocurrieron a propósito de sus "encantadores ojos".

CAPÍTULO X

El nuevo día transcurrió casi del mismo modo que el anterior. La señorita Bingley y la señora Hurst habían dedicado parte de la mañana a hacerle compañía a la enferma que,

aunque con lentitud, seguía mejorando, y por la tarde Lizzy se reunió con los demás en el salón. Nuevamente rehusó acercarse a la mesa en que se jugaba al *loo*. Darcy estaba escribiendo, y la señorita Bingley lo observaba, sentada cerca de él, y distraía repetidamente su atención dando encargos a su hermana. El señor Hurst y el señor Bingley jugaban al *piquet*, mientras que la señora Hurst hacía el papel de espectadora en el juego.

Lizzy tomó una manualidad y se entretuvo observando lo que ocurría entre Darcy y la señorita Bingley. Las alabanzas que ésta dedicaba a su caligrafía y al modo externo de escribir la carta, y la absoluta indiferencia con que eran acogidos estos elogios, dieron origen a un curioso diálogo que corroboraba con fiel exactitud el juicio que cada uno de los dos se merecía.

—¡Cuánto se alegrará la señorita Darcy al recibir una carta como ésta!

Él no contestó.

—Escribe usted a una velocidad poco común.

—Se equivoca, más bien escribo despacio.

—¡Cuántas cartas debe de tener ocasión de escribir a lo largo del año! ¡En especial, cartas de negocios! ¡Esas sí que las encuentro odiosas!

—Entonces es una suerte que sea yo quien tenga que escribirlas y no usted.

—Tenga la bondad de decir a su hermana que me muero de deseos de verla.

—Ya se lo he dicho una vez por indicación de usted.

—Sufro pensando que no le guste a usted la pluma con la que está escribiendo. Permítame que se la corte. Yo sé cortar las plumas muy bien.

—Gracias, yo siempre corto las mías.

—¿Cómo consigue usted escribir con tanta simetría?

Darcy guardó silencio.

—Haga usted saber a su hermana que celebro mucho sus progresos en el arpa y añada, por favor, que estoy entusiasmada con su bonito dibujo para mesa, que encuentro muy superior al de la señorita Grantley.

—¿Querría usted tener la bondad de reservar su entusiasmo para otra ocasión? Ya no puedo agregar nada, no queda espacio en el papel.

—No importa. La veré en enero. Pero dígame, ¿le escribe usted siempre cartas tan extensas y encantadoras?

—Las cartas que le escribo suelen ser extensas, pero si

son o no encantadoras no me toca a mí juzgarlo.

—Siempre he creído que una persona capaz de escribir una carta larga no puede escribir mal.

—Darcy no puede tomar eso como un cumplido, Carolina —intervino su hermano—, porque aunque escribe extensamente no lo hace sin dificultad. A veces piensa demasiado para hallar las palabras que necesita. ¿No es cierto, Darcy?

—Mi modo de escribir difiere mucho del tuyo.

—¡Oh! —exclamó la señorita Bingley—. Carlos es muy descuidado al escribir sus cartas, omite la mitad de las palabras que necesita para expresarse y confunde las restantes.

—Las ideas acuden a mi cerebro con tanta rapidez que no me queda tiempo para expresarlas debidamente; por eso mis cartas a veces no dicen nada en absoluto a las personas a quienes van dirigidas.

—Su modestia, señor Bingley —dijo Lizzy—, tiene que ser un arma contundente para sus censuradores.

—Nada hay tan engañoso —manifestó Darcy— como una modestia aparente. Con frecuencia oculta tan sólo una falta de criterio y a veces una pretensión indirecta.

—Y, ¿cuál de estos dos calificativos merece mi reciente rasgo de humildad?

—El de pretensión indirecta, porque tú estás orgulloso en realidad de los defectos en que incurres al escribir, ya que te parecen fruto de una rapidez de pensamiento y un abandono que consideras en alto grado interesante. La facilidad que algunas personas tienen para hacer las cosas es siempre muy valorada por ellas mismas y muchas veces no tienen en cuenta la imperfección con que las hacen. Esta mañana, por ejemplo, dijiste a la señora Bennet que si hubieses pensado alguna vez en abandonar Netherfield, lo habrías hecho a los cinco minutos. Entonces, lo que hacías al decir esto era una especie de elogio o cumplido dirigido a tu persona, sin advertir que no hay nada ponderable en una precipitación que deja sin resolver muchas cosas importantes y que ello no puede significar una ventaja real en ningún momento.

—¡Uy! —exclamó Bingley—. ¿Cómo se te ha ocurrido recordarme ahora, por la noche, las tonterías que he dicho por la mañana? Y, sin embargo, creo que lo que decía entonces de mí mismo era cierto y continúo creyéndolo en este momento. Por consiguiente, no aparentaba atolondramiento sólo por presumir ante las damas.

—Sin duda puedo afirmar que lo creías, pero de lo que ya no estoy convencido es de que te marcharías con tanta rapidez como dijiste. Llegado el momento te dejarías aconsejar por cualquier amigo y te quedarías...

—Con esas palabras —intervino Lizzy dirigiéndose a Darcy— lo único que ha demostrado usted es que el señor Bingley no sería capaz de hacer justicia a su propio carácter. Lo ha puesto mucho más en evidencia que él mismo.

—Me satisface —dijo Bingley— que convierta usted lo que ha dictado mi amigo en un cumplido dirigido a la dulzura de mi temperamento. Pero mucho me temo que lo que usted considera una cualidad no tenga el mismo sentido para él, porque sin lugar a duda el señor Darcy pensaría mejor de mí si yo, en lugar de seguir el consejo de mi amigo, escapara tan de prisa como pudiese.

—¿Acaso el señor Darcy compensaría el atolondramiento de su primer dicho con su obstinación de llevarlo adelante por encima de todo?

—Me resulta imposible explicárselo, se lo aseguro; que lo diga el propio Darcy.

—Lo que ustedes pretenden es que yo responda sobre opiniones que nunca han sido mías y que, sin embargo, quieren atribuirme. Pero admitiendo que el caso fuese como ustedes lo presentan, debe recordar, señorita Bennet, que el supuesto amigo que hemos colocado junto al señor Bingley en el momento de abandonar la casa no le ofrecía ningún argumento en favor de su proposición.

—¿Y no considera usted un mérito ceder fácilmente al consejo de un amigo?

—Ceder sin convicción no dice mucho, desde luego, en favor del sentido común de uno ni de otro.

—Me parece, señor Darcy, que usted no cree en la influencia de la amistad y del afecto. La simpatía con la que vemos al amigo debería ser suficiente para ceder a sus ruegos sin necesidad de razonar siquiera.

—¿No sería conveniente, antes de proseguir esta discusión, analizar el grado de importancia de aquello solicitado y el grado de intimidad existente entre ambas partes?

—De acuerdo —afirmó Bingley—; analicemos todos los detalles, sin olvidarnos de su respectivo "tamaño" e importancia, porque esto, señorita, Bennet, pesará en la argumentación más de lo que usted cree. Le aseguro que si Darcy no fuese tan

alto como yo, no le tendría ni la mitad del aprecio del que le tengo. Confieso que no conozco nada más horrible que el señor Darcy, sobre todo, en ciertas ocasiones y en determinados lugares; en su propia casa, por ejemplo, y en un domingo por la tarde, cuando no tiene nada que hacer.

—Comprendo tu intención, Bingley —dijo su amigo—, cuando un argumento te desagrada procuras pasarlo por alto.

—Es posible; los argumentos son muy similares a las disputas. Si la señorita Bennet y tú me hacen el favor de postergar la polémica hasta que haya abandonado el salón, se los agradeceré de corazón, y entonces podrán decir de mí lo que les dé la gana.

—Lo que usted pide —repuso Lizzy— no representa ningún sacrificio para mí; será mejor que el señor Darcy termine su carta.

Darcy sonrió y no dijo nada; pero Lizzy creyó advertir que estaba un poco ofendido y no hizo nada por seguir la conversación. El aludido siguió su consejo y terminó la carta.

Cuando la terminó rogó a la señorita Bingley y a Lizzy que lo obsequiasen con un poco de música. La primera se dirigió inmediatamente al piano y se sentó ante el teclado después de rogar cortésmente a Lizzy que tocase primero, a lo que ésta se negó con igual cortesía.

La señora Hurst cantó acompañada de su hermana y entretanto Lizzy se puso a hojear unas partituras que había sobre el piano, y mientras se dedicaba a esta tarea observó que Darcy se fijaba en ella con frecuencia. No lograba comprender cómo podía ser objeto de la admiración de un hombre tan importante; por otra parte, el hecho de que la contemplara, a pesar de encontrarla antipática, resultaba más inexplicable todavía. Por eso dedujo que llamaba quizá su atención porque encontraba en ella algo más incorrecto y censurable que en cualquier otra de las personas presentes. Pero tal deducción no le produjo pesar alguno; la simpatía que le inspiraba Darcy era muy escasa para que pudiera estimar en algo su aprobación.

La señorita Bingley entonó unas canciones italianas, a las que siguió una airosa tonadilla escocesa. Entretanto Darcy se acercó a Lizzy y le dijo:

—¿No le dan ganas, señorita Bennet, de aprovechar la ocasión para bailar una contradanza?

Lizzy sonrió sin contestar. Extrañado de su silencio, Darcy repitió la pregunta.

—¡Ah! —repuso ella—. Ya lo había oído, pero no pude

decidir con rapidez la respuesta. Me imagino que lo que usted deseaba era que le contestase afirmativamente, para tener ocasión de despreciar mi gusto; pero una de mis aficiones es burlar a todo aquel que pretende aprovechar esta especie de astucias premeditadas y evitar que la gente tenga así oportunidad de desdeñarme. He decidido, por consiguiente, una respuesta negativa: no deseo bailar una contradanza. Y ahora despréciame usted si se atreve.

—No, no me atrevo, desde luego; se lo aseguro, señorita Bennet.

Lizzy, cuya intención era ofenderlo un poco, quedó asombrada de su amabilidad. En los modales y expresión de la muchacha había tal mezcla de dulzura y malicia que le resultaba muy difícil poder molestar a nadie y, por otra parte, Darcy nunca se había sentido fascinado por ninguna mujer como ahora por ella. En realidad estaba seguro de que, a no ser por la circunstancia de la inferioridad social de la familia de Lizzy, correría cierto riesgo.

A la señorita Bingley no le pasaban inadvertidos estos detalles y sospechaba bastante como para estar celosa. Su gran ansiedad por el rápido restablecimiento de Jane aumentó con el deseo de que Lizzy abandonara cuanto antes Netherfield.

A partir de entonces intentó con frecuencia excitar el orgullo de Darcy hablando de un posible matrimonio de ambos y sugiriéndole la posibilidad de asegurarse una vida feliz mediante aquel enlace.

—Cuando este magnífico acontecimiento se produzca —le decía al día siguiente mientras paseaba por el jardín— espero que hará usted alguna advertencia a su suegra sobre las ventajas que reporta el hecho de no ser charlatana y, si logra que le haga caso, corregirá usted a las dos pequeñas el vicio de andar siempre detrás de los militares. Y si me fuese permitido seguir hablándole de un tema tan delicado, le aconsejaría que procure poner coto a esa especie de engreimiento impertinente de que hace gala su damita.

—¿No le queda ninguna otra proposición para asegurar mi felicidad doméstica?

—¡Claro que sí! Haga usted colgar los retratos de sus tíos los Philips en el corredor de Pemberley. Colóquelos junto al de su tío abuelo el juez; en realidad tienen la misma profesión, aunque en distintas categorías. Y jamás intente usted encargar el retrato de Lizzy, porque ¿qué pintor se atrevería a reproducir con exactitud sus encantadores ojos?

—En efecto, reconozco que no sería fácil trasladar al lienzo su expresión, pero se podría copiar su color, así como también sus pestañas, tan excepcionalmente hermosas.

En aquel preciso instante se encontraron con la señora Hurst y con Lizzy, que llegaron por distinto camino.

—No sabía que tuviese intención de salir a pasear —dijo la señorita Bingley, un tanto turbada por el temor de que quizá los hubiesen oído.

—Se han portado muy mal con nosotros —replicó la señora Hurst—, escapándose sin advertírnoslo.

Y tomando el brazo libre de Darcy dejó a Lizzy que anduviera sola. El camino era estrecho y sólo permitía andar de frente a tres personas. Darcy advirtió la grosería y dijo inmediatamente:

—Por este camino no vamos bien. Mejor será que salgamos a la avenida.

Pero Lizzy, que no tenía ningún interés en quedarse con ellos, contestó riendo:

—De ninguna manera. Quédense ustedes donde están. Forman un grupo encantador y con una persona más resultaría desfavorecido. Que lo pasen bien.

Y dicho esto se encaminó alegremente hacia la casa, regocijándose, mientras iba avanzando, con la esperanza de hallarse en el domicilio de sus padres uno o dos días mas tarde. Jane estaba recuperándose con rapidez y se encontraba con suficiente ánimo aquella tarde para abandonar su habitación un par de horas.

CAPÍTULO XI

Después de la comida, Lizzy subió a la habitación de su hermana y, luego de haberla abrigado bien, la acompañó al salón, donde sus dos amigas la recibieron con grandes demostraciones de cariñosa satisfacción. Ella jamás las había visto tan simpáticas y agradables como durante la hora anterior a la llegada de los caballeros. Sus recursos para mantener el interés de una conversación eran considerables. Podían describir una fiesta con precisión, contar una anécdota con verdadera gracia y burlarse de los ausentes con agudeza.

Pero al entrar los caballeros, Jane dejó de ser el centro de su atención; la mirada de la señorita Bingley se dirigió enseguida a Darcy, que inmediatamente se acercó a la señorita Bennet y la felicitó con sincera afabilidad; Hurst, por su parte, se limitó a

hacer una ligera reverencia y a manifestar que se alegraba mucho; pero la auténtica cordialidad quedó reservada al saludo de Bingley. Se manifestó colmado de júbilo y enseguida comenzó a llenarla de atenciones. Dedicó la primera media hora a encender el fuego; y Jane, sensible al cambio de habitación, expresó el deseo de situarse al otro lado de la chimenea para estar más lejos de la puerta. Entonces él se sentó a su lado y casi no habló con nadie más que con ella. Lizzy, que se hallaba en el rincón opuesto, observaba aquello con gran satisfacción.

Después de tomar el té, el señor Hurst invitó a su cuñada a jugar, pero fue en vano. La señorita Bingley sabía que Darcy no querría sentarse a la mesa de juego, razón por la cual cuando Hurst repitió la invitación, ella le aseguró que ninguno de los presentes tenía ganas de jugar y el silencio de todos pareció darle la razón. En vista de eso, Hurst no pudo hacer otra cosa que tumbarse en uno de los sofás y ponerse a dormir. Darcy tomó un libro, lo mismo hizo la señorita Bingley; y la señora Hurst, cuyo entretenimiento era juguetear con sus brazaletes y joyas, intervenía de cuando en cuando en la conversación que mantenían su hermano y Jane Bennet.

A la señorita Bingley le preocupaba más la lectura de Darcy que la suya y continuamente le hacía preguntas o subía la cabeza para mirar hasta qué página había llegado. Pero no pudo hacerlo hablar; él se limitaba a contestar lacónicamente a cada pregunta y seguía leyendo. Por fin, convencida de lo vano de sus esfuerzos, echó a un lado el libro, que había escogido solamente por ser el segundo volumen de la obra que leía Darcy y dijo, con un bostezo inacabable:

—¡Qué agradable es pasar la tarde de esta manera! Sin duda alguna no hay entretenimiento más completo que la lectura. De cualquier forma, se aburre uno menos leyendo. Cuando tenga casa propia me consideraré desgraciada si no tengo una biblioteca bien repleta de libros.

Nadie contestó. Ella volvió a bostezar y paseó la mirada por el salón en busca de algo que la divirtiera, hasta que al oír que su hermano hablaba a la señorita Bennet de un baile se volvió hacia él y le dijo:

—¿Así nomás, estás decidido a celebrar un baile en Netherfield? Antes te aconsejo que veas cuáles son los deseos de los presentes. Quisiera equivocarme, pero me temo que para algunos de nosotros un baile sería más un tormento que una diversión.

—Si te refieres a Darcy —repuso Bingley—, puede ir a

acostarse, si lo desea, antes de que empiece el baile, porque esto ya es un hecho. Y voy a adelantarte que tengo intención de enviar muy pronto las invitaciones.

—Me gustarían mucho más los bailes —replicó ella— si se organizaran de otra manera; hay algo que me resulta aburrido e insoportable en este género de reuniones. Sería mucho más razonable que en lugar de bailes se celebraran veladas en las que se pudiese conversar.

—Eso sería más razonable, desde luego; pero entonces ya no se trataría de un baile.

La señorita Bingley no contestó y poco después se levantó y comenzó a pasear por el salón. Su elegante figura y sus airosos movimientos iban dedicados a Darcy, pero él no le prestaba la menor atención y continuaba tozudamente enfrascado en la lectura. Desesperada, decidió hacer otro esfuerzo y, enfrentándose con Lizzy, le dijo:

—Señorita Bennet, permítame aconsejarle que siga mi ejemplo y se pasee un rato por el salón. Le aseguro que no hay nada tan reconfortante como un paseo después de haber estado tanto tiempo sentada en la misma postura.

Aunque extrañada por el singular consejo, Lizzy accedió de momento. Pero además de conseguir esto, la señorita Bingley alcanzó un notable éxito respecto del verdadero objetivo de su amable cortesía. Darcy levantó los ojos, tan admirado por aquella novedad como la misma Lizzy, y cerró el libro; enseguida fue invitado a acompañarlas, pero se rehusó, alegando que solamente existían dos motivos que podían impulsarlo a pasear por el salón, y en ambos casos su compañía resultaría un estorbo. No explicó más, y la señorita Bingley se moría de ganas de saber lo que Darcy había querido dar a entender con sus palabras. En voz baja preguntó a Lizzy si había logrado entenderle.

—En absoluto —respondió ésta—, pero lo más probable es que haya querido criticarnos; por eso creo que el mejor modo de decepcionarlo será no preguntarle sobre el particular.

Pero la señorita Bingley era incapaz de contenerse y menos aún de decepcionar a Darcy, por lo que enseguida insistió en pedirle una explicación.

—No tengo inconveniente en aclarar cuáles son esos dos motivos —manifestó él en cuanto ella le permitió hablar—. Ustedes han decidido ponerse a pasear, bien porque tienen asuntos íntimos que tratar o bien porque consideran que su belleza destaca más desfilando ante la concurrencia; en el pri-

mer caso mi compañía no sería más que un estorbo; y en el segundo, puedo admirarlas mucho mejor permaneciendo sentado aquí junto al fuego.

—¡Oh! Pero ¿qué está diciendo...? —exclamó la señorita Bingley—. ¡Jamás he oído cosa más censurable! ¿Qué podemos hacer para castigarlo como merece por lo que acaba de decir?

—Nada más sencillo, si usted se atreve —repuso Lizzy—. Todos podemos castigarnos recíprocamente. Búrlese de él..., hágalo enfadar... Usted lo conoce bastante bien para saber cómo hay que hacerlo.

—Le aseguro formalmente que, a pesar de nuestra intimidad, no lo sé. ¡Burlarse de su serenidad y de su delicado interior! No, jamás lo lograríamos.

—¿Acaso el señor Darcy es una persona de la que nadie se puede reír? —preguntó Lizzy—. A pesar de que considero que este es un caso excepcional, creo que no me gustaría tener muchos conocidos con ese carácter. Me gusta mucho reír.

—La señorita Bingley —dijo él— me juzga mejor de lo que puedo ser. El más sensato y honrado de los hombres, más aún, el más honrado y juicioso de sus actos, puede ser ridiculizado por cualquiera que esté seguro de que lo más importante en la vida es hacer un chiste.

—En efecto —repuso Lizzy—, hay personas de esa clase, pero no me incluyo entre ellas. Jamás he ridiculizado lo prudente y lo bueno. Lo único que me divierte y de lo que me río siempre que puedo es de la locura, las manías y los caprichos. Naturalmente supongo que usted no hace gala de semejantes defectos.

—Tal vez nadie puede evitarlos por completo. Pero no me he preocupado en vida de estudiar la forma de evitar estas debilidades, que exponen al ridículo a un cerebro culto.

—Por ejemplo, la vanidad y el orgullo...

—La vanidad es siempre una flaqueza; pero cuando existe una auténtica superioridad de espíritu, el orgullo está siempre justificado.

Lizzy dio vuelta la cara para disimular una sonrisa.

—Supongo que habrá finalizado ya su examen del señor Darcy —manifestó la señorita Bingley—; ahora dígame, ¿cuál ha sido el resultado?

—Estoy totalmente convencida de que el señor Darcy no tiene defecto alguno. Él mismo lo ha declarado con perfecta sinceridad.

—No —replicó Darcy—, no he pretendido manifestar tal

cosa. Mis defectos son muchos, aunque espero que no procedan de mi entendimiento. No me atrevería a responder sobre mi carácter, porque, efectivamente, es demasiado obstinado para las conveniencias de los demás. No puedo olvidar los vicios y las excentricidades de otras personas, ni tampoco las ofensas que se me hacen. Mis sentimientos no sufren variación alguna a pesar de los intentos extremos para modificarlos. Mi temperamento quizá pueda definirse como extremadamente susceptible, el que pierde mi interés lo pierde para siempre.

—¡Ése sí que es un defecto! —exclamó Lizzy sin poder contenerse—. El resentimiento implacable es una verdadera lacra en un carácter. Sin embargo, es un defecto muy singular y usted lo ha escogido muy bien; en realidad, no puedo reírme de él. Nada tiene usted que temer de mí.

—En mi opinión, en todo ser humano hay una inclinación irresistible, algo así como un defecto de su íntima naturaleza que ni la mejor educación puede corregir.

—Y el suyo es una propensión a odiar a la gente.

—Y el suyo —replicó él, sonriente— el de obstinarse deliberadamente en no entender a los demás.

—Hagamos un poco de música —interrumpió la señorita Bingley, cansada ya de oír una conversación en la que ella apenas podía intervenir—. Luisa, ¿te importaría que despierte a Hurst?

Su hermana no puso el menor reparo, al rato el piano comenzaba a sonar. Darcy se entregó a reflexionar y pronto se alegró de que la señorita Bingley hubiese cortado el diálogo; empezaba a darse cuenta del riesgo que suponía prestar demasiada atención a Lizzy.

CAPÍTULO XII

De acuerdo con lo pactado con su hermana, a la mañana siguiente Lizzy escribió a su madre rogándole que mandase el coche a buscarlas a cualquier hora del día. Pero la señora Bennet había calculado que sus hijas permanecerían en Netherfield hasta el martes siguiente, completándose así una semana desde la llegada de Jane y no consideró oportuna la anticipación de la fecha. Por consiguiente, envió por el mismo correo otra carta en que comunicaba a sus hijas que le resultaba imposible disponer del coche hasta el próximo martes. Al final del escrito había una posdata en la que añadía que si el

señor Bingley insistía en que se quedasen algunos días más, aceptasen sin dudarlo, puesto que ella podía prescindir perfectamente de sus hijas.

A pesar de ello, Lizzy estaba resuelta a no permanecer en Netherfield por más tiempo, aunque la invitasen a prolongar la estadía, porque temía ser considerada como una intrusa que seguía instalada allí sin necesidad. De modo que instó a Jane para que, sin esperar más, pidiese prestado el coche a Bingley para regresar a casa aquella misma mañana.

La noticia fue recibida con aparatosas demostraciones de contrariedad. Se les comunicó el deseo de todos por que se quedaran al menos hasta el día siguiente, y al final no tuvieron más remedio que aplazar la partida. Pero inmediatamente la señorita Bingley se arrepintió de haber propuesto la postergación, ya que los celos y la antipatía que le inspiraba Lizzy superaban el afecto que sentía por Jane.

Bingley se enteró con profundo pesar de la repentina decisión de las muchachas e intentó persuadir a Jane de que iba a cometer una imprudencia, puesto que aún no se hallaba del todo restablecida; pero Jane solía ser muy terca cuando sabía que actuaba bien.

Para Darcy la noticia no podía llegar en mejor momento. Lizzy ya llevaba bastante tiempo en Netherfield y le atraía más de lo que él mismo se hubiese podido imaginar. Por otra parte, había observado que la señorita Bingley se mostraba descortés con ella y que se iba poniendo más fastidiosa con él por causas que comprendía. Por consiguiente, decidió poner un cuidado especial para que no se le escapara ninguna muestra de admiración durante el tiempo que Lizzy aún permaneciera en aquella casa, con el fin de no despertar en la joven la esperanza de que él pudiese influir en su futura felicidad. Llevó adelante su propósito y apenas le dirigió diez palabras durante todo el sábado, a pesar de que estuvieron más de media hora juntos en la biblioteca. Deliberadamente él tuvo la atención fija tan sólo en su libro y ni siquiera la miró.

Después de los actos religiosos del domingo tuvo lugar la separación tan deseada por todos. La señorita Bingley aumentó en los últimos momentos las demostraciones de afecto hacia Lizzy y Jane, y al marcharse las dos jóvenes aseguró a la última que le sería muy grato volver a verla, ya fuera en Longbourn o en Netherfield, y después de abrazarla efusivamente, incluso estrechó la mano de Lizzy. Ésta se despidió de

todos con feliz satisfacción.

Su madre no les dispensó una acogida muy cordial al llegar a casa. La señora Bennet se extrañó mucho de su regreso y les dijo que habían hecho muy mal; hasta llegó a asegurar que Jane se había vuelto a resfriar. Contrariamente, el padre se alegró verdaderamente de su regreso, aunque se mostró muy parco en sus expresiones. Durante la ausencia de sus hijas pudo darse cuenta de la importancia que ambas tenían en el seno de la familia. Cuando se hallaban reunidos por la noche la conversación perdía interés sin la presencia de Jane y Lizzy.

Mary seguía absorbida como de costumbre en el estudio de la naturaleza humana e inmediatamente les hizo una demostración de sus progresos intelectuales y obligó a sus dos hermanas a escuchar nuevas citas y reflexiones sobre una moral muy manoseada. Kitty y Lydia les ofrecieron otro tipo de información. Al parecer, se habían producido novedades en el regimiento desde el miércoles anterior: varios oficiales habían comido en casa de su tío, un falso soldado había sido azotado, y se decía que el coronel Forster se disponía a casarse dentro de poco tiempo.

CAPÍTULO XIII

—Espero, querida —dijo Bennet a su esposa mientras desayunaban a la mañana siguiente—, que habrás dispuesto que la comida de hoy sea extraordinaria, ya que tengo fundados motivos para suponer que tendremos un invitado.

—¿A quién te refieres, querido? No tengo noticia de que vaya a venir nadie, a menos que por casualidad se presente Carlota Lucas, en cuyo caso espero que la comida será suficientemente buena. No creo que la de su casa sea mejor.

—La persona en quien estoy pensando es un caballero y es forastero.

La señora Bennet abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Un caballero y forastero! ¡Oh, qué noticia! Sin duda alguna se trata del señor Bingley. ¿Por qué no me dijiste nada hasta ahora, Jane! Me alegraré de ver otra vez al señor Bingley. Pero ¡Dios mío, que mala suerte! Hoy es imposible encontrar un trozo de pescado. Lydia, cariño, toca la campanilla; necesito hablar inmediatamente con Hill.

—No se trata del señor Bingley —repuso su marido—; es

un hombre a quien no he visto en mi vida.

Las palabras de Bennet causaron un asombro general y pudo permitirse el placer de verse asediado a preguntas que le dirigían simultáneamente su mujer y sus cinco hijas. Después de divertirse un buen rato a expensas suyas decidió por fin explicarse.

—Hace un mes aproximadamente —dijo— recibí esta carta. No la he contestado hasta hace unos quince días, por considerar que se trataba de un asunto algo delicado y en el que, por consiguiente, tenía que reflexionar. Es de mi primo Collins, quien, cuando yo muera, las podrá echar de esta casa en cuanto quiera.

—Por favor, querido, no puedo soportar que me hables de eso —exclamó la señora Bennet—. Te ruego que no menciones siquiera ese nombre odioso. Considero como el peor acto de crueldad el hecho de que tu hacienda se pierda para tus hijas; yo en tu lugar hubiese procurado solucionar este asunto hace mucho tiempo.

Lizzy y Jane intentaron explicarle lo que significaba aquella disposición testamentaria. Otras veces lo habían hecho, pero la señora Bennet, que nunca quería razonar sobre el tema, siguió lanzando injurias contra el hecho cruel de arrebatar una hacienda a una familia con cinco hijas en beneficio de un individuo por el que nadie sentía el más mínimo interés.

—En efecto, es una brutalidad —dijo el señor Bennet—, y nada podrá eximir al señor Collins del grave pecado de heredar algún día Longbourn. Pero tal vez te tranquilices un poco si me haces el favor de escuchar la carta.

—No estoy muy segura de lograrlo. Odio a esos falsos amigos y en especial al señor Collins, que ha seguido peleando contigo como lo hizo siempre su padre.

—A pesar de todo, parece que ha tenido algunos escrúpulos, como verás. —y leyó:

Hunsford (por Westerham), Kent. 15 de octubre.

Distinguido señor: Me ha tenido siempre muy preocupado el desacuerdo que existió entre usted y mi difunto y respetable progenitor, y desde que tuve la desgracia de perderlo deseé muchas veces hallar una forma de reconciliación. No obstante, me lo impidieron mis propias dudas durante algún tiempo, ya que me infundía temor el hecho de que yo pudiese parecer poco respetuoso con su memoria entablando buenas relaciones con las personas con quienes él pareció siempre complacerse en estar enemistado. A pesar de eso, he decidido ahora tomar una

resolución a este respecto, porque, habiendo sido ordenado ministro del Altísimo en esta Pascua, he tenido el privilegio de verme favorecido con la protección de la muy ilustre señora lady Catalina de Bourgh, viuda de sir Lewis de Bourgh, cuya generosidad y benevolencia me han promovido a la importante rectoría de esta parroquia, en la que mi único empeño será guardar una conducta respetuosa y agradecida hacia su señoría, y estar siempre dispuesto a celebrar las ceremonias y ritos establecidos por nuestra Iglesia de Inglaterra. Por mi condición de clérigo me creo además en la obligación de promover y consolidar el celestial don de la paz en todas las familias que se hallen en la zona de mi influencia. Basándome en estos principios considero muy razonable hacerme la ilusión de que mis ofrecimientos de buena voluntad son dignos de alabanza, y que la circunstancia de ser yo el próximo heredero de Longbourn será delicadamente olvidada por usted, por lo que no dudo recogerá el ramo de olivo que le ofrezco. No puedo evitar que siga preocupándome el hecho de ser yo la causa inmediata del perjuicio ocasionado a sus amables hijas y suplico autorización para disculparme, así como para asegurarle que estoy dispuesto a dar a éstas cuantas satisfacciones sean precisas. Si no existe inconveniente por parte de usted en recibirme en su casa, me propongo hacerles una visita el lunes dieciocho de noviembre a las cuatro en punto de la tarde y abusar de su hospitalidad probablemente hasta el sábado de la semana siguiente, lo cual puedo hacer sin dificultad alguna, puesto que la señora de Bourgh no se opone a que me ausente algún tiempo, siempre que quede otro clérigo en mi lugar, para dirigir los oficios religiosos durante mi ausencia.

Envío mis respetuosos saludos a su señora esposa e hijas, y queda de usted afectísimo amigo William Collins..

Por consiguiente, a las cuatro en punto —recalcó el señor Bennet mientras doblaba la carta— debemos esperar a ese caballero pacificador. Tengo la impresión de que debe de ser un joven sumamente escrupuloso y muy bien educado, no dudo de que su amistad nos producirá grandes beneficios, en particular si *lady* Catalina sigue siendo tan indulgente y le permite venir a vernos con frecuencia.

—Me parece muy significativo —dijo la señora Bennet— lo que dijo respecto de mis hijas y si está dispuesto a darles toda clase de satisfacciones, no voy a ser yo quien lo desanime.

—Aun cuando es difícil saber —intervino Jane— de qué forma propone darnos esas satisfacciones de que habla y que cree nos debe, el simple detalle de estar dispuesto a hacerlo ya lo enaltece.

A Lizzy le chocaba extraordinariamente aquella deferencia por la señora Bourgh, así como su caritativa misión de bautizar, casar y dar sepultura a sus feligreses.

—Me parece que debe de ser un tipo bastante raro —dijo—. Aún ni puedo imaginármelo. Su estilo es demasiado ampuloso. ¿Y qué será lo que pretende demostrar disculpándose por ser el heredero? No me atrevo a suponer que lo evitara si pudiese. ¿Será delicado hasta ese extremo, papá?

—No lo creo, querida; más bien me temo que resultará todo lo contrario. Hay en su carta una mezcla de servilismo y altanería que me lo hace sospechar. Estoy impaciente por conocerlo.

—Con respecto a la redacción de la carta —intervino Mary—, no le encuentro defecto ninguno. La idea del ramo de olivo posiblemente no sea nueva, pero está bien encajada.

Lydia y Kitty se quedaron indiferentes tanto por la carta como por el que la había escrito. Resultaba imposible que su primo se presentara en una fiesta vestido con casaca roja, como los militares, y desde hacía algunas semanas no se hallaban a gusto en compañía de ningún joven que no vistiera ese color. En cuanto a su madre, la carta había frenado bastante el furor de su aversión hacia Collins y se disponía a recibirlo con tal amabilidad y cortesía que dejó atónitos a su marido y a sus cinco hijas.

Según había anunciado, Collins fue puntual y la familia Bennet lo recibió en su casa a las cuatro de la tarde. La amabilidad que se le dispensó fue extraordinaria; tan sólo el señor Bennet se mostró algo reticente, pero a la señora y a las hijas nos les faltaban ganas de hablar, y a su vez Collins tampoco parecía necesitar estímulo alguno ni le gustaba estar callado.

Se trataba de un joven de veinticuatro años, alto y robusto. Su aire era grave y majestuoso, y sus modales, ceremoniosos en extremo. Apenas se había sentado y ya estaba dedicando al señor Bennet una serie de frases floreadas, por la suerte de tener cinco hijas tan guapas, de las que dijo haber oído hablar mucho, pero cuya hermosura, contrastada ahora con la realidad, había quedado muy corta cuando le fue descrita; y añadió que no le cabía la menor duda de que pronto vería su madre a todas casadas. Tal galantería no pareció bien a algunos de sus oyentes, pero dejó muy satisfecha a la señora Bennet, que jamás se

enojaba con los cumplidos.

—Es usted muy amable, señor Collins —repuso—, y deseo con toda mi alma que ocurra como usted dice, ya que de otra forma quedarían totalmente desamparadas. Todo se ha dispuesto de una manera tan extraña...

—¿Se refiere usted a la vinculación de esta hacienda?

—Efectivamente, a eso me refiero. Confiese usted que es una injusticia la que se ha cometido contra mis pobres hijas. De ninguna manera pretendo culparlo a usted, porque ya sé que en este mundo la mayor parte de las cosas que suceden son consecuencia imprevisible de la suerte. Nadie puede saber lo que va a ocurrir cuando una hacienda queda vinculada.

—Comprendo perfectamente, señora, la injusticia que se ha cometido contra mis lindas primas y podría hablar extensamente sobre este particular si no temiese parecer atrevido y atolondrado; pero puedo anticipar a las señoritas que vengo dispuesto a dejarlas contentas. Por ahora no diré más, quizá cuando nos conozcamos un poco mejor...

Fue interrumpido por la llamada a comer, y las jóvenes se miraron sonriendo con disimulo.

Pero no fueron ellas el único objeto de admiración de Collins: el salón, el comedor y todo el mobiliario fueron examinados minuciosamente y las alabanzas y elogios dedicados a cada objeto que veía hubiesen colmado de satisfacción a la señora Bennet si por su cerebro no hubiera cruzado la idea de que él observaba todo, no como visitante, sino como futuro dueño de la hacienda. Asimismo, hubo frases elogiosas para los platos que se iban sirviendo y preguntó con interés a cuál de sus bellas primas correspondía el honor de haberlos preparado. Pero al llegar este punto, la señora Bennet le replicó con disimulada aspereza que su posición era suficientemente holgada para disponer de un buen cocinero y que, por lo tanto, sus hijas jamás se habían visto obligadas a ocuparse de la cocina. El joven se disculpó inmediatamente y pidió perdón por haberlas ofendido. Pero la señora, en nombre de todas, declaró que nadie se había agraviado. A pesar de ello, Collins siguió disculpándose durante un cuarto de hora más.

CAPÍTULO XIV

Durante la comida, Bennet apenas pronunció cuatro o cinco frases seguidas. Pero después de que los criados se retiraron, creyó llegado el momento de conversar un poco con su huésped. Para eso inició un tema en el que confiaba que Collins podía lucirse teniendo en cuenta el interés con que había hablado de su protectora, la señora de Bourgh, gracias a la cual su situación parecía francamente consolidada.

El acierto del señor Bennet fue evidente. Collins comenzó inmediatamente a desatarse en elogios a la distinguida dama. El asunto exigía una especial solemnidad de expresión y en un tono de extraordinaria importancia afirmó que *jamás había visto a una persona de la aristocracia comportarse como* lady *Catalina, y que su afabilidad y tolerancia eran exquisitas en todo momento, como él mismo había tenido ocasión de comprobar en numerosísimas ocasiones*. La señora había tenido la gentileza de dar su aprobación a los dos sermones que había pronunciado en su presencia. Además, lo había invitado dos veces a comer en Rosings y el sábado anterior lo mandó llamar para acompañarla a jugar a la *quadrille* por la tarde. Conocía a muchos que criticaban a la señora Catalina por sus gestos orgullosos, pero él no había advertido nunca en ella nada más que cordialidad. Siempre se dirigía a él en el tono que se emplea para conversar con los caballeros; no le había puesto objeción alguna para que frecuentara los centros de sociedad de aquella pequeña población y le concedía permiso para ausentarse accidentalmente de la parroquia durante una o dos semanas para visitar a sus parientes. Su condescendencia y el aprecio con que lo distinguía habían llegado al extremo de aconsejarle que contrajera matrimonio lo más pronto posible, siempre que tuviese discreción en el momento de elegir esposa. Incluso una vez se dignó visitar su humilde rectoría y se manifestó satisfecha con las mejoras que él había efectuado, e incluso tuvo a bien sugerir otras como, por ejemplo, la colocación de unas estanterías en el piso superior.

—Todo eso me parece muy bien —declaró la señora Bennet—, y creo que esa mujer debe ser muy agradable. ¡Qué pena que todas las mujeres de su rango no se parezcan en general a *lady* Catalina! ¿Vive cerca de su casa?

—El jardín donde se eleva mi humilde morada está separado de Rosings Park, la residencia de su señoría, por un estrecho camino.

—Me pareció haberle oído decir que era viuda, ¿no es así, señor Collins? ¿Tiene familia?

—Solamente una hija, que será la heredera de Rosings y de gran número de propiedades.

—¡Ah! —exclamó la señora Bennet—. Eso quiere decir que disfruta de mejor posición que otras muchas jóvenes. ¿Y cómo es? ¿Es guapa?

—Sólo voy a decirles que es una señorita encantadora. La misma señora Catalina afirma que la belleza de su hija es superior a la de la joven más hermosa, por cuanto su rostro expresa evidentemente su procedencia de cuna noble. Por desgracia, es un tanto enfermiza, lo que no le ha impedido conseguir notables progresos en sus estudios, según me ha manifestado la profesora encargada de su instrucción. Es una señorita muy amable y a veces ha tenido la gentileza de llevarme a casa con su chofer.

—¿Ha sido ya presentada en la alta sociedad? No recuerdo haber visto su nombre entre las damas de la corte.

—Desgraciadamente, su estado de salud le impide residir en la Capital; esto, como dije un día a *lady* Catalina, priva a la corte británica de su más brillante perla. Esta apreciación mía pareció gustar a su señoría, y ya pueden ustedes imaginarse la satisfacción que me procura poder ofrecer esos pequeños y delicados cumplidos que las señoras aceptan siempre tan encantadas. En más de una ocasión le hice notar a *lady* Catalina que su hija parecía haber nacido para ser duquesa, y que el más alto grado de nobleza quedaría engrandecido por ella en lugar de otorgar importancia a la joven. Estos son los pequeños detalles que le gusta oír a la señora y que yo me considero particularmente obligado a ofrecerle.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo la señora Bennet—, y es una suerte que sea usted tan inteligente para saber halagar con delicadeza. Ahora bien, ¿puedo tomarme la libertad de preguntarle si esas delicadas atenciones nacen de un impulso espontáneo o, por el contrario, no son más que el resultado de un estudio previo?

—Suelen surgir impensadamente y, aunque en ocasiones me distraigo ideando y preparando frases agradables que puedan encajar en momentos determinados, procuro darles siempre un tono de espontaneidad.

El pronóstico de Bennet se estaba cumpliendo con toda exactitud. Su pariente era tan absurdo como lo había supuesto desde el momento en que lo vio por primera vez y estaba

pasándolo en grande, aunque conservaba la más grave compostura; tan sólo alguna que otra vez dirigía a Lizzy una furtiva mirada para indicarle su deseo de que nadie osara cortar su divertido entretenimiento.

No obstante, después de haber tomado el té, la dosis ya resultaba suficiente, y Bennet experimentó un gran placer conduciendo de nuevo a su huésped al salón e invitándolo a que leyera algo a las señoras. Collins accedió encantado y le llevaron un libro; pero al verlo se echó atrás, como si perteneciese a una biblioteca circulante, y suplicó que lo disculparan, porque él nunca leía novelas. Kitty se lo quedó mirando fijamente y Lydia lanzó una exclamación. Le llevaron otros libros, y después de examinarlos todos con cuidado escogió los sermones de Fordyce. Mientras abría el volumen, Lydia se puso a bostezar, y apenas había leído tres páginas, con imponente y monótona solemnidad, cuando de repente la muchacha lo interrumpió para decir:

—¿Sabes, mamá, que el tío Philips habla de despedir a Ricardo y que es probable que, si lo hace, lo tome a su servicio el coronel Forster? Mañana iré a Meryton para conocer más detalles sobre el tema y para preguntar también cuándo regresará el señor Denny a la Capital.

Jane y Lizzy intervinieron inmediatamente para rogar a su hermana que se callase y prestara atención a la lectura; pero Collins, muy ofendido, dirigió una durísima mirada a Lydia, dejó el libro y dijo:

—He observado con frecuencia el escaso interés de las jovencitas por los libros de lectura seria, a pesar de que están escritos sólo para su bien. Confieso que me extraña mucho, ya que nada puede favorecer tanto su instrucción. Pero no quiero importunar por más tiempo a mi primita.

Y dirigiéndose a Bennet lo invitó a jugar una partida de *backgammon*. Bennet aceptó de inmediato con la única finalidad de que Collins permitiera a las muchachas dedicarse libremente a sus triviales pasatiempos. La señora Bennet y sus hijas mayores reiteraron muy cortésmente al joven su disgusto por la extemporánea interrupción de Lydia y lo invitaron a proseguir la lectura, prometiéndole que aquello no volvería a ocurrir; pero Collins, después de asegurar que no guardaba rencor a su primita y que jamás consideraría su intervención como un insulto, repitió la invitación a Bennet, e instantes después se sentaba ante otra mesa; comenzaban la partida de *backgammon*.

CAPÍTULO XV

Collins no era un hombre inteligente, y esta carencia estaba muy poco compensada por la educación que había recibido o por el trato social. Casi toda su vida había transcurrido al lado de un padre analfabeto y avaro, que además lo había sometido a una sujeción tal, que su aparente aire de humildad extrema no era sino un reflejo de su anterior condición de hombre acobardado y temeroso. Había frecuentado una universidad, pero tan sólo pudo adquirir algunos conocimientos útiles después de cursar algunas asignaturas indispensables. Quiso la casualidad que *lady* Catalina de Bourgh pudiera recomendarlo cuando el beneficio eclesiástico de Hunsford estaba vacante; y esta circunstancia, unida al respeto que le inspiraba el alto rango de la dama y a un exagerado concepto que de sí mismo se había formado, de su autoridad como clérigo y de sus derechos como rector, formó en él una extraña mezcla de orgullo y servilismo, de altanería y humildad.

Disfrutando ahora de muy buenos ingresos y por disponer de una buena casa, su propósito era contraer matrimonio cuanto antes; y al ofrecer la reconciliación a la familia de Longbourn, lo hacía con la intención de elegir esposa entre sus cinco hijas, si era cierto que su belleza y afabilidad era tanta como la fama pregonaba. De esta forma pensaba compensar a los Bennet del hecho de ser el heredero de su hacienda.

Su proyecto no varió al ver a las jóvenes. El rostro atractivo y la amabilidad de Jane lo cautivaron al momento, y al final de la primera velada fue ella la elegida. Pero a la mañana siguiente tuvo que modificar sus planes después de la conversación de un cuarto de hora que tuvo con la señora Bennet, durante la cual empezó hablando de su casa parroquial y terminó exponiendo su esperanza de encontrarle una dueña entre sus hijas. Entre vivas muestras de satisfacción, la señora Bennet le dijo que sólo un reparo podía poner a su proyecto; el que su hija Jane estuviera comprometida muy pronto; en cambio, no sabía que ninguna de las otras tuviesen ningún compromiso.

Collins no tenía otra opción que la de decidirse por Lizzy en lugar de Jane y lo hizo enseguida.

La señora Bennet, que no desairó la insinuación, se dijo que muy pronto podría tener dos hijas casadas; y así el hombre de quien el día anterior no quería ni oír hablar pasó de pronto a ocupar un lugar preferente en su evaluación.

Lydia no se había olvidado de su proyectado viaje a Meryton. Dos días después, todas las hermanas, excepto Mary, decidieron ir con ella y el mismo Collins se disponía a acompañarlas, a ruegos de Bennet. La verdad era que éste deseaba librarse de aquél y quedarse solo en su biblioteca, ya que Collins lo seguía siempre allí y, con el pretexto de leer un grueso volumen que había encontrado, lo único que hacía era hablar sin cesar de su casa y de su jardín de Hunsford, lo cual fastidiaba enormemente a Bennet. Acostumbrado a no encontrar en su casa más que tontería y abobamiento, se refugiaba en su biblioteca, seguro de que allí nadie se atrevería a interrumpir sus tranquilos descansos, hasta la llegada de Collins. Por eso se apresuró a convencerlo de que acompañara a sus hijas en su excursión, y como éste había nacido realmente más para realizar largas caminatas que para entregarse a profundas lecturas, se alegró mucho de poder cerrar su voluminoso libro y marcharse.

Entre pomposas y rebuscadas frases por su parte y corteses asentimientos por las de sus primas transcurrió el tiempo hasta que llegaron a Meryton. A partir de entonces las dos más jóvenes ya no le prestaron atención. Inmediatamente comenzaron a inspeccionar de un extremo a otro de la calle en busca de oficiales; a no ser por algún escaparate con sombreros elegantes o una muselina nueva, nada lograba distraerlas de su afán por los uniformes.

Pero muy pronto atrajo la atención de todas las jóvenes la presencia de un caballero, desconocido para ellas, de distinguida apariencia, que paseaba en compañía de un oficial por el otro lado de la calle. El oficial era precisamente aquél por cuyo regreso de Londres se interesaba Lydia: Denny, quien al pasar hizo una cortés reverencia. El aspecto del forastero impresionó a todas y enseguida se preguntaron quién podía ser. Decididas a averiguarlo si les era posible, Kitty y Lydia atravesaron la calle con el pretexto de comprar algo en la tienda de enfrente y por fortuna para ellas alcanzaron la acera en el mismo instante en que los dos caballeros daban la vuelta y llegaban al mismo sitio. Denny las saludó enseguida y pidió permiso para presentar al señor Wickham, su amigo, con quien había vuelto de la ciudad el día anterior; añadió que tenía la satisfacción de manifestar que éste había aceptado un destino en su regimiento.

Lydia pensó que aquella noticia era extraordinaria, ya que lo único que necesitaba el joven para ser completamente encantador era usar uniforme. Sin dudarlo un instante llevó a los dos caballe-

ros a la acera opuesta, donde habían quedado sus hermanas mayores y Collins, e hizo las correspondientes presentaciones.

Todos se quedaron conversando animadamente cuando les llamó la atención un ruido de caballos y vieron que iban calle abajo Darcy y Bingley. Los dos caballeros divisaron a las señoritas del grupo y acercándose de inmediato iniciaron los habituales saludos. Bingley fue el que más habló; y la señorita Jane, el centro principal de sus atenciones. Según manifestó, estaban en camino para Longbourn, con el fin de conocer su estado de salud. Las palabras de Bingley fueron corroboradas por Darcy con una inclinación de cabeza, mientras éste resolvía no fijar su mirada en Lizzy, cuando de pronto le llamó la atención la presencia del forastero. Lizzy, que estaba pendiente de los gestos de Darcy, quedó asombrada de la expresión que adoptó el rostro de ambos al mirarse. Los dos cambiaron de color. Al cabo de un rato Wickham llevó la mano a su sombrero, pero Darcy apenas se dignó corresponder a su saludo. ¿Qué podía significar aquello? Tan imposible era imaginarlo como resistir a los deseos de saberlo.

Unos minutos después, Bingley, aparentando no haberse dado cuenta de lo ocurrido, se despidió y, subiendo otra vez a su caballo, se fue seguido de su amigo.

Denny y Wickham acompañaron a las jóvenes hasta la puerta de la casa del señor Philips y allí se despidieron, sin aceptar la invitación de Lydia para que entrasen, ni la de la señora Philips, que desde una ventana del piso superior la secundaba en voz alta.

A la señora Philips siempre ia alegraba la presencia de sus sobrinas, en especial la de las dos mayores, a quienes no había vuelto a ver desde la enfermedad de Jane. Fueron recibidas con las cariñosas demostraciones de costumbre y después de interesarse por la salud de la mayor le presentaron a Collins. La señora Philips también recibió al forastero ceremoniosamente y éste correspondió del mismo modo, excusándose por haberse atrevido a entrar en aquella casa sin ser conocido por su dueña, si bien pensaba que quedaría justificada su presencia por su parentesco con las señoritas a quienes había tenido el honor de acompañar. La señora quedó abrumada por tal exceso de urbanidad, pero pronto tuvo que abandonar de momento la conversación con el forastero para atender las preguntas de sus sobrinas referentes al otro, del cual sólo pudo manifestar lo que ellas ya sabían; que lo había traído de Londres el señor Denny y que

iba a obtener una plaza de teniente en aquella guarnición.

La señora Philips agregó que había estado observando a Denny mientras paseaba por la calle. Esta idea animó a Lydia y a Kitty a hacer lo mismo, pero desgraciadamente tan sólo pasaron por delante de las ventanas unos cuantos oficiales que, comparados con el forastero, resultaban unos tipos necios y despreciables. Algunos de ellos iban a comer con la señora Philips al día siguiente, y la tía de las muchachas prometió a éstas convencer a su marido de que visitara a Wickham para invitarlo también en el caso de que ellas quisieran ir por la tarde. Así quedó convenido, entre todas elaboraron un programa muy variado para la velada. Luego se separaron muy complacidas. Al abandonar la estancia repitió Collins sus excusas y la señora Philips volvió a decirle que eran absolutamente innecesarias.

Mientras regresaban a la casa, Lizzy contó a Jane lo que la había sorprendido entre los dos caballeros; y aunque Jane impuso que uno de ellos o los dos debían de haberse equivocado, no pudo dar a su conducta una explicación mejor que la de su hermana.

A su regreso, Collins expresó a la señora Bennet su sincera admiración por la cordialidad y los modales de la señora Philips, y afirmó que, exceptuando a *lady* Catalina y a su hija, jamás conoció una mujer más atenta, porque, no solamente había tenido la delicadeza de recibirlo como a un antiguo amigo, sino que incluso lo había incluido explícitamente en su invitación para la velada del día siguiente. Concluyó declarando que aunque tanta amabilidad podía atribuirse a su parentesco con ellos, él nunca había sido objeto de tanta atención durante toda su vida.

CAPÍTULO XVI

Como no se puso ningún inconveniente al compromiso contraído por las jóvenes con su tía y como rápidamente fueron rechazados los escrúpulos de Collins, que se resistía a dejar solos a los señores Bennet durante la proyectada visita, el coche lo condujo a él y a sus cinco primas a una hora conveniente hasta la casa de los Philips. Al entrar en la sala, las muchachas tuvieron la satisfacción de enterarse de que Wickham había aceptado la invitación de su tío y se hallaba en la casa en aquel momento.

Después de tomar asiento, Collins se dedicó a contemplar todo lo que había a su alrededor y quedó tan sorprendido por las

dimensiones y el lujoso mobiliario de la estancia, que manifestó a la señora Philips que creía encontrarse en el comedor de verano de Rosings, comparación que de momento no satisfizo mucho a la señora; pero cuando lo oyó contar lo que era la hacienda de Rosings y tras haber escuchado la descripción de alguno de los salones de aquella mansión y al enterarse que sólo su chimenea había costado ochocientas libras, cambió de parecer y recibió el cumplido en toda su intención, pensando desde aquel momento que no le hubiera molestado una comparación con el cuarto del ama de llaves de los Bourgh.

Collins se entretuvo describiendo otras maravillas de la mansión de *lady* Catalina. De esta forma encontró una oyente muy atenta hasta que los caballeros se les reunieron. Cuando Wickham entró en la sala, Lizzy comprendió que la admiración que la había inspirado primero y hecho reflexionar después no tenía nada de exagerada. Los oficiales de aquella guarnición constituían en general un grupo muy apreciable y distinguido, y entre los presentes se hallaban los mejores de ellos; pero Wickham era tan superior a todos en figura, continente y ademanes como cualquiera de ellos lo era en cuanto al mofletudo y colorado tío Philips, que oliendo a oporto entró en el salón tras ellos.

Todas las miradas femeninas se dirigieron rápidamente a Wickham, Lizzy fue la afortunada a cuyo lado acabó él por sentarse. El agradable estilo con que inició inmediatamente la conversación, aunque sólo fuera para referirse a la humedad de la noche y a la probabilidad de una estación lluviosa, la hizo comprender que un tema insulso, vulgar y gastado puede resultar interesante gracias a la habilidad del interlocutor.

Ante rivales como Wickham y los oficiales que le disputaban la atención de las jóvenes, Collins pareció hundirse en la menudencia; para ellas no significaba nada en realidad, pero aún pudo aprovecharse de la paciencia de la señora Philips, que además de escucharlo amablemente procuró que no le faltara una abundante ración de café y pastas.

Al ser colocadas las mesas para jugar se le presentó a él la ocasión de complacerla a su vez sentándose con ella para jugar unas partidas de *whist*.

—No soy buen jugador de *whist* —dijo él—, pero me gustaría perfeccionarme en atención a mi actual situación en sociedad.

La señora Philips se sintió muy complacida por su condescendencia. Wickham, que no jugaba al *whist*, fue recibido

con gran alegría en la otra mesa, entre Lizzy y Lydia. Había cierto peligro al principio de que esta última lo acaparara por completo, porque era una muchacha muy charlatana; pero como también era muy aficionada a la lotería, pronto acabó interesándose solamente por el juego y, demasiado ocupada en apostar y recoger las ganancias, no se hallaba en situación de prestar particular atención a nadie. Por lo tanto, sin dejar de atender al juego, Wickham quedó en absoluta libertad de dialogar con Lizzy; ésta, a su vez, lo escuchaba con gran solicitud, aunque no podía esperar que le dijera lo que ella deseaba oír principalmente, es decir, la historia de su amistad con Darcy. Ni siquiera se atrevió la joven a pronunciar el nombre aquel. Sin embargo, fue el mismo Wickham quien inesperadamente inició el tema, con lo que satisfizo así su curiosidad. Preguntó a qué distancia se encontraba Meryton de Netherfield y después de oír la contestación que le dio ella le preguntó cuánto tiempo hacía que se encontraba allí Darcy.

—Un mes aproximadamente —repuso Lizzy. Y como no deseaba abandonar aquel tema, añadió—: Según tengo entendido, posee una gran hacienda en el condado de Derby.

—Sí —respondió Wickham—, tiene una espléndida propiedad y su renta alcanza las diez mil libras anuales. Creo que no existe una persona más capacitada que yo para darle informes exactos sobre el tema, ya que he tenido una muy íntima relación con esa familia desde mi infancia.

Lizzy no pudo disimular un gesto de sorpresa.

—No me extraña que mi afirmación la haya sorprendido, señorita Bennet, después de haber advertido, como me imagino que lo hizo ayer, la frialdad de nuestro encuentro. ¿Tiene mucha amistad con el señor Darcy?

—De la poca que tengo aún me sobra la mitad —exclamó Lizzy irónicamente—. Casualmente he tenido que pasar cuatro días en la misma casa y lo encuentro muy desagradable.

—No tengo derecho a emitir una opinión —manifestó Wickham— respecto a si es o no agradable. Soy la persona menos calificada para juzgarlo, ya que lo he tratado demasiado tiempo y lo conozco sobradamente para poder constituirme en juez imparcial. Pero me permitiré decirle que la opinión que tiene usted sobre él sorprendería a quien se la oyese y es muy posible que no la expresara con tanta vehemencia en cualquier otro lugar. Aquí está usted en familia.

—Lo mismo que digo aquí diría en cualquier otro lugar,

excepto en Netherfield, naturalmente, palabra de honor. Nadie lo quiere en todo el condado de Hertford y a todo el mundo disgusta su orgullo. No encontrará a nadie que hable bien de él.

—No puedo negar que lamento que él o cualquier otra persona no sea apreciada más de lo que merece —repuso Wickham después de una pausa—, pero creo que esto no le ocurre a menudo. La gente se deslumbra por su fortuna e influencia, o se atemoriza por sus modales altivos e imponentes, y lo ve exactamente como él quiere ser visto.

—Aunque sólo lo he tratado de una manera muy superficial, me parece que debe de tener mal carácter.

Wickham se limitó a mover ligeramente la cabeza.

—Me gustaría saber —dijo cuando volvió a tener ocasión de hablar— si va a permanecer mucho tiempo en este condado.

—No lo sé, pero no oí decir nada respecto de su probable partida cuando estuve en Netherfield. Supongo que la presencia de Darcy en la vecindad no alterará los proyectos que tiene usted de quedarse en esta guarnición.

—¡De ninguna manera! A mí no me echa el señor Darcy de ninguna parte. Si desea evitar encontrarse conmigo, será él quien tenga que marcharse. Las relaciones que existen entre los dos no son buenas, siempre me causa contrariedad tropezar con él; pero no tengo ningún motivo para evitarlo, a no ser los que puedo manifestar a todo del mundo: una impresión de su mal trato y mi pesar de que sea como es. Su padre, el difunto señor Darcy, fue, señorita Bennet, uno de los hombres más buenos que hayan existido jamás y el mejor amigo que he podido tener; cuando me hallo en compañía de este Darcy no puedo evitar que mis tiernos recuerdos me atormenten el alma. Su conducta para conmigo fue monstruosa, pero de verdad creo que todo podría perdonársele excepto el haber defraudado las esperanzas y deshonrado la memoria de su padre.

Lizzy, que advertía que el interés del tema iba en aumento, escuchaba con la mayor atención posible; pero la delicada índole del asunto no le permitía continuar haciendo preguntas.

Wickham comenzó a tocar otros temas más generales: Meryton, sus alrededores y su sociedad; y se mostró sumamente satisfecho de todo lo que había visto hasta entonces, hablando con moderada, pero muy perceptible galantería, de las personas que iba conociendo.

—La perspectiva de poder frecuentar la buena sociedad —añadió— fue lo que principalmente me indujo a entrar en el

regimiento del condado. Sabía que era un cuerpo muy respetable y bien considerado, y mi amigo Denny luego me tentó haciéndome la descripción de su actual alojamiento y de las grandes atenciones y excelentes amistades que ha encontrado en Meryton. Confieso que me resulta necesaria la sociedad. Soy un hombre amargado y no puedo soportar la soledad. Necesito estar ocupado y acompañado. Comprendo que la vida militar no es lo que yo deseaba, pero las circunstancias me han obligado a recurrir a ella. Mi profesión tenía que ser la carrera eclesiástica. Fui educado para ingresar en la Iglesia, y ahora mismo mi situación sería verdaderamente ventajosa si el caballero de quien acabamos de hablar no hubiese decidido lo contrario.

—¿De veras?

—El difunto señor Darcy tuvo a bien heredarme la primera vacante del mejor beneficio eclesiástico comprendido en sus dominios. Era mi padrino y me profesaba un singular afecto. Jamás haré bastante justicia a sus bondades. Su intención era sembrar para mí una excelente situación y creyó haberlo conseguido; pero cuando la vacante se produjo fue adjudicada a otra persona.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Lizzy—. Pero ¿cómo pudo suceder eso? ¿Fue posible eliminar las instrucciones testamentarias? ¿Por qué no reclamó usted por vía judicial?

—En la redacción del legado había un defecto de forma que me hizo enseguida perder todas las esperanzas de recurrir a la ley con alguna garantía de éxito. Un hombre de honor no hubiera puesto en duda la conservación del testador, pero el señor Darcy creyó oportuno hacerlo..., o más bien quiso interpretarla como una simple recomendación condicional. Afirmaba que yo me había hecho indigno de la plaza eclesiástica por derrochador, por imprudente; en una palabra, por nada. Lo cierto es que el beneficio quedó vacante hace dos años, precisamente cuando acababa de alcanzar la edad necesaria para poder desempeñarlo y que, sin embargo, fue concedido a otro. Y no es menos cierto que si yo tuviese que formular algún cargo contra mi proceder con el señor Darcy, lo único que podría decir es que, por mi temperamento franco y a veces violento, quizás alguna vez haya expresado con excesiva sinceridad la opinión que me merece tal caballero. No puedo recordar ningún otro motivo. Pero el hecho es que no nos parecemos en nada y que él me aborrece.

—Pero ¡esto es vergonzoso! Se ha hecho merecedor de un castigo ejemplar.

—Tarde o temprano le llegará su hora; no obstante, nunca seré yo quien le haga daño. Mientras el recuerdo de su padre viva en mí, me resultará imposible ofenderlo ni desenmascararlo.

A medida que Wickham iba expresando estos nobles sentimientos, Lizzy lo encontraba más encantador y más guapo. Después lo felicitó.

—Pero —añadió tras una breve pausa— ¿qué motivos pudieron inducirlo a obrar con tan refinada crueldad?

—Una repugnancia total y decidida hacia mi persona; un odio cuya explicación sólo puede fundarse en los celos. Creo que si el difunto señor Darcy no me hubiese apreciado tanto, su hijo me hubiera tolerado más; pero el extraordinario afecto que su padre me demostraba comenzó a irritarlo desde la infancia. Le faltaba carácter frente a aquella competencia en que crecíamos siendo yo objeto de su preferencia.

—No podía imaginar que Darcy fuese malo hasta tal extremo. Aunque nunca me ha resultado simpático, jamás llegué a pensar de él tan mal. Sí sabía que su placer era despreciar a sus semejantes en general, pero no lo consideraba capaz de descender a detalles tan ruines, a venganzas tan injustas como ésta —Lizzy miró al vacío. Luego de reflexionar unos instantes, prosiguió—: Recuerdo un día en Netherfield, que se jactaba de sus sentimientos implacables y de su inexorable carácter. Debe de tener un temperamento espantoso.

—Prefiero no calificarlo —manifestó Wickham.

Lizzy volvió a quedar sumida en profundas reflexiones y al cabo de un momento exclamó:

—¿Cómo fue capaz de tratar de esa manera al ahijado, al amigo preferido de su padre? —y hubiera querido añadir "a un joven como usted, cuyo aspecto, solamente, revela ya la gallardía de su temperamento..." —pero se contentó con decir—: Y que, además, fue seguramente su compañero en la infancia con el que lo unían lazos íntimos, según usted me ha contado.

—El señor Darcy y yo nacimos en la misma parroquia; pasamos juntos la mayor parte de nuestra juventud, habitando en la misma casa, compartiendo las mismas diversiones y aceptando las mismas aspiraciones paternales. Mi padre empezó su vida ejerciendo la misma profesión de su tío Philips, pero lo abandonó todo para ponerse al servicio del señor Darcy y dedicar su tiempo a cuidar la hacienda de Pemberley. Darcy lo consideraba como a uno de sus más íntimos amigos. Por eso tal vez, poco antes de fallecer mi padre le prometió que velaría por

mi futuro y estoy seguro de que hizo esto tanto para pagar la deuda de gratitud que tenía con él como por el sincero afecto que siempre me profesó.

—¡Qué extraño! —exclamó Lizzy—. Lo que no termino de comprender es cómo su mismo orgullo no ha impulsado a Darcy a comportarse justamente con usted... Esto solo debería ser motivo suficiente para inducirlo a ser honrado..., porque en mi opinión es una falta de honradez.

—Efectivamente —repuso Wickham—, así podría inferirse por su habitual modo de proceder. El orgullo ha sido siempre su inseparable amigo. La arrogancia lo ha unido más a la virtud que ningún otro sentimiento. Pero ninguna persona suele ser consecuente en todos sus actos, y en su conducta para conmigo existieron impulsos aún más fuertes que el orgullo.

—¿Puede haberle procurado algún bien un orgullo tan abominable?

—Sí. A menudo ese orgullo lo ha empujado a ser generoso, a ser despilfarrador a la hora de repartir su dinero, a prestar ayuda a sus arrendatarios y auxiliar a los pobres. El orgullo de familia y el orgullo de hijo, porque se precia mucho de lo que fue su padre, lo han llevado a hacer todo eso. Su obsesión por demostrar que jamás contrariaría a sus parientes, por mantener la popularidad de éstos y no perder la influencia de Pemberley significó para él un poderoso incentivo. Tiene también una obsesión fraternal que, con una ligera manifestación de cariño, lo ha convertido en un bondadoso y solícito tutor de su hermana. Usted misma comprobará que le gusta anunciarse como el mejor de los hermanos.

—¿Qué clase de muchacha es la señorita Darcy?

Wickham meneó la cabeza.

—Quisiera poder decir que es una mujer amable, en realidad me apena tener que hablar mal de un Darcy. Pero en el fondo se parece demasiado a su hermano... Es muy soberbia. De niña era complaciente y cariñosa, y me quería mucho. ¡Cuántas horas habré dedicado a divertirla! Pero en estos momentos ya no representa nada para mí. Es una muchacha bastante hermosa, de unos quince o dieciséis años, y según me han dicho, muy instruida. Desde que murió su padre reside en Londres en compañía de una señora que cuida de su educación.

El diálogo se desarrollaba con muchas pausas y Lizzy realizó varios intentos de desviar la conversación hacia otros temas. Pero no pudo resistir la tentación de volver al primero y dijo:

—Otra cosa que me asombra es la intimidad de Darcy con el señor Bingley. ¿Cómo es posible que éste, que parece ser la bondad en persona y cuya amabilidad no puede ponerse en duda, tenga amistad con un hombre semejante? ¿Cómo pueden amoldarse? ¿Conoce usted a Bingley?

—En absoluto.

—Entonces, tratándose de un hombre tan encantador, tan afable y complaciente, es imposible que sepa quién es Darcy.

—Probablemente lo ignore, porque Darcy sabe mostrarse agradable cuando le conviene y donde quiere. Reúne condiciones para eso. Si juzga que el caso o la oportunidad merecen la pena, sabe convertirse en un atractivo compañero. Su conducta no es la misma cuando se encuentra entre personas de su misma categoría social que cuando está entre gente menos favorecida por la fortuna. Jamás lo abandona su arrogancia, pero con los ricos se manifiesta liberal, sincero, racional y justo, respetuoso e incluso afable.

La partida de *whist* había terminado y los jugadores comenzaban a agruparse alrededor de la otra mesa, circunstancia que aprovechó Collins para colocarse entre su prima Lizzy y la señora Philips. Ésta le dirigió las consabidas preguntas respecto de la suerte que había tenido en el juego, que por cierto no había sido mucha, puesto que había perdido en todas las apuestas; y cuando la señora comenzó a lamentarse por eso, él le aseguró con la mayor gravedad que el hecho de perder no tenía importancia, que él consideraba el dinero como cosa trivial y que le hiciera el favor de no inquietarse por eso.

—En el momento de sentarse ante una mesa de juego, y usted lo sabe perfectamente —añadió—, se expone a sufrir los riesgos del azar, aunque afortunadamente me encuentro en situación de poder desprenderme de cinco chelines sin preocuparme por eso. También sé que no todas las personas pueden decir lo mismo, pero yo, gracias a la generosidad de *lady* Catalina de Bourgh, puedo afirmarlo en voz alta y sin faltar a la verdad.

Al oír esto, Wickham dirigió su atención hacia el joven y, tras observarlo durante algunos minutos, preguntó en voz baja a Lizzy si su pariente estaba muy relacionado con la familia de Bourgh.

—*Lady* Catalina de Bourgh —respondió ella— ha adjudicado al señor Collins recientemente un beneficio eclesiástico. Aún no sé cómo fue recomendado a dicha señora, pero es muy posible que no haga mucho tiempo que la conoce.

—Naturalmente usted debe saber que *lady* Catalina de Bourgh es hermana de Ana Darcy y, por consiguiente, que es tía del señor Darcy.

—No lo sabía. Desconocía por completo cualquier detalle relativo a la parentela de la señora Catalina. Hasta hace muy pocos días ignoraba la existencia de ella inclusive.

—La señorita de Bourgh, su hija, es la heredera de una gran fortuna y se cree que los dos primos reunirán ambos patrimonios.

Tal detallada información hizo sonreír a Lizzy, porque inmediatamente imaginó la figura de la señorita Bingley. Todas las atenciones que prodigaba a la hermana de Darcy, así como las alabanzas dedicadas a él mismo, tenían que resultar verdaderamente inútiles si en realidad estaban destinadas a otra.

—El señor Collins —dijo— prodiga generosos elogios a *lady* Catalina y a su hija, pero por algunos detalles que ha expuesto con respecto a su señoría he podido deducir que su gratitud lo ciega y que, a pesar de ser su protectora, se trata de una mujer orgullosa y arrogante.

—En efecto, lo es y en alto grado —repuso Wickham—. Han pasado muchos años desde la última vez que la vi, pero recuerdo perfectamente que jamás me agradó y que siempre fue dictatorial e insolente su trato. Me atrevo a creer que debe su fama de inteligente y juiciosa, en primer lugar, a su rango y a la fortuna que posee, y luego a sus modales autoritarios y al orgullo de su sobrino, siempre gustoso de atribuir una inteligencia privilegiada a cualquiera de los miembros de su familia.

Esta explicación pareció muy razonable a Lizzy y siguieron conversando en agradable diálogo hasta que la cena puso fin al juego de naipes, lo que permitió que el resto de las señoras disfrutaran también de las atenciones de Wickham. Aunque el alboroto que producían los comentarios del señor Philips no permitía mucha conversación, los modales de Wickham resultaban agradables a todo el mundo. Todo cuanto decía era juzgado como bien dicho, y lo que hacía, como hecho con infinita gracia.

La imagen de Wickham quedó profundamente grabada en la memoria de Lizzy, y durante el camino de regreso a su casa no hizo otra cosa que pensar en él y en lo que le había dicho; pero no pudo ni siquiera mencionar su nombre, porque ni Lydia ni Collins dejaron de hablar un solo momento. Lydia comentó hasta el hartazgo los detalles de sus pérdidas y ganancias en la lotería, y Collins hizo una larguísima descripción acerca de la

cortesía de los Philips. Aseguró que no le importaba en absoluto la pérdida de sus chelines en el *whist*; enumeró y contó cada uno de los platos de la cena y, a pesar de reconocer lo molesto que podía resultar su verborragia inacabable, siguió sin parar hasta la llegada del carruaje a Longbourn House.

CAPÍTULO XVII

Lizzy le relató a Jane la conversación que había sostenido con Wickham el día anterior, quien escuchó los detalles con preocupación y asombro. Le costaba creer que Darcy fuese tan indigno del aprecio de Bingley y, sin embargo, no era capaz de poner en tela de juicio las declaraciones de un joven tan correcto y afectuoso como Wickham. Era suficiente para lastimar sus sentimientos la posibilidad de que éste hubiese sufrido tal ofensa y, por consiguiente, lo único que podía hacer era seguir pensando bien de los dos, defender su conducta y atribuir al olvido o a la casualidad todo lo que no podía explicarse de otro modo.

—Los dos han debido ser engañados —decía—, sin que podamos saber cómo. Hasta considero posible que alguna persona malintencionada los haya indispuesto mutuamente. En una palabra, es imposible emitir, menos aún fundamentar, un juicio sobre las causas o circunstancias que puedan haberlos enemistado sin que por eso la culpa sea de ninguno de los dos.

—Eso es cierto, pero ¿qué puedes decirme, Jane, a favor de esas personas interesadas en la enemistad de estos dos hombres? Habrás de pensar algo para justificarlas, porque de otro modo terminaremos pensando mal de ellas.

—Ríete si quieres, pero mantengo mi opinión. Querida Lizzy, me gustaría que pensaras tan sólo en la situación angustiosa en que quedaría el señor Darcy si fuese cierto que se ha portado tan groseramente con el favorito de su padre. No puedo creerlo, por imposible. Ningún hombre en posesión de los más elementales sentimientos y menos aún un hombre conciente de su propia reputación sería capaz de hacer tal cosa ¿Crees acaso que sus amigos más íntimos pueden vivir engañados en cuanto a su persona? ¡Oh, no!

—Antes de creer que el señor Wickham haya inventado la historia que me relató anoche me inclino a sospechar que el señor Bingley vive engañado. Si lo que el señor Wickham me ha dicho no es cierto, que lo desmienta el señor Darcy.

—Es un caso verdaderamente difícil y desconcertante. No sé qué pensar.

—Yo, en cambio —concluyó Lizzy—, sí sé qué pensar.

La única preocupación de Jane a partir de entonces era el sufrimiento que originaría al señor Bingley descubrir que había sido engañado por aquél que consideraba su mejor amigo.

La conversación, que tenía lugar en el jardín de Longbourn, fue interrumpida por la presencia de las mismas personas de quienes estaban hablando. El señor Bingley y sus hermanas iban a invitarlas personalmente al esperado baile de Netherfield, que por fin había sido fijado para el martes siguiente. Las dos Bingley expresaron a Jane la alegría que les procuraba volver a verla. Al resto de la familia le prestaron poca atención; apenas dirigieron unas palabras a Lizzy y ninguna a las demás. Se marcharon rápidamente como si pretendiesen escapar a los cumplidos de la señora Bennet.

El tan ansiado baile de Netherfield colmaba de satisfacción a todas las mujeres de la familia. La señora Bennet lo interpretó enseguida como si hubiese sido organizado para obsequiar a su hija mayor y la halagaba el hecho de que el propio señor Bingley en persona se hubiese acercado a su casa para invitarlos, en lugar de hacerlo por medio de una tarjeta de cumplido. Jane se auguraba una velada feliz con la compañía de sus dos amigas y las atenciones de su hermano, y Lizzy pensaba con placer en el número de piezas que bailaría con Wickham y en la seguridad de confirmar la consabida historia en el semblante y conducta de Darcy. Kitty y Lydia fundamentaban menos su dicha en simples detalles aislados o en la compañía de una persona en particular, porque en realidad no sabían aún cuáles de los caballeros que asistirían podrían constituir su pareja ideal. Incluso Mary pudo asegurar a su familia que la entusiasmaba poder concurrir a la fiesta.

—Mientras pueda disponer de las mañanas para dedicarme a mis estudios —decía—, ya es suficiente. Participar de cuando en cuando en esas veladas familiares no supone un sacrificio. Reconozco que unos intervalos de recreo y diversión benefician a todo el mundo.

El ánimo de Lizzy era tal en aquellos momentos, que a pesar de no gustarle mucho conversar con Collins, no pudo abstenerse de preguntarle si aceptaría la invitación de Bingley y, en caso afirmativo, si se quedaría para tomar parte en la diversión de la noche. Quedó algo sorprendida al oírle decir, sin demos-

trar ninguna clase de escrúpulo ni temor alguno a una reprimenda del arzobispo o de *lady* Catalina, que aceptaba encantado y que, además, se quedaría hasta el final de la velada.

—Le aseguro —añadió— que no cabe en mi cabeza la idea de que un baile ofrecido por un joven de intachable conducta a personas respetables pueda tener algo de malo; y no sólo no tengo inconveniente en participar de él, sino que incluso espero verme honrado con la colaboración de mis hermosas primas durante toda la velada. Deseo asimismo aprovechar esta oportunidad para solicitar a usted, señorita Lizzy, que sea mi pareja, sobre todo, para los dos primeros bailes; y espero que mi prima Jane comprenda las verdaderas razones de esta preferencia, que en modo alguno pretende ser una desconsideración para con ella.

Lizzy experimentó la sensación de haber caído en una trampa. Deseaba con ansiedad que llegara el momento de iniciarse la velada para bailar con Wickham los dos primeros bailes..., ¡y tener ahora que bailarlos con Collins! Nunca en su vida había sido su vivacidad tan inoportuna como en esta ocasión. Sin embargo, no podía hacer nada para evitarlo. La impaciencia de Wickham y la suya propia tendrían que aplazarse forzosamente. Así entonces, aceptó la invitación de Collins con el gesto más complaciente que su contrariedad le permitió esbozar. Y no dejó de sentirse satisfecha al observar que esa galantería entrañaba algo más. Por primera vez advirtió que Collins la distinguía entre las otras hermanas como digna de dirigir la casa rectoral de Hunsford y de hacer compañía a *lady* Catalina cuando en Rosings faltaran visitantes distinguidos. Esa idea se convirtió pronto en convicción al advertir que su primo se mostraba más pródigo que nunca en elogios a su talento y dinamismo. La señora Bennet por su parte, convencida ya de la intención de Collins, se apresuró a insinuar a su hija que no le desagradaría la boda; pero Lizzy no quiso darse cuenta de la insinuación y prefirió esperar en lugar de dar una contestación formal, que podría dar origen a una seria disputa. Podría ocurrir que Collins no llegara a pedir su mano y hasta el momento en que lo hiciese resultaría inútil reñir por causa suya.

CAPÍTULO XVIII

Nunca se le hubiera ocurrido a Lizzy pensar en la posibilidad de que Wickham no asistiera a la fiesta de Netherfield hasta que al entrar en el salón y luego de buscarlo entre el grupo apiñado de casacas rojas que allí había concurrido, no lo encontró. Ningún recuerdo de los que, con mucho fundamento, hubiesen podido alarmarla desvaneció la seguridad de verlo en la reunión. Se había vestido con más esmero que de costumbre y se aprestaba con todo el brío del que era capaz a conquistar la parte de corazón que aún seguía sin rendir. Pero de pronto la asaltó la horrible sospecha de que, quizá por complacer a Darcy, Wickham hubiera sido eliminado a propósito de la lista de posibles invitados. No era esto lo que había sucedido, pero el hecho categórico de su ausencia fue enseguida confirmado por su amigo Denny, que respondiendo a una ansiosa pregunta de Lydia, manifestó que Wickham se había visto obligado a trasladarse a la Capital el día anterior con el objeto de despachar algunos asuntos urgentes y que no había regresado todavía.

—Pero no creo que esos asuntos hubieran sido tan urgentes —agregó, con una sonrisa muy significativa— si entre los que asistimos a esta fiesta no se encontrase cierto caballero.

El sentido de estas palabras no fue bien comprendido por Lydia, pero no pasó inadvertido a Lizzy. Y como quedó entonces convencida de que, tanto en el caso de su primera conjetura como en el expuesto por Denny, el culpable de la ausencia de Wickham era Darcy, sus sentimientos de despecho contra éste aumentaron de tal manera, que apenas pudo contestar con cortesía a las amables preguntas que, acercándose a ella, le dirigió poco después. Cualquier atención o gesto indulgente para con él significaban una injuria dirigida a Wickham. Estaba firmemente decidida a evitarlo en cualquier conversación y ni siquiera se esforzó en dominar su mal humor al responder al saludo de Bingley, cuya ciega parcialidad la exasperaba.

Pero Lizzy no había nacido para estar enfadada mucho tiempo y, a pesar de que habían fallado todos sus proyectos, consiguió muy pronto adueñarse de sus actos. Después de contar todas sus penas a Carlota, a quien no había visto desde la semana anterior, se puso a hablar de las rarezas de su primo y acabó por presentarlo a su amiga. Sin embargo, los tres primeros bailes volvieron a sumirla en la desesperación, puesto que la mortificaba enormemente la compañía de Collins que, tosco

y solemne, disculpándose sin cesar en lugar de atender a marcar bien el ritmo de la música y equivocando con frecuencia los pasos sin darse cuenta de lo que hacía, estuvo a punto de ponerla en ridículo ante los demás. Finalmente, cuando se vio libre de él, respiró satisfecha.

Después logró bailar con un oficial, y con mucha astucia consiguió que le hablara de Wickham, lo que le permitió comprobar con gran consuelo que era admirado y querido por todo el mundo.

Terminados estos bailes volvió al lado de Carlota Lucas y, mientras hablaba con ella, Darcy se acercó súbitamente para pedirle los dos bailes siguientes. La inesperada petición la tomó tan desprevenida que, sin saber cómo, accedió enseguida. Darcy se alejó y Lizzy quedó reprochándose a sí misma su falta de serenidad.

—Tengo la impresión de que lo vas a encontrar muy agradable —le dijo Carlota para consolarla.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó Lizzy—. ¡Ésa sería mi mayor desgracia! ¡Encontrar agradable al hombre que quiero odiar!

Sin embargo, momentos antes de reanudarse el baile y cuando Darcy se dirigía hacia el lugar en que ellas se encontraban, Carlota le aconsejó en voz baja que no cometiera la torpeza de mostrarse desagradable con él por culpa de Wickham, que valía cien veces menos. Lizzy no contestó y fue tranquilamente a ocupar su puesto, maravillada de haber ascendido a la dignidad de pareja de Darcy. Esa misma sorpresa pudo leerla en la expresión de sus vecinas, que la estaban contemplando.

Transcurrió bastante tiempo sin que ninguno de los dos dirigiera la palabra al otro, y Lizzy comenzó a pensar que aquel silencio duraría tanto como los dos bailes. Al principio se alegró de que así fuese, pero de pronto pensó que el mejor castigo que podía imponer a un hombre como aquél era obligarlo a hablar e inmediatamente le hizo una vulgar observación sobre algo referente al baile. Él contestó brevemente y guardó silencio, pero transcurridos unos minutos ella habló por segunda vez.

—Ahora —dijo— le toca a usted decir algo, señor Darcy. Yo he hecho ya una observación sobre el baile, y usted tendría que hacer otra relativa al número de parejas o a las dimensiones de la sala.

Darcy sonrió y aseguró que estaba dispuesto a hablar de lo que ella quisiera.

—Muy bien —repuso ella—; esa contestación es sufi-

ciente por ahora. Dentro de unos momentos quizá pueda comprobar si los bailes públicos son más agradables o no que los particulares. Por ahora podemos seguir guardando silencio.

—¿Siempre conversa usted mientras baila?

—A veces es conveniente hablar un poco, ¿comprende? Resultaría inexplicable pasar juntos media hora sin cruzar palabra; sin embargo, sería interés de algunos que la conversación se desarrollase de manera que al hablar no se produjera la menor violencia entre los interlocutores.

—En el caso presente, ¿habla usted manifestando sus propios sentimientos o creyendo acaso que complace los míos?

—Ambas cosas —replicó Lizzy—, porque estoy a punto de descubrir que nos parecemos mucho. Los dos tenemos el mismo temperamento; somos insociables y taciturnos, y no nos gusta hablar a no ser que podamos decir algo que deje boquiabiertos a quienes nos escuchen, de modo que nuestras palabras pasen a la posteridad con la etiqueta de sentencia inmortal.

—Sé positivamente que lo que acaba de decir no puede considerarse como una definición exacta de su carácter —declaró Darcy—. Y si puede servir para definir el mío, es algo que yo nunca confesaré. A pesar de eso, usted se imagina que me ha hecho un retrato muy auténtico.

—No soy yo quien debe juzgar mis propias obras.

Darcy no contestó y volvieron a guardar silencio hasta que finalizó el baile. En ese momento, él le preguntó si sus hermanas y ella se trasladaban con frecuencia a Meryton. La respuesta fue afirmativa, y Lizzy, incapaz de contenerse, añadió:

—Cuando el otro día nos encontró usted allí acabábamos de hacer una buena amistad.

La reacción fue inmediata. Las facciones de Darcy quedaron al momento oscurecidas por una densa sombra de arrogancia, pero no pronunció ni una palabra, y aunque reprochándose a sí mismo su timidez, Lizzy no se atrevió a proseguir. Finalmente Darcy habló y, evidenciando el esfuerzo que tenía que hacer, dijo:

—Los modales del señor Wickham son tan atractivos que no le resulta difícil ganarse amigos, pero le falla esta cualidad cuando se dispone a conservarlos.

—Ha tenido la mala suerte de perder la amistad de usted —repuso Lizzy con énfasis— y de tal forma que, según parece, está condenado a sufrir las consecuencias durante toda la vida.

Darcy no contestó y pareció expresar el deseo de cambiar

de conversación. En aquel momento se acercó a ellos el señor William Lucas con la intención de atravesar el cuadro de baile para dirigirse al extremo opuesto del salón; pero al ver a Darcy se detuvo y, después de inclinarse profundamente ante él, lo felicitó por lo bien que bailaba y por la pareja que tenía.

—Estoy verdaderamente encantado, querido señor. Pocas veces se ve un dominio tan perfecto del baile como el que usted posee. Esto revela, sin lugar a dudas, que pertenece a la alta sociedad. Permítame, además, manifestarle que su linda pareja también lo hace maravillosamente y que espero gozar en otras ocasiones del placer de verlos, en particular cuando se produzca cierto memorable acontecimiento, señorita Lizzy... —y, dirigiendo una mirada a Jane y a Bingley, añadió—: ¡Cómo lloverán entonces las felicitaciones! ¡Apelo al señor Darcy! Pero ya he interrumpido bastante su conversación con esta jovencita encantadora, cuyos deslumbrantes ojos me están reprochando severamente.

Darcy apenas oyó la última parte de este discurso; pero pareció vivamente impresionado por la alusión a su amigo, y la mirada de sus ojos se clavó con expresiva seriedad en Bingley y Jane, que estaban bailando juntos. Sin embargo, se repuso al instante y, volviéndose de cara a su pareja, manifestó:

—La intervención del señor William me ha hecho olvidar de qué estábamos hablando.

—De cosas sin importancia. El señor William no hubiera podido interrumpir en todo el salón a dos personas que tuviesen menos que decirse que nosotros. Hemos tocado dos o tres temas de conversación y sin éxito alguno, por lo que no se de qué podríamos tratar ahora.

—¿Qué opinión le merecen los libros? —preguntó él sonriendo.

—¿Los libros? ¡Oh, no! Estoy segura de que nuestras lecturas no son las mismas y que, por lo tanto, no nos producen la misma impresión.

—Con sinceridad lamento que opine usted así; porque al menos no nos faltaría tema de conversación, ya que podríamos comparar nuestros pareceres.

—No, me resulta imposible hablar de libros en un baile, donde mi cabeza está siempre llena de otras cosas.

—¿Le preocupa siempre el presente en estos sitios? —preguntó él con una expresión de duda.

—En efecto —respondió ella sin saber exactamente lo que decía, según quedó demostrado poco después al exclamar

de pronto—, en cierta ocasión oí decir a usted que no perdonaba nunca y que, una vez provocado, su resentimiento era implacable. Estoy pensando en la cautela que debe guardar usted con respecto a todo aquello que puede provocar su resentimiento.

—Efectivamente, la guardo —replicó Darcy con firmeza.

—¿Y nunca se ha dejado usted dominar por los prejuicios?

—Supongo que no.

—En mi opinión, aquellos que jamás cambian de parecer deben asegurarse bien desde el principio de que sus juicios sean acertados.

—¿Me permite preguntarle qué es lo que intenta con esas preguntas?

—Descubrir su carácter —repuso ella, procurando abandonar su gravedad.

—¿Y qué está logrando?

Lizzy meneó la cabeza y respondió:

—Hasta ahora nada en absoluto. No consigo descifrarlo. Han llegado a mis oídos tantas versiones distintas referentes a usted que me estoy armando un lío y ya no sé a qué atenerme.

—Confieso —repuso él adoptando un aire de gravedad— que las opiniones difieren mucho respecto de mí; pero yo le rogaría que deje usted para otro momento el estudio de mi carácter, porque me sobran motivos para suponer que esta labor no favorecería a ninguno de los dos.

—Pero si no lo concluyo ahora, es posible que no vuelva a disponer de otra oportunidad.

—Bien, de ninguna manera quisiera demorar ninguno de sus gustos —repuso él con frialdad.

Lizzy no dijo nada. Salieron a bailar otra vez y después se separaron en silencio, ambos disgustados, aunque no en igual grado, ya que Darcy se encontraba bajo la influencia de sentimientos favorables hacia ella y enseguida se mostró dispuesto a perdonarla y a dirigir su rencor contra otra persona.

Aún hacía muy poco que se habían separado cuando la señorita Bingley se acercó a Lizzy y, con una expresión en que se mezclaban la cortesía y el desdén, le habló de esta manera:

—¡Vaya, señorita Lizzy! Según parece está usted encantada con Jorge Wickham, su hermana ha estado hablándome de él y me ha hecho muchas preguntas. Supongo que el joven olvidó decir a ustedes, entre otras cosas, que era hijo del señor Wickham, el mayordomo del difunto señor Darcy. No obstante, como amiga suya que soy, permítame que la aconseje que no

crea en absoluto todas sus afirmaciones; porque es completamente falso eso de que el señor Darcy lo maltrató; al contrario, es siempre demasiado amable con él, a pesar de la manera infame con que el señor Wickham se ha portado con el señor Darcy. Ignoro otros detalles, pero sé perfectamente que el señor Darcy no ha hecho nada de lo que tenga que arrepentirse. Es cierto que le molesta oír hablar del señor Wickham y que, aunque mi hermano creyó que era su obligación incluirlo en la invitación de los oficiales, celebró mucho que él mismo hubiese buscado una excusa para no venir; pero puedo asegurarle que no he forzado a nadie para procurar su ausencia. El hecho de haber venido a este condado es ya una verdadera insolencia, y aún no acierto a comprender cómo ha tenido tal atrevimiento. Lamento, querida amiga, el desencanto que mis palabras hayan podido producir en usted al enterarse de la crueldad de su admirado señor Wickham, pero en realidad no se puede esperar nada mejor de él teniendo en cuenta su origen.

—A juzgar por lo que usted ha dicho, culpa y origen deben ser una misma cosa —manifestó Lizzy enojada—, porque lo único que se deduce de sus palabras es la acusación que ha formulado contra él por ser hijo del mayordomo del señor Darcy; y de eso, se lo aseguro, me había informado él mismo.

—Perdóneme usted —repuso la señorita Bingley alejándose con una sonrisa burlona—, dispense mi intromisión, mi intención era buena.

"¡Qué mujer tan insolente!", se dijo Lizzy viéndola marchar, "te equivocas creyendo que vas a influir en mí por medio de ataques ruines como éste. Tus palabras no hacen más que corroborar tu propia ignorancia y la malicia del señor Darcy."

Lizzy fue en busca de Jane, que por su parte se había puesto a indagar sobre el mismo asunto interrogando a Bingley. Su hermana la encontró con una sonrisa tan complaciente y una expresión tan feliz, que comprendió enseguida con cuanta satisfacción estaba desarrollándose la velada para ella. Lizzy leyó en su semblante estos sentimientos, y desde aquel instante, Wickham, sus enemigos y todo lo demás, desaparecieron de su mente ante la esperanzadora y agradable idea de que Jane había encontrado la senda de la felicidad.

—Quería preguntarte —dijo, con el semblante tan risueño como el de su hermana— lo que has conseguido saber respecto del señor Wickham. Aunque puedes estar bien segura de tu perdón si por haber estado agradablemente entretenida no

has tenido tiempo para preocuparte de una tercera persona.

—No —replicó Jane—, no he olvidado al señor Wickham, pero tampoco tengo nada bueno que decirte acerca de él. El señor Bingley no conoce algunas partes de su historia e ignora por completo las circunstancias que tanto ofendieron al señor Darcy. Sin embargo, responde sobre la integridad, honor y buena conducta de su amigo, y está completamente convencido de que el señor Wickham nunca se ha hecho acreedor a las muchas atenciones del señor Darcy. Lamento tener que manifestarte que, según él, y también según su hermana, el señor Wickham no es un joven honorable desde ningún punto de vista. Me temo que sus imprudencias fueron la causa de que el señor Darcy le retirara su confianza.

—¿Conoce personalmente el señor Bingley al señor Wickham?

—No, nunca lo había visto hasta la mañana del otro día en Meryton.

—Entonces es lógico que haya recibido ese informe del señor Darcy. Me considero satisfecha. Pero ¿te ha dicho algo referente al beneficio eclesiástico?

—No recuerda con exactitud las circunstancias, a pesar de habérselas oído explicar varias veces al señor Darcy, pero cree que sólo fue legado condicionalmente.

—Nunca pondré en duda la sinceridad del señor Bingley —dijo Lizzy con viveza—, pero perdona que no me deje convencer por sus afirmaciones. Me parece muy correcta la defensa que el señor Bingley te ha hecho de su amigo, pero como quiera que ignora muchos aspectos del asunto, debo seguir pensando de los dos caballeros lo mismo que antes.

Seguidamente desvió la conversación hacia un tema más agradable para las dos y sobre el que no podía existir diferencia alguna. Lizzy escuchó con verdadero deleite las felices aunque moderadas esperanzas que Jane comenzaba a abrigar sobre el afecto de Bingley y procuró reforzar su confianza con nuevos razonamientos.

En aquel momento vieron que Bingley se acercaba a ellas, por lo que Lizzy se retiró prudentemente hasta el lugar en que se hallaba la señorita Lucas, y estaba escuchando la opinión que había merecido a ésta su última pareja cuando se acercó Collins para decirles que no cabía en sí de alegría porque acababa de tener la suerte de hacer un descubrimiento muy importante.

—Por simple casualidad —dijo— he descubierto que en este mismo salón se encuentra un pariente cercano de mi pro-

tectora. He oído casualmente cómo el mismo joven mencionaba los nombres de su prima la señorita de Bourgh y de la madre de ésta, *lady* Catalina de Bourgh, a la señorita que está haciendo los honores de esta casa. ¡Verdaderamente es maravilloso que sucedan estas cosas! ¿Quién habría podido imaginar que iba a encontrar a un sobrino de *lady* Catalina en esta reunión? Celebro mi suerte por haber hecho este descubrimiento tan oportuno que me permitirá poder ofrecerle mis respetos y consideración más distinguida, que es lo que voy a hacer en este momento, y espero que él me dispense por no haberlo hecho antes. Pero mi completa ignorancia sobre ese parentesco me eximirá de toda culpa.

—¿Usted mismo va a presentarse al señor Darcy? —exclamó Lizzy angustiada.

—¡Claro que lo haré! ¡Faltaba más! Le pediré que me perdone por no haberlo hecho antes y tendré el placer de asegurarle que hace una semana su distinguida tía *lady* Catalina se hallaba en perfecto estado de salud.

Lizzy intentó desesperadamente hacerle desistir de su empeño diciéndole que Darcy consideraría el hecho de que se dirigiera a él sin haber sido presentado más bien como una impertinencia que como un cumplido a su tía y añadió que no era necesario que se conociesen y, si así fuera, correspondería a Darcy, como superior en categoría, iniciar las relaciones.

Collins escuchó atentamente, aunque con el aire de quien sabe que nadie será capaz de convencerlo, y cuando la joven terminó de hablar repuso:

—Mi querida prima Lizzy, comprendo lo que vale su excelente juicio y agradezco mucho la buena intención que me ha demostrado al exponerme su parecer sobre el punto. Pero permítame decirle que debe distinguirse entre las reglas de etiqueta establecidas para los laicos y las que rigen para el clero. Considero la profesión eclesiástica, en cuanto a dignidad como igual al más alto rango del reino, siempre que al mismo tiempo se mantenga una conducta convenientemente humilde. Por lo tanto, con el permiso de usted, en esta ocasión seguiré los dictados de mi conciencia, que me inducen a realizar algo que considero como un deber. Perdone entonces que no atienda su consejo, que en cualquier otro asunto sería mi constante guía. En este caso me considero, por mis estudios y educación, más capacitado para determinar lo que debo hacer, que una joven con menos experiencia como usted.

Y después de hacer una gran reverencia se alejó para dirigirse a Darcy que en ese instante manifestó su sorpresa al verse abordado por aquél desconocido. Lizzy los observaba con ansiedad. Su primo inició la presentación con una solemne reverencia y, aunque no podía oír nada, leyó en el movimiento de sus labios las palabras "perdón", "Hunsford" y "*lady* Catalina de Bourgh". La irritaba ver cómo su primo se cubría de ridículo ante un hombre de la categoría de Darcy. Éste lo contemplaba al principio con evidente sorpresa, y cuando por fin Collins hubo terminado su discurso inaugural y lo dejó hablar, respondió con aire de correcta indiferencia. Pero esto no desanimó a Collins, que siguió discurseando. El desdén de Darcy iba en aumento a medida que esta segunda disertación se prolongaba y al final se limitó a hacer una ligera inclinación y se fue por otro lado. Collins volvió entonces junto a Lizzy.

—El recibimiento que me ha dispensado el señor Darcy no ha sido decepcionante, se lo aseguro —dijo—; tengo motivos fundados para afirmarlo. Al señor Darcy le ha procurado gran satisfacción mi cumplido. Me ha contestado con la mayor afabilidad, e incluso ha tenido la delicadeza de decirme que estaba convencido de la acertada elección de *lady* Catalina, que nunca concede favores a quien no los merece. Ha sido realmente muy amable al decirme esto. En resumen, he quedado muy satisfecho con él.

Luego de esta escena, Lizzy dedicó toda su atención a observar a su hermana y a Bingley. Pronto se entregó a agradables reflexiones, nacidas de la expresión de felicidad que se dibujaba en el semblante de Jane. Le parecía verla establecida en aquella misma casa gozando de la alegría que procura un matrimonio de amor verdadero y hasta consideraba que ella misma sería capaz, en tales circunstancias, de llegar a tener afecto a las dos hermanas de Bingley.

Desvió después la mirada hacia su madre y comprendió que sus pensamientos seguían la misma ruta, por lo que decidió no acercarse a ella, por temor a oír cosas que, con mucha seguridad, terminarían irritándola.

Desgraciadamente, a la hora de cenar le tocó sentarse junto a ella y le fastidió extraordinariamente ver que su madre se pusiera a hablar con la señora Lucas con total libertad y desenfado de sus fundadas esperanzas de un próximo matrimonio entre su hija y Bingley, unión, decía, que reportaría innumerables ventajas a su familia por tratarse de un joven encantador y,

sobre todo, muy rico y que, además, iba a residir a sólo tres millas de Longbourn. Su larga exposición terminó deseando a la señora Lucas la misma suerte para su hija Carlota, aunque, por el aire triunfal con que se lo dijo, pareció dar a entender que no lo creía probable.

Lizzy intentó en vano reprimir las atolondradas palabras de su madre o, al menos, persuadirla de que demostrara su satisfacción en tono más moderado, ya que se estaba dando cuenta, con indecible contrariedad, de que Darcy, sentado frente a ellas, estaba escuchándola. Cada vez que pretendía llamarla al buen sentido se volvía su madre a ella para reprenderla.

—¿Y quién es el señor Darcy —replicaba— para que yo le tenga miedo? No le debemos ninguna atención particular que nos impida decir lo que queramos, aunque no sea de su agrado.

—Pero, por Dios, mamá, por lo menos habla más bajo. ¿Qué sacas con ofender al señor Darcy? Lo único que conseguirás obrando así es hacerte antipática a los ojos de su amigo.

Pero ninguna de sus advertencias surtió efecto. Su madre siguió hablando tranquilamente del mismo tema y en el mismo tono. El color rojo de las mejillas de Lizzy iba en aumento y sentía una profunda vergüenza e indignación. De vez en cuando dirigía una mirada a Darcy y se convencía cada vez más de que era cierto lo que temía, porque aunque simulaba no atender a la conversación de la señora Bennet, no le cabía duda de que en el fondo estaba pendiente de ella; su expresión revelaba que gradualmente estaba pasando de la indignación al desprecio y de éste a una gravedad sosegada e invariable.

Por fin, la señora Bennet, una vez agotado el tema, guardó silencio; y la señora Lucas, que había estado bostezando sin cesar mientras escuchaba el relato de unas delicias de las que ella no podía participar, pudo ponerse a saborear tranquilamente su jamón y su pollo frío. Lizzy comenzó a respirar. Pero su felicidad duró poco tiempo, porque después de la cena alguno de los presentes habló de cantar, y Mary, atendiendo a los ruegos de tres o cuatro personas, se dispuso rauda a obsequiar a la concurrencia con un concierto. Con miradas significativas, en las que iba oculta una súplica, procuró impedir esta prueba de presunción, pero Mary no quiso darse por aludida, aquélla era su oportunidad para exhibirse y no estaba dispuesta a desaprovecharla.

Comenzaba el recital. Lizzy esperaba con angustia el desenlace de la primera canción, con la esperanza de que su hermana no pudiera repetir la suerte, pero salió defraudada; la

canción fue resaltada por los aplausos de la concurrencia, que Mary interpretó como una invitación para volver a cantar. En efecto, tras un minuto de descanso empezó otra canción. Pero las facultades de Mary no le permitían desarrollar semejante esfuerzo, por lo que muy pronto comenzó a debilitarse su voz y a adoptar ademanes afectados.

Lizzy no podía soportar aquello. Miró a Jane para ver qué cara ponía, pero la encontró abstraída en animado coloquio con Bingley. Dirigió después la mirada a las hermanas de éste y observó que estaban haciendo señales de burla a Darcy, a pesar de que éste mantenía un gesto de impenetrable gravedad. Finalmente miró a su padre suplicando que interviniera para evitar que Mary siguiera cantando toda la noche. El padre comprendió la insinuación y, al terminar Mary, dijo en voz alta:

—Está bien, hija mía; ya nos has entretenido bastante. Deja ahora tu puesto a otras jóvenes que también querrán lucirse.

Aunque simuló no haberlo oído, Mary quedó algo desconcertada. Por su parte, Lizzy, apenada por ella y por las frases de su padre, lamentó que su angustioso interés hubiese resultado inútil.

Entonces se pidió que cantara alguno de los presentes.

—Si yo tuviese la suerte de saber cantar —dijo Collins—, sería para mí un verdadero placer obsequiar a los invitados, ya que considero que la música es una diversión inocente y sana, y perfectamente compatible con la dignidad de un clérigo. No quiero decir con esto que puede justificarse el hecho de dedicar demasiado tiempo a la música, porque es indudable que hay cosas más importantes que ella. El rector de una parroquia tiene en general múltiples obligaciones. En primer lugar ha de establecer un convenio de diezmos que le resulte beneficioso, sin que por eso se perjudique al patrón. Ha de escribir sus sermones, y el tiempo que le quede libre después de esto debe dedicarlo a cumplir esa misión parroquial y al cuidado y mejoramiento de su casa, que ha de procurar hacer tan confortable como le sea posible. Y es asimismo de gran importancia que se preocupe por mostrarse conciliador y atento con todo el mundo, en particular con las personas a quienes debe su cargo en la rectoría. Esto último lo considero como una de las principales obligaciones y jamás tendría buen concepto del hombre que desdeñara la oportunidad de testimoniar sus respetos a los parientes de sus bienhechores.

Y terminó su discurso haciendo una gran reverencia a

Darcy. El tono de voz que había usado Collins para hablar era lo suficientemente alto para que lo oyera por lo menos la mitad de los concurrentes. Muchos lo miraron de pies a cabeza; otros sonrieron, pero nadie parecía divertirse más que el propio Bennet. Entretanto, su mujer había comenzado a elogiar a Collins por haberse expresado con tanta soltura y, hablando al oído a la señora Lucas, le hacía notar que era un joven de inteligencia privilegiada.

Si su familia se hubiese propuesto, antes de acudir a la velada, hacer el papel más ridículo posible, jamás habría conseguido un éxito tan completo, pensaba Lizzy. Afortunadamente observó que a Bingley y a su hermana les había pasado inadvertida parte de aquella cómica escena y que los sentimientos del primero eran de tal naturaleza que muy difícilmente podrían verse afectados por tan absurdo comportamiento. Ya era bastante desagradable que las dos hermanas de Bingley y Darcy hubiesen podido reírse a sus anchas de sus parientes, y no acertaba a definir qué era más insoportable, si el silencioso desprecio del caballero o las sonrisas burlonas de las muchachas.

Hasta el final de la velada pudo divertirse ya muy poco. Collins no se separó de su lado, y aunque no pudo persuadirla a bailar otra vez con él, tampoco ella logró que sacara a bailar a otras jóvenes, a pesar de prometerle presentarlo a todas; pero él se negó rotundamente a esto último, alegando que en realidad el baile le importaba muy poco y que su único propósito era parecer agradable ante ella con delicadas atenciones que despertaran su simpatía, por lo que había hecho cuestión de honor no separarse de su lado en toda la noche. El único consuelo que pudo encontrar Lizzy se lo procuró su amiga Carlota, que siempre se acercaba a ellos y obligaba a Collins a conversar con ella.

La única ventaja que obtuvo de esta compañía fue verse libre de Darcy que, aunque algunas veces se acercó a ella, nunca lo hizo lo bastante como para iniciar una conversación; la interpretación que Lizzy dio a eso fue que el caballero se había molestado por las alusiones hechas a Wickham, y se alegró de eso.

Los Bennet fueron los últimos en marcharse, y gracias a una maniobra de la señora tuvieron que pasarse un cuarto de hora esperando su coche después de que todos se hubieron marchado, lo cual dio tiempo suficiente para comprobar hasta qué punto algunos de los Bingley deseaban verlos lejos de aquella casa, para quedarse solos. La señora Hurst y su hermana apenas

abrieron la boca, a no ser para quejarse de cansancio. Eludieron con elegancia la conversación que les ofrecía la señora Bennet, sumiendo así a todos los presentes en un sopor apenas mitigado por otra nueva disertación de Collins dedicada a contar la hospitalidad con que Bingley y sus familiares habían tratado a sus invitados, y la grandeza de la velada. Darcy no dijo ni una palabra. Bennet también guardó silencio, pero lo hizo deliberadamente para poder disfrutar mejor observando la escena. Jane y Bingley se hallaban un poco apartados y hablaban en voz baja. Lizzy estaba tan obstinada en no pronunciar ni una sola palabra como Hurst y la señorita Bingley, e incluso Lydia parecía estar demasiado fatigada para poder lanzar algo más que una exclamación de vez en cuando, quejándose de cansancio, seguida siempre de un bostezo estruendoso.

Cuando por fin se levantaron para irse, la señora Bennet se deshizo en elogios y agradecimiento a la familia, manifestando sus deseos de ver muy pronto a todos en Longbourn, invitación que reiteró parcialmente a Bingley, a quien expresó además qué feliz la haría sentándose a comer en familia a su mesa, el día que él eligiera, sin la ceremonia de una invitación formal. Bingley agradeció la cortesía y prometió hacerles una visita tan pronto como regresara de Londres, adonde tenía que trasladarse al día siguiente, aunque por poco tiempo.

La señora Bennet abandonó poco después la casa con la agradable convicción de que, aunque todo se hiciera con rapidez, los preparativos que una boda requería, con la adquisición de carruajes y confección de trajes para la ceremonia, aún pasarían tres o cuatro meses antes de que su hija se hubiese instalado definitivamente en Netherfield. Pensaba que otra de sus hijas, Lizzy, contraería matrimonio con Collins; aunque éste gozaba de buena posición y de una linda morada, quedaban eclipsadas rápidamente al compararlas con Bingley y Netherfield.

CAPÍTULO XIX

El día siguiente al baile se produjo una nueva escena en Longbourn: Collins hizo la declaración formal. Luego de tomar la decisión de hacerlo cuanto antes, ya que su compromiso caducaba el sábado siguiente, y encontrándose muy seguro de sí mismo y libre de reparos, emprendió la realización del plan que había concebido en forma muy ordenada, observando todos los requisi-

tos que él consideraba necesarios para el caso. Poco después del almuerzo encontró reunidas a la señora Bennet, a Lizzy y a una de las hijas menores. Luego de haberlas saludado con las cortesías acostumbradas, se dirigió a la madre en estos términos:

—Señora, ¿puedo esperar que me conceda el honor de una entrevista a solas con su hermosa hija Lizzy en el transcurso de esta mañana?

Lizzy se puso colorada por la sorpresa que le produjeron estas palabras, y antes de que pudiera reaccionar, su madre contestó:

—¡Naturalmente, querido! Estoy segura de que a mi hija le encantará celebrar esa entrevista. Ven, Kitty, te necesito arriba.

Y recogiendo su labor iba a abandonar la estancia rápidamente cuando Lizzy exclamó:

—No, mamá, no te vayas; quédate, te lo ruego. Perdóneme, señor Collins. Supongo que lo que tiene que decirme es algo que puede oír todo el mundo, de lo contrario me marcharé yo también.

—No hagas tonterías, hija mía... No quiero que te muevas de aquí.

Y al advertir que Lizzy, contrariada, se disponía realmente a huir, añadió:

—Lizzy, insisto en que permanezcas aquí y escuches al señor Collins.

Lizzy decidió hacer caso a su madre y considerando, después de una breve reflexión, que lo mejor sería solucionar aquello con rapidez y del modo más pacífico posible, volvió a sentarse y se esforzó en ocultar lo mejor que pudo sus opuestos sentimientos de curiosidad y de angustia.

La señora Bennet y Kitty abandonaron el salón, y tan pronto hubieron desaparecido detrás de la puerta, Collins comenzó su discurso:

—Señorita Lizzy, sepa que su modestia, lejos de desalentar la opinión que siempre me ha merecido, más bien aumenta el número de perfecciones que la adornan. Se hubiese hecho usted menos atractiva a mis ojos de no haberse producido esta pequeña resistencia; pero permítame asegurarle que cuento con la aprobación de su respetable madre para decirle lo que me propongo. No creo que dude usted de la sincera intención de mis palabras, aunque su natural delicadeza le aconseje disimular; mis atenciones han sido demasiado manifiestas para que nadie pueda equivocarse al juzgarlas. Casi desde que pisé esta

casa por primera vez fue usted la mujer que elegí como compañera para mi vida. Pero antes de dar rienda suelta a mi expansión sentimental permítame que le determine las razones que me han movido a contraer matrimonio y, además, a venir al condado de Hertford para escoger esposa...

La solemne gravedad con que Collins hablaba estuvo a punto de desatar la hilaridad de Lizzy, que hubo de hacer un esfuerzo extraordinario para no soltar una carcajada. Mientras procuraba dominarse, él prosiguió:

—Las razones que me mueven a casarme son: primera, que un clérigo que se encuentra en situación acomodada, como es mi caso, debe predicar con el ejemplo en su propia parroquia; segunda, que estoy plenamente convencido de que esto contribuirá a labrar mi felicidad; tercera, que me lo ha recomendado muy especialmente la muy noble dama a quien tengo el honor de llamar mi protectora. En dos ocasiones se dignó darme su parecer sobre el tema sin que yo se lo pidiera; el sábado anterior a mi salida de Hunsford, mientras tenía lugar por la noche nuestra partida de cascarela y, mientras la señora Jenkinson se ocupaba de arreglar el taburete de la señorita de Bourgh, la distinguida señora me dijo: *Señor Collins, tiene usted que casarse. Un clérigo como usted no puede demorarlo más. Elija con acierto; por atención a mí y por su propio interés, escoja a una mujer de buena familia, hacendosa y sin pretensiones, pero capaz de sacar partido de ingresos modestos. Busque una mujer como le digo y en cuanto la haya encontrado tráigala a Hunsford y yo iré a visitarla.* Y en relación con esto, mi querida prima, permítame hacerle una observación: entre otras ventajas que puedo ofrecerle, considero que no es una de las menores poder contar con la atención y las bondades de *lady* Catalina. Ya podrá usted misma juzgar su carácter y modales, y comprobar que son superiores a lo que por mis palabras pudiera inferir. Por otra parte, no dudo de que su ingenio y vivacidad lograrán ser muy bien acogidos si, como espero, van templados por el respeto y la humildad que su elevada alcurnia inevitablemente inspiran. Esto en cuanto a mi intención general respecto de cambiar de estado civil. Ahora voy a explicarle por qué vine a Longbourn a escoger esposa en lugar de hacerlo entre las jóvenes de mi parroquia, en la que, puedo asegurarle, las hay en abundancia y muy atractivas. Pero ocurre que por ser yo el heredero de esta hacienda cuando su padre fallezca (y que conste que le deseo una larga vida), me pareció un deber de con-

ciencia elegir esposa entre sus hijas, con la idea de que cuando el triste suceso sobrevenga, la pérdida sea lo más pequeña posible para ellas. Y repito mi deseo de que esto no acontezca en muchos años. Y éste ha sido el motivo, y espero, mi querida prima, no deslucir por eso ante usted. Ahora sólo me resta hacerle patente la sinceridad de mi afecto. En cuanto a lo que a la dote se refiere, apenas si ha merecido mi atención, ya que me resulta por completo indiferente; no haré demanda alguna de esta especie a su padre, ya que no ignoro que no podría ser atendida por la razón a que usted tiene solamente derecho a mil libras al cuatro por ciento, cifra de la que no podrá disponer hasta el fallecimiento de su madre. Respecto a esto no diré, entonces, una sola palabra y le prometo que jamás brotará de mis labios un reproche sobre esta cuestión cuando seamos marido y mujer.

Al llegar a este punto la paciencia de Lizzy ya se había agotado, y la muchacha creyó absolutamente necesario interrumpirlo.

—Está usted hablando demasiado rápido —le dijo—. Antes de decirme algunas cosas debería usted haber requerido mi respuesta a la proposición. Entonces, permítame que se la dé sin pérdida de tiempo, le ruego acepte mi agradecimiento por la deferencia de la que me ha hecho objeto. El honor que usted me hace eligiéndome por esposa me provoca un gran efecto, pero debo comunicarle que estoy decidida a no casarme con usted.

—No es nuevo para mí —repuso Collins, con un ademán más solemne que nunca— que las señoritas tienen la costumbre de rechazar al principio las proposiciones de un joven a quien, aunque no se atrevan a confesarlo, se proponen aceptar más tarde. Por consiguiente, no me siento desalentado por lo que acaba de decirme y sigo confiando en conducirla dentro de poco tiempo ante el ministro del Señor.

—Después de lo que acabo de señalarle —repuso Lizzy—, resultan inexplicables sus esperanzas. Le aseguro, señor, que no pertenezco a esa clase de jóvenes, si es que verdaderamente las hay, que se atreven a jugar con su felicidad esperando confiadas que soliciten su mano por segunda vez. Mi negativa es formal. Estoy perfectamente convencida de que usted no podría hacerme feliz y de que yo soy la última mujer en el mundo que podría hacerlo dichoso. Le diré más, sé positivamente que si su distinguida amiga *lady* Catalina me conociese, me consideraría muy poco adecuada para ser su esposa.

—En el supuesto de que *lady* Catalina llegara a opinar así —repuso Collins gravemente—, entonces... Pero no puedo creer que no la aceptase. Tenga la seguridad, mi querida prima, de que cuando vuelva a tener el honor de entrevistarme con la señora Bourgh dedicaré mis más encendidos elogios a su modestia, a su sentido de la economía y a todas las excelentes cualidades que la adornan.

—Señor Collins, le prevengo que todas las alabanzas que me dedique serán inútiles. Permítame juzgar por mí misma y hágame el favor de dar crédito a lo que le digo. Deseo sinceramente que sea feliz y al rechazar su proposición lo hago con la finalidad de que, olvidándome, lo consiga. Al hacerme su oferta ha hecho usted una demostración de la delicadeza de sus sentimientos hacia mi familia; pero cuando llegue la ocasión puede usted entrar en posesión de la hacienda de Longbourn sin que por ello le remuerda la conciencia. Por esto, consideremos esta cuestión definitivamente zanjada.

Se levantó y se dispuso a abandonar el salón, pero la voz de Collins la obligó a detenerse.

—Confío obtener una respuesta más favorable cuando tenga el honor de volver a hablar con usted de este asunto. No es mi intención acusarla de crueldad en esta ocasión, porque sé que es costumbre de las señoritas rechazar la primera petición de un hombre e incluso considero posible que haya actuado usted de esa manera para alentar en mí el propósito de insistir, lo cual es muy propio de la delicadeza del carácter femenino.

—Señor Collins —replicó Lizzy con cierto aire enfático—, usted me confunde. Si lo que acabo de decir ha sido interpretado por usted como un estímulo, ya no sé qué palabras emplear para convencerlo de que mi negativa es categórica.

—Permítame, a pesar de todo, querida prima, que siga creyéndolo así. Tengo fundadas razones para eso: en primer lugar, no me parece que mi persona sea indigna de su aceptación, ya que mi situación es realmente envidiable. Mi posición social, mi amistad con la familia Bourgh y mi parentesco con la suya dicen mucho en mi favor. Por otra parte, no debe olvidar usted que, a pesar de sus múltiples atractivos, no puede asegurar que le sea hecha una nueva propuesta de matrimonio; su dote es, por desgracia, tan exigua que muy probablemente contrarrestará los efectos de su belleza y sus reconocidas cualidades. He de concluir, por consiguiente, que no ha hablado usted en serio, sino tan sólo para excitar mi amor, de acuerdo con las

normas que siguen las mujeres elegantes.

—Le aseguro, señor Collins, que nunca he pretendido hacer ostentación de una elegancia cuya finalidad es torturar a un hombre respetable y digno como usted. Preferiría que creyera en mi sinceridad. Le reitero mi agradecimiento por haberme distinguido con su proposición, pero me niego a aceptarla, porque así lo determinan mis sentimientos. Como verá, no puedo ser más franca. No me considero una mujer elegante que pretende divertirse a costa de usted, sino una muchacha razonable que le ha dicho lo que siente con el corazón en la mano.

—¡Es usted encantadora, señorita Lizzy! —exclamó él de pronto, con aires de espontánea galantería—. Estoy firmemente persuadido de que mi proposición será aceptada por usted cuando sea sancionada por la expresa autoridad de sus excelentes padres.

Ante tanta terquedad en querer engañarse a sí mismo, no quiso Lizzy molestarse en dar nuevas explicaciones y se retiró inmediatamente sin agregar una palabra más; había tomado la decisión de apelar a su padre, que sin duda alguna apoyaría su postura en el caso de que Collins persistiera en considerar su negativa como halago alentador de sus esperanzas.

CAPÍTULO XX

Collins no pudo entregarse durante mucho tiempo a las agradables reflexiones que le procuraba su venturoso amor, porque segundos después de haber abandonado Lizzy el saloncito, entraba en él la señora, que se había entretenido en el vestíbulo contiguo espiando el final de la conferencia. Inmediatamente felicitó a Collins y se congratuló así misma en términos calurosos por la dicha que le producía pensar en el próximo enlace matrimonial de su hija. Collins recibió satisfecho la enhorabuena y la devolvió con igual complacencia. Luego comenzó a relatar los detalles del diálogo y afirmó que tenía motivos para estar satisfecho del resultado, porque, a pesar de la negativa de su prima, debida sin duda a su timidez y a la delicadeza de su carácter, tenía la seguridad de recibir una contestación afirmativa en la próxima ocasión.

Al oír esto, la señora Bennet se alarmó. También ella hubiese querido imaginarse las cosas como Collins se las describía, pero no se atrevía a creerlo y así se lo manifestó.

—Pero no se inquiete, señor Collins —añadió—, le aseguro que Lizzy entrará en razón. Yo misma le hablaré sobre el asunto. Es una muchacha loca que ignora lo que le conviene, pero por el procedimiento que sea yo se lo haré entender.

—Perdóneme, señora —interrumpió Collins—, pero si su hija es realmente una chica loca e ignorante, dudo que pueda ser la esposa que conviene a un hombre en mi situación, puesto que, naturalmente, deseo hallar la felicidad en el matrimonio. Por consiguiente, si persiste en negarse a mi solicitud, será mejor que no la obligue a hacerlo, porque con esos defectos no creo que pudiera hacerme feliz.

—No me ha entendido bien, señor —rectificó la madre, alarmada—. Lizzy es loca e ignorante en asuntos como éste, pero en lo demás es la mujer más dócil que pueda imaginarse. Hablaré con mi esposo y verá usted qué pronto queda solucionado todo.

No quiso dar tiempo al joven para replicar y rápidamente se dirigió a la biblioteca, donde se encontraba su marido.

—¡Oh, querido! —exclamó al entrar—. Te necesitamos ahora mismo. Tendrás que intervenir para convencer a Lizzy de que se case con Collins; ella dice que no lo quiere, y si no acudes pronto, él cambiará de opinión y dejará de quererla.

Bennet levantó los ojos del libro que estaba leyendo y la contempló tranquilo e indiferente.

—No tengo el gusto de entender lo que me has dicho —repuso—. ¿De qué se trata?

—Del señor Collins y de Lizzy. Ella dice que no quiere casarse y él empieza a dudar.

—¿Y qué puedo hacer yo en este caso? Me parece que hay pocas esperanzas de arreglo en una cuestión semejante.

—Háblale tú a Lizzy. Dile que quieres que se case con él.

—Hazla venir. Le diré mi opinión.

La señora hizo sonar la campanilla y Lizzy fue llamada a la biblioteca.

—Ven acá, muchacha —le dijo su padre al verla entrar—. Te hice llamar porque tenemos que tratar un asunto de suma importancia. Al parecer, el señor Collins acaba de hacerte una proposición matrimonial, ¿es eso cierto?

—Sí, papá.

—Está bien —añadió el señor Bennet—. Y tú has rechazado la proposición, ¿no es así?

—Sí, papá.

—Perfectamente. Vamos, entonces, al meollo de la cuestión. Tu madre —añadió, fijando la mirada en su esposa— opina que debes aceptarlo, ¿no es eso, querida?

—Sí —respondió la señora—; de lo contrario, no volveré a dirigirle la palabra.

—Bien —repuso Bennet. Y después de una breve pausa prosiguió—: Lizzy, te hallas ante una alternativa desagradable. Desde hoy tendrás que renunciar a uno de tus progenitores. Tu madre no volverá a dirigirte la palabra si no te casas con el señor Collins, y yo tampoco te la dirigiré si te atreves a casarte con él.

Lizzy no pudo evitar una sonrisa al oír la conclusión de su padre; pero la señora Bennet, que había creído que su esposo impondría la boda, quedó profundamente decepcionada.

—Pero ¿qué dices, querido? Me habías prometido insistir en que tenía que casarse con Collins.

—Querida —replicó el señor Bennet—, voy a pedirte dos favores: primero, que me permitas hacer uso de mi criterio con libertad; y segundo, que me dejes disponer a mi gusto de mi biblioteca. Deseo quedarme solo cuanto antes.

A pesar del fracaso, la señora Bennet no se entregó. Habló repetidas veces a su hija, poniendo en juego todos los recursos de los que fue capaz. Trató de que Jane la ayudara, pero ésta se negó de un modo prudente a intervenir, y Lizzy, ya con argumentos formales, ya con ironía y humor, rechazó uno a uno todos los ataques.

Entretanto, Collins meditaba a solas sobre lo ocurrido. Tenía un concepto de sí mismo excesivamente elevado como para darse cuenta del verdadero motivo que pudo inducir a su prima a rechazarlo, y aunque ese orgullo había sufrido un rudo golpe, no sentía nada más. Su afecto hacia ella era puramente imaginario; y el hecho de que su propia madre le reconociese defectos le impedía sentirse afligido.

Mientras la familia se debatía en esta confusión llegó Carlota Lucas con la intención de pasar la jornada en su compañía. Lydia salió corriendo a recibirla en el vestíbulo e inmediatamente le dijo al oído:

—Celebro mucho que hayas venido, porque en casa hay un escándalo muy gracioso. ¿A que no adivinas lo que ha ocurrido esta mañana? El señor Collins se ha declarado a mi hermana Lizzy, y ella lo ha rechazado.

Poco después se le acercó Kitty para darle la misma noticia. Entraron en el saloncito, donde encontraron sola a la señora

Bennet, que inmediatamente empezó a hablar del mismo asunto, rogando a la señorita Lucas que tuviese compasión de ella e instara a Lizzy para que accediese a los deseos de toda la familia.

—Ruego a usted que intervenga, señorita Lucas —añadió en tono melancólico—; nadie en esta casa quiere ayudarme. Todos me tratan con crueldad y no tienen consideración para mis pobres nervios.

En aquel preciso instante entraron en el saloncito Jane y Lizzy. Carlota iba a responder, pero se anticipó la señora Bennet, que prosiguió:

—Ahí la tenemos, tranquila e indiferente como si nada ocurriese y preocupándose tan poco de nosotros como si en lugar de vivir con ella estuviéramos en York; lo único que le importa es salirse con la suya. Pero pon atención a lo que voy a decirte, Lizzy, si es que piensas seguir rechazando todas las proposiciones de matrimonio que se te hagan, algún día serás una solterona en la que nadie se dignará poner los ojos y no sé quién va a mantenerte cuando tu padre muera. Te he dicho en la biblioteca que no volveré a dirigirte la palabra, y desde este momento hemos terminado, te lo advierto... Y tal como te lo digo lo haré. No me gusta hablar con hijas desobedientes. No es que me guste mucho hablar con la gente, ya que los que padecen de los nervios como yo no sienten deseos de hacerlo. ¡Nadie puede figurarse cuánto sufro! Pero siempre ocurre lo mismo, nadie se compadece de los que se quejan...

Las muchachas escuchaban estas lamentaciones sin atreverse a hablar y comprendían que cualquier intento de convencerla o calmarla sólo conseguiría exacerbarla más. Por eso siguió hablando sin cesar, hasta que de pronto se presentó Collins con aire más solemne y grave que de costumbre. Al verlo, la señora Bennet dijo a las jóvenes:

—Hagan el favor de no hablar más y déjenme a solas con el señor Collins, que quiero tener con él una breve conversación.

Lizzy abandonó en silencio la habitación, y Jane y Kitty la siguieron; pero Lydia se negó a perderse la ocasión de escuchar todo lo que pudiera. Y Carlota, retenida al principio por los cumplidos de Collins, que le preguntó con interés por su salud y la de sus padres, y movida asimismo por una incontenible curiosidad, se dirigió a la ventana e hizo que miraba distraídamente al exterior, como si no oyera nada.

La señora Bennet inició el diálogo con un desgarrador suspiro:

—¡Oh, señor Collins!

—Querida señora —repuso él—, olvidemos para siempre este asunto. Estoy muy lejos —agregó en un tono que manifestaba claramente su contrariedad— de sentirme disgustado por la conducta de su hija. Todos tenemos la obligación de resignarnos ante los males inevitables, y con mayor motivo yo, que he sido tan afortunado al escoger carrera. Quizá me ayuden las dudas que tengo sobre mi felicidad si mi linda prima hubiese querido honrarme concediéndome su mano, porque ahora me doy cuenta de que la resignación es más perfecta cuando el bien que se nos había antojado empieza a perder valor en nuestra estima. Espero, distinguida señora, que no interpretará usted como una falta de respeto a su familia el hecho de que retire mis pretensiones en favor de Lizzy sin antes haber rogado a usted y al señor Bennet que interpusieran su autoridad en apoyo de mis deseos. Acaso pudiera censurárseme por haber aceptado la negativa de su hija antes que la de ustedes; pero considero que en este asunto, como en tantos otros, todos estamos sujetos a errores. Le aseguro que todo lo que he hecho lo hice con la mejor intención. Mi único propósito era procurarme una compañera afectuosa, con la natural consideración al interés de toda la familia; pero si mi proceder es en algún aspecto digno de censura, le ruego sinceramente que me perdone por eso.

CAPÍTULO XXI

Las complicaciones que la negativa de Lizzy ocasionaron a la proposición de Collins parecían estar llegando a su fin, y lo único que la muchacha tuvo que sufrir a partir de ese momento fue alguna que otra alusión malintencionada de su madre, a la que procuraba eludir del modo más elegante posible. Por su parte, Collins manifestaba su estado de ánimo no exteriorizando turbación o decaimiento alguno, que era lo que en realidad sentía, sino ocultándolo tras una actitud rígida y muda. Apenas dirigió la palabra a Lizzy; en cambio se entregó durante el resto del día a prodigar sus atenciones a la señorita Lucas, cuya complacencia en escucharlo infundió un gran alivio para todos y muy particularmente para su amiga.

El mal humor y la crisis de nervios de la señora Bennet continuaban exactamente igual al día siguiente. Collins persistió en su actitud de dignidad ofendida. Lizzy esperaba que el

desagradable desarrollo de los acontecimientos acelerase la partida de su primo, pero su plan no pareció afectarse en absoluto por esta circunstancia. Siempre había dicho que se marcharía el sábado; y el sábado, por consiguiente, se marchó.

Después de almorzar, las muchachas fueron paseando hasta Meryton para enterarse de si había regresado Wickham y expresarle su disgusto por no haberlo encontrado en la fiesta de Netherfield. Wickham las encontró a la entrada del pueblo y las acompañó hasta la casa de su tía, donde se comentó mucho su ausencia y la consternación que a todos había producido. Le dijo a Lizzy que no había asistido a la fiesta deliberadamente.

—A medida que se acercaba la hora de presentarme en Netherfield —manifestó—, comprendí que lo mejor era no cruzarme con el señor Darcy, ya que me resultaría insoportable verme con él en la misma sala y entre tantas personas honorables, y pensé que podrían producirse algunas escenas desagradables, tanto para mí como para alguien más.

Lizzy aprobó inmediatamente su proceder, y tuvieron tiempo de discutirlo con lujo de detalles y dedicarse mutuamente numerosas ponderaciones, porque Wickham no se apartó de su lado durante el tiempo que estuvieron en casa de la señora Philips ni durante el camino de regreso a Longbourn, hasta donde acompañaron a las jóvenes él y otro oficial.

Poco después de su regreso, Jane recibió una carta procedente de Netherfield y la abrió de inmediato. Mientras la leía, Lizzy observó un cambio de expresión en el rostro de su hermana que, no obstante, la dobló después y, con aparente tranquilidad, tomó de nuevo parte en la conversación general. Pero apenas se despidieron Wickham y el oficial que lo acompañaba, manifestó:

—Lizzy, sube a mi habitación.

Y dejando allí a las hermanas pequeñas y a su madre, las dos subieron al cuarto de Jane. Cuando estuvieron solas ésta declaró:

—Es de Carolina Bingley. Estoy sorprendida por lo que en ella me dice. Todos acaban de abandonar Netherfield y se han trasladado a Londres sin intención de volver. Escucha el contenido de la carta.

Inmediatamente leyó en voz alta la primera frase en que Carolina Bingley manifestaba que habían resuelto ir con su hermano a Londres y tenían intención de comer aquel mismo día en la calle de Grosvenor, donde el señor Hurst tenía una casa. El resto de la carta decía así:

Exceptuando su compañía, mi queridísima amiga, no creo echar de menos nada de cuanto he dejado en el condado de Hertford. Espero, sin embargo, que tanto a mí como a mis hermanos nos será posible reanudar en alguna ocasión las agradables conversaciones que hasta ahora hemos tenido. Entretanto, y con el fin de moderar el dolor de nuestra separación, mantendremos una cordial y constante correspondencia.

Lizzy escuchaba la lectura de su hermana con la indiferencia propia de quien no cree en tan aparatosas expresiones y, aunque también quedó sorprendida por la repentina e inesperada partida de los Bingley, no encontró motivo alguno para lamentarlo; no era presumible que la ausencia de las hermanas Bingley impidiera a su hermano llegarse a Netherfield cuando lo creyese oportuno, y esto era lo único que podía preocupar a Jane.

—Es una pena —dijo después de una breve pausa— que no hayas podido ver a tus amigas antes de abandonar el condado. Pero ¿no podemos confiar en que "esa ocasión" a que alude la señorita Bingley llegue antes de lo que ella misma cree, y que entonces puedan tornar al delicioso trato que han tenido hasta ahora, pero no como amigas, sino como hermanas? Me imagino que al señor Bingley ellas no podrán retenerlo en Londres si él se lo propone.

—Me alegraría que se cumpliera lo que dices —repuso Jane—; pero Carolina asegura que ninguno de ellos volverá este invierno a Netherfield. Voy a leértelo: "Cuando mi hermano se nos antepuso ayer, se suponía que en tres o cuatro días podría solucionar los asuntos que lo llevaban a Londres, pero como sé positivamente que esto no podrá ser así, puedo afirmar que cuando, pasado algún tiempo, Carlos le tome gusto al ambiente de la Capital ya no pensará en regresar al campo. De modo que hemos resuelto seguirlo con el fin de que no se encuentre demasiado solo y tenga que pasar sus horas de ocio en un hotel falto de comodidades. Muchas de nuestras amistades se encuentran allí para pasar el invierno; me gustaría, mi querida amiga, que se encontrase usted entre ellas, pero pienso a la vez que esto va a resultar imposible. Anhelo sinceramente que pasen ustedes una Navidad en Hertford dentro del ambiente cordial y alegre, propio de tales fiestas, y que la pérdida de nuestra compañía sea sustituida por la de sus numerosos admiradores".

—De acuerdo con esto —añadió Jane— es evidente que Bingley no tiene el propósito de venir por aquí en todo el invierno.

—Lo único evidente, creo yo —repuso Lizzy—, es que la señorita Bingley así lo quiere.

—¿En qué te fundas para decir eso? —replicó Jane—. Debe de ser iniciativa de él. Bingley ha sido siempre dueño de sí mismo... Pero aún no lo sabes todo. Voy a leerte el párrafo que más me duele. No quiero ocultarte nada: "El señor Darcy desea con impaciencia ver de nuevo a su hermana, y soy sincera cuando afirmo que nosotras no estamos menos impacientes que él por volver a verla. Creo de verdad que Jorgina Darcy no tiene rival en belleza, elegancia y modales, y el afecto que nos inspira a mi hermana y a mí se traduce en algo más interesante todavía pensando en la instaurada posibilidad de que algún día llegue a ser nuestra hermana. En este momento no recuerdo si le he contado a usted en alguna ocasión sobre mis sentimientos al respecto, pero no quiero irme de Netherfield sin revelárselos y supongo que usted no los juzgará absurdos. Mi hermano ha sentido siempre por ella gran admiración y ahora tendrá oportunidad de verla en un ambiente más íntimo, que es lo que le conviene. Los familiares de la señorita Darcy desean tanto como él este enlace, y a nosotras nos sucede exactamente lo mismo; y no creo ser parcial si afirmo que mi hermano es capaz de conquistar el corazón de cualquier mujer. Por consiguiente, existiendo tantas circunstancias en favor de este matrimonio, ¿puedo engañarme, queridísima Jane, alimentando la esperanza de que llegue a convertirse en realidad?".

—¡Qué me dices acerca de esta última frase, Lizzy? —preguntó Jane cuando terminó de leer la carta—. ¿No queda bastante claro que Carolina no espera ni quiere ser mi hermana; que está plenamente convencida de la indiferencia de su hermano respecto a mí y que si sospecha que mis sentimientos se dirigen hacia él, se propone estar en guardia? ¿Puede darse otra interpretación a esto?

—Sí que puede —repuso Lizzy—; la que yo le doy es completamente distinta. ¿Quieres oírla?

—Me encantaría conocerla.

—Te lo diré en pocas palabras. La señorita Bingley está convencida de que su hermano está enamorado de ti y lo que ella quiere es que se case con la señorita Darcy. Si se ha marchado con él a Londres, es para retenerlo allí y tratar de convencerlo de que tú le importas muy poco.

Jane meneó la cabeza negativamente.

—Tienes que creerme, Jane —prosiguió Lizzy—. Quien-

quiera que los haya visto juntos una sola vez debería afirmar necesariamente que está enamorado de ti; y eso la señorita Bingley no lo ignora, créelo. Si ella hubiese visto en Darcy la mitad del cariño que a ti te ha demostrado Bingley, ya le habría encargado su vestido de novia. Lo que ocurre es que nosotros no somos ricos ni lo suficientemente distinguidos, y ella está ansiosa de ver a su hermano casado con la señorita Darcy. Ten la seguridad de que luego le será a ella mucho más fácil casarse con el mismísimo señor Darcy. Se trata de un plan bastante ingenuo, desde luego, que no puede ser tomado en serio, porque existe el inconveniente, para su realización, de la presencia de la señorita de Bourgh. Jamás se te ocurra creer, queridísima Jane, que por el simple hecho de que la señorita Bingley afirme que a su hermano le agrada mucho la señorita Darcy, sea ahora menos sensible a tus cualidades de lo que lo era en el momento de despedirse de ti la última vez que se vieron y mucho menos que ella pueda persuadirlo para que en lugar de continuar enamorado de ti se enamore de su amiga.

—Si las dos tuviésemos la misma opinión de la señorita Bingley —dijo Jane—, tu explicación me habría tranquilizado. Pero creo que estás equivocada respecto de ella. Carolina es incapaz de engañar a nadie a sabiendas, y lo más que puedo suponer es que en este caso se está engañando a sí misma.

—Perfectamente —repuso Lizzy—. Si mis argumentos no pueden consolarte, tu explicación es lo único que puede lograrlo. Sigue, entonces, creyendo que se engaña; así podrás quedar bien con ella y no tendrás motivos para preocuparte por nada.

—Pero, querida Lizzy, ¿acaso puedo ser feliz, incluso suponiendo lo mejor, casándome con un hombre cuyas hermanas se oponen tan tercamente a aceptarme en su familia?

—Eso es algo que tú misma debes resolver —replicó Lizzy—; y si después de pensarlo bien te parece conveniente renunciar a tu felicidad por no desairar a sus hermanas, te aconsejo decididamente que no pienses más en Bingley.

—¿Cómo puedes decirme eso? —exclamó Jane sonriendo ligeramente—. Tú bien sabes que no vacilaría en aceptarlo, aún cuando la oposición de sus hermanas me disgustara.

—No creo que lo hicieses. Y siendo así, no puedo compadecerte mucho por tu situación.

—Pero si Bingley no viene a Netherfield en todo el invierno, mi resolución será inútil. ¡En seis meses pueden ocurrir muchas cosas!

Lizzy no acababa de convencerse de que Bingley no volvería más. Las noticias de sus hermanas debían interpretarse, a su parecer, como una simple expresión de su deseo personal y no creía que esto pudiera influir decisivamente en un joven que hasta entonces había demostrado no depender en absoluto de nadie. Así se lo expuso a Jane, cuyo temperamento propenso al optimismo la ayudó a su vez a alimentar nuevas esperanzas sobre la pronta vuelta de Bingley a Netherfield y a satisfacer todos los anhelos de su corazón.

La noticia causó bastante inquietud en el ánimo de la señora Bennet que lamentó cual si fuera una verdadera desgracia que la familia Bingley se hubiera marchado precisamente cuando entre el joven y su hija empezaba a establecerse una relación muy íntima. Sin embargo, no tardó en consolarse pensando que el señor Bingley regresaría pronto para cumplir la promesa de comer en Longbourn con ellas y rápidamente comenzó a seleccionar mentalmente dos suculentos platos que podría preparar para agasajarlo debidamente.

CAPÍTULO XXII

Cuando los Bennet fueron invitados a comer nuevamente en casa de los Lucas, Carlota insistió en pasarse gran parte del día conversando con Collins. Lizzy se creyó obligada a darle las gracias por eso.

—Esto lo pone de buen humor —le dijo—, no sé como agradecértelo.

Carlota respondió a su amiga diciéndole que le era muy grato poder serle útil y que esto compensaba sobradamente el pequeño sacrificio que hacía. Pero lo cierto era que la bondad de Carlota iba más lejos de lo que Lizzy podía imaginarse; su intención no era otra que librarla del asedio de Collins para atraer hacia ella sus declaraciones amorosas. Este plan de la señorita Lucas se desarrolló de forma tan favorable, que aquella misma noche hubiera podido consagrar el éxito si él no hubiese tenido que abandonar el condado de Hertford tan pronto.

Pero lo que nunca podía sospechar la señorita Lucas era que el temperamento ardoroso de Collins lo indujera a escapar sigilosamente de Longbourn a la mañana siguiente para correr hacia su casa firmemente resuelto a postrarse a sus pies. El joven deseaba evitar que sus primas se percataran de sus andan-

zas porque, si bien Carlota se había mostrado bastante interesada respecto de sus pretensiones, desde el rechazo del miércoles se había vuelto algo desconfiado.

Sin embargo, fue acogido en la mansión de los Lucas con las más halagüeñas perspectivas. Carlota lo vio llegar desde una ventana y salió inmediatamente para simular un encuentro casual. Nada la hacía sospechar que la esperara allí tanto amor y tanta elocuencia.

En los breves intervalos que los interminables discursos de Collins lo permitieron, todo quedó convenido entre ambos a entera satisfacción, y al entrar en la casa él rogó que, cuanto antes, se dignara fijar el día en que iba a pasar a ser el más feliz de los mortales. La joven parecía sentirse inclinada a juguetear con la felicidad de su galán y a dejar aplazada de momento la contestación. Pero la estupidez con que la naturaleza había dotado a Collins no permitía encontrar en su galanteo los atractivos que hubieran podido hacer deseable esta prolongación, y como la señorita Lucas lo aceptaba solamente por el simple deseo de casarse, no opuso ningún reparo a que la boda se efectuara rápidamente.

El señor William y la señora Lucas dieron su aprobación inmediatamente y con gran júbilo. Por su situación, Collins era un excelente partido para su hija, a la que por otra parte sólo podía ofrecer una dote muy exigua; además, la fortuna que algún día esperaba heredar el clérigo resultaba muy tentadora. La señora Lucas comenzó a calcular, con un interés que hasta entonces jamás se había despertado en ella, los años que podría vivir Bennet, y el señor William expuso su proyecto de hacer con su esposa la presentación oficial en el palacio de Saint James tan pronto como su futuro yerno hubiera entrado en posesión de la hacienda de Longbourn. En resumen, el acontecimiento pareció representar la solución de todos los problemas y un estímulo a todos los proyectos de la familia, las hijas menores decidieron hacer su entrada en sociedad uno o dos años antes de lo previsto, y los muchachos se vieron libres del temor de conocer a Carlota como una vieja solterona.

La misma Carlota estaba bastante satisfecha. Había conseguido lo que pretendía y se entregó a meditar sobre el asunto. En general, sus reflexiones eran satisfactorias. Sabía que Collins no era inteligente ni agradable; su compañía resultaba insoportable, y el afecto que decía sentir por ella le constaba que era imaginario. A pesar de eso sería su marido. Sin

tener un concepto muy completo de los hombres ni del matrimonio, su única aspiración había sido siempre casarse; en opinión de Carlota era la única situación verdaderamente honorable para una joven bien educada y de escasa fortuna, y aunque la felicidad no pudiera asegurarse con eso, siempre suponía una garantía contra la miseria. Acababa, entonces, de obtener esa garantía y comprendía que era una suerte para ella, a la edad de veintisiete años y sin haber sido nunca guapa. Lo peor de todo era la sorpresa que la noticia podía causar a Lizzy Bennet, y aunque estaba segura de que la censuraría, no por eso pensaba desistir en su decisión. Resolvió decírselo ella misma y encargó a Collins que no dejara traslucir nada de lo ocurrido cuando regresara a Longbourn para comer. Él prometió guardar el secreto, aunque le resultó muy difícil cumplir su palabra, ya que su larga ausencia había despertado la curiosidad de todos, y las preguntas que se le hicieron requerían cierta habilidad en el momento de las respuestas. Por otra parte, Collins tuvo que hacer un gran sacrificio para no exteriorizar nada, porque se moría de ganas de hacer público su éxito amoroso.

Como iba a emprender el regreso muy de madrugada, la ceremonia de despedida tuvo lugar después de la cena. Por cortesía, la señora Bennet le manifestó cuán agradable resultaría a toda la familia verlo de nuevo en Longbourn cuando sus obligaciones se lo permitieran, a lo que inesperadamente él respondió:

—Mi querida señora, su invitación me complace maravillosamente, porque esperaba que me la hiciera y puedo asegurarle que la aprovecharé lo más pronto posible.

Todos quedaron asombrados; y el señor Bennet, que de ninguna manera deseaba verlo tan pronto por allí, no pudo evitar una réplica inmediata.

—Pero ¿no hay peligro de que se enfade *lady* Catalina, señor? —le preguntó—. Será mejor que se olvide usted de sus parientes antes que incomodar a su protectora.

—Mi estimado señor —replicó Collins—, le agradezco sinceramente su amable advertencia, y puede estar seguro de que jamás daré un paso sin contar con la conformidad de su señoría.

—En este sentido todas las precauciones que tome usted serán pocas. No arriesgue nada a cambio de un desaire a la ilustre dama; y si usted cree que éste puede producirse por el hecho de venir a visitarnos, lo que me parece más que probable, quédese tranquilamente en su casa y no se preocupe por nosotros, que no nos molestaremos por eso.

—Querido primo —repuso Collins—, créame que le agradezco profundamente su atención. Muy pronto recibirá una carta mía en la que le agradeceré por todas las pruebas de afecto que me ha dado durante mi estancia en su casa. En cuanto a mis hermosas primas, aunque mi ausencia no será bastante larga para hacerlo necesario, me permitiré, no obstante, desearles salud y mucha felicidad, sin exceptuar a Lizzy.

Luego de haber recibido cortésmente los cumplidos de rigor, las señoras se retiraron a descansar, aún extrañadas de saber que Collins pensaba regresar pronto a Longbourn.

Pero a la mañana siguiente todo se aclaró. La señorita Lucas llegó poco después del almuerzo, y en un diálogo que sostuvo a solas con Lizzy acabó describiéndole lo acontecido el día anterior.

Lizzy había pensado durante los dos últimos días en la posibilidad de que Collins apuntara hacia su amiga Carlota, pero que ésta lo aceptara le parecía tan imposible como en su propio caso. Tal fue, entonces, su asombro, y excediendo los límites de la cortesía, no pudo evitar esta exclamación:

—¡Prometida con Collins! Mi querida Carlota..., ¡es imposible!

Carlota se alteró al recibir un reproche tan directo; pero como ya se lo esperaba, se repuso rápidamente y replicó muy calmada:

—¿Por qué te extraña tanto, querida Lizzy? ¿Acaso te parece imposible que el señor Collins aprecie a otra mujer porque no tuvo la suerte de ser aceptado por ti?

Pero Lizzy ya había recobrado su sangre fría y, realizando un gran esfuerzo, pudo afirmar que la idea inminente de un parentesco con ella la agradaba sobremanera y que le deseaba sinceramente mucha felicidad.

—Ya sé lo que te ocurre —repuso la señorita Lucas—. Tu sorpresa ha sido mayúscula. ¡Hace tan poco tiempo que el señor Collins quería casarse contigo! Pero cuando lo hayas meditado serenamente, ya no te extrañará lo que he hecho, e incluso te sentirás satisfecha. Ya sabes que yo nunca fui romántica ni lo soy ahora. Lo único que busco es un hogar confortable, y reflexionando sobre el temperamento, las amistades y la situación del señor Collins, he llegado a la conclusión de que mis probabilidades de ser dichosa con él son tantas como las de la mayor parte de las mujeres que presumen de haber hecho un buen matrimonio.

—Sin duda alguna —manifestó Lizzy, con calma.

Y después de una larga y embarazosa pausa volvieron a reunirse con el resto de la familia.

Carlota no tardó en despedirse para regresar a su casa y Lizzy pudo entregarse a reflexionar sobre lo que acababa de saber. Aún no podía admitir la idea de una unión tan inexplicable. No le había extrañado tanto el hecho de que Collins hubiera hecho dos declaraciones amorosas en tres días como que la última hubiese sido aceptada. La opinión que Carlota tenía del matrimonio nunca había coincidido con la suya, pero jamás hubiera podido creer que, llegado el momento solemne de las decisiones, su amiga tuviese el valor de sacrificar sus sentimientos en aras de las ventajas materiales que le ofreciera la situación de un hombre. ¡Carlota convertida en esposa de Collins! El cuadro que se presentaba a su imaginación resultaba demasiado humillante. Y no solamente le dolía comprobar cómo una amiga suya rebajaba y disminuía su estima, sino saber positivamente que era imposible que fuese dichosa en el nuevo estado que había escogido.

CAPÍTULO XXIII

Cuando se presentó el señor William Lucas, Lizzy estaba sentada entre su madre y una de sus hermanas, aún reflexionando sobre lo que acababa de enterarse por Carlota y dudando entre si contarlo o no. Sin más preámbulos, el señor William se adelantó a sus reparos contándole a la familia el flamante noviazgo de su hija con Collins. Tras una serie interminable de cumplidos para todos, felicitándose repetidamente ante la perspectiva de un próximo parentesco entre las dos familias, expuso el motivo de la visita a un auditorio no solamente extrañado, sino incrédulo. Con más ardor que educación, la señora Bennet insistió una y otra vez en que debía tratarse de un error, y Lydia, tan indiscreta e insolente como siempre, vociferó:

—¡Pero por el amor de Dios! ¿Cómo puede usted venir ahora con eso, señor William? ¿Aún no sabe que el señor Collins quiere casarse con Lizzy?

Cualquier otra persona no hubiese podido soportar semejante trato sin indignarse; pero la perfecta educación de un cortesano como el señor William le permitió tolerarlo todo y a pesar de que sus palabras no merecieron crédito alguno para los presentes, escuchó todas las impertinencias con la más indulgente cortesía.

Finalmente, considerándose obligada a sacar al señor William de aquella situación tan desagradable, Lizzy intervino

para confirmar su relato, manifestando que todo era cierto y que ella ya estaba enterada por la propia Carlota. A continuación se acercó al señor William y lo felicitó calurosamente, explayándose en diversas reflexiones sobre la felicidad que esperaba a su amiga en atención al excelente carácter del señor Collins y la escasa distancia que separaba Hunsford de Londres.

El desconcierto de la señora Bennet fue tal que hasta que el señor William se despidió no pudo decir una palabra más; pero tan pronto como éste se hubo marchado, desahogó rápidamente sus sentimientos. Comenzó diciendo que seguía sin creer nada en absoluto de lo que había oído y reprendió duramente a Carlota Lucas y a toda su familia por haber cazado tan solapadamente al incauto Collins. Transcurrió mucho tiempo antes de que pudiera ver a Lizzy sin sermonearla por su incompresible comportamiento y más aún hasta que le fue posible hablar a la familia Lucas sin rudeza.

El señor Bennet, entretanto, seguía haciendo gala de su habitual tranquilidad y manifestó que le resultaba muy halagador haber descubierto que Carlota Lucas, a quien había juzgado siempre muy razonable, era tan estúpida como su propia mujer y mucho más que su hija.

A pesar de su extrañeza ante la anunciada boda, Jane se limitó a exponer sus sinceros deseos de felicidad para los dos, y Lizzy no pudo convencerla de que eso no era probable. A Lydia y a Kitty les resultaba indiferente por completo la insospechada conquista de Carlota, puesto que Collins no era más que un simple clérigo y lo único que las alegró fue entrar en posesión de una nueva noticia que difundirían rápidamente por Meryton.

La señora Lucas, incapaz de ocultar su felicidad, concurrió desmedidamente a Longbourn a partir de entonces, a pesar de que las malignas miradas y las crudas observaciones de la señora Bennet eran más que suficientes para amargar la satisfacción que experimentaba.

Lizzy y Carlota jamás hacían referencia alguna sobre el asunto. La tirantez que se había establecido entre ellas impulsó a Carlota a inclinarse con mayor solicitud que nunca hacia Jane, de cuya rectitud de sentimientos no dudaba y por cuya felicidad comenzó a preocuparse, puesto que hacía ya una semana que Bingley se había marchado y aún no se tenía noticia sobre su regreso. Jane había contestado inmediatamente la carta de Carolina y esperaba con impaciencia recibir alguna comunicación de ella.

La prometida carta de agradecimiento de Collins llegó el martes. Iba dirigida al señor Bennet y en ella manifestaba su gratitud con tal abundancia de frases y de giros, y con tanta insistencia, que parecía que hubiese permanecido en Longbourn un año entero. Después pasaba a informarlos, con una serie de frases encantadoras, de la suerte que para él suponía haber sido aceptado por la señorita Lucas y añadía su agradecimiento a la señora Bennet por la atención que le había dispensado invitándolo a volver a Longbourn, donde pensaba estar el lunes, en quince días. La carta terminaba diciendo que, puesto que *lady* Catalina había aprobado su matrimonio, deseaba que éste se efectuara lo más pronto posible, lo que consideraba como un argumento irrebatible para que Carlota fijase una fecha cercana con el fin de convertirlo en el más feliz de los mortales.

El anuncio de la nueva visita de Collins al condado de Hertford ya no causaba satisfacción a nadie, ni siquiera a la señora Bennet, que lo lamentaba tanto como su marido. Continuamente manifestaba su extrañeza ante el hecho de que quisiera trasladarse a Longbourn en lugar de dirigirse a la mansión de los Lucas y añadía que resultaba intolerable para sus delicados nervios tener en casa a un enamorado, siempre tan molesto y antipático.

Lo que en verdad preocupaba a la señora Bennet era el prolongado silencio del señor Bingley. Ni Jane ni Lizzy estaban tampoco tranquilas sobre este tema. Los días pasaban y la única noticia que llegaba a sus oídos era el rumor, rápidamente extendido por Meryton, de que no regresaría a Netherfield en todo el invierno. Naturalmente este anuncio irritaba a la señora Bennet, que aseguraba a voz en grito que aquello no era más que una escandalosa falsedad.

Lizzy comenzó incluso a temer no tanto por la indiferencia de Bingley, sino por el posible hecho de que sus hermanas hubieran conseguido al fin apartarlo de su camino. La muchacha se resistía a admitir esta idea, tan poco favorable para la felicidad de su hermana como deshonrosa para la pretendida seriedad de Bingley, pero lo cierto era que se le ocurría con demasiada frecuencia. Ella temía que los esfuerzos unidos de las dos malintencionadas hermanas Bingley, sumados a los de su amigo Darcy y a los atractivos de la hermana de éste pudiesen más que el cariño que sentía por Jane.

Al cabo de quince días, con su habitual puntualidad, Collins volvió; pero su recibimiento no fue tan caluroso como

cuando se presentó por primera vez. Sin embargo, se sentía demasiado dichoso para exigir los cumplidos que no se le dispensaban. La mayor parte del día la pasaba en casa de los Lucas y regresaba a Longbourn con el tiempo justo para pedir disculpas antes de que se acostaran.

Los nervios de la señora Bennet se hallaban durante aquellos días en un estado verdaderamente deplorable. Bastaba mencionar algo que tuviese relación con la boda para ponerla furiosa; y lo peor era que en su casa no se hablaba más que de eso. La presencia de Carlota le resultaba antipática, la veía como a la futura sucesora suya de Longbourn y eso la exasperaba. En cuanto llegaba para visitarlos se la imaginaba pensando siempre en la hora en que comenzaría a ser dueña de la finca y cada vez que la veía hablar en voz baja con Collins sospechaba que estaban hablando de la hacienda de Longbourn y haciendo planes para echar de la casa a ella y a sus hijas en cuanto Bennet falleciera. Con gesto de resentimiento y amargura se lamentó de eso a su esposo.

—Es realmente muy penoso —le decía— pensar que algún día será Carlota Lucas propietaria de esta casa y que yo tendré que abandonarla para que ella ocupe mi puesto.

—Querida, procura rechazar esos pensamientos tan tétricos. Esperemos que se produzcan acontecimientos mejores, por ejemplo, que sea yo el superviviente.

Esta respuesta no era muy consoladora para la señora Bennet; por eso, en lugar de replicarle, prosiguió como si no la hubiese oído:

—No puedo resignarme pensando que toda esta hacienda pasará a ser suya. Si no fuese por el legado... No acabo a comprender cómo alguien ha podido vincular un patrimonio arrebatándolo a nuestras hijas. ¡Y todo por consideración a ese Collins! ¿Por qué ha de corresponderle a él más que a los demás?

—Piensa en eso sin prisas y en silencio, y verás cómo lo averiguas — repuso Bennet.

CAPÍTULO XXIV

Cuando por fin llegó la carta de la señorita Bingley se acabaron todas las dudas. Ya en el primer párrafo aclaraba de forma terminante que se encontraban establecidos todos en Londres para pasar el invierno; y el último expresaba el disgusto de su

hermano por no haber dispuesto de tiempo para despedirse de sus amigos del condado de Hertford antes de abandonarlo.

Las ligeras esperanzas que aún alimentaba Jane se desvanecieron por completo, y a lo largo de la lectura de la carta apenas pudo encontrar nada que le procurase algún consuelo, como no fueran las continuas expresiones de afecto de la que la firmaba. En casi todos los párrafos se encontraban elogios a la señorita Darcy, se exponían sus múltiples atractivos y se hacía referencia a la creciente intimidad que se observaba entre ella y su hermano, por lo que se atrevía a pronosticar la realización de los deseos de todos, revelados por ella en su carta anterior.

Lizzy, a quien Jane comunicó enseguida la mayor parte de estas noticias, escuchó a su hermana con silenciosa indignación. Su corazón se hallaba dividido por la preocupación por su hermana y el resentimiento contra todos los demás. No creyó en absoluto la afirmación de que Bingley se sentía atraído por la señorita Darcy; seguía aún convencida de que, por el contrario, de quien estaba enamorado era de Jane; y aunque siempre lo había apreciado, no podía pensar ahora sin despecho, incluso sin desprecio, en un hombre sin voluntad y sin carácter que se había convertido en esclavo de sus amigos y que así sacrificaba su propia felicidad al capricho de esos entremetidos. Pero no era sólo eso; se le hubiese podido permitir el sacrificio de su propia felicidad si con él no arrastrara el de su hermana; y esto era lo que más profundamente la hacía reflexionar y cuyas conclusiones, por desgracia, resultaban estériles.

Transcurrieron dos días antes de que Jane tuviera ánimos para hablar a Lizzy de sus sentimientos; pero en una ocasión en que, después de mantener una plática más larga que de costumbre sobre Netherfield, la señora Bennet las dejó por fin solas, no pudo evitar la exclamación:

—¡Si al menos mamá lograra dominarse un poco! No puede imaginarse el daño que me hace hablándome de él continuamente. Pero no quiero consumirme. Esto no puede prolongarse. Conseguiré olvidarlo y todo volverá a ser como antes.

Lizzy miró a su hermana con expresión de incredulidad, pero no dijo nada.

—Dudas de mis palabras —dijo Jane ruborizándose— y no tienes razón. Bingley seguirá viviendo en mi memoria como el hombre más agradable que he conocido, pero nada más. Ya nada espero ni nada temo y tampoco tengo nada que reprocharle. Esperemos que el tiempo pase y poco a poco... —y después

de una breve pausa añadió—: Me consuela saber que no ha sido más que una ilusión, que al desvanecerse sólo me ha perjudicado a mí.

—¡Eres demasiado buena, querida Jane! —exclamó Lizzy—. Admiro sinceramente tu desinterés y tu dulzura... No sé qué decirte. Comprendo que jamás te he hecho justicia ni te he querido como mereces.

Jane declaró que su resignación no tenía mérito alguno y atribuyó las expresiones elogiosas de su hermana al afecto que sentía por ella.

—No —replicó Lizzy—, no es justo que digas eso. Todo el mundo te merece buen concepto y te parece mal que yo censure a alguien. Y estás equivocada. Muy pocas son las personas hacia las que yo siento verdadero cariño, y menos aún aquellas que me merezcan un concepto favorable. Cuanto más conozco el mundo, más repugnancia me produce; y cada vez creo con más fuerza en la inconsistencia del carácter humano y en la poca fe que debo tener en los méritos de los demás o en su buen sentido. Recientemente me he encontrado con dos ejemplos que corroboran lo que digo, uno de ellos no quiero mencionarlo, y el otro es la próxima boda de Carlota. ¡Es inexplicable! ¡Es absolutamente inexplicable!

—Querida Lizzy, no dejes que te dominen esos pensamientos que arruinarán tu felicidad. Aún no te haces cargo de las diferencias de situación y de carácter. Analiza el temperamento perseverante y juicioso de Carlota, y la respetabilidad del señor Collins. No olvides que ella tiene muchos hermanos y que él resulta un magnífico partido en cuanto a fortuna se refiere. Si lo piensas así, comprenderás enseguida por qué ella puede sentir cierta consideración y afecto por nuestro primo.

—Si sólo se tratase de complacerte, te aseguro que intentaría admitir la posibilidad de lo que dices, aunque con eso no beneficiaría a nadie, porque, si pudiera convencerme de que Carlota siente algún afecto hacia él, juzgaría su entendimiento peor aún de lo que juzgo ahora su corazón. Querida Jane, tú sabes tan bien como yo que Collins es un hombre vanidoso, ampuloso, pobre de espíritu y torpe, y sin duda comprendes que no es posible que la mujer que se case con él esté bien de la cabeza. No pretendas ahora defender a Carlota porque sea ella quien se vea en este caso. No puedes alterar el sentido de los principios y de la integridad por consideración a una persona, ni procurar convencerte de que el egoísmo es prudencia; y la

insensibilidad humana ante el peligro, certidumbre de felicidad.

—Los juzgas con demasiada dureza —repuso Jane—, y espero que te convencerás de eso cuando hayas sido testigo de su dicha. Pero basta de esto. Sé que aludías a otra persona, porque has hablado de dos ejemplos. Sé también a quién te refieres en el segundo, pero, querida Lizzy, te suplico que no me apenes haciéndome pensar en que esa persona merece nuestra repulsa y diciéndome que no tienes de ella tan buen concepto como antes. No podemos creer tan a la ligera que ha pretendido ofendernos deliberadamente. A un joven alocado no se le puede exigir que sea siempre precavido y prudente. Con frecuencia es nuestra vanidad la que nos llama a engaño. La admiración de los hombres hace a veces concebir a las mujeres demasiadas ilusiones.

—De eso ya se encargan ellos —declaró Lizzy.

—Si lo hacen a propósito, no tienen excusa; pero aún no acabo de creer que las personas tengan tan mala intención como algunos suponen.

—Estoy muy lejos de pensar que en la conducta del señor Bingley haya mala intención —dijo Lizzy—; pero a veces, sin proponerse obrar mal ni perjudicar al prójimo, pueden cometerse errores que ocasionan mucho daño. La irreflexión, la indiferencia por los sentimientos de los demás y la falta de decisión hacen el resto.

—¿Achacas lo ocurrido a alguna de estas causas?

—Sí, a la última. Pero si sigo hablando terminarás molestándote cuando oigas decir lo que pienso sobre algunas personas que tú aprecias tanto. Vale más que me calle.

—Entonces, ¿continúas creyendo que sus hermanas influyen sobre él?

—Sí, de acuerdo con algunos detalles...

—No puedo creerlo —interrumpió Jane—. ¿Por qué habrían de hacerlo? Es de sentido común que si ellas quieren la felicidad de su hermano y saben que éste se encuentra enamorado de mí, sepan también que ninguna otra mujer puede hacerlo feliz.

—Es una conjetura falsa. Además de su felicidad pueden querer para él otras cosas; por ejemplo el aumento de su fortuna y categoría social, y esto lo conseguirían casándolo con una mujer que reúna todo lo que ellas consideran importante: dinero, aristocracia y orgullo.

—Sin duda alguna desean que se case con la señorita

Darcy —repuso Jane—; pero es posible que sus deseos nazcan de sentimientos mejores que los que tú supones. Mucho antes de conocerme a mí ya la conocían a ella, por lo que no es extraño que le tengan más cariño. No obstante, sigo sin poder creer que se opusieran de alguna forma a los deseos de su hermano. ¿Con qué derecho iban a hacerlo, a no ser que existiese algún obstáculo muy digno de ser tenido en cuenta? Si estuvieran seguras de que él está enamorado de mí, no harían nada por separarnos; y si fuese cierto que él lo está de verdad, no habría fuerza humana capaz de conseguirlo. Suponiendo que Bingley me ama, lo único que haces es que todos aparezcan ante mí como seres malvados que intentan labrar mi desgracia. No me desesperes con esta idea. No me causa ninguna vergüenza haber sido engañada o, por lo menos, lo que siento carece de importancia comparado con lo que sentiría en el caso de tener que pensar mal de él o de sus hermanas. Deja que siga teniendo un buen concepto sobre Bingley.

Naturalmente, Lizzy no podía oponerse a este deseo, y a partir de entonces apenas fue pronunciado entre ellas el nombre de Bingley.

A la señora Bennet continuaba extrañándole mucho su prolongada ausencia, a pesar de que Lizzy le había expuesto en un millar de ocasiones el motivo. En vano trató de convencerla de lo que ella misma no podría creer: que cuantas atenciones había prodigado Bingley a su hermana se debían simplemente a una simpatía pasajera que dejó de existir al producirse la separación. La madre admitía siempre la probabilidad de lo que le decía su hija, pero sólo hallaba consuelo pensando en que Bingley regresaría de nuevo a Netherfield al llegar el verano.

Bennet opinó sobre el asunto de manera muy distinta.

—De modo, Lizzy —dijo un día—, que según tengo entendido, tu hermana ha sufrido un desengaño amoroso. Entonces yo creo que lo que más le gusta a una muchacha, si no es casarse, es verse en un caso como éste. Siempre entretiene la imaginación y además da más interés ante las compañeras. ¿Cuándo va a tocarte a ti? No dejes que Jane te eclipse. Actúa con rapidez. Hay en Meryton un número suficiente de oficiales para decepcionar a todas las jóvenes del condado. Déjate cortejar por Wickham. Es un hombre muy agradable y sin duda sabría dejarte plantada muy caballerosamente.

—Gracias, papá, pero me conformaría con un hombre menos agradable que el señor Wickham. No todas podemos

esperar la suerte de Jane.

—Así es —repuso Bennet—; pero siempre resulta consolador el pensamiento de que cualquier cosa parecida que pudiera ocurrirte serviría a tu madre para sacar partido de la situación.

La compañía de Wickham mitigó en parte la tristeza que los acontecimientos de los últimos meses habían llevado a Longbourn. Lo veían con frecuencia, y a las demás cualidades que lo habían hecho siempre agradable se unía ahora la de una franqueza espontánea. Las explicaciones que había dado a Lizzy sobre el comportamiento de Darcy eran ahora expuestas abiertamente y en público, y todos se alegraban de haberlo odiado ya antes de conocer estos detalles.

Jane era la única que admitía la posibilidad de algún atenuante favorable a Darcy en aquella cuestión o la de alguna circunstancia desconocida por la sociedad del condado de Hertford. Su candoroso temperamento encontraba siempre alguna disculpa para los demás, o apelaba a los imponderables o al error inconsciente; pero entretanto todos condenaban a Darcy y lo consideraban un ser inhumano y cruel.

CAPÍTULO XXV

Después de una semana completa dedicada a declararse mutuo amor y a forjar planes de felicidad, el sábado tuvo que separarse Collins de su adorada Carlota. Sin embargo, la organización de los preparativos que tendría que hacer para recibir a su novia mitigaba su dolor, porque, según manifestó, tenía motivos muy fundados para asegurar que en su próximo viaje a Longbourn ella habría fijado ya la fecha de la boda. Se despidió de sus parientes con la solemnidad que lo caracterizaba, deseó de nuevo salud y ventura a sus primas, y prometió a Bennet otra carta de gratitud.

El lunes siguiente la señora Bennet tuvo el placer de recibir en su casa a su hermano y a su cuñada, que como todos los años iban a pasar la Navidad en Longbourn. El señor Gardiner era un hombre muy educado y prudente, muy superior a su hermana, tanto en presencia como en conocimientos. A las mujeres de Netherfield les hubiese resultado difícil creer que un hombre dedicado toda su vida a negocios y a atender sus propios almacenes pudiera ser tan culto y tan afable. Su esposa tenía algunos años menos que la señora Bennet y la señora

Philips, y también era una mujer culta, amable y elegante, a la que las muchachas de Longbourn apreciaban de verdad. Había particularmente un afecto especial entre ella y las dos mayores por haber pasado juntas algunas temporadas en la Capital.

Lo primero que la señora Gardiner hizo al llegar fue distribuir los regalos y hacer una detallada descripción de la última moda. Pero una vez agotado el tema le tocó representar un papel bastante menos activo: el de oyente. Su cuñada tenía mucho que decirle y mucho de qué quejarse. Desde su última entrevista habían ocurrido muchas desgracias a sus hijas. Dos de ellas habían estado a punto de casarse, pero al final todo había quedado en la nada.

—No censuro a Jane —continuó diciendo—, porque sé que si pudiese, se casaría con el señor Bingley. ¡Pero Lizzy! ¡Oh, mi querida hermana, no puedes imaginarte la pena que me produce saber que si a estas horas no está casada con el señor Collins, es solamente por su testarudez! Él le declaró su amor, en esta misma habitación, y ella se atrevió a rechazarlo. La consecuencia es que los Lucas tendrán una hija casada antes que nosotros y que el patrimonio de Longbourn pasará a sus manos. El señor William y su mujer actúan siempre con mucha astucia y andan detrás de todo lo que pueden pillar. Siento mucho tener que decirte todo esto, pero es la pura verdad. Me enfermo viéndome contrariada por personas de mi propia familia y sabiéndome cerca de vecinos que sólo piensan en su propio bienestar. Menos mal que tu llegada me procura un gran consuelo, y celebro mucho eso que nos acabas de decir de las mangas largas en la nueva moda.

La señora Gardiner, que ya estaba enterada de casi todo lo sucedido por las cartas que había recibido de sus sobrinas, contestó con mucha brevedad y en atención a ellas llevó la conversación a otros asuntos.

Cuando pudo estar a solas con Lizzy se extendió más sobre el asunto y expuso su sincera opinión.

—Según parece, hubiese sido un excelente matrimonio para Jane —dijo—. Lamento que no haya podido realizarse. Pero ¡ocurren con tanta frecuencia estas cosas...! Un joven de buena posición, como el señor Bingley, se enamora fácilmente de una muchacha bonita y se olvida de ella con la misma facilidad en cuanto se han separado. Estos casos abundan mucho.

—En cierto modo eso es un buen consuelo —repuso Lizzy—, pero lo que le ha ocurrido a Jane no se debe a la casualidad. No es frecuente que por la intervención de sus hermanas

y de sus amistades un joven de buena posición e independiente se olvide con facilidad de una muchacha de la que unos pocos días antes estaba "apasionadamente enamorado".

—Esa expresión, apasionadamente enamorado, es tan incierta, tan indefinida y tan gastada que, en realidad, no tiene un sentido concreto. Se aplica con la misma facilidad a sentimientos nacidos de un trato de media hora como a un afecto real y consistente. Dime con sinceridad: ¿cómo era de "apasionado" el amor del señor Bingley?

—Jamás he visto una inclinación más alentadora, cada día demostraba más indiferencia a todos y más fascinación por ella. Cuando se encontraban, su profunda simpatía se ponía inmediatamente de manifiesto. En una fiesta que él mismo organizó llegó a molestar a dos señoritas por no haberlas sacado a bailar, y yo misma le hablé en dos ocasiones sin obtener contestación. ¿Pueden existir síntomas mejores? La esencia del amor, ¿no es sino una manifestación continua de descortesía hacia los demás?

—¡Oh, sí, claro! De aquella especie de amor que él sentía, me figuro que sí. ¡Pobre Jane! Lo siento por ella, porque su temperamento no le permitirá recobrar enseguida la calma. Preferiría que esto te hubiese sucedido a ti, Lizzy; tú te hubieras reído pronto de todo y lo hubieses olvidado casi sin esforzarte. ¿Crees que podría convencerla de que viniera con nosotros a Londres? Un cambio de ambiente podría serle favorable y tal vez lo que más le conviene es alejarse durante una temporada de esta casa.

A Lizzy le agradó mucho aquella proposición y no dudó de que su hermana la aceptaría encantada.

—Confío —añadió la señora Gardiner— en que en su decisión no influirá en absoluto la presencia de ese joven en la ciudad. Vivimos en un barrio tan distinto, nuestra vida de sociedad es tan diferente y, como tú sabes, salimos tan poco que apenas existe alguna posibilidad de que lleguen a encontrarse, a no ser que él venga a verla a casa expresamente.

—Y esto es por completo imposible, porque él se halla ahora bien guardado por su amigo, y el señor Darcy no le permitirá que visite a Jane en el barrio en que ustedes viven. ¿Cómo ha podido pensar siquiera en ello, querida tía? Puede ser que el señor Darcy haya oído hablar alguna vez de una calle de Londres llamada Gracechurch, pero ni con un mes de baños ininterrumpidos quedaría limpio de sus impurezas si llegara a entrar allí, y no dude de que el señor Bingley nunca da un paso

si no es acompañado por él.

—Tanto mejor. Así no habrá peligro de que se encuentren. Pero ¿no mantiene Jane correspondencia con la señorita Bingley? En este caso se verá obligada a hacerle una visita.

—Cortará por completo su amistad.

Pero a pesar de esta seguridad, cuando comenzó a reflexionar detenidamente, le pareció que esto sería imposible. Por otra parte, no era improbable que la presencia de su hermana en Londres reanimara el cariño de Bingley y que la influencia de sus amigos hallara la réplica adecuada del influjo más natural de los atractivos de Jane.

Jane aceptó con mucho gusto la invitación de su tía. Y como esto la hizo pensar en los Bingley, le pareció que si, como suponía, Carolina no vivía con su hermano sería posible pasar de cuando en cuando la mañana con ella sin encontrarse con el joven.

Durante toda la semana que los Gardiner pasaron en Longbourn no hubo día que no fueran invitados por los Philips, los Lucas o los oficiales. La señora Bennet había dispuesto el programa de distracciones para sus hermanos tan cuidadosamente, que ni una sola vez comieron en familia. Cuando iban a comer en casa siempre había algún oficial invitado, y casi nunca faltaba Wickham. En tales ocasiones, la señora Gardiner, que por los continuos elogios que Lizzy dedicaba al oficial sospechaba ya algo, comenzó a observarlos con mucha atención. Aunque no los veía seriamente enamorados, la mutua simpatía que se profesaban le causaba cierta inquietud, por lo que decidió hablar de eso a la muchacha antes de volver a Londres, con el propósito de hacerle comprender lo imprudente que podría resultar seguir alentando unas relaciones amorosas de tal índole.

Wickham resultaba simpático a la señora Gardiner no solamente por sus cualidades, sino también porque diez o doce años antes de casarse había pasado bastante tiempo en aquella zona del condado de Derby, de donde él era oriundo. Por consiguiente existía una relación común entre ellos, y aunque el oficial iba pocas veces por allí desde el fallecimiento del padre de Darcy, ocurrido cinco años atrás, podía aún darle las noticias más frescas de lo que ella podía obtener acerca de sus antiguas amistades.

La señora Gardiner había estado en Pemberley y conocido al difunto señor Darcy. Recordar a éste derivaba siempre en tema inagotable de conversación, y ambos se complacían en tributarle

toda clase de elogios. Cuando la señora se enteró del comportamiento del joven Darcy, declaró que ya entonces se decía que Fitzwilliam Darcy era un muchacho muy orgulloso e inhumano.

CAPÍTULO XXVI

La señora Gardiner aprovechó la primera situación favorable para hablar a solas con Lizzy. Después de una sincera exposición sobre lo que pensaba se expresó en estos términos:

—Eres una muchacha lo suficientemente juiciosa como para enamorarte sólo porque te aconsejan lo contrario, y por eso voy a hablarte con franqueza. Lizzy, debo decirte seriamente que avances con cuidado. No te dejes llevar por un impulso espontáneo ni pretendas arrastrar a ese joven a un enlace matrimonial que podría resultar un disparate por la falta de medios económicos. Nada tengo que decir contra él; me parece un joven interesante y, si tuviese una buena posición, yo misma te aconsejaría que no lo dudaras. Pero en las condiciones actuales no voy a dejarte arrastrar por las simpatías. Todos esperamos que pongas en juego tu buen sentido. Estoy segura de que no defraudarás ni a tus padres ni a mí en la confianza que tenemos en tu acertada resolución final y en tu buena conducta.

—Querida tía, parece que esto se está poniendo demasiado serio.

—Sí, y ojalá que tú lo consideres así.

—Está bien, entonces no hay motivo de alarma. Yo sabré cuidar de mí misma y cuidaré a la vez del señor Wickham. Si puedo evitarlo, no se enamorará de mí...

—Ahora no hablas en serio, Lizzy.

—Perdóneme, intentaré explicarme con formalidad. En estos momentos no estoy enamorada del señor Wickham y lo digo de verdad. Pero debo confesar que lo considero el hombre más agradable que he conocido..., y si alguna vez llegara a quererme realmente... Creo que será mejor que no llegue a suceder eso nunca, porque reconozco que sería peligroso. ¡Oh, aquel odioso señor Darcy! Me honra mucho el buen concepto en que mi padre me tiene y lamentaría en el alma perderlo. Sin embargo, sé que mi padre le tiene simpatía al señor Wickham. Resumiendo, querida tía, lamentaría mucho disgustar a alguno de ustedes; pero teniendo en cuenta que por estos días los jóvenes no se privan de enamorarse por el simple hecho de que,

momentáneamente, carezcan de fortuna, ¿cómo puedo comprometerme a ser más juiciosa que otra de mis congéneres si la ocasión se presenta? ¿O cómo podría saber si acierto o no al resistir la tentación? Lo único que puedo prometerle, por lo tanto, es no precipitarme; y no lo haré creyéndome que soy la mujer que él ha soñado. Cuando me encuentre en su compañía procuraré rechazar esta idea. En una palabra, obraré según mi conciencia me aconseje.

—Quizá fuese conveniente que le quitaras las ganas de venir a visitarte con tanta frecuencia. Al menos no deberías recordar a tu madre con tanta insistencia que hay que invitarlo.

—Como sucedió el otro día —repuso Lizzy, sonriendo—; es verdad, será lo más prudente. Pero no se crea usted que nos visita tan a menudo; solamente se lo ha invitado con tanta frecuencia esta semana en atención a ustedes. Ya conoce las ideas de mi madre sobre la necesidad de una compañía constante para sus amistades... Pero le doy mi palabra que procuraré obrar como juzgue más prudente. Supongo que ahora está usted más satisfecha.

La señora Gardiner aseguró que lo estaba, y se separaron después de que Lizzy hubiera agradecido los consejos. He aquí un ejemplo sorprendente de cómo puede darse un consejo sobre materia tan delicada sin provocar resentimientos.

Poco después de haberse marchado los Gardiner con Jane, Collins volvió al condado de Hertford; pero como se hospedó en casa de los Lucas, su llegada no resultó molesta para la señora Bennet. La fecha de la boda era ya inminente y se había resignado por fin a considerarla inevitable, hasta el extremo que repetía constantemente y en tono malintencionado "que deseaba que fuesen muy felices".

La ceremonia se había previsto para el jueves, y el día anterior la señorita Lucas hizo su visita de despedida. Al levantarse para irse, Lizzy, avergonzada por las groserías de su madre y por el tono excesivamente irónico que empleó para testimoniar sus fingidos deseos, acompañó a su amiga fuera de la estancia. Mientras bajaban juntas por la escalera, Carlota dijo:

—Espero que me envíes noticias tuyas con frecuencia, Lizzy.

—Te las enviaré.

—Deseo pedirte otro favor, ¿irás a verme?

—Supongo que vendrás con frecuencia a ver a tus padres.

—Durante algún tiempo, al menos, creo que no podré ausentarme de Kent. Por lo tanto, tienes que prometerme que

irás a Hunsford.

Lizzy no pudo rechazar la invitación, aunque no se le hacía muy agradable aquella visita.

—Mi padre y Mary irán a verme en marzo —agregó Carlota—, espero que no te moleste formar parte del grupo. Serás recibida con el mismo cariño que cualquiera de ellos.

La boda se celebró por fin. Los novios salieron hacia Kent desde la misma puerta de la iglesia, y como de costumbre, todos pudieron dedicarse a comentar y a escuchar con malsana curiosidad los comentarios de los demás.

Lizzy pronto recibió noticias de su amiga y su correspondencia fue tan regular como lo había sido hasta entonces, aunque no tan efusiva y sincera. Le resultaba imposible dirigirse a ella sin sentir que había desaparecido por completo toda la confianza que había nacido de la intimidad, aunque respondía todas sus cartas con escrupulosa puntualidad, más bien lo hacía en atención a su antigua amistad que a la presente.

Las primeras cartas de Carlota despertaron en Lizzy bastante curiosidad. Tenía que ser interesante saber en qué términos se manifestaría su amiga refiriéndose a su nuevo hogar, qué juicio le habría merecido *lady* Catalina y hasta qué punto se atrevería a proclamarse una mujer feliz. Pero una vez leídas, Lizzy comprendió que Carlota se expresaba en sus cartas exactamente igual a como había previsto. No había en ellas otra cosa que elogios para todo lo que la rodeaba. La casa, el vecindario, los caminos, todo era de su completo agrado; y la conducta de *lady* Catalina, tan amistosa y espléndida como se había imaginado. La descripción de Hundsford y Rosings coincidía con la que había hecho Collins, pero la de ella era más razonable y moderada. Por lo tanto, Lizzy comprendió que tendría que esperar a ir personalmente a ver a su amiga y enterarse de todo lo demás.

Jane había enviado a su hermana una carta anunciándole su feliz llegada a Londres, y ésta esperaba que en la próxima pudiera contarle algo referente a los Bingley. Su impaciencia fue por fin recompensada. Después de una semana, Jane se hallaba en la Capital sin haber visto a Carolina ni tener la menor noticia de ella. Explicaba esta circunstancia suponiendo que quizá se hubiese extraviado la carta que le había escrito desde Longbourn.

"Mi tía ha de ir mañana por aquella parte de la ciudad", manifestaba en la carta, "y aprovecharé la oportunidad para acercarme a la calle Grosvenor".

Una vez efectuada la visita volvió a escribir y comunicó a su hermana lo siguiente:

He visto a Carolina, no me pareció muy animada, pero se alegró mucho de verme otra vez y me hizo mil reproches por no haberle anunciado mi llegada a Londres. Esto quiere decir que yo tenía razón: no había recibido mi carta. Naturalmente, le pregunté por su hermano. Me respondió que estaba bien, pero que tenía tantas ocupaciones en común con el señor Darcy, que apenas se dejaba ver. Me encontré con que la señorita Darcy estaba invitada a comer. Hubiese querido verla, pero mi visita fue muy corta porque Carolina y la señora Hurst se disponían a salir; sin embargo, no me equivoco al afirmar que las veré pronto por aquí.

Lizzy meneó la cabeza pensativamente al terminar de leer la carta y quedó convencida de que sólo por casualidad podría enterarse Bingley de la presencia de Jane en Londres.

Cuatro semanas después seguía Jane sin haber visto a Bingley por ninguna parte. Intentaba convencerse a sí misma de que no lo lamentaba, pero a la vez no podía dejar de advertir la falta de atención de la señorita Bingley. Durante toda la quincena se quedó esperando en casa todas las mañanas, y por fin se presentó la visitante; pero la brevedad de su visita y, más aún, lo extraño de su actitud, eliminaron definitivamente las dudas que Jane tenía respecto de ella. La carta que escribió a continuación a su hermana así lo demostraba:

Mi querida Lizzy: ya sé que serás incapaz de vanagloriarte a mis expensas cuando te confiese sinceramente tu mejor acierto en juzgar las cosas, ya que me ha decepcionado la señorita Bingley acerca del afecto que yo creí que me tenía. Pero aunque los hechos te hayan dado la razón, no me creas obstinada si continúo creyendo, mi querida hermana, que, considerando su conducta, mi confianza era tan natural como las sospechas que tú abrigabas. Aún no puedo comprender el motivo que la impulsó a desear intimar conmigo, pero si otra vez se presentaran las mismas circunstancias, no dudo de que volvería a engañarme. Hasta ayer no me ha devuelto Carolina la visita y mientras tanto no he recibido ni una simple nota suya. Quedó de manifiesto que me visitaba de la peor mala gana; se excusó levemente por no haber venido a verme antes

y no pronunció una sola palabra que manifestara su deseo de volverme a ver. En resumen, tal ha sido el cambio que he notado en ella que cuando se marchó, decidí resueltamente dar por terminadas nuestras relaciones. La compadezco, aunque no por eso dejo de censurarla. Ha hecho muy mal apartándose de mí. Puedo afirmar, sin mentir, que todas las insinuaciones de mi amistad partieron de ella. Pero la compadezco porque debe darse cuenta de que ha obrado mal y porque ahora me consta positivamente que la ha movido a ello el vivo interés que siente por su hermano.

El señor Bingley sabe que me encuentro en Londres; estoy segura de eso por algo que ella misma insinuó y, sin embargo, por su manera de expresarse, pretende convencerse a sí misma de que su hermano está locamente enamorado de la señorita Darcy. No me lo explico. Estoy casi a punto de decir que en todo esto hay mucha apariencia de falsedad. Pero no quiero juzgarla severamente y debo pensar, en lo sucesivo, tan sólo en aquello que podrá hacerme feliz, esto es, tu cariño y la bondad que me demuestran mis queridos tíos.

Escríbeme con frecuencia. Carolina pareció indicarme en un momento de la conversación que su hermano no volvería más a Netherfield y que abandonaría la casa, pero en concreto no sé si lo hará o no. Hubiese sido mejor no hablar de eso. Me alegran mucho tus buenas noticias de nuestros amigos de Hunsford. Te aconsejo que vayas a visitarlos con el señor William y Mary. Estoy segura de que te encontrarás perfectamente entre ellos.

Tuya, JANE

La lectura de la carta disgustó a Lizzy, pero le procuró algún consuelo el pensamiento de que al menos su hermana ya no viviría engañada durante más tiempo por la señorita Bingley. Todas las esperanzas relativas a su hermano se habían disipado ahora por completo. Cuanto más pensaba en él, peor concepto le merecía; y como si esto supusiese un castigo para él, a la vez que una ventaja para Jane, deseaba con sinceridad que contrajera pronto matrimonio con la señorita Darcy, lo que, a juzgar por lo que de ella decía Wickham, lo obligaría a arrepentirse de haberla despreciado.

Casi al mismo tiempo recibió otra carta de la señora Gardiner, donde ésta le recordaba a Lizzy su promesa referente a Wickham y le pedía noticias sobre el tema. Las que la joven

podía comunicarle resultaban más satisfactorias para su tía que para ella misma. El aparente afecto que le había demostrado se iba disipando sensiblemente; y sus atenciones, acabándose; ahora le gustaba otra mujer. Lizzy no necesitaba de la clarividencia para percatarse de eso, pero después de analizar el asunto escribía sobre él sin manifestar mucha pena. Su corazón había sufrido ligeramente, y su vanidad se sentía satisfecha al pensar que si el dinero lo hubiese hecho posible, habría sido ella la única elegida. La inesperada herencia de diez mil libras era el principal encanto que adornaba a la joven a la que ahora procuraba hacerse agradable; pero en esta ocasión ni siquiera intentó discutir con él por su deseo de independencia. Al contrario, todo le pareció muy natural e incluso llegó a desear sinceramente que fuera dichoso.

Todo esto se lo exponía a la señora Gardiner y, después de detallar las circunstancias, añadía:

Ahora estoy convencida, mi querida tía, de que nunca estuve realmente enamorada, porque de ser así aborrecería en estos momentos hasta su nombre y le desearía todo género de calamidades. Pero no solamente son cordiales mis sentimientos hacia él, sino que incluso sigo apreciando a la señorita King igual que antes. No le guardo rencor en absoluto y hasta la considero una buena muchacha. Yo creo que todo esto hubiera sido imposible en el caso de que existiese en mí algún amor hacia el señor Wickham. Mi vigilancia ha sido eficaz, y aunque sé que a todas mis amistades les hubiera resultado más interesante que yo me hallase locamente enamorada de él, no puedo afirmar que lamente ahora mi relativa insignificancia. Kitty y Lydia han tomado su inesperada marcha atrás mucho más a pecho que yo. Son demasiado jóvenes e inexpertas para llegar aún a la triste convicción de que todos los hombres, sean guapos o feos, necesitan algún recurso para vivir.

CAPÍTULO XXVII

Sin acontecimientos que revistieran mayor importancia, transcurrieron los meses de enero y febrero en Longbourn. En marzo, Lizzy tenía que ir a Hunsford. Al principio no había considerado muy en serio la invitación de su amiga, pero Carlota insistió tanto que al final terminó decidiéndose a acep-

tarla. La ausencia había aumentado su deseo de verla de nuevo, y el desagrado que le producía el señor Collins había disminuido. El proyecto ofrecía, por otra parte, cierta novedad; y como el hogar no podía echarse de menos con una madre como la suya y con unas hermanas tan poco sociables, le parecía conveniente un ligero cambio. Además, el viaje le procuraría ocasión para ver a Jane, aunque fuese brevemente.

Todo salió a pedir de boca. Se concertó que Lizzy acompañaría al señor William y a su segunda hija, e incluso se mejoró el plan añadiéndole una jornada en Londres.

Lo único que disgustaba a Lizzy era abandonar a su padre, que indudablemente la echaría de menos. En efecto, llegado el momento, éste lamentó tanto que se ausentara, que le pidió que le escribiera e incluso casi prometió contestar su carta.

Wickham la despidió muy amistosamente. Su actual galanteo no podía hacerle olvidar que Lizzy había sido la primera joven del condado que había merecido sus atenciones, la primera que escuchó la historia de sus desgraciadas relaciones con Darcy y la primera que lo compadeció.

Sus compañeros de viaje no eran como para obligarla a olvidar a Wickham. Ni William Lucas ni su hija Mary, una joven simpática, pero con la cabeza tan vacía como la de su padre, dijeron una frase que pudiera justificar su atención, y era lo mismo escucharlos como prestar oídos al monótono ruido que producía el coche en marcha. Lizzy tenía gran afición por lo absurdo, pero hacía demasiado tiempo que conocía al señor William. Nada nuevo podía explicarle sobre las excelencias de su presentación en la corte real ni sobre su dignidad de caballero y sus modales, tan anticuados como los temas que relataba.

Tenían que recorrer tan sólo veinte millas, y emprendieron el viaje tan temprano, que al mediodía se hallaban ya en la calle Gracechurch. Al detenerse ante la casa del señor Gardiner, Jane estaba asomada a una de las ventanas superiores; al entrar en el pasadizo estaba esperándolos ahí para recibirlos, y Lizzy, mirándola a los ojos con ansiedad, se alegró de verla tan sana y guapa como siempre. En la escalera había un grupo de niños con expresión tímida; porque, aunque su deseo de verla era muy grande, hacía un año que no la veían y en realidad no se atrevían a terminar de bajar.

El día transcurrió de un modo muy agradable, por la mañana fueron de compras; y por la tarde, a un teatro.

Lizzy se las arregló para sentarse al lado de su tía. El tema

principal del diálogo fue la situación de su hermana, y le causó verdadera tristeza oír, en contestación a sus anhelantes preguntas, que aunque Jane luchaba esforzadamente para conservar su tranquilidad de ánimo, atravesaba temporadas de profunda melancolía. Sin embargo, era lógico esperar que éstas no se prolongasen mucho. La señora Gardiner le explicó asimismo algunos detalles relacionados con la visita de la señorita Bingley y le hizo un resumen de las conversaciones sostenidas entre Jane y ella, en las que se demostraba con evidencia que la rotura de las relaciones amistosas había partido de la primera.

Luego dirigió a Lizzy algunas frases en tono humorístico relacionadas con la deserción de Wickham y la felicitó por la facilidad con que se había olvidado de él.

—Pero dime, querida Lizzy —añadió—, ¿qué clase de joven es esa señorita King? Me disgustaría mucho tener que calificar al señor Wickham como otro vulgar mercenario.

—Ahora quisiera que me dijese usted, querida tía, qué diferencia existe, en materia de matrimonio, entre un hombre mercenario y un hombre prudente. ¿Dónde acaba la prudencia y da comienzo la avaricia? Cuando nos visitó usted en Navidad temía que se casara conmigo por imprudente, y ahora lo considera mercenario porque galantea con una joven que acaba de heredar diez mil libras.

—Si supiese qué clase de persona es la señorita King, te diría lo que puede decirse de él.

—La señorita King es una buena muchacha, al menos nunca he oído decir nada malo sobre ella.

—Pero él no le había prestado la menor atención hasta que el fallecimiento de su abuelo la convirtió en dueña de diez mil libras.

—Naturalmente. ¿Qué es entonces lo que tenía que hacer? Si no podía obtener mi afecto porque yo no tengo dinero, ¿qué razón podría impulsarlo a cortejar a otra muchacha tan pobre como yo?

—Pero es una falta de delicadeza haber empezado a cortejar a esa muchacha inmediatamente después de lo ocurrido entre ustedes.

—Un hombre que carece de recursos no puede permitirse el lujo de perder el tiempo simulando el elegante comportamiento de los acomodados. Si ella no tiene reparos que oponer, ¿por qué vamos a buscárselos nosotros?

—La circunstancia de que ella no encuentre inconvenien-

te alguno no es suficiente para disculparlo a él. Esto sólo demuestra que ella adolece de algo, bien sea de prudencia o de profundidad de sentimientos.

—De acuerdo —repuso Lizzy—, admitamos su tesis. La conclusión sería que él es un mercenario y ella una necia.

—Ésta no es mi tesis, Lizzy. Me produciría un gran disgusto tener que pensar mal de un joven que ha vivido durante tanto tiempo en el condado de Derby.

—Si sólo es por eso, puedo decirle que mi concepto de los jóvenes que viven en el condado de Derby es muy pobre y que no difiere mucho del que merecen sus íntimos amigos que viven en el condado de Hertford. Estoy harta de todos ellos. Afortunadamente mañana me encontraré con un hombre que no tiene ninguna cualidad agradable y que está totalmente falto de modales o de juicio que le puedan recomendar. Después de todo, los hombres estúpidos son los únicos que merece la pena conocer.

—Lizzy, ten cuidado; esas palabras revelan claramente una decepción.

Antes de separarse, Lizzy tuvo la agradable sorpresa de ser invitada a acompañar a sus tíos en un viaje de recreo que se proponían realizar durante el verano.

—Aún no hemos decidido el lugar —dijo la señora Gardiner—, pero probablemente llegaremos hasta los lagos.

Ningún otro proyecto podría haber causado más satisfacción a Lizzy en aquel momento.

—¡Querida tía! —exclamó entusiasmada—. ¡Qué feliz me hace! ¡Usted me da vigor y me vuelve a la vida! ¡Adiós decepciones y aburrimiento! ¿Qué importan los hombres ante el placer de contemplar valles y montañas? ¡Oh, qué horas más felices pasaremos!

CAPÍTULO XXVIII

Luego de comprobar que su hermana gozaba de un aspecto saludable, Lizzy se alegró, ya que alejaba de ella todo temor en lo que a sus malestares se tratara. Esto y la perspectiva de una excursión al Norte significaban para ella una fuente inagotable de felicidad.

Al dejar la carretera principal para avanzar por el camino de Hunsford todos buscaban con sus miradas la rectoría y esperaban verla aparecer al final de cada curva. La valla de Rosings Park la

limitaba por uno de sus lados. Recordando todo cuanto había oído decir de sus moradores, Lizzy no pudo evitar una sonrisa.

Por fin apareció la rectoría. El jardín que bajaba hasta el camino, la casa que se levantaba en él, la empalizada verde y el seto de laurel, todo indicaba que estaban llegando. Carlota y Collins se hallaban en el umbral de la entrada, y el carruaje se detuvo ante el portal, desde donde un corto pasillo cubierto de arena los condujo hasta la casa, entre las sonrisas y los saludos de todos.

Carlota recibió a su amiga con gran satisfacción y, al comprobarlo, Lizzy se alegró de haber hecho el viaje. Enseguida pudo darse cuenta de que el matrimonio no había alterado en absoluto las maneras de su primo; seguía haciendo gala de su peculiar y ceremoniosa urbanidad, y la entretuvo durante algunos minutos en el portalillo oyendo y contestando sus preguntas referentes a la salud de toda la familia. Seguidamente, sin detenerse más tiempo que el imprescindible para que los huéspedes advirtieran el buen efecto de la entrada, fueron introducidos en la casa; y en cuanto llegaron al salón, Collins les dio nuevamente la bienvenida, con una serie interminable de cumplidos, repitiendo luego uno a uno todos los ofrecimientos que les había hecho su esposa de servirles un refrigerio.

Lizzy no se hallaba preparada para escuchar grandezas y advirtió enseguida que Collins, al destacar una y otra vez el buen aspecto de la estancia, su notable espacio y los muebles que la adornaban, lo hacía con el propósito de llamar la atención particularmente a ella para que comprendiera lo que se había perdido al rechazarlo. Aunque todo parecía limpio y confortable, no pudo complacerlo con ninguna muestra de arrepentimiento; al contrario, su atención estaba centrada en su amiga y se extrañaba de que su aspecto pudiera expresar satisfacción teniendo tal compañero.

Cada vez que Collins decía alguna idiotez, cosa que ocurría con frecuencia, Lizzy miraba involuntariamente a Carlota, y en dos o tres ocasiones pudo comprobar que se ruborizaba; pero en general Carlota simulaba no haberlo oído. Después de permanecer sentados el tiempo suficiente para que sus invitados admiraran uno a uno los muebles de la habitación, desde el bufete hasta la rejilla protectora de la estufa, Collins los invitó a recorrer el jardín para que pudieran explicar los detalles del viaje y todo lo ocurrido en Londres; pero antes les hizo notar las dimensiones y el trazado regular del jardín, y les hizo saber

que él mismo cuidaba de su cultivo. El trabajo en el arreglo de su jardín era uno de sus más agradables entretenimientos, según manifestó; pero lo que más admiró a Lizzy fue el aplomo con que Carlota habló después de lo saludable que resultaba tal ejercicio y de que ella misma lo inducía a practicarlo. Mientras los llevaba por todos los pasillos, concediéndoles apenas tiempo para expresar los elogios que él mismo reclamaba, les fue dando explicaciones con tal minuciosidad, que de pronto pareció convertirse en un hombre prodigioso. Describía todos los campos y sabía de memoria el número de árboles que había en el bosque más distante. Pero de todo lo que abarcaba la vista y aun de todo lo que existía en aquel distrito e incluso en todo el reino, nada admitía comparación, según él, con la perspectiva que ofrecía Rosings, situada entre un claro de la arboleda que rodeaba el parque, enfrente mismo de su casa. Era un soberbio edificio construido recientemente en un ligero desnivel del terreno.

Collins pretendía llevarlos después a recorrer sus dos prados, pero como las señoras no llevaban calzado adecuado para chapotear por el barro, desistieron de hacerlo, y mientras el señor William se quedaba con él, Carlota retrocedió en compañía de su hermana y su amiga, y las llevó a la casa, encantada seguramente de poder hacerles los honores de ella sin la ayuda de su marido. Era más bien reducida, pero bien construida y confortable, y la pulcritud que se observaba fue juzgada por Lizzy como un acierto de Carlota. En los momentos en que era posible olvidar a Collins, todo parecía cómodo y perfecto, y por la evidente satisfacción que Carlota demostraba, Lizzy dedujo que con frecuencia debía olvidarse de su esposo.

Ya le habían comunicado que *lady* Catalina se hallaba aún en el campo. Y como se aludió a ella durante la comida, Collins intervino rápidamente en la conversación para decirle:

—En efecto, Lizzy, tendrá usted el honor de ver a *lady* Catalina de Bourgh el domingo próximo en la iglesia, y considero inútil afirmar que quedará usted encantadísima con ella. Todo en ella es afabilidad y condescendencia, y no me cabe duda de que me dignara honrar a usted con su atención cuando hayan terminado los oficios. Puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que incluirá también a usted y a mi hermana Mary en todas las invitaciones con que tenga a bien honrarnos durante su permanencia en mi casa. Su conducta con respecto a mi querida esposa es magnífica. Dos veces por semana comemos en Rosings, y jamás nos permite volver a casa a pie. Siempre está

a nuestra disposición el coche de su señoría, mejor dicho, uno de los coches, porque tiene varios.

—Ciertamente —añadió Carlota—, *lady* Catalina es muy respetable y encantadora, y sobre todo, una vecina excelente.

—Exactamente, querida; eso mismo es lo que yo digo, es la clase de mujer para quien nunca tendrás demasiada deferencia.

El resto de la velada transcurrió comentando las noticias que llegaban del condado de Hertford y repitiendo las que ya se habían dado por escrito. Más tarde, en la soledad de su alcoba, Lizzy pudo reflexionar acerca del verdadero grado de satisfacción que experimentaba Carlota sobre su paciencia para soportar a su marido y sobre su habilidad para sacar partido de él, y reconoció sinceramente que se defendía muy bien en todos los terrenos. Pensó también en cómo haría transcurrir el tiempo durante su visita, en cuáles serían sus habituales ocupaciones, en las interrupciones molestísimas de Collins y en las prometedoras diversiones de Rosings. Todo quedó pronto decidido en su viva imaginación.

Cerca del mediodía siguiente, mientras Lizzy estaba arreglándose para salir de paseo, oyó que de pronto se producía un gran barullo como si toda la casa se sumiera en la más extraña confusión. Después de escuchar unos momentos, oyó que alguien subía por la escalera y la llamaba a gritos. Abrió la puerta y encontró a Mary en el rellano, que exclamaba jadeante:

—¡Baja enseguida al comedor, Lizzy! ¡Corre! ¡Verás qué espectáculo! No quiero decirte ahora de qué se trata. Date prisa y baja inmediatamente.

Lizzy hizo varias preguntas, pero fue en vano; Mary se negó a decirle nada más, y las dos bajaron corriendo al comedor, cuyas ventanas daban al camino, para enterarse del motivo de todo aquel lío. Lizzy comprobó inmediatamente que se trataba de dos damas que se habían detenido en un faetón ante la puerta del jardín.

—¿Y esto es todo? —exclamó—. Lo menos que podía figurarme era que los cerdos se habían escapado de las pocilgas y que invadían el jardín. ¡Y todo ha quedado reducido a que acaban de llegar *lady* Catalina y su hija!

—¡Oh, no! —replicó Mary, horrorizada al oír aquella confusión tan grosera—. ¡Por Dios, Lizzy! No es *lady* Catalina... La anciana es la señora Jenkinson, que vive con ella, y la joven es la señorita de Bourgh. Contémplala bien. Parece una ninfa. ¿Quién hubiera podido imaginársela tan baja y delgadita?

—Es muy poco considerada permitiendo que Carlota esté afuera con este viento. ¿Por qué no entran?

—¡Oh! Carlota dice que no lo hace nunca. Cuando la señorita Bourgh se digna entrar es solamente en ocasiones muy señaladas, que constituyen siempre un favor extraordinario.

—Me gusta su tipo —declaró Lizzy mientras pensaba en otras cosas—. Parece que está enferma y que tiene mal genio... Sí, a él le resultará una esposa muy conveniente.

Collins y Carlota seguían de pie en el portalillo charlando con las recién llegadas, y el señor William, para gran sorpresa de Lizzy, se hallaba contemplando en ceremoniosa actitud, desde el umbral de la casa, las grandezas que tenía ante sus ojos y hacía profundas reverencias cada vez que la señorita de Bourgh le dirigía la mirada.

Por fin la conversación se acabó y las señoras se alejaron en su coche mientras los demás regresaban a la casa. En cuanto Collins vio a las dos muchachas se dirigió a ellas rápidamente y empezó a felicitarlas por su suerte. Carlota intervino a continuación para comunicarles que todos estaban invitados a comer al día siguiente en Rosings.

CAPÍTULO XXIX

La rebosante alegría de Collins no podía ser menos, ya que la invitación a Rosings significaba la confirmación de su total y definitivo éxito.

Lo que precisamente había anhelado él con más intensidad era poder disponer de una ocasión para presentar a sus maravillados huéspedes la grandeza de su protectora y hacerles ver la clase de cortesía de la que haría objeto a él y a su esposa; y la circunstancia de que esta oportunidad se hubiese presentado tan pronto suponía una prueba concluyente de la condescendiente actitud de *lady* Catalina, que ya no sabía a qué expresiones recurrir para ponderarla debidamente.

—Confieso —decía— que no me hubiera extrañado en absoluto que su señoría nos invitara el domingo a tomar el té y a pasar la tarde en Rosings. Pero ¿quién podría prever una atención como ésta? ¿Quién hubiera podido imaginar que esta invitación (que además nos incluye a todos) iba a producirse casi inmediatamente después de la llegada de ustedes?

—En realidad, yo no encuentro muy extraño lo que ha

ocurrido —intervino el señor William—, porque conozco bien los modales de los aristócratas, con los cuales, gracias a mi situación, he tenido la suerte de relacionarme. En la corte son frecuentes estos detalles de educación tan refinada.

Durante todo aquel día y la mañana siguiente apenas se habló de otra cosa. Collins explicaba a todos minuciosamente las maravillas que iban a contemplar, para que en el momento de encontrarse en aquellas salas tan regias, atendidos por tantos criados y ante una comida tan espléndida, no se aturdieran.

Al separarse las mujeres para ir a vestirse, dijo a Lizzy:

—No se preocupe mucho por su traje, querida prima. *Lady* Catalina es en extremo comprensiva y jamás exigiría en nosotros la elegancia de vestuario propia de los de su alcurnia. A pesar de eso, yo sí aconsejaría que vistiese usted lo mejor que tenga, aun cuando *lady* Catalina no fundamentara el concepto que pueda hacerse de usted en el hecho de que vaya o no vestida con sencillez.

Mientras se vestían fue dos o tres veces a llamar a las puertas de sus habitaciones para darles prisa, porque, según decía, a la ilustre dama le molestaba mucho que la hicieran esperar para comer.

Las fantásticas descripciones que Collins hacía de su señoría, de su opulencia y de su forma de vivir tenían amedrentada a Mary Lucas que, poco acostumbrada al trato social, estaba viendo transcurrir aquellos minutos que le faltaban para presentarse en Rosings con la misma angustia que había experimentado su padre al ser presentado en el palacio real.

Hacía buen tiempo, y por eso el trayecto hasta Rosings fue un paseo agradable de una media milla escasa a través del parque. El aspecto exterior de Rosings causó buena impresión en Lizzy, pero no demostró tanto entusiasmo como esperaba Collins cuando le explicó el número de ventanas que había en la fachada y la cantidad que en conjunto le habían costado los cristales al señor Lewis de Bourgh.

Al ascender por la escalinata que daba al vestíbulo, la turbación de Mary por momentos aumentaba, y el mismo señor William, tan acostumbrado a aquellos trances, según decía, no daba la impresión de estar muy seguro de sí mismo. A Lizzy no le faltaba el ánimo. Nada había oído respecto a la señora Catalina que pudiera hacerle creer que iba a vérselas con una dama de talento extraordinario o de virtudes milagrosas, y estaba plenamente convencida de que no iba a deslumbrarse ni a

azorarse ante la fastuosidad del dinero y del rango.

En el vestíbulo de entrada se detuvieron unos instantes para oír a Collins en una extasiada descripción de sus excepcionales proporciones y acatada ornamentación, y luego siguieron a los criados a través de una antesala hasta la estancia donde se hallaban sentadas *lady* Catalina, su hija y la señora Jenkinson.

Con gran condescendencia se levantó su señoría para recibirlos y, según se había convenido, hizo las presentaciones la señora Collins, sin intercalar ninguna de aquellas engorrosas excusas y muestras de gratitud que su marido habría creído necesarias.

A pesar de la veteranía adquirida en el palacio de Saint James, el señor William estaba tan atemorizado por la grandiosidad de todo lo que lo rodeaba, que apenas tuvo arrojo para hacer una gran reverencia y sentarse enseguida, sin pronunciar una sola palabra; y su hija, casi despavorida, se sentó en el borde de una silla sin atreverse a levantar la vista del suelo. Lizzy se sintió a la altura de las circunstancias y se dedicó a observar tranquilamente a las damas. *Lady* Catalina era una mujer alta y gruesa, de rasgos muy pronunciados, que en algún tiempo había sido quizás hermosa; su aire poco afable y el recibimiento que les dispensó parecían preparados a propósito para echar en cara a los visitantes su inferior condición. El silencio no la hacía imponente, y cuando hablaba denotaba tal aire de arrogancia y autoridad, que Lizzy se acordó inmediatamente de Wickham y comprobó que la señora Catalina era exactamente como se la había descrito.

Después de examinar a la madre, en cuyos modales encontró inmediatamente cierto parecido con Darcy, puso su atención en la hija y se asombró tanto como Mary al verla la vez anterior. Ni en su presencia física ni en la expresión de su cara había el más ligero parecido entre madre e hija. La señorita de Bourgh era pálida y enfermiza, y sus facciones, aunque no feas, eran más bien ordinarias. Hablaba poco y cuando lo hacía era para dirigirse a la señora Jenkinson, que se hallaba siempre pendiente de ella.

Permanecieron sentados durante algunos minutos y luego fueron llevados a una de las ventanas desde donde pudieron admirar el paisaje. Collins fue el encargado de dar las explicaciones correspondientes y, por su parte, *lady* Catalina se dignó hacerles saber que durante el verano valía mucho más la pena contemplar aquel panorama.

La comida fue ciertamente suculenta, y a lo largo de ella hubo un desfile impresionante de criados y de servicios de

mesa, completamente de acuerdo con el vaticinio de Collins. Según lo había previsto, tomó asiento a un extremo de la mesa, complaciendo el expreso deseo de su señoría, lo que hizo dando a entender con toda claridad que la vida no podía ofrecerle nada mejor. Trinchaba, comía y elogiaba con un celo extasiado. Cada plato que llegaba era recibido primeramente por él con los correspondientes honores, y luego el señor William, que había conseguido serenarse un poco, se encargaba de hacer eco a lo que decía su yerno, de tal forma que Lizzy no acertaba a comprender cómo era posible que *lady* Catalina pudiera soportar aquello. Pero ella parecía estar encantada con esas expresiones de admiración y sonreía afablemente, en particular cuando llegaba a la mesa algún plato que resultaba una verdadera novedad para ellos. Las ininterrumpidas intervenciones de Collins apenas permitían hablar a los demás. Por otra parte, Lizzy, que se hallaba dispuesta a conversar en cuanto se presentara la ocasión, se había sentado entre Carlota y la señorita Bourgh, y ocurría que la primera se dedicaba exclusivamente a escuchar lo que decía *lady* Catalina, y la segunda no dijo una sola palabra durante toda la comida. La señora Jenkinson estaba pendiente tan sólo de lo poco que comía la señorita de Bourgh, la animaba para que comiera más y le preguntaba una vez por minuto si se hallaba indispuesta. Mary había tomado la decisión de guardar silencio, como medida más prudente para no cometer alguna indiscreción.

Cuando regresaron al salón, apenas pudieron hacer otra cosa que escuchar lo que decía *lady* Catalina, que habló sin interrupción hasta que fue servido el café, expresando su opinión respecto a los temas que tocaba con tanta decisión que quedaba bien demostrado que no acostumbraba consentir que se le llevara la contraria. Se interesó por los asuntos domésticos de Carlota de una forma familiar y con toda clase de detalles, y le dio infinidad de consejos para resolverlos; incluso le dio instrucciones sobre el modo de cuidar las vacas y los pollos. Lizzy advirtió que su señoría no despreciaba ninguna ocasión para dar consejos a los demás.

En los intervalos de su conversación con la señora Collins, su señoría hizo también numerosas preguntas a Mary y a Lizzy, en especial a esta última que, según manifestó a Carlota, le pareció muy buena muchacha, añadiendo que tenía muy escasas referencias de su familia. Le preguntó cuántas hermanas tenía, si eran menores o mayores que ella, si alguna iba

a casarse pronto, si eran guapas, en qué institución habían sido educadas, qué clase de coche tenía su padre y cuál había sido el apellido de soltera de su madre. A Lizzy le pareció una vulgar impertinencia toda aquella serie de preguntas, pero respondió a todas con corrección.

—Me han informado —manifestó *lady* Catalina— que el patrimonio de su padre pasará algún día al señor Collins. Me alegro por usted —añadió dirigiéndose a Carlota—; sin embargo, considero que no existe razón alguna para vincular patrimonios fuera de la línea femenina... En la familia del señor Lewis de Bourgh no se creyó necesario. ¿Toca y canta usted, señorita Bennet?

—Un poco.

—¡Maravilloso! Entonces tendremos el gusto de oírla en cualquier momento. Nuestro piano es de primer orden, probablemente superior al de... Ya lo probará —se interrumpió— en alguna ocasión. ¿También tocan y cantan sus hermanas?

—Una de ellas, sí.

—¿Y por qué no aprendieron todas? Deberían haber aprendido. Todas las señoritas Webbs tocan y cantan, y la renta de su padre es inferior a la del de ustedes. ¿Dibuja usted?

—No, señora.

—¿Ninguna de ustedes?

—Ninguna.

—¡Qué extraño! Pero me imagino que no habrán tenido ocasión. Su madre debería haberlas llevado a Londres durante la primavera para estudiar dibujo.

—Mi madre hubiera querido hacerlo, pero resulta que mi padre aborrece Londres.

—¿Acaso las abandonó su institutriz?

—Nunca tuvimos institutriz.

—¡Imposible! Cinco hijas criadas en casa, ¿y no han tenido institutriz? ¡Jamás he visto cosa semejante! Su madre ha debido de ser esclava de la educación de ustedes.

Lizzy apenas pudo contener la risa cuando se disponía a manifestar que no había sido ese el caso.

—Entonces, ¿quién ha cuidado de su instrucción? Sin institutriz tienen que haber estado ustedes abandonadas por completo.

—Si nos comparamos a otras familias, es posible; pero a ninguna de nosotras nos ha faltado nunca medios para aprender. Siempre se nos ha inculcado el amor a los estudios y hemos tenido cuantos maestros hemos necesitado. Ahora bien, las que

prefirieron no estudiar no lo han hecho.

—¡Oh, ya! No lo dudo, pero estas cosas se evitan teniendo en casa una buena institutriz. Si yo hubiera conocido a su madre, le habría aconsejado enérgicamente que se hiciera con los servicios de una. La instrucción no se puede conseguir si no es de una forma regular y constante, y esto sólo se adquiere sometiéndose al programa trazado por una institutriz. Son numerosísimas las familias a las que yo he procurado una institutriz. Me ha gustado siempre procurar buenas colocaciones a las jóvenes. Cuatro sobrinas de la señora Jenkinson están muy bien empleadas gracias a mi intervención. Precisamente, no hace muchos días recomendé a una joven de quien me hablaron fortuitamente, y la familia está muy satisfecha de ella. Señora Collins, ¿aún no le he dicho que ayer vino la señora Metcalf a darme las gracias? Me ha manifestado que la señora Pope, su institutriz, es un tesoro. "Me ha procurado usted un auténtico tesoro, *lady* Catalina", me ha dicho. ¿Ha sido presentada en sociedad alguna de sus hermanas, señorita Bennet?

—Sí, señora, todas.

—¡Cómo! ¿Todas? ¿Las cinco a la vez? ¡Qué raro! Y usted es la segunda. ¡La más joven alternando en sociedad antes de que hayan contraído matrimonio las mayores! Sus hermanas deben de ser muy jóvenes.

—La menor no ha cumplido aún los dieciséis años. Acaso sea demasiado joven para hacer vida de sociedad; pero me parece, señora, que sería injusto privar a mis hermanas menores del trato mundano y de la diversión por el simple hecho de que la mayor no ha querido o no ha podido casarse. Todas tenemos el mismo derecho a disfrutar de la juventud. A mi juicio, no hacerlo así, sería quebrantar el afecto fraternal que debe existir entre nosotras.

—Para ser usted tan joven —repuso *lady* Catalina— da su parecer con mucha resolución... ¿Qué edad tiene?

—Con tres hermanas menores que yo y ya crecidas —respondió Lizzy—, no esperará que se lo diga.

Su señoría pareció asombrarse de que se le negara categóricamente una respuesta; y Lizzy pensó que ella era la primera persona que se había atrevido a replicar adecuadamente a una "aristocrática impertinencia".

—No necesita usted ocultar su edad, porque estoy segura de que no tiene usted más de veinte años.

—Todavía no he cumplido veintiuno.

Poco después se les reunieron los caballeros y se sirvió el

café; y seguidamente fueron colocadas las mesas de juego. *Lady* Catalina, el señor William y el señor y la señora Collins se pusieron a jugar al cuatrillo, y Mary y Lizzy, con la señora Jenkinson, ocuparon otra mesa para hacer una partida de casino. El juego se desarrolló de la manera más aburrida que pueda imaginarse. Apenas se dijo una palabra que tuviera algo que ver con él; tan sólo la señora Jenkinson expresaba de cuando en cuando su temor de que la señorita de Bourgh tuviese demasiado frío o demasiado calor, o luz escasa o excesiva. La otra mesa estaba más animada. *Lady* Catalina casi no dejaba de hablar. Echaba en cara a los demás los errores que cometían o contaba alguna de sus anécdotas. Collins no hacía otra cosa que manifestar su conformidad a todo lo que decía su señoría, y le daba las gracias cada vez que ganaba un tanto o pedía perdón cuando le parecía que ganaba demasiados. El señor William casi no hablaba, estaba demasiado ocupado en almacenar en su memoria anécdotas y apellidos de la nobleza.

El juego se prolongó hasta que *lady* Catalina y su hija se cansaron y abandonaron las mesas. Entonces su señoría ofreció su coche a la señora Collins, que lo aceptó con muchas muestras de agradecimiento, y fue pedido inmediatamente. Después se reunieron todos alrededor del fuego para oír a su señoría predecir el tiempo que tendrían al día siguiente. Aún no había terminado cuando llegó el coche. Todos se levantaron y, después de pronunciar Collins numerosas frases de agradecimiento y de hacer el señor William otras tantas reverencias, se marcharon.

En cuanto el coche se puso en marcha requirió Collins a Lizzy que diera su parecer sobre lo que acababa de ver en Rosings, y ésta hizo una exposición más favorable de lo que en realidad le había parecido, en atención a Carlota. Pero sus esfuerzos no acabaron de satisfacer a Collins, que se creyó obligado a dirigir personalmente el elogio en honor de su señoría.

CAPÍTULO XXX

Durante la estancia del señor William en Hunsford, solamente una semana, el tiempo fue suficiente para que se convenciera de que su hija se hallaba muy bien instalada y que tenía un marido y una vecina de los que no se encontraban con mucha frecuencia. Collins solía llevarlo todas las mañanas en su pequeño coche abierto para enseñarle aquellos parajes, pero

cuando se hubo marchado, todos retomaron sus ocupaciones habituales. Lizzy se alegró mucho de este cambio que le permitía ver a su primo bastante menos que antes, porque él pasaba el tiempo arreglando el jardín o recluido en su despacho del piso superior leyendo o escribiendo o contemplando el exterior a través su ventana, de donde se veía la carretera.

Desde el salón que habitualmente ocupaban las mujeres era imposible saber quiénes cruzaban el camino, pero de esta misión se encargaba Collins, que las tenía al corriente de las veces que pasaba por allí la señorita de Bourgh en su faetón, cosa que ocurría en varias oportunidades durante el día. La señorita de Bourgh se detenía a menudo en la rectoría y charlaba unos minutos con Carlota, pero ésta casi nunca lograba convencerla de que abandonara el coche.

Casi a diario iba Collins andando hasta Rosings, y dos o tres veces por semana su esposa se creía obligada a hacer lo mismo. De cuando en cuando se veían honrados con la visita de su señoría, quien se fijaba minuciosamente, para hacer los consiguientes comentarios, en todos los detalles que veía. Examinaba el trabajo que estaban haciendo y les aconsejaba que lo hicieran de otra manera; ponía defectos a la disposición del mobiliario o descubría los descuidos de la sirvienta; y cuando se dignaba aceptar algún refrigerio siempre lo hacía para dar a entender que los de ella eran mejor servidos y más refinados.

Lizzy pudo comprobar enseguida que, aunque aquella mujer no ejercía las funciones de juez municipal del distrito, resultaba ser un magistrado muy completo y eficaz en su parroquia, porque Collins sometía a su consideración los detalles más íntimos que a ella se referían; y cada vez que alguno de sus parroquianos levantaba la voz para quejarse de algún nuevo impuesto por el arrendamiento de las tierras, ella misma acudía a entrevistarse con él y después de convencerlo de que vivía en la abundancia regresaba a Rosings con aire triunfal y segura de haber hecho una obra de misericordia.

Dos veces por semana se repetía la invitación a comer en Rosings y, a no ser por la ausencia del señor William y por el hecho de que solamente había una mesa de juego por la noche, cada una de estas reuniones era una copia exacta de la primera.

Lizzy procuraba pasar el tiempo lo mejor posible; pasaba muchos ratos de agradable conversación con Carlota, y la bonanza de la primavera le permitía con frecuencia disfrutar del aire libre. Mientras los demás visitaban a *lady* Catalina, ella iba a

pasear por un bosquecillo que bordeaba aquel lado del parque y tomaba un bonito camino cubierto de sombras, desde donde creía que no podría llamar la atención de nadie y en el cual se sentía lejos del alcance de la chismosa curiosidad de su señoría.

Así transcurrió la primera quincena de su estancia en Hunsford. Se acercaban las festividades de la Pascua, y la semana anterior ofrecería una novedad, importante sin duda, en aquel círculo tan reducido. Poco después de su llegada, Lizzy había oído decir que se esperaba el arribo de Darcy dentro de pocas semanas y, aunque hubiera preferido la llegada de cualquier otro de sus conocidos, pensaba divertirse observando hasta qué punto serían ineficaces las intrigas de la señorita Bingley y la actitud de Darcy para con su prima. No podía ponerse en duda que *lady* Catalina le tenía destinada a su hija, porque siempre que hablaba de su llegada lo hacía con mucho entusiasmo e interés, e incluso demostraba su contrariedad cuando Lizzy y Mary Lucas manifestaban que lo habían visto con frecuencia.

Collins estuvo pendiente de su llegada, ya que durante toda la mañana del día en que era esperado estuvo dando paseos frente a la rectoría, y cuando el coche pasó a su altura hizo una profunda reverencia y corrió enseguida a la casa para comunicar a todos la noticia.

A la mañana siguiente se apresuró a acudir a Rosings a ofrecerle sus respetos y allí se encontró con que Darcy había llegado con un coronel llamado Fitzwilliam, el hijo menor de lord ***. Pero lo más curioso de todo fue que Collins regresó a su casa acompañado de dos caballeros. Carlota, que los había visto desde la habitación de su marido en el momento de cruzar la carretera, corrió enseguida a comunicar a las otras dos muchachas el alto honor que les esperaba y añadió:

—Esto debo agradecértelo únicamente a ti, Lizzy. El señor Darcy no hubiera venido tan pronto sólo para visitarme a mí.

Apenas había pronunciado Lizzy unas palabras para renunciar amablemente a aquel cumplido cuando sonó la campanilla de la puerta, que anunciaba la llegada de los tres señores, que poco después entraron en la sala. El coronel Fitzwilliam, que iba adelante, tendría unos treinta años y, aunque no era esbelto, su tipo y modales anunciaban su indudable condición de caballero. El aspecto de Darcy no había variado en absoluto desde la última vez que Lizzy lo había visto en Hertford. Presentó con su habitual reserva sus respetos a la señora Collins

y luego saludó a Lizzy con tranquila compostura. Ella se limitó a corresponder, pero no pronunció una sola palabra.

Fitzwilliam intervino enseguida en la conversación con la facilidad y desenvoltura de una persona bien educada y segura de sí misma; pero su primo Darcy, después de hacer una ligera alusión a la casa y al jardín, se quedó sentado y permaneció largo rato sin decir nada. No obstante, su cortesía lo impulsó por fin a interesarse por el estado de salud de la familia de Lizzy. Ésta respondió brevemente, pero con eficiencia, y después de una ligera pausa añadió:

—Mi hermana Jane ha estado en Londres durante estos tres últimos meses. ¿No la ha visto por casualidad algún día por allí?

Sabía perfectamente que no la había visto, pero lo que buscaba era que él mismo descubriera algo de lo que había ocurrido entre Bingley, su hermana y Jane; y cuando dijo que no había tenido la suerte de encontrarse con ella en la Capital, le pareció advertir que estaba algo turbado. No se habló más del asunto y poco después se despidieron para regresar a Rosings.

CAPÍTULO XXXI

Fueron muy elogiados los modales de Fitzwilliam en la rectoría, y todas las señoras coincidieron en afirmar que éste contribuiría a hacer agradables las veladas en Rosings. Pero transcurrieron varios días antes de recibir la invitación, porque mientras en la casa había otros visitantes de más prestigio, no los tenían en cuenta. De esta forma, hasta el día de Pascua, o sea, una semana después de la llegada de los dos caballeros, no fueron honrados con tal atención y al formulársela se les rogó solamente que fuesen a pasar la velada en Rosings. Durante esa semana habían visto en muy contadas ocasiones a *lady* Catalina y a su hija; el coronel Fitzwilliam había ido varias veces a la rectoría, y a Darcy lo vieron solamente al salir de la iglesia.

Naturalmente la invitación fue aceptada, y a la hora convenida los otros visitantes se hallaban reunidos en el salón de *lady* Catalina. Su señoría los recibió con mucha amabilidad, pero se notaba que su compañía no le resultaba tan grata como cuando no tenía otra visita. En efecto; casi se dedicaba exclusivamente a atender a sus sobrinos, en particular a Darcy, a quien hablaba embelesada y con más locuacidad que al resto de los invitados.

El coronel Fitzwilliam parecía muy satisfecho de verlos.

Además, la presencia de la linda amiga de la señora Collins parecía cautivarlo gratamente. Se sentó junto a ella y empezó a hablarle de Kent, del condado de Hertford, de viajes, de música y de libros, en tal forma, que Lizzy llegó a sentirse por primera vez verdaderamente entretenida en aquel salón. Y ambos conversaron con tanto lujo de conocimientos y con tal agudeza, que llegaron a llamar la atención de *lady* Catalina y del mismo Darcy. Éste los miró repetidamente con expresión de curiosidad; y la señora, al cabo de un rato, manifestó abiertamente este sentimiento y no tuvo reparo en exclamar:

—¿Qué estás diciendo a la señorita Bennet, Fitzwilliam? ¿De qué están hablando? Déjenme oír de qué se trata.

—Hablamos de música —dijo él cuando comprendió que no podía evitar la respuesta.

—¿De música? Entonces háganme el favor de hablar en voz alta. No hay tema que me guste más. Si hablan de música, déjenme intervenir en la conversación. Creo que en Inglaterra hay pocas personas que disfruten tanto como yo con la música y que tengan mi predisposición natural para sentirla. Si yo me lo hubiera propuesto, habría sido una ejecutora notable, y lo mismo hubiese sucedido a Ana si su delicada salud se lo permitiera. Estoy segura de que ahora tocaría magistralmente. Dime, Darcy, ¿hace progresos Jorgina?

Darcy hizo muy cariñosos elogios de la aplicación de su hermana.

—Alabo mucho que así sea —repuso *lady* Catalina—, y te ruego le digas de mi parte que no piense llegar a ser una lumbrera en música si no practica mucho.

—Le aseguro, tía —contestó él—, que no es necesario que le diga eso, porque practica constantemente.

—Tanto mejor. Nunca se ejercita uno lo suficiente, y la próxima vez que le escriba insistiré en que no sea negligente respecto a esto. Nadie puede sobresalir en música si no se somete a una práctica sin interrupción. A la señorita Bennet ya le he dicho en diferentes ocasiones que nunca tocará realmente bien a no ser que haga mucho ejercicio. Como la señora Collins no tiene piano en su casa, ya le he indicado que puede acercarse a Rosings cuando lo desee y utilizar el que hay en la habitación de la señora Jenkinson. En aquella parte de la casa no molestará a nadie, ¿comprende usted? —terminó, dirigiéndose a Carlota.

Darcy pareció avergonzarse un tanto ante aquella mani-

fiesta muestra de poca educación que acababa de dar su tía.

Después de tomar el café, el coronel Fitzwilliam recordó a Lizzy que le había prometido tocar el piano, y ella fue inmediatamente a cumplir con su promesa.

Él se sentó a su lado. *Lady* Catalina escuchó atenta media pieza y luego siguió hablando con su sobrino Darcy, hasta que éste logró dejarla sola y, con su acostumbrada cautela, se acercó al piano de forma que le fuera posible contemplar el hermoso rostro de la joven. Lizzy, que lo observó y al producirse la primera pausa se volvió de cara a él y le dijo con una sonrisa maliciosa:

—Sé que lo que busca poniéndose tan cerca para escucharme con esa seriedad es asustarme. Pero yo no me acobardo aunque su hermana toque tan maravillosamente. Soy muy valiente y no me dejo intimidar. Cualquier tentativa en este sentido estimula mi valor en lugar de intimidarme.

—Inútil afirmar que está equivocada —replicó él—, bien sabe usted que no tengo intención alguna de asustarla. La conozco hace bastante tiempo para saber que le gusta a usted manifestar de cuando en cuando opiniones que en realidad no son suyas.

Lizzy se echó a reír al oír esta descripción de sí misma y dijo al coronel Fitzwilliam:

—Su primo podrá informarle detalladamente respecto de mi carácter y le dirá lo que tiene que hacer para no creer ni una de mis palabras. La mala suerte me ha hecho encontrarme con una persona en verdad capacitada para juzgar mi verdadero temperamento, precisamente en los lugares donde yo confiaba dejar buen concepto. Ciertamente, señor Darcy, está demostrando usted muy poca generosidad sacando a relucir ahora todo lo malo que pudo ver en mí durante su estancia en el condado de Hertford. Además, es usted un imprudente, porque lo que ha hecho ha sido provocarme a buscar el desquite, y si éste se produce, podrían salir a la luz tales cosas que nuestros parientes quedarían horrorizados al oírlas.

—Usted no me da miedo —replicó él, sonriendo.

—Por favor, dígame de qué tiene que acusarlo —dijo el coronel Fitzwilliam—. Me gustaría saber cómo se porta mi primo entre extraños.

—De acuerdo, lo va a oír usted; pero prepárese, porque lo que voy a decir es algo muy espantoso. Sepa usted que la primera vez que lo vi en el condado de Hertford fue en un baile... ¿y qué dirá usted que hizo esa vez? ¡Solamente bailó cuatro

veces! Lamento darle este disgusto, pero es cierto. No bailó más que cuatro veces, a pesar de que los caballeros eran escasos y de que, yo lo sé por experiencia, más de una joven no podía bailar por falta de pareja. Señor Darcy, no puede usted negar que eso es cierto.

—En aquella ocasión no tenía yo el honor de conocer a ninguna de las jóvenes que había allí, excepto a las que iban conmigo.

—Eso es verdad, y como en un salón de baile no puede haber presentaciones... Bien, ¿qué quiere usted que toque ahora, coronel Fitzwilliam? Estoy esperando sus órdenes.

—Quizás hubiese sido mejor buscarme una persona que me presentara —repuso Darcy—, pero estoy mal calificado para recomendarme a los que no me conocen.

—¿Tendremos que preguntar a su primo los motivos de esa mala calificación? —dijo Lizzy dirigiéndose de nuevo al coronel Fitzwilliam—. ¿Sería prudente dedicarse a investigar por qué un hombre juicioso y educado, y además mundano, no puede ser recomendado a los forasteros?

—Yo puedo responder a esa pregunta sin recurrir a él —manifestó Fitzwilliam—. Eso sucede porque no quiere tomarse la molestia de ser presentado.

—Sin duda alguna carezco del talento que distingue a otros muchos para trabar conversación con personas que uno ve por primera vez —afirmó Darcy—; no tengo valor para eso ni puedo adaptarme al carácter de los demás con la facilidad con que lo hacen otros.

—Mis dedos —replicó Lizzy— no se mueven sobre el teclado de este piano con la rapidez y perfección que he observado en otras mujeres, ni al percutir las teclas arrancan la misma expresión. Pero creo que la culpa de esto es mía solamente, por no haberme tomado la molestia de hacer prácticas cada día. Nunca he pensado que mis dedos sean incapaces de lograr una ejecución tan perfecta como la de otra cualquiera.

Darcy sonrió.

—Tiene razón —dijo—. Usted ha empleado su tiempo mucho mejor que yo. Nadie que tenga la suerte de oírla puede ponerle reparos. Pero es cierto también que ninguno de los dos hace comedias para los desconocidos.

Al llegar aquí fueron interrumpidos por *lady* Catalina que les preguntó de qué estaban hablando, Lizzy se puso a tocar inmediatamente. La señora se acercó y después de escuchar durante unos minutos dijo a Darcy:

—La señorita Bennet llegaría a tocar perfectamente si hiciese más prácticas y aprovechara las lecciones de un profesor de Londres. Tiene una noción bastante correcta del movimiento de los dedos, aunque su gusto artístico es inferior al de Ana. Mi hija hubiera sido una virtuosa del piano si su salud se lo hubiese permitido.

Lizzy miró a Darcy para observar su reacción a los elogios que *lady* Catalina hacía de su prima; pero ni en aquella ocasión ni en ninguna otra pudo advertir en él síntoma alguno de amor hacia la señorita de Bourgh y, de su actitud con ésta, dedujo una conclusión bastante consoladora para la señorita Bingley: que estaría dispuesto igualmente a casarse con ella si hubiese sido su prima.

Lady Catalina continuó dando a Lizzy muchas lecciones sobre la forma de tocar el piano, intercalándolas con opiniones particulares referentes al modo de interpretar y a la manera de adquirir y perfeccionar el gusto artístico. Lizzy las escuchó con toda la paciencia que le permitió su educación y, a petición de los caballeros, siguió tocando hasta que el coche de su señoría estuvo dispuesto para llevarlos a todos a casa.

CAPÍTULO XXXII

Mientras la señora Collins y Mary salieron de compras al pueblo a la mañana siguiente, Lizzy aprovechó la ocasión para escribir una carta a Jane. Estaba entregada a esta ocupación cuando de pronto la sobresaltó el sonido de la campanilla de la puerta. Aunque no había oído el ruido de ningún coche pensó que podía tratarse de *lady* Catalina, por lo que, para evitar preguntas impertinentes, escondió rápidamente la carta a medio escribir. Al momento se abrió la puerta del salón y, con gran sorpresa, vio entrar en él a Darcy. Iba solo.

Darcy pareció sorprenderse también al encontrarla sola y pidió disculpas inmediatamente por su intrusión, asegurando que había creído encontrar en la casa a todas las señoras.

Los dos tomaron asiento y tras haber preguntado Lizzy por las personas de Rosings y recibido la correspondiente satisfacción, pareció que ambos iban a quedar sumidos en el más profundo silencio. Había que pensar, entonces, en algo para que tan desagradable situación no se produjera; y Lizzy, recordando de pronto la última vez que lo había visto en el condado de

Hertford, sintió la curiosidad de saber el juicio que merecía a Darcy la precipitada partida de los Bingley y la suya propia de Netherfield, e hizo esta observación:

—¡De qué forma tan inesperada se fueron ustedes de Netherfield el pasado noviembre, señor Darcy! Para el señor Bingley debió ser una sorpresa muy agradable ver que lo seguían ustedes tan pronto, porque, si mi memoria no me falla, él se había marchado el día anterior. Supongo que tanto él como sus hermanas gozaban de buena salud cuando salió usted de Londres...

—Perfectamente bien, gracias.

Lizzy comprendió que no obtendría otra contestación y después de una ligera pausa añadió:

—Se ha oído decir por Meryton que el señor Bingley no tiene intención de volver a Netherfield.

—Nunca le he oído decir tal cosa, pero es muy probable que en lo sucesivo no pueda pasar mucho tiempo allí. Bingley tiene muchos amigos y las invitaciones que se le hacen aumentan constantemente.

—En ese caso sería mejor que abandonara la casa, ya que de esa manera podría suceder que viésemos a una familia establecida allí permanentemente. Pero claro está, si el señor Bingley alquiló la finca, no lo hizo para beneficiar al vecindario con su presencia, sino por conveniencia propia, y es de suponer que la conservará o se desprenderá de ella según le convenga.

—No sería extraño —manifestó Darcy— que la abandonara si se le ofreciese una oportunidad de adquirir otra en forma ventajosa.

Lizzy no contestó. Le causaba cierto temor seguir hablando de Bingley y por eso decidió que fuera Darcy quien encontrara otro tema de conversación.

Él pareció comprenderlo así y tras la breve pausa que se produjo reanudó el diálogo.

—Parece muy confortable esta casa —dijo—. Según me han dicho, *lady* Catalina la arregló considerablemente poco antes de que el señor Collins viniera a habitarla.

—Así es, estoy completamente segura de que no pudo hacer nada mejor en beneficio de persona más agradecida que él.

—El señor Collins ha debido de ser muy afortunado en la elección de esposa.

—Sin duda alguna. Sus amigos pueden celebrar que haya encontrado una de las poquísimas mujeres que hubiesen podido

aceptarlo. Mi amiga Carlota posee una inteligencia poco común, a pesar de que creo que no ha sido la elección del señor Collins la cosa más acertada que haya hecho en su vida. No obstante, parece muy feliz, y, considerándolo desde el punto de vista material, para ella ha sido verdaderamente un buen partido.

—Tiene que resultar muy agradable para él tener su residencia a tan corta distancia de su familia y de sus amigos.

—¿Llama usted a eso corta distancia, habiendo cerca de cincuenta millas?

—¿Y qué suponen cincuenta millas de buena carretera? Poco más de medio día de viaje. Por consiguiente, sigo considerándolo como distancia corta.

—Aunque así sea, yo nunca hubiera considerado la distancia como una de las ventajas de ese matrimonio —repuso Lizzy—. Y jamás hubiese afirmado que la señora Collins vive cerca de su familia.

—Lo único que eso demuestra es el cariño que tiene usted al condado de Hertford. Todo lo que se halla más allá de Longbourn le parece a usted muy lejano.

Darcy decía esto sonriendo ligeramente, y Lizzy creyó comprenderlo; imaginaba quizá que estaba pensando en Jane y en Netherfield. Al contestar se ruborizó ostensiblemente.

—No es mi intención afirmar que una mujer no pueda vivir lejos de sus parientes. La proximidad y la lejanía son cosas muy relativas y dependen de muy diversas circunstancias. La distancia no es ningún inconveniente cuando se dispone de dinero suficiente para no dar importancia a los gastos del viaje. Pero no es éste el caso. El señor Collins y su esposa disponen de buenos ingresos, pero no son suficientes para permitirse el lujo de viajar con frecuencia..., y estoy convencida de que, de no encontrarse a menos de la mitad de la distancia actual, nunca se considerará mi amiga cerca de su familia.

Darcy aproximó su silla a la de ella y dijo:

—Usted no tiene derecho a creerse tan ligada a la localidad en que reside, porque no debe de haber estado siempre en Longbourn.

Lizzy lo miró extrañada. De pronto él cambió de actitud, volvió a poner su silla donde estaba, tomó un periódico de la mesa y, echándole una mirada superficial, dijo:

—¿Le gusta a usted Kent?

Durante un breve rato hablaron de esa comarca, con tranquilidad y concisión por ambas partes..., hasta que el diálogo fue

interrumpido por la llegada de Carlota y de su hermana que volvían de hacer las compras. Quedaron sorprendidas ante aquel singular *tête-à-tête*. Darcy se apresuró a explicar la equivocación que originó su entrada en la casa e importunar a la señorita Bennet, y después de permanecer sentado breves minutos más, sin apenas dirigir la palabra a nadie, se despidió y se fue.

—Pero ¿qué significa todo esto? —exclamó Carlota cuando él se hubo marchado—. El señor Darcy debe de estar enamorado de ti, de lo contrario nunca se le hubiese ocurrido venir a visitarnos en forma tan familiar.

Pero cuando Lizzy refirió los temas que habían hablado y su evidente indiferencia hacia ella, pudieron asegurar que las sospechas de Carlota no tenían fundamento alguno. Tras nuevas conjeturas acabaron por suponer que el motivo de su visita fue simplemente pasar un rato por no tener nada que hacer, lo cual era lo más probable en aquella época.

La temporada de los deportes al aire libre había terminado, y aunque en casa de *lady* Catalina había numerosos libros y un billar, los dos primos, al igual que ocurre con la mayor parte de los hombres, no podían permanecer encerrados mucho tiempo entre las paredes del hogar, por lo cual, bien fuese por la proximidad de la rectoría bien por lo agradable del paseo o porque las personas que en ella residían tenían algún atractivo para ellos, lo cierto es que los dos primos iban allí casi todos los días. Algunas veces iban separados, otras juntos y en ocasiones, acompañados de su tía. El coronel Fitzwilliam declaraba sin rodeos que aquel ambiente le resultaba agradable, y esto lo hacía aún más simpático. A Lizzy le satisfacía su compañía y la admiración que le demostraba y, aunque le parecía menos afable que su anterior favorito, el señor Wickham, lo encontraba mucho más culto.

Era más difícil de comprender el motivo que inducía a Darcy a trasladarse con tanta frecuencia a la rectoría. No podía ser por la compañía de sus habitantes, porque a menudo permanecía sentado largo rato sin decir nada y cuando hablaba parecía hacerlo más bien por cortesía que por deseo. A la señora Collins la intrigaba esta actitud y decidió cerciorarse de las verdaderas razones que lo impulsaban a tan extraño comportamiento, sospechando aún que, al menos en parte, se debía al oculto amor que sentía hacia su amiga Lizzy. Se puso, entonces, a vigilarlo siempre que él iba a Hunsford o cuando ellos acudían a Rosings. Era indudable que Darcy la miraba con insis-

tencia, pero su expresión era dudosa. Su mirada parecía meditativa y, sin embargo, no acertaba a definir si aquella contemplación significaba embeleso o simple distracción.

Varias veces indicó a Lizzy la posibilidad de que él estuviera verdaderamente interesado por ella, pero Lizzy se reía al oírlo; finalmente la señora Collins creyó oportuno no insistir, para no despertar ilusiones que más adelante pudieran perjudicar seriamente a su amiga.

Su bondad llegó al extremo de pretender casarla con el coronel Fitzwilliam. En su opinión era, sin comparación, el más agradable de los hombres; no podía ponerse en duda que la miraba con muy buenos ojos y su situación social era envidiable.

CAPÍTULO XXXIII

Los encuentros inesperados entre Lizzy y Darcy en sus paseos por el parque eran más que frecuentes. En la primera ocasión, Lizzy lamentó que la mala suerte lo hubiera puesto en su camino y se cuidó bien de decirle que aquél era su paraje favorito. No era probable que volviera a suceder otra vez y, sin embargo, el encuentro se repitió en tres nuevas ocasiones. Parecía que Darcy lo hiciera por maldad o por mortificarse a sí mismo, porque cuando esto sucedía no se limitaba a hacer unas preguntas de cumplido y a marcharse luego por otro sitio, sino que distraía su camino y la acompañaba en su paseo. Él no solía hablar mucho, tampoco ella se tomaba la molestia de forzarlo a hacerlo, pero durante el tercer encuentro le extrañó mucho que Darcy le dirigiera algunas preguntas respecto a su estadía en Hunsford, a sus paseos por el parque y a su opinión sobre la posible felicidad del matrimonio Collins, así como el hecho de que al referirse a Rosings y a su lógico desconocimiento de la casa pareció insinuar que cuando ella volviera a Kent se instalaría allí también. Sus palabras hicieron preguntarse a Lizzy si al decir aquello estaría pensando en el coronel Fitzwilliam. Esta idea la turbó un poco y se alegró mucho de hallarse en aquel instante a la puerta de la valla de la rectoría.

Pocos días después iba leyendo la última carta de Jane mientras paseaba y se entretenía en reflexionar sobre un párrafo que su hermana parecía haber escrito de mal humor, cuando en lugar de ser sorprendida por la presencia de Darcy observó, al levantar los ojos, que se dirigía hacia ella el coronel

Fitzwilliam. Guardó inmediatamente la carta y, esbozando una sonrisa, dijo:

—No sabía que le gustase a usted pasear por aquí.

—Iba dando una vuelta por el parque —repuso él— y tenía intención de terminarla acercándome a la rectoría. ¿Va usted muy lejos?

—No, me disponía ya a regresar.

Dicho esto, dio la vuelta, y ambos iniciaron el camino de regreso hacia la rectoría.

—¿Es cierto que el sábado próximo abandonan ustedes Kent? —preguntó ella.

—En efecto, a no ser que Darcy prefiera aplazar de nuevo la salida. Yo estoy a su disposición, y él arregla las cosas como mejor le parece.

—Y si no le satisface el arreglo, se considera orgulloso al menos de poder decidir. No conozco a ninguna otra persona que demuestre más satisfacción en poder hacer lo que quierà como el señor Darcy.

—Le gusta mucho satisfacer sus caprichos —repuso el coronel Fitzwilliam—, pero algo de eso nos ocurre a todos. La diferencia que hay en su caso es que él tiene más medios para conseguirlo que muchos otros, por el hecho de que es rico. Digo esto por experiencia. Un hijo menor, como yo, debe acostumbrarse al sacrificio y a la sujeción.

—En mi opinión, el hijo menor de un conde no debe pasarlo tan mal como asegura usted. Ahora, hablando en serio, dígame, ¿qué clase de sacrificios y sujeciones ha conocido usted? ¿De verdad que se ha visto privado de ir a donde le pareciera bien o de procurarse algún gusto por falta de dinero?

—Éstas son cuestiones muy íntimas, pero tal vez pueda reconocer que no he tenido que superar muchas dificultades de esta naturaleza. Sin embargo, puede sucederme esto en asuntos de mayor importancia; por ejemplo, los hijos menores no pueden casarse cuando quieren.

—A no ser que tengan oportunidad para elegir una mujer de buena posición, que es lo que creo que suelen hacer.

—Estamos acostumbrados a gastar mucho y esto nos hace demasiado dependientes; por tal causa no creo que existan muchos hombres en mi situación que puedan pensar en casarse sin tener un poco en cuenta el dinero.

Lizzy se puso colorada al pensar si habría dicho aquello refiriéndose a ella. Pero enseguida recobró su buen ánimo y dijo

en tono vivaz:

—Ahora dígame, ¿a qué precio suele cotizarse el hijo de un conde? A no ser que el primogénito esté muy enfermo y su vida corra serio peligro, supongo que no pediría más de cincuenta mil libras esterlinas...

El coronel Fitzwilliam contestó en el mismo tono y el tema quedó agotado. Con el fin de romper un silencio que podía impulsarlo a creerla afectada por el desarrollo del diálogo, dijo ella poco después:

—¿Me equivocaría si afirmase que su primo lo ha traído aquí con el fin principal de tener a alguien a su disposición? Si es así, y no lo dudo, me extraña que el señor Darcy no se haya casado ya, porque de este modo podría disponer de alguna persona para su capricho y conveniencia. Pero es posible que su hermana le baste por ahora, puesto que como se halla bajo su única tutela puede disponer de ella a su antojo.

—Se equivoca usted, señorita —repuso el coronel Fitzwilliam, sonriendo—; esa ventaja ha de compartirla conmigo. De la tutela de la señorita Darcy nos ocupamos los dos.

—¿De veras? ¿Y qué clase de tutores resultan ser ustedes? ¿Les da mucho trabajo su cargo? Las jóvenes son a veces difíciles de dominar, en especial a la edad de su pupila, y si la señorita Darcy tiene el mismo carácter que su hermano, me temo que le guste también hacer su voluntad.

Mientras decía esto notó que el joven la contemplaba con expresión seria. Y en la forma de preguntarle en qué se basaba para decir que la señorita Darcy podía causarles algún desasosiego se persuadió de que, en cierto modo, había acertado. Por eso dijo inmediatamente:

—No se alarme, coronel Fitzwilliam. Nunca he oído hablar mal de ella y tengo la impresión de que debe de ser una de las criaturas más dóciles del mundo. Unas personas que conozco le tienen mucho aprecio, me refiero a la señorita Bingley y a la señora Hurst. Tengo entendido que usted las conoce.

—Sí, un poco. Su hermano es un hombre muy distinguido y agradable, y un gran amigo de Darcy.

—En efecto —repuso Lizzy con sequedad—. El señor Darcy demuestra mucha amabilidad con el señor Bingley y se interesa por su bienestar de una forma verdaderamente prodigiosa.

—Así es. Darcy se preocupa por él cuando cree que lo necesita. A juzgar por lo que me ha dicho durante el viaje puedo afirmar que Bingley le debe mucho. Pero tendrá que perdonar-

me porque no tengo derecho a creer que fuese Bingley precisamente la persona a quien se refería. Ha sido una conjetura mía.

—¿Qué quiere decir usted?

—Es algo que, naturalmente, Darcy no querría que fuese divulgado, porque sería muy desagradable que llegara a oídos de la joven interesada.

—Puede usted tener la seguridad de que no diré una palabra a nadie sobre el particular.

—Y no olvide que no tengo base para suponer que se trata del señor Bingley. Lo que me dijo Darcy fue simplemente que se felicitaba por haber librado a un amigo hace poco tiempo de los inconvenientes de un matrimonio imprudente. No mencionó nombres y detalles, y yo sospeché que se trataba de Bingley porque considero que es un joven capaz de meterse en esa clase de líos y porque sé que estuvieron juntos durante todo el verano pasado.

—¿Expuso el señor Darcy las razones de su intervención en este asunto?

—Según parece, existían serios inconvenientes para que se uniera a esa dama.

—¿Y cómo se las arregló para separarlos?

—Eso no lo sé, porque no me lo contó —repuso Fitzwilliam, sonriendo—; únicamente me dijo lo que acabo de referirle.

Lizzy guardó silencio y siguió paseando con el corazón henchido de indignación. Después de contemplarla unos instantes, le preguntó Fitzwilliam por qué se había quedado tan meditabunda.

—Estoy pensando en lo que acaba usted de contarme —manifestó ella—. No me satisface la conducta de su primo. ¿Por qué razón tenía que constituirse en juez del asunto?

—¿Insinúa usted que no obró correctamente?

—En verdad, no acabo de comprender qué derecho asistía al señor Darcy para decidir sobre la conveniencia o no de la posible unión entre esa joven y el señor Bingley, y por qué tiene él que determinar y dirigir la felicidad de éste. Pero como no conocemos los pormenores del caso —añadió, conteniéndose—, no es justo condenarlo. Es de suponer que no existía un amor muy profundo entre ambos.

—Ésa es una suposición muy natural —respondió Fitzwilliam—, pero resta muchos puntos al triunfo de mi primo.

Estas últimas palabras fueron dichas en tono de broma, pero a Lizzy le parecieron muy apropiadas para hacer una descripción exacta de Darcy y no creyó conveniente contestar.

Después, variando bruscamente la conversación, habló de cosas sin importancia hasta que llegaron a la rectoría.

Encerrada en su habitación pudo más tarde reflexionar tranquilamente sobre lo que le había dicho el coronel Fitzwilliam. Jamás puso en duda que Darcy había contribuido a la separación de Bingley y Jane, pero el papel principal de la trama se lo había atribuido siempre a la señorita Bingley; y ahora resultaba que él o, por mejor decir, su capricho y su orgullo habían sido la causa de todos los sufrimientos de Jane. Darcy había destruido toda esperanza de felicidad en el corazón más generoso y amante del mundo, y nadie podía aventurar durante cuánto tiempo subsistiría aún el daño que había causado.

"Existían serios inconvenientes para que se uniera a esa dama". Éstas habían sido las palabras del coronel Fitzwilliam, y los serios inconvenientes eran probablemente que tenía un tío procurador rural y otro que se dedicaba al comercio en Londres.

"¡Inconvenientes contra Jane!", se decía a sí misma, "¡contra una muchacha tan encantadora y bondadosa como ella...! Mi hermana es inteligente, tiene un espíritu muy cultivado, y sus modales son muy atractivos. Tampoco puede decirse nada malo de mi padre, quien, a pesar de sus rarezas, tiene aptitudes que ni el mismo Darcy puede desdeñar, y una honorabilidad que él, probablemente, no llegará a alcanzar nunca."

Al pensar en su madre ya dudó un poco; pero tampoco podía admitir que las objeciones que pudieran planteársele a Jane sobre este particular pesaran mucho en el ánimo de Darcy, cuyo orgullo se sentiría, sin duda alguna, más profundamente herido por la falta de categoría de los parientes de su amigo que por su carencia de sentido común. Al final concluyó persuadiéndose de que había obrado impulsado en parte por su ciego orgullo y, en parte, por el deseo de reservar a Bingley para su hermana.

La reacción que estos dolorosos pensamientos determinaron en Lizzy se reflejó en una fuerte jaqueca que aumentó al atardecer y que, unida a la resolución de no ver a Darcy, la indujo a rechazar el ofrecimiento que le hicieron sus primos de salir a visitar Rosings, donde habían sido invitados a tomar el té. La señora Collins, convencida de que realmente no se encontraba bien, optó por no insistir y consiguió evitar que su marido hiciera otro tanto; pero Collins no pudo abandonar la casa sin antes dejar bien sentado que *lady* Catalina se molestaría cuando se enterara de que se había quedado allí.

CAPÍTULO XXXIV

Como si se hubiese propuesto deliberadamente exasperarse todo lo posible contra Darcy, Lizzy tomó, como medio de distracción, en cuanto se quedó sola, el repaso de todas las cartas que había recibido de Jane desde que se hallaba en Kent. En ellas no había ninguna queja relativa al pasado ni noticia alguna de nuevos sufrimientos; pero en todas se echaba de menos aquella jovialidad que caracterizaba su estilo y que, por proceder de un espíritu sereno y dispuesto siempre a hacer bien a los demás, jamás se había nublado. Lizzy se fijó, con una atención que hasta entonces no había puesto en anteriores lecturas, en la inquietud que revelaba cada uno de sus párrafos. El hecho de que Darcy se hubiese vanagloriado en forma vergonzosa de la pena que había podido causarle agudizaba más aún los sufrimientos de su hermana. El único consuelo que Lizzy hallaba en aquellos instantes se lo procuraba el pensamiento de que en dos días más, Darcy abandonaría Rosings. Y mejor aún, que antes de quince se hallaría de nuevo en compañía de Jane y podría contribuir con su cariño fraternal a hacerle recobrar la alegría perdida.

A la inminente ausencia de Darcy asociaba, sin poder evitarlo, la de su primo el coronel Fitzwilliam; pero como éste había dado a entender claramente que no sentía por ella ninguna inquietud amorosa, aun encontrándolo muy simpático no tenía por qué lamentar su partida.

Mientras meditaba sobre esto fue súbitamente sorprendida por el sonido de la campanilla de la puerta, y experimentó una sensación de malestar al pensar que podía ser el propio coronel Fitzwilliam, que ya había estado allí por la tarde. Pero esta idea se disipó pronto al comprobar, con asombro inenarrable, que quien entraba en la estancia era Darcy. Con expresiones precipitadas e impropias de su habitual dominio sobre sí mismo preguntó inmediatamente a la joven por su salud, como si el motivo de su visita fuese saber si se encontraba mejor. Ella le respondió con fría cortesía. Darcy permaneció sentado unos momentos y luego, levantándose de pronto, se puso a pasear de un extremo a otro del salón. Lizzy continuaba sorprendida, pero no pronunció una sola palabra. Después de un silencio de varios minutos se acercó él a ella y, con visible agitación, comenzó a decir:

—He luchado en vano. Es inútil. No puedo ahogar mis sentimientos. Usted me permitirá que le diga en qué forma tan apasionada la admiro y la amo.

El asombro de Lizzy fue mayúsculo. Abrió los ojos cuanto pudo, se ruborizó, vaciló y guardó silencio. Darcy interpretó esto como un estímulo y se aventuró a confesar a continuación todo lo que sentía y había sentido por ella desde hacía mucho tiempo. Pero además de los sentimientos del corazón había otros que no tuvo inconveniente en especificar, y si fue elocuente en el tema de la ternura, no lo fue menos en el del orgullo. La idea que tenía respecto a la inferior condición social de Lizzy, la creencia de que actuando así se violentaba a sí mismo, la preocupación por los obstáculos de familia que su cerebro había opuesto siempre a su corazón, todo fue expuesto con un calor que demostraba con evidencia lo mucho que lo afectaba y que a la vez no era muy indicado para favorecer su petición.

A pesar de su profunda aversión, no podía Lizzy ser insensible al halago que le procuraba el hecho de saberse amada por un hombre como él. Y, aunque en su interior no se estaba operando transformación alguna respecto a sus sentimientos, se estremeció al pensar en lo mucho que él tendría que sufrir; pero despertando de pronto en ella todo el resentimiento producido por el lenguaje que había empleado, desapareció, dominada por el enojo, toda compasión. Sin embargo, procuró contenerse para poder contestarle con serenidad una vez que él hubiese terminado. Darcy concluyó haciéndole notar la intensidad de su amor, que le había sido imposible vencer a pesar de sus esfuerzos, y expresando su confianza en verse recompensado con su aceptación. Mientras iba diciendo esto, Lizzy pudo observar en él una seguridad absoluta en obtener una respuesta favorable. Utilizaba con frecuencia los términos ansiedad y temor, pero su semblante reflejaba una confianza total. Esta circunstancia no hizo más que acabar de exasperar a la muchacha, que cuando él cesó de hablar manifestó, con el rostro sonrojado:

—Creo que en casos como éste, es costumbre expresar la gratitud por la confesión de sentimientos, tanto si pueden ser correspondidos como si han de ser rechazados. Es natural, entonces, sentirse obligada, y si yo pudiese experimentar algún sentimiento de gratitud, ahora mismo le daría las gracias por lo que acaba de manifestar. Pero no puedo. Nunca he deseado su consideración y menos aún concedida contra su voluntad. Lamento mucho haber podido causarle algún pesar. Sin embargo, confío en que esto no durará demasiado. Esos mismos sentimientos que, según afirma, le han impedido durante tanto tiempo manifestar su afecto hacia mí lograrán sin gran dificul-

tad dominar ese pesar después de esta explicación.

Darcy estaba apoyado en la chimenea con los ojos fijos en el rostro de Lizzy y parecía estar escuchando sus palabras con no menos resentimiento que sorpresa.Palidecía de cólera y la agitación de su alma se evidenciaba en todas sus facciones. Hacía esfuerzos terribles por conservar la calma y no quiso despegar los labios hasta que creyó haberlo logrado. Aquel silencio fue agobiante para Lizzy. Por fin, en tono de forzada serenidad, Darcy dijo:

—¿Ésa es la única contestación que puedo tener el honor de recibir? Quizá podría preguntar por qué soy rechazado de esa forma tan poco cortés, pero tiene ya poca importancia.

—También podría yo preguntar por qué se ha propuesto usted insultarme y ofenderme diciéndome que si me quería era contra su voluntad, contra su razón y hasta contra su carácter. ¿No excusaría esto en forma suficiente mi descortesía si es que he sido descortés? Pero tengo además otros motivos para rechazar su proposición, y usted los conoce perfectamente. Aun en el supuesto de que mis sentimientos se hubieran predispuesto en contra de usted o incluso si hubiesen sido indiferentes, o favorables, ¿cree usted que podría existir alguna consideración que me indujera a aceptar al hombre que ha contribuido a destruir, quizá para siempre la felicidad de mi hermana más querida?

Mientras Lizzy decía esto cambió Darcy de color, pero fue una emoción momentánea y siguió escuchando sin intención de interrumpirla.

—Me sobran motivos —prosiguió la joven— para pensar mal de usted. Nada en el mundo puede disculpar el papel injusto y egoísta que deliberadamente ha representado usted en el caso de mi hermana. No puede negar, ni se atreverá a hacerlo, que fue usted el factor principal por no decir el único, que separó de ella a Bingley. Que lo expuso a él, por su absurdo capricho y por su inconstancia, a la crítica severa de la gente y a ella a las burlas de todos por sus esperanzas decepcionadas, y que así logró que los dos se sumergieran en la más amarga de las desventuras.

Guardó silencio durante un instante y advirtió, con gran indignación, que él estaba escuchando con un gesto que no manifestaba el menor sentimiento de culpabilidad; incluso la contemplaba con una ligera sonrisa de forzada incredulidad.

—¿Puede usted negarme algo de lo que acabo de decirle? —repitió ella.

Entonces él respondió con fingida tranquilidad:

—No tengo interés alguno en negar que trabajé cuanto pude por separar a mi amigo de su hermana y que incluso ahora celebro haberlo logrado. He sido más amable con él que conmigo mismo.

Lizzy simuló no haber oído estas palabras, pero su sentido quedó profundamente grabado en su cerebro y no por eso se sintió cambiada.

—Pero no es esta cuestión la única base de mi disgusto —prosiguió ella—. Mucho antes que sucediera todo esto yo ya me había formado un concepto acerca de usted. Pude descubrir perfectamente su verdadero carácter de acuerdo con lo que respecto a usted me expuso hace varios meses el señor Wickham. Sobre este particular, ¿qué podrá usted decirme? ¿Qué acto de imaginaria amistad puede usted alegar en su defensa? ¿Qué falso pretexto puede alegar para justificar su engaño?

—Tiene usted mucho interés por los asuntos de ese caballero —repuso Darcy en un tono menos tranquilo ya y el rostro más colorado.

—¿Quién no se interesaría por él conociendo sus desventuras?

—¡Sus desventuras! —repitió Darcy despectivamente—. Sí, realmente ha sido un desventurado.

—Y usted es el culpable de eso —exclamó enérgica Lizzy—; usted es quien lo redujo a su actual estado de pobreza, de relativa pobreza. Usted le impidió que gozara de las ventajas que le estaban destinadas... y lo privó, en los mejores años de su vida, de la independencia que se le debía y a la cual se había hecho acreedor. ¡Todo esto es lo que le ha hecho usted! Y, sin embargo, tiene valor para mencionar sus desventuras con desprecio...

—¿Y ésa es la opinión que tiene usted de mí? —exclamó Darcy paseando nervioso a lo largo de la habitación—. ¿Ésa es toda la estima que le merezco? A pesar de todo, gracias por su franqueza. Atendiendo a su juicio, mis culpas son verdaderamente graves. Pero es muy posible —añadió, deteniéndose y mirándola de frente— que todas esas ofensas no hubiesen contado para usted si su orgullo no se hubiera sentido herido por la honrada confesión que acabo de hacerle de los escrúpulos que durante todo este tiempo me impidieron manifestarle mis sentimientos. Tan amargas acusaciones no se habrían producido si, actuando con más sagacidad, yo hubiera ocultado mis luchas interiores y me hubiera limitado a hacerle creer que me había impulsado hacia usted un apasionado afecto. Pero odio los subterfugios y la hipocresía. No me avergüenzo de los sentimientos

que le he manifestado; han sido sinceros y justos. ¿Podría usted acaso esperar que me alegrara de que sus parientes sean de clase inferior o de la perspectiva de unirme a una familia de condición social más baja que la mía?

La indignación de Lizzy aumentaba por momentos; no obstante, hizo un esfuerzo supremo para mantener la calma cuando dijo:

—Se equivoca usted, señor Darcy, si supone que lo que me ha disgustado ha sido la forma de su declaración y que no lo habría rechazado en el caso de haberse portado más caballerosamente.

El sobresalto que le produjeron estas palabras no pasó inadvertido a Lizzy, pero como él no dijo nada ella prosiguió:

—Yo lo hubiera rechazado de cualquier manera que me hubiese declarado su amor.

De nuevo Darcy demostró su asombro y la miró con una expresión a la vez dolorida e incrédula. Lizzy continuó:

—Desde el primer instante en que lo conocí quedé convencida de que su arrogancia, su vanidad y su desprecio egoísta por los sentimientos de los demás eran tales que inmediatamente me formé un concepto desfavorable acerca de usted; ahora bien, sobre este hecho han venido edificando una aversión inconmovible los acontecimientos posteriores. Aún no hacía un mes que lo conocía y ya lo consideraba como el último hombre a quien yo hubiese aceptado por esposo.

—Ya ha dicho usted bastante, señorita —la interrumpió Darcy—. Comprendo perfectamente sus sentimientos y ahora sólo me resta avergonzarme de los míos. Le pido perdón por haberla importunado durante tanto tiempo y le ruego acepte mis deseos de salud y felicidad para usted.

Y dicho eso abandonó apresuradamente la sala. Un momento después Lizzy oyó cómo abría la puerta y salía de la casa.

Una intensa y dolorosa conmoción sacudió a la joven. No podía sostenerse en pie, y fue tal el decaimiento, que tuvo que sentarse y dar rienda suelta a las lágrimas durante largo rato. A medida que meditaba el caso iba en aumento su asombro. Resultaba casi increíble que Darcy se hubiera enamorado de ella hasta el extremo de quererla como esposa, a pesar de que existían los mismos inconvenientes que lo impulsaron a impedir que Bingley continuara manteniendo relaciones con su hermana. Sin duda alguna era halagador haber inspirado un cariño tan intenso; pero su orgullo, su intolerable arrogancia y su des-

vergonzada confesión de haber sido la causa principal de la desdicha en que se hallaba sumida su hermana, así como el despectivo modo de referirse a Wickham habían sido superiores a esta consideración. Y de ningún modo se arrepentía por ello.

Aún se hallaba entregada a estas tristes reflexiones cuando el ruido del coche de *lady* Catalina la hizo darse cuenta de que no podía someterse en aquellos momentos a las miradas curiosas de su amiga Carlota y corrió a encerrarse en su habitación.

CAPÍTULO XXXV

Al despertar al día siguiente la acometieron repentinamente los mismos pensamientos de la noche anterior. Aún no podía reponerse de la sorpresa de lo ocurrido. No lograba encauzar el pensamiento en otra dirección e, incapaz de ocuparse en algo después del desayuno, decidió hacer un poco de ejercicio al aire libre. Sin darse cuenta, se dirigía hacia el paseo de todos los días cuando, recordando de pronto que allí se había encontrado varias veces con Darcy, se detuvo; y en lugar de tomar aquel camino, tomó otro que conducía a la carretera y pronto llegó a uno de los portillos que daban acceso a la finca.

Dio dos o tres paseos a lo largo de la vereda, y la tibia temperatura de la mañana la impulsó a detenerse ante uno de los portillos para contemplar la zona interior del parque. Durante las cinco semanas que había pasado en Kent, la naturaleza había variado considerablemente y el follaje de la arboleda era más verde cada día.

Después de este agradable entretenimiento se dispuso continuar su paseo cuando advirtió a lo lejos a un caballero que se dirigía hacia ella por el pequeño bosque que circundaba el parque y, temiendo que fuese Darcy, se retiró inmediatamente. Pero el caballero ya la había visto, y acelerando el paso pronunció en voz alta su nombre. Ella se volvió, y al comprobar que se trataba de Darcy en persona se acercó de nuevo al bosque. Darcy la alcanzó rápidamente y entregándole una carta, que ella tomó instintivamente, le dijo a la vez que la miraba con altivez:

—Llevo largo rato paseando con la esperanza de encontrarla. ¿Tendría la bondad de honrarme leyendo esta carta?

Y después de hacer una ligera reverencia, volvió a internarse en la espesura del bosque y pronto desapareció.

Con la mayor curiosidad, aunque sin confiar en absoluto en encontrar en ella nada agradable, Lizzy abrió la carta. Con gran asombro vio en su interior otro sobre con dos cuartillas repletas de letra trazada en líneas muy apretadas; incluso el sobre estaba totalmente escrito. Mientras continuaba su camino por la vereda comenzó a leerla. Estaba fechada en Rosings, a las ocho de aquella misma mañana, y decía lo siguiente:

No debe alarmarse usted, señorita, al recibir esta carta, por miedo de que en ella se repitan aquellos sentimientos que tanto disgusto le causaron anoche. Escribo sin la menor intención de contrariarla a usted o de humillarme yo insistiendo en unos deseos que, para bien de ambos, cuanto más pronto se olviden, mejor. El esfuerzo que supone para mí escribir esta carta y para usted leerla se hubieran podido ahorrar si mi temperamento no exigiera que precisamente sea escrita y leída. Por lo tanto, perdone la libertad que me tomo de solicitar su atención. Bien sé que sus sentimientos no la predisponen a concedérmela, pero lo solicito de su espíritu de justicia.

Me acusó usted anoche de haber cometido dos agravios de distinta naturaleza. El primero que mencionó fue el de haber separado al señor Bingley de su hermana; y el otro que, atropellando determinados derechos y sin consideración a ningún sentimiento de honor y de humanidad, había yo destruido la prosperidad y los proyectos del señor Wickham.

Arrojar a la miseria deliberada e injustificadamente al compañero de mi infancia, al preferido de mi padre, a un joven que sólo contaba con nuestra protección y que se había educado gracias a ella, sería una crueldad incomparable con el hecho de haber separado a dos jóvenes cuyo afecto había comenzado a cultivarse algunas semanas atrás. Pero de la severidad de los reproches que se me hicieron tan desmesuradamente anoche con respecto a cada una de las referidas circunstancias, confío verme libre en lo sucesivo después de que haya leído la siguiente explicación relativa a mis actos y al motivo que me impulsó a realizarlos. Si en el relato de éstos, que se debe a mí mismo, estimo necesario aludir a sentimientos que pueden ofender los suyos, sólo puedo decir que lo lamento mucho. Hay que obedecer a la necesidad..., y toda otra disculpa sería improcedente.

Hacía poco tiempo que me hallaba en el condado de Hertford cuando advertí, como todos, que Bingley prefería a su

hermana Jane al resto de las demás jóvenes de la región. Pero hasta la noche del baile de Netherfield no llegué a convencerme de que su afecto por ella empezaba a ser una cosa seria. Yo lo había visto enamorado muchas otras veces. En aquella velada, mientras tuve el honor de bailar con usted, me enteré, a juzgar por la declaración casual del señor William Lucas, de que las atenciones del señor Bingley hacia su hermana habían despertado la expectación general y la creencia en su próxima boda. Él habló de esto como de un acontecimiento seguro, del que sólo faltaba fijar la fecha. Desde aquel instante observé con atención la conducta de mi amigo y pude comprobar que su simpatía para con la señorita Bennet iba más allá de lo que hasta entonces yo había podido creer. Me fijé también en su hermana. Su actitud y su semblante eran de sincera franqueza, alegres y atractivos como siempre, pero no expresaban estimación, y después de mi vigilancia de aquella noche no tuve duda alguna de que, si bien recibía con agrado las atenciones de Bingley, no las provocaba ni correspondía a sus sentimientos. Si no se engañó usted en este asunto, yo debí de sufrir un error. Usted conoce mejor a su hermana, lo cual hace probable esto último. Si es así, si yo fui el equivocado y llegué a causarle a usted pena, su resentimiento no ha sido infundado. Pero no tengo inconveniente en afirmar que la actitud de su hermana me pareció tal, que hubiera hecho creer al más sagaz de los observadores que, por afable que fuera su temperamento, con mucha dificultad podía llegarse a su corazón. Que yo estaba deseoso de creerla indiferente es cierto..., pero me atrevo a decir que mis investigaciones y mis decisiones no sufren de ordinario la influencia de mis esperanzas y de mis temores. Yo no la creía indiferente, precisamente, porque desease que lo fuera; la creía así por efecto de una convicción imparcial, tan verdadera como la razón me lo hacía pensar.

Pero había otros motivos, motivos que también existen ahora para mí, pero que yo había procurado entonces olvidar, puesto que no me afectaban directamente. Me explicaré, aun cuando sea con brevedad. Aunque merecedora de objeción, la posición de la familia de su madre no era nada en comparación con la carencia total de prudencia que frecuentemente daban muestras de ella misma sus tres hermanas menores, e incluso, de vez en cuando, su propio padre. Perdóneme, no quisiera ofenderla. Pero sírvale de consuelo (para mitigar la preocupación que siente usted por los defectos de sus parientes más pró-

ximos y el disgusto que pueda causarle esta alusión a ellos) saber que todo el mundo reconoce que tanto usted como su hermana mayor han observado una conducta intachable, por lo que no las afecta en absoluto esta censura. Tan sólo he de añadir que, después de lo ocurrido aquella noche, la opinión que yo tenía formada de todos quedó confirmada y se acentuaron los motivos que podían haberme inducido anteriormente a salvar a mi amigo de lo que yo consideraba una boda en extremo descabellada. Él salió de Netherfield hacia Londres al día siguiente, como usted sabe, con intención de regresar en breve.

Lo que yo hice tiene que ser explicado ahora. La inquietud de sus hermanas, y la mía propia, se habían despertado por igual; pronto descubrimos la coincidencia de nuestro modo de ver las cosas y, comprendiendo que no había tiempo que perder para liberar a su hermana, resolvimos reunirnos inmediatamente con él en Londres. Nos fuimos, entonces, allí, y en la Capital me dediqué inmediatamente a hacer comprender a mi amigo los inconvenientes que ofrecía su elección matrimonial. Pero por mucho que mis palabras pudieran haber hecho dudar a mi amigo o demorar su determinación, no creo que en definitiva hubieran logrado impedir la boda si no hubiese sido por la seguridad de la indiferencia que Jane manifestaba. Hasta entonces él había creído que ella le correspondería con un afecto, si no igual, al menos sincero. Pero Bingley tiene una gran modestia natural que induce a someter siempre su juicio a mi opinión. No fue entonces difícil persuadirlo de que estaba equivocado. Entonces, convencido de que no tenía que volver al condado de Hertford, el resto fue sólo cuestión de tiempo.

No puedo arrepentirme de haber obrado de este modo. Únicamente hay una parte de mi conducta en este asunto que no acaba de satisfacerme y es que oculté la presencia de Jane en la Capital. Yo sabía que estaba allí, como lo sabía la señorita Bingley, pero su hermano sigue ignorándolo. Es probable que no hubiese pasado nada si se hubieran podido ver, pero su amor no me pareció lo suficientemente extinguido para que al verla no se renovara su pasión. Quizás este ocultamiento fue indigno de mí, pero ya está hecho, y mi intención era buena. Si herí los sentimientos de su hermana, no fue deliberadamente.

En cuanto a la acusación de haber causado grave perjuicio a Wickham sólo puedo refutarla exponiéndole la historia de sus relaciones con la familia. Ignoro de qué me acusa él "particularmente", pero puedo presentar más de un testigo de garantía inne-

gable que corroborará la exactitud de lo que voy a relatar.

El señor Wickham es hijo de un hombre muy honorable, que durante muchos años se encargó de la administración de nuestro patrimonio de Pemberley y cuya buena conducta en su cometido indujo a mi padre, naturalmente, a ayudarlo y también a su ahijado Jorge Wickham. Mi progenitor le costeó la educación en la escuela y más tarde en Cambridge, ayuda de gran importancia, puesto que su propio padre, siempre en precaria situación a consecuencia de los despilfarros de su mujer, no hubiera podido educarlo como un caballero. Mi padre gustaba de estar en compañía de este joven, de modales siempre atractivos, y lo tenía además en un excelente concepto; por eso, deseando que el servicio eclesiástico fuese su profesión, intentaba procurarle una holgada situación económica. Por lo que a mí respecta, hace ya muchos años que empecé a tener de él una opinión muy distinta. Sus vicios y su falta de principios no podían pasar inadvertidos a un joven de casi su misma edad y que tenía ocasión de verlo en momentos de expansión, cosa que no podía ver mi padre. Sobre este punto lamento volver a decepcionarla. Pero cualesquiera que sean los sentimientos que le haya inspirado el señor Wickham, mi sospecha sobre la naturaleza de ellos no me impedirá revelar el verdadero carácter de tal joven; al contrario, lo consideraré como un motivo más para desenmascararlo.

Mi padre falleció hará unos cinco años, y su afecto por el señor Wickham fue tan firme hasta el último momento, que me recomendaba especialmente en su testamento que velara por su prosperidad del mejor modo que su profesión permitiera; y si se hacía clérigo, deseaba que el valioso beneficio de nuestra familia le fuese concedido tan pronto como quedara vacante. También le hacía un legado de mil libras esterlinas. Su padre sobrevivió muy poco al mío, y al cabo de medio año, el señor Wickham me escribió para comunicarme que, habiendo decidido no seguir la carrera eclesiástica, suponía que yo no encontraría fuera de lugar que él esperase una compensación inmediata en dinero en lugar del beneficio eclesiástico al cual, naturalmente, ya no podía aspirar. Tenía intención —añadía— de estudiar leyes, lo cual no era posible con las mil libras. Yo deseaba creer que era sincero y estaba dispuesto a acceder a su proposición. Por lo tanto, el asunto se resolvió renunciando a toda pretensión de un beneficio eclesiástico y, como compensación, aceptó tres mil libras esterlinas. Desde entonces, toda

relación entre nosotros parecía terminada. Tenía demasiado mal concepto de él para invitarlo a ir a Pemberley o para admitir su compañía en la Capital. Él solía vivir en la ciudad, pero lo de estudiar leyes fue un mero pretexto. Libre ya de toda sujeción, ha vivido una existencia relajada de derroche y de ocio.

Durante unos tres años apenas tuve noticias suyas, pero a la muerte del titular del beneficio eclesiástico que le había sido destinado me escribió de nuevo una carta en la que solicitaba el cargo. Las circunstancias en que se hallaba (me decía, y yo no tenía la menor dificultad en creerlo) eran muy desfavorables. Había comprobado que la carrera de leyes era poco provechosa y se hallaba completamente decidido a tomar las órdenes eclesiásticas si yo lo presentaba para ocupar el beneficio, de lo cual estaba seguro, puesto que yo no disponía de otra persona para proveerlo y no podía haber olvidado los deseos de mi difunto y respetable padre. Espero que no vaya usted a reprocharme no haber accedido a tal petición a pesar de las veces que insistió. Su resentimiento fue proporcional a lo apurado de su situación, y seguramente habló tan mal de mí a los demás como lo hizo al dirigirme sus reproches. Después de este período cesó toda relación entre nosotros. Ignoro cómo vivía. Pero el verano pasado volvió dolorosamente a ocupar mi atención.

Mencionaré ahora una circunstancia que yo mismo quisiera olvidar y que sólo una situación como la presente me induciría a revelar a un ser humano. Después de lo dicho hasta aquí, no dudo de que usted guardará el secreto. Mi hermana tiene diez años menos que yo y fue dejada bajo mi tutela y la del sobrino de mi madre, el coronel Fitzwilliam. Hace cosa de un año salió de la escuela y se instaló en Londres. Durante el verano último fue a Ramsgate con la señora Younge, encargada de la dirección de su casa. Bien, allí se presentó también el señor Wickham y no por casualidad. Resultó que él había tenido relaciones anteriormente con la señor Younge, y con su consentimiento y ayuda pudo seducir a Jorgina, cuyo cariñoso corazón guardaba tan profunda impresión de las atenciones que cuando era niña había recibido de él, que logró convencerla de que estaba enamorada de él y de que se dejara raptar. Ella no tenía entonces más de quince años. Por fortuna, yo me presenté allí inesperadamente un día o dos antes del proyectado rapto, y Jorgina, que no podía soportar la idea de ofender a un hermano al que casi consideraba como un padre, me lo confesó todo. Puede usted figurarse cómo actué. En atención a los

sentimientos y al buen nombre de mi hermana me abstuve de dar un escándalo; pero escribí al señor Wickham, que abandonó la población inmediatamente. No hay que decir que la señora Younge quedó despedida. El objeto principal del señor Wickham era, sin duda, la dote de mi hermana, que asciende a treinta mil libras esterlinas, pero sospecho que también era un aliciente poderoso para vengarse de mí. En efecto, hubiese sido completa su venganza.

Lo que acaba de leer, señorita, es un fiel relato de todo lo sucedido entre los dos, y si usted no lo rechaza como falso, espero que retire en lo sucesivo esa acusación de crueldad para con el señor Wickham. No sé cómo ni con qué mentiras la ha embaucado a usted; pero no me extraña su reacción, puesto que antes usted ignoraba todo cuanto se refería a él y a mí.

Es posible que argumente usted contra mí que anoche no le dijera nada de todo esto, pero en aquellos momentos yo no era dueño de mí mismo para saber discernir entre lo que podía o no podía revelar. Sobre la autenticidad de lo que en estas líneas manifiesto puedo apelar más particularmente al testimonio del coronel Fitzwilliam, quien en su calidad de albacea testamentario de mi difunto padre, tuvo necesariamente que enterarse de todo. Si la aversión que usted me tiene la impulsara a no dar crédito alguno a mis afirmaciones, no le ocurrirá lo mismo si se decide a escuchar a mi primo; y con el fin de que usted pueda consultarlo, procuraré poner en sus manos esta carta hoy mismo por la mañana. Sólo me resta añadir:

Dios la bendiga. FITZWILLIAM DARCY

CAPÍTULO XXXVI

Si Lizzy no esperaba que en la carta de Darcy se renovaran las ofertas amorosas, tampoco podía imaginarse cuál sería su contenido. Es de suponer la avidez con que la leyó y la disparidad de sentimientos e ideas que le produjo. Comenzó a leer con serios prejuicios hacia todo lo que pudiera decir; por eso fueron considerados rápidamente como falsos sus alegatos sobre la pretendida insensibilidad de Jane, lo cual la irritó demasiado; así como su resolución respecto a los obstáculos que a su juicio impedían la boda, para que pudiese sentirse incitada a creerle. En sus manifestaciones no había, por otra parte, nada que se pareciera al arrepentimiento, sino excesiva arro-

gancia. Todo era orgullo e insolencia.

Pero sus sentimientos fueron todavía más dolorosos y difíciles de definir cuando vio que a todo eso seguía una serie de sensatas consideraciones sobre el comportamiento de Wickham, que de estar de acuerdo con los hechos echaban por tierra la opinión que de éste se había formado. En nada coincidía este relato con el que de su propia vida había hecho el flamante oficial, y al confrontar las dos versiones comenzó a sentirse dominada por el asombro, por la aprensión e incluso por el honor. Se resistía a creer la afirmación de Darcy, y la duda que experimentaba la hizo exclamar repetidamente: "¡Imposible! ¡Esto tiene que ser falso!". Y sin terminar de leer la carta la guardó precipitadamente, decidida a no volver a poner en ella sus ojos.

Pero su propósito fue hecho en vano, medio minuto más tarde la carta estaba abierta de nuevo, y después de concentrarse cuanto pudo prosiguió la mortificante lectura, procurando reflexionar detenidamente en cada punto. Lo que decía de las relaciones de Wickham con la familia de Pemberley coincidía exactamente con lo que él mismo había referido, lo mismo que las deferencias del difunto señor Darcy. Pero al llegar a lo relativo al testamento, la diferencia era notable, el relato de la renuncia de Wickham al beneficio eclesiástico y de la compensación de tres mil libras esterlinas la sumieron en la más horrible duda. Dejó la carta y meditó para buscar una explicación a todo aquello, pero no consiguió nada; uno y otro se contradecían rotundamente. Sin embargo, al proseguir la lectura, comprendió enseguida que todo tendía a demostrar que la conducta de Darcy en aquel caso había sido intachable.

Le causaba verdadero disgusto la acusación de vicio y desorden que Darcy lanzaba contra Wickham, sobre todo, cuando pensaba que no podía presentar ninguna prueba que fuera injusta. En realidad, nada había oído decir de éste antes de su ingreso en la milicia. En el condado de Hertford sólo se sabía de su vida anterior lo que él mismo había contado. En cuanto a su verdadero carácter, Lizzy nunca había tenido oportunidad de analizarlo concienzudamente. De pronto intentó recordar algún ejemplo de bondad, algún rasgo de integridad que pudiera rehabilitarlo de aquellas denigrantes acusaciones, pero no recordó ninguno que pudiese ayudarla. En su imaginación se presentaba con su peculiar atractivo y elegancia, pero no acertó a recordar ningún otro punto favorable, a no ser la opinión general del vecindario y la buena consideración en que todos lo tenían.

Después de detenerse largo rato para reflexionar continuó la lectura. Comprobó con profunda amargura que sus malignas intenciones respecto a la señorita Darcy resultaban plenamente confirmadas por la conversación que ella y el coronel Fitzwilliam habían tenido el día anterior, y por último acudía al testimonio del propio Fitzwilliam, de cuya rectitud no podía ella dudar en absoluto. Durante un instante pensó en acudir a él inmediatamente, pero al final desistió de hacerlo, convencida de que Darcy nunca habría citado el nombre de su primo sin estar del todo seguro de que éste corroboraría sus afirmaciones.

De pronto hizo un análisis de la actuación de Wickham desde que se presentó en Hertford y recordó que, entre otros varios detalles, como el de haberla hecho depositaria de sus problemas íntimos el mismo día en que la conoció, cuando ella era entonces nada más que una simple desconocida, existía uno que ahora resultaba muy significativo. Él se había jactado de no temer el encuentro con Darcy y añadió que si uno de los dos tenía que retirarse, debería hacerlo aquél, porque él jamás se había considerado culpable y, sin embargo, a la semana siguiente había rehuido su presencia en el baile de Netherfield. Recordó también que, excepto a ella misma, a nadie había contado su historia antes de la salida de Darcy y los Bingley para Londres, y que a partir de entonces comenzó a referírsela a todo el mundo, desacreditando así al primero, a pesar de haber afirmado que nunca lo pondría en evidencia por respeto a su difunto padre.

Lizzy entendió sin poder evitarlo que entre el Wickham que conoció en Hertford y el de ahora existía una diferencia muy considerable. Sus atenciones hacia la señorita King encajaban ahora perfectamente en su condición de hombre mercenario y ambicioso. Su conducta para con ella misma no podía obedecer a ningún motivo aceptable; o se había equivocado respecto de su dote o había pretendido alentar vanidosamente el afecto que ella, sin advertirlo, le había demostrado.

Para confirmar la opinión que Darcy tenía de Wickham, Lizzy tuvo que reconocer que cuando tiempo atrás preguntó Jane a Bingley sobre la conducta de ambos en el caso de Pemberley, afirmó éste que su amigo había actuado de forma irreprochable. Y Bingley seguía mereciéndole crédito sin duda alguna.

Lizzy se sentía cada vez más avergonzada. No podía pensar en Darcy ni en Wickham sin advertir que había estado ciega, que había sido parcial con ambos y que la habían dominado los prejuicios.

"¡Qué absurda y ridículamente me he portado!", se dijo, "¡yo, que me enorgullecía de ser inteligente, que desdeñaba el generoso candor de mi hermana y halagaba mi vanidad con pueriles y censurables desconfianzas...! ¡Cuánto me humilla este descubrimiento, pero cuán merecida es esta humillación! Ni aun estando enamorada hubiera podido cegarme tanto. Pero la vanidad, y no el amor, ha sido mi locura. Complacida de las deferencias de uno e irritada por la indiferencia del otro me entregué, apenas conocerlos, al prejuicio y a la ignorancia; y no quise razonar a la hora de juzgarlos. Hasta este momento no he logrado conocerme a mí misma."

Pero sus pensamientos la llevaron de ella misma a Jane y de Jane a Bingley, y de pronto recordó que en la carta había un párrafo en que Darcy pretendía explicar su intervención en el caso de su hermana con Bingley y que en la primera lectura no la había satisfecho esta explicación. Volvió a leerlo, y el efecto que le produjo esta segunda lectura fue muy distinto. ¿Cómo podía negar que la descripción que hacía de las manifestaciones externas de los sentimientos de su hermana era cierta? Carlota había coincidido en aquel parecer, según recordó ahora y, efectivamente, en el aire y maneras de Jane había existido siempre una expresión de constante complacencia, pero muy pocas veces iba unida a una gran sensibilidad.

El párrafo que dedicaba a su familia la avergonzó. La justicia de acusación era demasiado evidente para negarla, y las circunstancias relativas al baile de Netherfield eran tan ciertas que aún mortificaban a la muchacha al recordarlas.

No le pasó inadvertido el cumplido que dedicaba a ella y a su hermana. Era adulador, pero no podía consolarla del desdén que implicaba para el resto de la familia; y cuando consideraba que sus seres más queridos habían sido los culpables directos de los sinsabores de Jane, reflexionaba sobre el perjuicio que acarreaban estas extravagancias al nombre de ambas y su desaliento aumentaba en forma alarmante.

Sumida en mil diversas meditaciones y después de vagar por el parque durante más de dos horas, la fatiga y el recuerdo de la prolongada ausencia la obligaron por fin a volver a la casa. Al entrar hizo un verdadero esfuerzo para aparecer tan jovial como siempre y resolver ahogar toda preocupación que le impidiera conversar con afabilidad.

Al momento le comunicaron que habían estado allí los dos caballeros durante su ausencia; Darcy había permanecido

sentado sólo unos minutos y luego se había levantado para despedirse y marcharse; pero el coronel Fitzwilliam había esperado su regreso durante más de una hora e incluso había manifestado deseos de salir a buscarla. Lizzy no pudo fingir que lamentaba no haberlo visto, pero la verdad era que se alegraba de eso. El coronel ya no le interesaba, sólo podía pensar en la carta.

CAPÍTULO XXXVII

Darcy y el coronel Fitzwilliam abandonaron Rosings a la mañana siguiente, y Collins, que había permanecido largo rato en el umbral para tributarles su peculiar reverencia de despedida al verlos pasar, volvió a la casa con la agradable noticia de que, al parecer, gozaban de buena salud e iban tan animados como se podía esperar después de la triste despedida que, sin duda, habría tenido lugar en Rosings. Y a Rosings corrió inmediatamente para consolar a *lady* Catalina y a su hija. Al regreso, llevó con gran satisfacción la noticia de que su señoría se hallaba tan abatida, que le había manifestado su deseo de que acudieran todos a comer en su compañía.

Al ver a *lady* Catalina no pudo Lizzy evitar el pensamiento de que, de habérselo propuesto, en aquel instante habría sido ya presentada a ella como futura sobrina y sonrió con disimulo ante la idea de la indignación que su señoría manifestaría en tal circunstancia.

El tema fundamental de la conversación fue, naturalmente, la partida de los huéspedes de Rosings.

—Les aseguro que lo siento de verdad —dijo *lady* Catalina—. Creo que nadie puede lamentar tanto como yo la ausencia de los amigos, y mucho más en casos como éste, porque quiero mucho a esos dos jóvenes y sé que ellos me quieren. Como siempre, lamentaron también tener que abandonarme. Fitzwilliam conservó el buen humor hasta el último momento, pero Darcy, si no me equivoco, parecía estar contrariado.

Collins intervino para hacer un cumplido, seguido de una alusión que hizo sonreír a la madre y a la hija.

Después de comer observó *lady* Catalina que Lizzy parecía abatida y, pensando que se debería a tener que regresar a su casa tan pronto, se lo manifestó así, añadiendo a continuación:

—Pero si es por eso, lo único que tiene que hacer usted es escribir a su madre pidiéndole que la autorice a quedarse unos

días más entre nosotros. No dudo de que la señora Collins se alegrará mucho de su compañía.

—Agradezco de corazón a su señoría tan amable invitación, pero no puedo aceptarla. Debo estar en Londres el sábado próximo.

—Pero ¿a qué viene esa precipitación? Si se marcha usted el sábado, habrá estado con nosotros tan sólo seis semanas, y yo me figuraba que estaría aquí unos dos meses; así se lo hice saber al señor Collins antes de su llegada. No puede existir ningún motivo para que nos abandone tan pronto. La señora Bennet podrá sin duda prescindir de usted durante otros quince días.

—Pero mi padre no. La semana pasada me escribió advirtiéndome que haría adelantar mi regreso.

—¡Oh! Si puede prescindir de usted su madre, lo mismo podrá su padre. Para un padre no tiene mucha importancia la compañía de las hijas; y si se quedasen aquí otro mes entero, me sería posible ir con una de ustedes a Londres, porque quiero trasladarme a la Capital a primeros de junio para pasar allí una semana. Como Dawson no tiene inconveniente en ir en el pescante, habrá sitio en el coche para una de ustedes y, suponiendo que haga frío, podrán venir las dos, puesto que no están gruesas.

—Agradezco la amabilidad de su señoría, pero creo que tendremos que ceñirnos al plan primitivo.

Lady Catalina pareció resignarse y dijo, dirigiéndose a la señora Collins:

—Conviene que mande usted un criado que las acompañe. Usted sabe que yo digo siempre lo que pienso, y me hace sufrir la idea de dos jóvenes viajando solas en silla de posta. No está bien que viajen así. Tendrá usted que mandar a alguien con ellas. Respecto a esto no admito excusas. Las jóvenes tienen que ir atendidas y custodiadas siempre de acuerdo con su condición social. Cuando mi sobrina Jorgina fue a Ramsgale el verano pasado, quise que la acompañaran dos criados... La señorita Darcy, hija del señor Darcy de Pemberley y de la señora Ana, no podía presentarse allí de otra manera. Yo aprecio mucho estos detalles. Deberá mandar usted a John con ellas, señora Collins. Me alegro de que se me haya ocurrido hablar de eso, porque si usted las hubiese dejado ir solas, me habría producido muy mal efecto.

—Mi tío mandará a un criado a buscarnos —declaró Lizzy.

—¡Ah! ¿Su tío tiene un criado? Celebro que tenga usted a alguien que se preocupe de estas cosas. ¿Dónde cambiarán

ustedes los caballos? Ah, sí, en Bromley, naturalmente. Si da usted mi nombre en "La campana", la atenderán mejor.

Lady Catalina hizo otras muchas advertencias y preguntas relativas al viaje de las dos jóvenes, y como no se contestaba a sí misma, había que estar atentos, lo cual significaba una suerte para Lizzy, porque de otra manera, por hallarse completamente abstraída, hubiese llegado a olvidar el lugar en que se encontraba.

Pensando continuamente en la carta de Darcy, llegó a asegurarse a sí misma que no tardaría mucho tiempo en aprendérsela de memoria. Repetía mentalmente cada una de sus frases, y sus sentimientos hacia quien la había escrito eran diferentes en cada ocasión. Al recordar el estilo de sus frases se sentía aún indignada, pero al considerar la injusticia que ella había cometido, censurándolo y condenándolo, su despecho se volvía contra sí misma, y el desengaño que por su culpa había él sufrido le inspiraba sincera compasión. Sin embargo, ni aun teniendo en cuenta sus sentimientos ni el nuevo y verdadero carácter que en él había descubierto, podía ahora darle su aprobación, ni le era posible arrepentirse de haberlo rechazado, ni sentir deseos de volver a verlo. Lizzy encontraba en su conducta anterior un manantial inagotable de ofensa y pesadumbre, y en los desdichados defectos de su familia, un suplicio constante. No existía la menor esperanza de poner remedio a aquello. Su padre era feliz riéndose de ellos y jamás intentaba reprimir los locos desvaríos de sus hijas menores, y su madre era incapaz de darse cuenta del daño que hacía con sus desatinados modales.

Lizzy y Jane habían unido con frecuencia sus esfuerzos para poner coto a las imprudencias de Kitty y Lydia, pero ¿qué podían hacer mientras la indulgencia maternal las amparara? Torpe, irritable y sometida por completo a los deseos y a los consejos de Lydia, Kitty recibía con desprecio y mala gana toda recomendación de cordura, y Lydia, irreflexiva y obstinada, tampoco admitía las exhortaciones a la prudencia. Ambas eran perezosas, vanidosas e ignorantes. Mientras en Meryton quedara un oficial, coquetearían con él; y como entre Longbourn y Meryton había tan poca distancia, se pasarían la vida allí.

Pero Jane era la persona que más le preocupaba por el momento, y la explicación de Darcy al revalorizar el concepto que de Bingley había tenido siempre su hermana la hacía comprender ahora lo que verdaderamente había perdido ésta. Su afecto era sincero, y su conducta, indigna del menor reproche,

a no ser que alguien pretendiera criticarle la confianza exagerada que había puesto en su amigo. ¡Y qué penoso resultado entonces pensar que Jane se veía privada de una posición envidiable, llena de ventajas y de prometedora felicidad por la falta de decoro y por la locura de su propia familia!

Si a estos desalentadores pensamientos añadía el descubrimiento de la verdadera personalidad de Wickham, se puede creer sin dificultad que le fuese casi imposible mostrarse regularmente tan jovial como antes.

Durante la última semana de su estancia en Hunsford, las invitaciones para ir a Rosings fueron tan frecuentes como en la primera. Allí pasaron todo el día anterior a la partida, y de nuevo su señoría se interesó vivamente por los más insignificantes detalles relativos a su viaje. Les indicó cómo deberían hacer el equipaje e insistió de tal manera en la necesidad de colocar los vestidos como a ella le parecía, que Mary se vio obligada, una vez en la casa, a deshacer todo el trabajo del día anterior y a hacer de nuevo su baúl.

En el momento de ponerse en camino, la condescendencia de *lady* Catalina llegó al extremo de invitarlas a volver a Hunsford al año siguiente; y la señorita de Bourgh fue tan amable, que hasta hizo una ligera reverencia a cada una después de estrecharles la mano.

CAPÍTULO XXXVIII

Al día siguiente a la hora del desayuno, Collins y Lizzy se encontraron poco antes de que se presentaran los demás, y él aprovechó la oportunidad para dedicarle los cumplidos de despedida que creía indispensables.

—No sé, señorita Lizzy —manifestó—, si mi esposa ha testimoniado a usted nuestro cordial agradecimiento por la atención que nos ha dispensado al venir a vernos; pero estoy seguro de que si no lo ha hecho, lo hará antes de que se marche. Le aseguro que apreciamos mucho el favor de su grata compañía. Sabemos perfectamente que nadie puede tentar nuestra humilde morada. La sencillez de nuestra existencia, lo reducido de nuestras habitaciones, nuestro escaso servicio y nuestras limitadas relaciones tienen que hacer que una joven como usted se aburra en Hunsford; pero confío en que será usted tan amable que crea de verdad que quedamos agradecidos a su condescendencia y

que hemos hecho cuanto estaba a nuestro alcance para conseguir que su estancia entre nosotros le resultara agradable.

Lizzy se apresuró a agradecerle aquellas palabras y a asegurarle que había sido muy feliz en su compañía; que había pasado seis semanas deliciosas, y que el placer de haber estado al lado de Carlota y las atenciones con que ésta la había distinguido justificaban que fuese ella la persona agradecida. Collins demostró quedar satisfecho después de esta declaración de la joven y con risueña solemnidad repuso:

—Me alegra sobremanera saber que su estancia entre nosotros ha sido agradable. Hemos hecho todo lo posible para complacerla, y teniendo en cuenta que hemos podido presentarla a una sociedad muy distinguida, debido a nuestra relación con los Rosings, creo que podemos afirmar que su visita a Hunsford no ha sido del todo fastidiosa. Nuestra situación respecto a esta distinguida familia resulta realmente una extraordinaria ventaja y una dicha de la que muy pocos pueden vanagloriarse. Ya puede usted ver cómo nos hallamos, porque pudo darse cuenta de que estamos invitados allí continuamente. En verdad tengo que reconocer que, a pesar de las desventajas de esta humilde rectoría, nadie que la habite podrá ser digno de compasión mientras comparta nuestra amistad íntima en Rosings.

Como no tenía suficiente con las palabras para exaltar y expresar sus sentimientos, empezó a pasearse por la habitación mientras Lizzy hacía acopio de cortesía para reunir la verdad en unas frases breves.

—Usted podrá, en efecto, llevar al condado de Hertford —siguió diciendo Collins— un informe muy favorable sobre nosotros. Ha podido ser testigo de las grandes atenciones de las que ha hecho objeto *lady* Catalina a mi esposa, y en conjunto creo que no le habrá parecido que su amiga sea infortunada... Pero vale más no recordar eso. Permítame tan sólo asegurarle, querida Lizzy, que anhelo con todo el corazón que usted sea tan feliz, si algún día se casa. Mi amada Carlota y yo no tenemos más que un pensamiento y una sola voluntad. Existe entre los dos una extraordinaria semejanza de carácter e ideas. Parece que hubiésemos nacido el uno para el otro.

Lizzy pudo contestar sin fingir que consideraba el caso como una verdadera suerte, y con la misma sinceridad añadió que estaba segura y se alegraba de su felicidad. Sin embargo, no tomó a mal que la charla fuese interrumpida por la entrada de la misma persona de quien hablaban. ¡Pobre Carlota! ¡Era triste

dejarla en tal compañía! Pero ella la había elegido contra viento y marea. Se advertía su contrariedad al ver que sus visitantes tenían que marcharse, pero no parecía desear compasión. Su casa y sus quehaceres, su parroquia y su gallinero, y todo lo que a eso se refería, no habían perdido aún sus encantos para ella.

Por fin llegó la silla de posta. Fueron atados los baúles encima del vehículo, se colocaron los paquetes en el interior y se les avisó que todo estaba preparado para la partida. Después de despedirse afectuosamente de su amiga, Lizzy se dirigió al carruaje acompañada por Collins, y mientras cruzaban el jardín él le rogó que ofreciera sus respetos a toda la familia y renovó su gratitud por las atenciones recibidas en Longbourn; terminó deseando que encontrara en buen estado de salud al señor Gardiner y a su esposa, y le pidió que los saludara respetuosamente, a pesar de que no tenía el placer de conocerlos. Después la ayudó a subir al coche e hizo lo mismo con Mary. Iban ya a cerrar la portezuela cuando de pronto les recordó él con gran consternación que olvidaban dejar recuerdos para *lady* Catalina y su hija.

—Pero supongo —añadió— que será deseo de ustedes que les sean presentados sus respetuosos saludos con la expresión de su vivo agradecimiento por las atenciones que ustedes han recibido de ellas durante su estancia aquí.

Lizzy, naturalmente, no opuso el menor reparo. Seguidamente se cerró la portezuela y el coche emprendió la marcha.

—¡Dios santo! —exclamó Mary unos minutos después—. Cualquiera diría que hace un par de días que hemos venido y, sin embargo, ¡cuántas cosas han pasado!

—¡Así es, muchas! —respondió Lizzy con un breve suspiro.

—Hemos comido en Rosings nueve veces y hemos tomado allí el té otras dos. ¡Cuántas cosas tengo que contar!

"¡Y cuántas tendré yo que callar!", se dijo Lizzy.

El viaje transcurrió plácidamente, y cuatro horas más tarde llegaban a casa del señor Gardiner, donde iban a pasar unos días.

El aspecto de Jane era excelente, y Lizzy apenas tuvo ocasión de sondear su estado de ánimo, porque el programa de distracciones que se había preparado amablemente para ellas se lo impidió. Pero Jane tenía que regresar a Longbourn con ella y allí habría muchas oportunidades para observarla.

No obstante, tuvo que esforzarse mucho para esperar que estuvieran en Longbourn para hablar a su hermana del caso

Darcy. Suponía una invitación muy tentadora al diálogo el hecho de saber que podría revelar cosas a Jane que, al mismo tiempo, halagarían su vanidad; pero la contenía la duda de desconocer hasta qué punto podía ser explícita y el temor de verse obligada quizás a decir algo relativo a Bingley que sólo serviría para aumentar la pena de su hermana.

CAPÍTULO XXXIX

Finalizaba la segunda semana del mes de mayo cuando las tres jóvenes abandonaron a sus tíos para regresar al condado de Hertford. Al acercarse al hospedaje donde se había convenido que las esperaría el coche del señor Bennet vieron enseguida a Lydia y a Kitty asomadas a la ventana del comedor, situado en el piso superior. Las dos muchachas llevaban ya más de una hora por aquellos lugares y la habían pasado ocupadas alegremente en visitar tiendas de modas, en observar al centinela de guardia de un cuartel próximo y en preparar una ensalada de pepinos.

Después de dar la bienvenida a sus hermanas, en medio de un gran alboroto, las llevaron triunfalmente a una mesa servida con toda la variedad de fiambres que puede ofrecerse en una hostería, y exclamaron:

—¿Qué nos dicen ahora? ¿No es una agradable sorpresa?

—Lo hemos hecho para recibirlas —añadió Lydia—, pero tendrán que prestarnos dinero, puesto que hemos gastado el nuestro en varias compras.

Dicho esto enseñó todo lo que había comprado y prosiguió:

—Miren qué sombrero he comprado. No es muy bonito, pero en cuanto llegue a casa lo desharé para confeccionar con él otro mejor.

Sus hermanas lo examinaron durante unos instantes y, al afirmar que, efectivamente, era muy feo, Lydia replicó con indiferencia:

—¡Oh! Había otros dos o tres más feos aún. Pero cuando compre un bonito satén para cambiarle los adornos verán cómo les gustará. Además, este verano poco importará lo que llevemos después de que el regimiento se haya marchado de Meryton.

—¿De veras se marcha? —preguntó Lizzy con satisfacción.

—Sí, dentro de unos quince días acamparán cerca de Brighton. Pienso pedir a papá que nos lleve allí a pasar el vera-

no. Sería un plan magnífico, y además creo que no necesitaríamos gastar mucho dinero. ¡Cuánto disfrutaría mamá! Pero si no nos lleva, ¡imaginen el verano tan aburrido que vamos a pasar!

"En efecto, sería un plan maravilloso", pensó Lizzy, "y sobre todo, de gran resultado... ¡Brighton y todo un campamento para nosotras, que ya hemos perdido la cabeza con un simple regimiento y los bailes de Meryton!"

—Tengo noticias para ustedes —manifestó Lydia cuando se hubieron sentado a la mesa—. ¿A que no se imaginan de qué se trata? Son noticias muy buenas y de gran importancia, y relacionadas además con una persona que a todas nos resulta muy simpática...

Jane y Lizzy se miraron e indicaron luego al camarero que se retirara. Lydia se echó a reír y exclamó:

—Pero ¡cuánta formalidad tienen y qué discretas son! ¿Acaso creen que no puede oír al camarero? ¡Como si no estuviese acostumbrado a oír cosas peores que las que voy a decirles! ¡Pero es un tipo feísimo! Me alegro de que lo hayan hecho marchar. Bien, ahora vamos a mis noticias, se trata de nuestro apreciado señor Wickham. Ya no existe peligro alguno de que se case con Mary King. Ella se ha ido a Liverpool, a casa de su tío, y según parece, para no volver. Wickham se ha salvado.

—Quien se ha salvado ha sido Mary King —añadió Lizzy—; al menos de una unión imprudente, por lo que respecta al dinero.

—Si le gustaba, ha sido muy torpe marchándose.

—No creo que hubiera un verdadero amor en ninguno de los dos —manifestó Jane.

—Por parte de él no cabe la menor duda. Puedo asegurar que ella no le importó nunca un bledo. ¿Cómo podía gustarle una mujer tan insociable y llena de pecas?

Lizzy sufrió un estremecimiento al pensar que, aunque nunca se hubiese considerado capaz de usar estos términos, aquélla había sido siempre su misma opinión.

Después de comer, las mayores pagaron la factura y se dio orden de que prepararan el coche. Tuvieron que vencer verdaderas dificultades para entrar todas en el vehículo, pero al final lo consiguieron y colocaron incluso las cajas, bolsas y paquetes de las compras efectuadas por Lydia y Kitty.

—¡Qué apretaditas vamos! —exclamó Lydia—. ¡Aunque no sea más que por el gusto de llevar una caja más con nosotras celebro haber comprado el sombrero! Ahora ya podemos hablar

y reír cuanto queramos. Ante todo, contarnos lo que nos ha ocurrido durante su ausencia. ¿Han coqueteado con muchos hombres agradables? Incluso llegué a pensar que alguna de ustedes lograría cazar un marido antes de volver a casa. Jane va a cumplir pronto veintitrés años y empezará a ser una solterona... ¡Dios santo, qué vergüenza me daría llegar a los veintitrés años sin haberme casado! ¡No se pueden imaginar cuánto desea tía Philips que contraigan matrimonio! Dice que Lizzy debería haber aceptado al señor Collins, pero yo creo que no hubiese sido nada divertido. ¡Oh, si pudiese casarme antes que ustedes...! Entonces las acompañaría a todos los bailes. ¡Cuánto nos reímos el otro día en casa del coronel Forster! Kitty y yo estuvimos pasando allí el día, y por la noche organizó un baile en mi honor (porque debo decirles que la señora Forster y yo somos muy buenas amigas). Entonces, como había pocas mujeres, ¿saben lo que hicimos? Disfrazamos de mujer al señor Chamberlayne, con el fin de que pasara por una señorita. ¡Imagínense qué broma! Nadie lo sabía, a no ser el coronel, su esposa y yo, y mi tía, porque tuvimos que pedirle el vestido prestado, y no podrán imaginar lo bien que le sentaba. Cuando Denny, Wickham, Prat y otros dos o tres jóvenes entraron, no advirtieron la suplantación. ¡Cómo me reí! La señora Forster tampoco podía contener la risa. Esto hizo sospechar a los caballeros y, finalmente, descubrieron de qué se trataba.

Así transcurrió el viaje hasta llegar a Longbourn. Lizzy escuchaba lo menos que podía aquellas historias que contaba su hermana y que Kitty completaba añadiéndoles infinidad de detalles, pero no podía evitar que el nombre de Wickham, pronunciado con frecuencia, hiriera sus oídos. La acogida que les dispensaron en su casa fue muy cariñosa. La señora Bennet celebró mucho ver que su hija Jane seguía tan hermosa como siempre, y durante la comida, el señor Bennet repitió varias veces a Lizzy, de forma espontánea:

—Me alegro mucho de que estés de nuevo en casa, Lizzy.

El comedor estaba muy concurrido, ya que casi todos los Lucas fueron allí para recoger a Mary y conocer las noticias, y se habló de muchas cosas. Desde el lado opuesto de la mesa preguntaba la señora Lucas a su hija por el bienestar de Carlota y por el gallinero de la rectoría. La señora Bennet tenía tarea doble; por un lado, oía la exposición detallada de Jane, sentada unas sillas más allá, sobre las últimas modas, y por otro, se encargaba de repetir lo que había oído a todas las jóvenes

Lucas. Lydia chillaba más que nadie contando a todo el que quisiera oírla lo que había hecho para divertirse aquella mañana.

—¡Oh, Mary! —decía a su hermana—. ¡Cuánto me hubiese gustado que nos hubieras acompañado! ¡Nos hemos divertido como nunca! Por el camino hemos cerrado las ventanillas para simular que el coche estaba desocupado. Yo habría ido así durante todo el camino de no haberse mareado Kitty. Cuando llegamos a la hostería nos portamos espléndidamente, porque obsequiamos a nuestras hermanas y a Mary Lucas con una exquisita merienda fría; si tú hubieses venido con nosotras, también te hubiéramos invitado. ¡Y el regreso fue tan divertido...! Me figuraba que no íbamos a poder entrar en el coche. Me moría de risa. ¡Y lo pasamos tan bien durante el camino...! ¡Charlábamos y reíamos haciendo tal barullo, que se nos podía oír a una distancia de diez millas!

Mary respondió gravemente:

—No voy a desdeñar estos placeres, ya que se adaptan al carácter de la generalidad de las mujeres, pero confieso que no me atraen. Prefiero mejor un libro.

Pero Lydia no puso atención a estas palabras, porque apenas escuchaba a nadie más de medio minuto.

Por la tarde propuso Lydia dar un paseo hasta Meryton para ver cómo seguían los de allí, pero Lizzy rehusó hacerlo. Manifestó que darían la impresión de no poder pasar medio día en casa sin haber ido inmediatamente en busca de los oficiales. Pero había además otro motivo para negarse. Temía volver a ver a Wickham y estaba decidida a evitarlo mientras fuese posible. El alivio que experimentaba ante la próxima partida del regimiento era indecible. Faltaban sólo quince días, y entonces ya no habría ocasión de que la importunaran con alusiones al referido joven.

Llevaban pocas horas en casa cuando se percató de que el proyecto de ir a veranear a Brighton era ya objeto de frecuente discusión entre sus padres. Lizzy comprendió inmediatamente que su padre no tenía la menor intención de acceder, pero sus contestaciones eran a la vez tan vagas y equívocas, que su madre, aunque desalentada con frecuencia, no perdía aún la esperanza de conseguirlo.

CAPÍTULO XL

Lizzy no podía ocultarle a Jane lo ocurrido. Resuelta a omitir cualquier detalle que se refiriera a su hermana y después de anunciarle que tendría una sorpresa, le contó a la mañana siguiente lo más importante de su encuentro con Darcy.

El asombro de Jane fue mitigado por el profundo amor que sentía hacia su hermana, que la obligaba a considerar muy natural que la admiraran, y pronto la hicieron olvidar su sorpresa otras reflexiones. Lamentaba que Darcy expresara sus sentimientos en forma tan inadecuada para hacerlos aceptables, pero aún sentía más el dolor que debía haberle causado el desaire de su hermana.

—No hizo bien creyéndose tan seguro de ser aceptado —dijo—, opino que no tenía que haberse declarado; imagínate cuál habrá sido su desengaño.

—Me lo imagino —repuso Lizzy—; lo siento sinceramente por él. Pero su orgullo es tan grande, que le hará olvidar muy pronto el cariño que me profesa. ¿Acaso me reprochas que lo haya rechazado?

—¿Reprochártelo? ¡De ningún modo!

—Pero tú criticas que yo defendiera a Wickham con tanta viveza...

—No, no; considero que hiciste bien en decirle lo que le dijiste.

—Es que aún no sabes lo que sucedió al día siguiente.

Entonces le contó lo referente a la carta, repitiéndole todo lo que ésta decía de Wickham. ¡Qué tremendo golpe para la pobre Jane, que siempre actuaba con buena fe y no creía que hubiera personas capaces de albergar tanta maldad!

Ni la justificación de Darcy, aunque grata para sus sentimientos, pudo tampoco consolarla de este penoso descubrimiento. Con gran tesón procuró demostrar la posibilidad de un error y trató de justificar a uno sin acusar al otro.

—No prosigas —dijo Lizzy—, no conseguirás hacer bueno a ninguno de los dos. Elige al que quieras, pero piensa que entre ambos no sumarían la cantidad de mérito suficiente para hacer a un hombre bueno. Por mi parte me inclino a creer que toda la razón corresponde al señor Darcy, tú puedes opinar como te parezca.

Pasó largo rato antes de que Jane pudiera sonreír.

—Jamás me sentí más apesadumbrada —dijo—. ¡Que

Wickham sea tan perverso es casi increíble! ¡Y piensa lo que el pobre Darcy habrá sufrido con tal decepción, además de saber el mal concepto en que lo tienes! ¡Y tener que explicarte lo que te ha explicado respecto a su hermana! Realmente es muy penoso. Estoy segura de que tú opinas lo mismo que yo.

—¡Oh, no! Mi contrariedad y mi compasión se han disipado por completo al comprobar su reacción. Sé que vas a hacerle una justicia tan amplia que me siento cada vez más desinteresada e indiferente. Tu prodigalidad me hace económica, y si veo que sigues lamentándote de sus defectos, mi corazón quedará más ligero que una pluma.

—¡Pobre Wickham! ¡Qué expresión de bondad se aprecia en sus facciones, y qué franqueza y afabilidad en sus modales!

—Sin duda alguna hubo algún error en la educación de esos dos jóvenes. Uno logró forjarse de un carácter verdaderamente bueno; y el otro, todas las apariencias de él.

—Nunca me pareció el señor Darcy tan falso de apariencias como tú lo suponías.

—Y, no obstante, yo creía haber acertado al tenerle tanta antipatía. Resulta un estímulo muy poderoso para el talento propio y, además, da ocasión de presumir de ingenio tener una aversión de esta índole. Una puede insultar continuamente a los demás sin decir nada justo, pero no puede burlarse siempre de un hombre sin decir de cuando en cuando alguna frase aguda.

—Lizzy, sé positivamente que cuando leíste por primera vez la carta no consideraste el asunto como lo consideras ahora.

—En efecto, así es. Me sentía muy desconsolada y me atrevo a decir desgraciada, puesto que no tenía a quién confiar mis penas, a una Jane, por ejemplo, que se animara y me dijese que no había sido tan débil, tan insensata y tan vana como yo me juzgaba a mí misma. ¡Oh, cuánto te he echado de menos!

—¡Qué pena que al hablar con el señor Darcy con respecto a Wickam hayas empleado expresiones inmerecidas!

—Así es. Estaba irritada por los prejuicios que había ido alimentando. Hay un punto sobre el cual necesito que me aconsejes. ¿Debo o no revelar a nuestras amistades el verdadero carácter de Wickham?

Después de una breve pausa, la señorita Bennet contestó:

—No hay ninguna razón de peso para que lo hagas. Y tú, ¿qué opinas?

—Que no hay que hacerlo. El señor Darcy no me autorizó a divulgar sus confidencias. Al contrario, nadie más que yo

ha de saber los pormenores relativos a su hermana. Pero aunque tratara de desengañar a la gente hablando mal de Wickham, ¿quién me creería? El prejuicio que todos tienen contra el señor Darcy es tan fuerte, que intentar ponerlo en buen lugar representaría una lucha a muerte contra la mitad de las buenas personas de Meryton. No seré yo quien lo intente. Wickham se marchará pronto, por lo tanto, poco importa a la gente de aquí lo que él sea en realidad. Dentro de algún tiempo se descubrirá todo y entonces nos reiremos de los que lo ignoraban antes. Por ahora no diré nada a nadie sobre el particular.

—Tienes toda la razón. Publicar sus errores podría acarrear su ruina definitiva. Quizás está arrepentido de lo que ha hecho y anhela rehabilitarse. Debemos pensar que es así.

Lizzy se quedó más tranquila después de esta conversación. Se había librado de dos de los secretos que la abrumaban desde hacía quince días y sabía que Jane sería una confidente complaciente, siempre que quisiera volvería a hablar de aquellos asuntos íntimos. Pero quedaba todavía algo oculto que, por prudencia, no se arriesgaba a revelar.

No se atrevía a mencionar el resto de la carta de Darcy ni a explicar a su hermana con cuanta sinceridad había sido ponderada por el amigo de aquél. Era un secreto que nadie podía compartir, y ella comprendía que sólo un perfecto entendimiento entre Jane y ella podía justificar su confesión. "Y aun entonces", se decía, "sólo podría revelarle lo que el mismo Bingley creyera conveniente. ¡No tendré libertad para revelar este secreto hasta que haya perdido todo su valor!"

Como apenas salía de casa, Lizzy se hallaba en condiciones de observar el estado de ánimo de su hermana. Vio que Jane no era feliz. Continuaba sintiendo un tierno afecto por Bingley. Nunca había estado enamorada y, por eso, su cariño tenía toda la fuerza del primer amor, aunque más consistente que la de estos casos a causa de su edad y de su temperamento. Con tanto fervor apreciaba su recuerdo, prefería tanto a Bingley sobre todos los demás hombres que necesitaba hacer uso de todo su buen sentido y de toda la consideración a los sentimientos de sus amigos para combatir su pesadumbre, que podía resultar perjudicial para su propia salud y para la tranquilidad de sus familiares.

—Oye, Lizzy —dijo un día la señora Bennet—, ¿cuál es tu parecer respecto al deplorable asunto de Jane? Yo estoy dispuesta a no volver a hablar de eso con nadie. Yo se lo dije el otro día a mi hermana Philips. Parece mentira que Jane no haya

visto a Bingley ni una sola vez en Londres. ¡Bah! Es un joven indigno, y no creo que exista ya la menor posibilidad de que logre pescarlo. Nadie cree que vuelva a Netherfield este verano; lo he preguntado a todos los que podrían saberlo, y nadie me da razón.

—Yo opino lo mismo.

—Que haga lo que quiera... Nadie le pide que venga. Yo siempre dije que se ha portado mal con mi hija, y si yo fuese ella, no me conformaría tan fácilmente. Lo único que me consuela es que Jane morirá de pena, y entonces será cuando él se arrepienta de lo que ha hecho.

Pero como Lizzy no se podía consolar con semejante aspereza no contestó.

—Bien, ahora dime, Lizzy —prosiguió su madre poco después—, conque los Collins viven muy confortablemente, ¿eh? Lo que deseo es que su bienestar sea duradero... ¿Y comen bien? Creo que Carlota es una excelente administradora. Si es sólo la mitad de lista que su madre, conseguirá ahorrar. Supongo que no hace ningún derroche.

—No, en absoluto.

—La buena administración depende en gran parte de esto. Sí, sí. No me cabe duda de que no gastarán más de lo que pueden. Nunca se verán faltos de dinero. Bueno; ¡que les aproveche! Y naturalmente, hablarán con frecuencia de cuando sean propietarios de Longbourn luego de fallecer tu padre. Suceda lo que suceda, deben ya creer que esto es suyo.

—De este asunto no podían tratar en mi presencia, mamá.

—Claro que no, pero estoy segura de que entre ellos lo hablan continuamente. Bien, si son capaces de vivir tranquilos con un patrimonio que no les pertenece, allá ellos. Yo me avergonzaría de disponer de una hacienda conseguida de semejante manera.

CAPÍTULO XLI

La semana siguiente al regreso de las jóvenes transcurrió muy deprisa. Comenzó la segunda, y todas las muchachas de la población languidecían por momentos; era la última de la permanencia del regimiento en Meryton. La melancolía había prendido en todos los corazones femeninos. En Longbourn, las dos mayores eran las únicas que podían coser, beber y dormir tranquilamente. Kitty y Lydia no hacían otra cosa que repro-

charles su insensibilidad y no acertaban a explicarse que existieran personas en su familia con el corazón tan duro.

—¡Dios santo! ¿Qué será de nosotras? ¿Qué vamos a hacer ahora? —exclamaban llenas de congoja—. ¿Cómo puedes sonreír todavía, Lizzy?

La señora Bennet compartía plenamente su dolor y recordaba a sus hijas el padecimiento tan cruel que hubo de soportar en una ocasión parecida, hacía ya unos veintitantos años.

—Puedes creer que no dejé de llorar durante dos días seguidos cuando el regimiento del coronel Miller se alejó del lugar. Pensé que el corazón se me partía.

—El mío se partirá también —replicó Lydia.

—¡Si al menos pudiéramos ir a Brighton...! —manifestó la señora Bennet.

—¡Oh, ya! ¡Si al menos pudiéramos ir a Brighton...! ¡Pero papá es tan poco condescendiente...!

—Con unos cuantos baños de mar quedaría definitivamente restablecida —aseguró la señora Bennet.

—Y la señora Philips dice que a mí me sentarían muy bien.

Tal era la clase de lamentaciones que de continuo se oían en Longbourn. Lizzy pretendía hacer bufonadas a cuenta de ellas, pero esto, que hubiera sido muy divertido para ella, se convertía en un sentimiento que la ruborizaba. De nuevo se daba cuenta de la justicia de las acusaciones de su antiguo enemigo, Darcy, y se sentía plenamente dispuesta a perdonarle su intervención en el cambio de planes de Bingley. Pero pronto cesó la melancolía de Lydia al recibir una invitación de la señora Forster, esposa del coronel del regimiento, para que la acompañara a su nuevo destino de Brighton. La señora Forster era una mujer muy joven, que se había casado recientemente. El temperamento de ambas, muy parecido, su buen humor y su constante disposición a pasarlo bien las había hecho simpatizar, y en sólo tres meses se convirtieron en amigas íntimas.

El entusiasmo que se apoderó de Lydia sólo fue comparable al júbilo inefable de su madre y a la decepción de Kitty. Sin pensar siquiera en la impresión que podía producir en su hermana, se puso a correr por la casa buscando a todos para que la felicitaran, riendo y hablando con más ardor que nunca. En cambio, la infeliz Kitty permanecía en la sala quejándose de su mala suerte y expresándose en términos poco razonables y muy belicosos.

—No sé por qué la señora Forster no me ha invitado a mí

también, a pesar de que yo no sea tan amiga suya como Lydia. Tengo el mismo derecho que mi hermana o más aún, puesto que tengo dos años más que ella.

Lizzy procuró hacerla entrar en razón y Jane se esforzó cuanto pudo para conseguir que lo tomara con más calma, pero todo fue inútil. En cuanto a Lizzy, los sentimientos que en ella despertó aquella invitación fueron muy distintos a los que manifestaban su madre y Lydia; enseguida comprendió que no era posible esperar que su madre actuara en esta ocasión con un mínimo de sentido común, por lo que, muy a pesar suyo, tuvo que recurrir a su padre para pedirle que no autorizara el viaje. Le expuso algunas objeciones respecto a la conducta de Lydia en general, el poco beneficio que podía reportarle la amistad con aquella mujer y la probabilidad de que su hermana se portara aún con menos prudencia en Brighton, donde las tentaciones tenían que prodigarse, naturalmente, más que en Meryton. El señor Bennet la escuchó con mucha atención y luego contestó:

—Tu hermana Lydia no estará satisfecha hasta que se haya puesto en evidencia en un lugar o en otro; ahora bien, considera que nunca podrá hacerlo con tan poco gasto y menos cantidad de inconvenientes como en esta ocasión.

—Si te dieses cuenta, papá —repuso Lizzy—, del incalculable perjuicio moral que el alocado comportamiento de Lydia nos ocasiona ante la gente, mejor dicho, del que nos ha ocasionado ya, estoy segura de que no enfocarías el asunto de esta manera.

—¿Que nos ha ocasionado ya incalculables perjuicios? —replicó el señor Bennet—. ¿Ha asustado acaso a alguno de tus pretendientes? Si es así, no te preocupes demasiado. Jóvenes con tantos escrúpulos que renuncian a ti por una nimiedad semejante no merecen que se les haga caso. Veamos, enséñame la lista de esos tipos despreciables que te han abandonado por culpa del alocado proceder de Lydia.

—Te engañas por completo, papá. Yo no me quejo de perjuicios particulares, sino generales. Nuestro prestigio, el respeto que se nos debe en sociedad han de sufrir necesariamente algún desgaste por la absurda inconstancia, la imprudencia y la falta de juicio que caracterizan a Lydia. Perdóname, tengo que hablarte con franqueza. Si no quieres poner coto a sus excesos y hacerle comprender que todas las tonterías que hace perjudican, no sólo a los demás, sino a su propia dicha y prosperidad, terminará siendo incorregible. Su temperamento irá afirmándo-

se, y cuando tenga dieciséis años será una coqueta que no hara otra cosa que ponerse a sí misma y a todos en el mayor de los ridículos, con la particularidad de que su único atractivo residirá tan sólo en su juventud y en su presencia bastante agraciada: pero jamás será capaz, por su ignorancia y su falta de sentido común, de librarse del desprecio general que producirá su loco interés en ser admirada. Kitty lleva el mismo camino y parece que va siguiendo los pasos de Lydia. Es vanidosa, arrogante, holgazana e incapaz de aceptar un consejo de nadie. Papá, ¿puedes tolerar que se las censure y desprecie dondequiera que se hallen y que su mala fama afecte a las otras hermanas?

El señor Bennet advirtió que las palabras pronunciadas por Lizzy eran sinceras y que había hablado con el corazón en la mano. Tomándole cariñosamente los hombros le contestó:

—No te preocupes, hija mía. Jane y tú serán respetadas y admiradas dondequiera que estén, y no ha de procurarles perjuicio alguno tener tres hermanas muy ligeras de cascos. Si Lydia no va a Brighton, en esta casa no se podrá vivir en paz. Déjala, entonces, que vaya. Confío en el coronel Forster y espero que sepa preservarla de cualquier peligro; afortunadamente tu hermana es demasiado pobre para que ningún hombre la codicie. Aun considerada como una vulgar casquivana, en Brighton tendrá menos importancia de la que ha tenido siempre aquí. Los oficiales fijarán su atención en otras mujeres más interesantes que ella, de lo que puede deducirse que su estancia allí deberá descubrirle su propia insignificancia. Sea como sea, no puede empeorar mucho, y esto no nos autoriza a encerrarla aquí.

A Lizzy no le satisfizo esta explicación, pero se vio obligada a contentarse con ella; cuando se separó de su padre estaba decepcionada y afligida, y seguía pensando lo mismo. Sin embargo, su temperamento no la inducía a aumentar sus propias penas insistiendo en recordarlas. Creía haber cumplido con su deber y no era propio de ella desesperarse ante males inevitables o aumentarlos con su ansiedad.

Si Lydia y su madre hubiesen llegado a enterarse de la conferencia celebrada por Lizzy y su padre, su indignación no habría conocido límites. Pero las dos ignoraban lo que había ocurrido, y la exaltación y el entusiasmo que se habían apoderado de ellas continuaron en aumento hasta el mismo día en que Lydia tenía que partir, aun cuando la señora Bennet estaba interiormente convencida de que su marido no tenía intención de ir nunca a Brighton.

La marcha del regimiento ponía a Lizzy en la coyuntura de ver a Wickham por última vez. Después de su regreso se habían encontrado varias veces, y su turbación había casi desaparecido, lo mismo que su anterior simpatía hacia él. Incluso llegó a advertir en la misma afabilidad que tanto placer le procuraba antes una afectación que ahora le desagradaba y hastiaba. Además, la tendencia del oficial a reanudar las atenciones de que la había hecho objeto a su llegada a la localidad sólo podían servir, después de lo ocurrido, para exacerbarla más. Al verse galanteada de nuevo de aquella manera tan ociosa y frívola, terminó de perder todo interés por él, y mientras procuraba refrenarlo experimentó la sensación de ofensa que para ella significaba el hecho de que Wickham creyera que, a pesar de haber transcurrido tanto tiempo, bastaba que volviese a halagar su voluntad para conquistar de nuevo sus simpatías.

Wickham comió en Longbourn con otros oficiales el día anterior a la marcha del regimiento, y Lizzy estaba tan poco dispuesta a mostrarse amable en el momento de la despedida que al preguntarle él cómo había pasado el tiempo en Hunsford, ella le hizo saber que el coronel Fitzwilliam y Darcy habían permanecido durante tres semanas en Rosings; luego le preguntó si conocía al primero.

Wickham pareció sorprendido, pero tras unos instantes de reflexión sonrió y respondió que anteriormente lo había visto con frecuencia. Después de asegurar a Lizzy que era un perfecto caballero preguntó a ésta qué opinión le había merecido. La contestación fue muy favorable al coronel Fitzwilliam, por lo que Wickham, con aire indiferente, preguntó a la muchacha:

—¿Cuánto tiempo dice usted que estuvo en Rosings?

—Unas tres semanas.

—¿Y lo vio muchas veces?

—Sí, casi todos los días.

—Entonces habrá podido observar que sus modales son muy distintos a los de su primo.

—Así es, pero el señor Darcy impresiona más favorablemente a medida que se lo va conociendo mejor.

—¿De veras? —exclamó Wickham, con un gesto involuntario que no pasó inadvertido a la joven—. Perdóneme..., ¿puedo preguntarle...? —pero de pronto se contuvo y añadió en tono francamente jovial—: Esa mejora que se advierte en él ¿se refiere acaso a su trato? ¿Se ha dignado quizá poner un poco de cortesía en sus modales ordinarios? Porque no puedo creer que

en lo esencial haya mejorado —concluyó, en un tono más tranquilo y más serio.

—¡Oh, claro que no! —repuso ella—. En lo esencial me ha parecido el mismo de siempre.

Mientras Lizzy hablaba, él parecía no saber si alegrarse o no al oír aquellas palabras y si debía o no dudar de su sentido. Había algo en el semblante de la muchacha que lo indujo a prestar gran atención cuando ella agregó:

—Al decir que me impresiona más favorablemente a medida que se lo trata no he querido dar a entender que sus modales se vayan perfeccionando, sino que su manera de ser se va comprendiendo mejor.

Wickham no pudo disimular ahora su inquietud porque instantáneamente se ruborizó y pareció agitado; guardó silencio durante unos instantes hasta que, restablecido el dominio sobre sí, se volvió a ella de nuevo y le dijo en tono amable y desenvuelto:

—Sabe usted perfectamente cuáles son mis sentimientos hacia el señor Darcy por lo que no se extrañará si le digo que celebro que tenga a menos el acierto suficiente para fingir una actitud correcta y bondadosa. En este sentido su orgullo puede ser de mucha utilidad no sólo para él, sino también para muchas otras personas, porque así tiene que abandonar una conducta descabellada, cuyas consecuencias he tenido que sufrir. Sólo me temo que esa actitud de prudencia y corrección a la que usted aludía la adopte exclusivamente durante las visitas a su tía, a quien le interesa siempre causar una buena impresión. Me consta que delante de ella se ha esforzado siempre en cubrir las apariencias, y buena parte de eso se debe a su intención de contraer matrimonio con la señorita de Bourgh, por la que sé, se interesa de todo corazón.

Lizzy no pudo contener una sonrisa al oírlo, pero se limitó a responder con una leve inclinación de cabeza. Advirtió que lo que él pretendía era enfocar la conversación al viejo tema de sus agravios y no estaba dispuesta a darle el gusto. Durante el resto de la velada Wickham aparentó su peculiar jovialidad, pero no volvió a halagar de nuevo a Lizzy. Finalmente se separaron, con múltiples muestras de cortesía y con el mutuo deseo interior de no volver a verse jamás.

Al terminar la reunión salió Lydia con la señora Forster hacia Meryton, desde donde a la mañana siguiente, muy temprano, tenían que emprender el viaje a Brighton. La despedida entre ella y sus familiares no tuvo nada de patética. Kitty fue la

única que profirió en llanto al verla marchar, pero sus lágrimas eran más de rabia y envidia que de tristeza por la ausencia de la hermana. La señora Bennet repitió a su hija una y otra vez sus deseos de felicidad y le recomendó otras tantas que no desperdiciara ninguna ocasión de divertirse. Naturalmente, quienes la escuchaban tenían motivos muy fundados para creer que esta recomendación no sería desatendida. Y con el clamor de la alegría de Lydia al decir adiós a todos, los menos ruidosos saludos de sus hermanas apenas se pudieron oír.

CAPÍTULO XLII

Si Lizzy hubiese tenido que fundamentar su opinión sobre la felicidad conyugal en el ejemplo de su propia familia, nunca habría llegado a una conclusión muy alentadora. Seducido por la belleza y la juventud, o por mejor decir, por las apariencias de una y otra, su padre se casó con una mujer, cuya falta de inteligencia y abundancia de espíritu mezquino había matado el amor real muy poco tiempo después de la boda. La estima, el respeto y la confianza entre ambos cónyuges habían desaparecido para siempre, y todas las ilusiones de un hogar feliz se habían desvanecido sin remedio. Pero el señor Bennet no tenía carácter para ahogar su decepción en los placeres, que con demasiada frecuencia sirven de consuelo a muchos hombres que se han hecho desgraciados por culpa de sus locuras o de sus vicios. Era gran aficionado al campo y a la lectura, y cifraba sus principales distracciones en la satisfacción de estos gustos. A su mujer le debía muy poco, a no ser por la diversión que le habían procurado su ignorancia y su estupidez. En realidad no es ésta la clase de felicidad que un esposo quisiera deber a su mujer, pero un buen filósofo sabe aprovechar, a falta de otros pasatiempos, aquellos que se le ofrecen.

Sin embargo, Lizzy se había percatado siempre de las dificultades de aquella conducta de su padre como marido; pero admiraba su talento y agradecía el trato cariñoso que siempre le profería, por lo que hacía lo posible por olvidar todo cuanto le parecía reprochable, como la constante violación del respeto debido a su madre, a quien no cesaba de exponer al ridículo delante de sus propias hijas. Pero nunca como ahora había sentido con tanta intensidad los inconvenientes que para éstas se derivaban de un matrimonio con tan graves defectos, ni se había

dado cuenta de los perjuicios que puede irrogar una desacertada aplicación del talento que, bien empleado, hubiera al menos mantenido incólume la honorabilidad de las hijas, aun cuando no hubiese sido capaz de aumentar la inteligencia de la esposa.

La ausencia de Wickham fue lo único que tras la desaparición del regimiento supuso algún motivo de satisfacción para Lizzy. Las veladas fuera de la casa eran menos frecuentes y variadas que antes, y en Longbourn tenía a su lado constantemente a una madre y a una hermana, cuyos incesantes lamentos por el tedio que las rodeaba hacía aún más sombrío al ambiente doméstico. Aunque era de suponer que Kitty llegara a recobrar con el tiempo algo al menos del sentido común que había perdido, porque ya no existían las causas directas que le perturbaban el cerebro, pensaba con impaciencia y temor en la otra hermana, cuya locura e imprudencia aumentarían al poder frecuentar con cierta libertad un campamento y un balneario.

En resumen, se encontraba con que, igual que tantas otras veces, no le procuraba ninguna satisfacción la llegada de un acontecimiento que había esperado con tanta ansiedad, por lo que tenía que volver a empezar de nuevo la búsqueda de la felicidad soñada. La excursión a los lagos era lo que llenaba sus pensamientos; la mejor compensación de los ratos desagradables que pasaba soportando el descontento de su madre y de Kitty, y todo hubiera resultado perfecto si en el plan del viaje hubiese podido incluir a Jane.

"Pero es una suerte", se decía, "que el proyecto no sea tan completo; si lo fuese, podría decepcionarme. De esta forma, con la pena que me produce la ausencia de mi hermana, es razonable esperar que se realicen todas mis ilusiones. Un plan preconcebido de forma que cada uno de sus detalles haya de procurar innumerables delicias no puede nunca tener éxito, y solamente puede evitarse una decepción general con la presencia de algún pequeño disgusto particular."

Antes de marcharse, Lydia había prometido escribir a su madre y a Kitty con frecuencia y contarles todos los pormenores; pero ahora sus cartas se recibían con intervalos muy largos y eran demasiado lacónicas. Las que dirigía a su madre no tenían interés alguno; siempre repetía lo mismo: que acababa de entrar en la sala de lectura donde había estado con algunos oficiales que lucían hermosas condecoraciones; que se había comprado un traje o una sombrilla, y que se habría extendido más si no fuese porque la señora Forster la estaba llamando apresu-

radamente para ir al campamento. De las cartas que escribía a su hermana se sacaba menos información aún, ya que, aunque eran bastante largas tenían demasiadas palabras subrayadas para que se pudieran hacer públicas.

La salud, el buen humor y la jovialidad comenzaron a reaparecer por fin en Longbourn dos o tres semanas después de la partida de Lydia. Las familias que se habían desplazado a la Capital para pasar el invierno regresaron, y las reuniones veraniegas volvieron a celebrarse con toda ostentación. La señora Bennet recuperó su habitual serenidad, y a mediados de junio Kitty se hallaba restablecida a punto tal, que le resultaba posible ir a Meryton sin sentir ganas de llorar. Este acontecimiento hizo concebir esperanzas a Lizzy de que al llegar Navidad ya estaría su hermana en posición de no mencionar a los oficiales más de una vez al día, a no ser que el Ministerio de Guerra tuviese el poco acierto de mandar allí otro regimiento.

Se aproximaba ya la fecha señalada para comenzar su excursión al Norte. Pero tan sólo quince días antes, una carta de la señorita Gardiner anunció el retraso de la fecha y el cambio de itinerario. A causa de sus negocios, el señor Gardiner no podía alejarse de Londres hasta quince días después, en julio, y tendría que regresar a la Capital al cabo de un mes. Como esta circunstancia no les permitía ir demasiado lejos ni verlo todo con la calma y comodidad necesarias, tenían que desistir de ir a los lagos; por lo tanto, habían decidido no pasar más allá del condado de Derby. En aquella región había suficientes cosas para ver y emplear bien la mayor parte del tiempo, y por otra parte, a la señora Gardiner le hacía mucha ilusión ir hasta allí, por haber pasado en aquella región algunos años de su vida.

Lizzy quedó decepcionada; tenía un gran interés por conocer los lagos, tal vez por lo mucho que había pensado en ellos, y creía que aún disponían de tiempo para ir allí. Pero no le quedaba más remedio que conformarse, por lo que pronto se resignó e incluso llegó a considerarse feliz con el cambio. El condado de Derby la hacía pensar en muchas cosas. No le era posible oír este nombre sin acordarse de Pemberley y de su propietario.

"Así me será posible", se decía, "penetrar impunemente en sus dominios y arrebatarle unos cuantos fósiles sin que él me vea."

Las cuatro semanas transcurrieron por fin, y el señor y la señora Gardiner llegaron a Longbourn con sus cuatro hijos, dos niñas de seis y ocho años, respectivamente, y dos niños más pequeños aún, los cuales quedarían al cuidado de su prima Jane,

que era la preferida de todos ellos, por su peculiar sentido de la prudencia y por la dulzura de su carácter.

Los Gardiner pernoctaron en Longbourn y a la mañana siguiente salieron, acompañados de Lizzy, en busca de novedades y esparcimiento. Su excelente disposición para el compañerismo, su buena salud y la facilidad de los tres para adaptarse a cualquier género de incomodidades les aseguraban una excursión feliz.

No es objeto de esta obra describir el condado de Derby ni ninguna de las poblaciones famosas del itinerario que nuestros viajeros iban a cubrir, puesto que Oxford, Bleinheim, Warwick, Kenilworth, Birmingham, etc., son suficientemente conocidos. Nuestra intención es referirnos solamente a una pequeña parte del condado de Derby. Nuestros viajeros encaminaron sus pasos, después de haber admirado las principales maravillas de la región en dirección de la pequeña ciudad de Lambton, donde había vivido anteriormente la señora Gardiner y donde, según referencias, quedaban aún algunas de sus antiguas amistades. Por las indicaciones de su tía, Lizzy supo que Pemberley se hallaba a cuatro o cinco millas de Lambton, no en el camino recto que tenían que seguir, pero sí sólo a una o dos millas de él. La señora Gardiner había manifestado el día anterior su deseo de ver otra vez aquella residencia. A su marido le pareció bien la idea y le preguntó a Lizzy si tenía algún inconveniente en ir hasta allí.

—¿No te gustaría, Lizzy querida, ver un lugar del que tanto has oído hablar? —le dijo su tía—. Aquel sitio tiene mucho que ver con algunas de las personas que tú conoces. Como sabes, Wickham pasó allí toda su juventud.

Lizzy se encontró en un aprieto. Comprendía que no tenía nada que hacer en Pemberley, tuvo que confesar que no sentía interés alguno por ver aquella hacienda y agregó que estaba harta de ver grandes palacios y que, después de haber visitado tantos, no encontraba ningún atractivo entre las alfombras lujosas y las cortinas satinadas.

—Si se tratase únicamente de una casa gustosamente amueblada —replicó su tía en tono de censura—, tampoco me interesaría a mí. Pero la finca es deliciosa, en ella se encuentra uno de los mejores bosques de todo el país.

Lizzy no dijo más, pero su corazón quedó agitado; enseguida pensó en la posibilidad de encontrarse con Darcy mientras visitaba aquel lugar. ¡Sería horrible! Al momento se rubo-

rizó y creyó que lo más oportuno sería hablar con franqueza a su tía para no correr semejante riesgo. Pero esto también presentaba ciertas dificultades, por lo que decidió no confiarle nada, a no ser que sus investigaciones respecto de la posible ausencia de la familia Darcy fuesen desfavorables.

Cuando se retiró por la noche para acostarse, preguntó a la camarera por Pemberley, si era una propiedad tan magnífica como se decía, cómo se apellidaba el dueño y si la familia de éste estaba allí para pasar el verano. Lizzy acogió con mucho agrado la negativa a esta pregunta y, libre ya de todo temor, comenzó a sentir una gran curiosidad por ver la casa. Por consiguiente, cuando por la mañana se volvió a hablar del asunto, manifestó con rápida y oportuna indiferencia que no le desagradaba que se llevara adelante aquel proyecto.

—Así, entonces, decidieron ir a Pemberley.

CAPÍTULO XLIII

Mientras el carruaje avanzaba, Lizzy no hacía otra cosa que mirar afanosamente y con cierta turbación, esperando que aparecieran los primeros bosques de Pemberley, y cuando finalmente entraron en la finca sintió una fuerte impresión.

El parque tenía una considerable extensión y abarcaba gran variedad de terreno. Entraron en él por una de las zonas más bajas y el coche avanzó por un hermoso bosque.

Lizzy no podía hablar con nadie, porque estaba sumida en una serie de reflexiones que no se lo permitían, pero le fue posible admirar todos los lugares y los panoramas más bellos. Subieron paulatinamente por un declive de una media milla y al final del bosque se encontraron ante el imponente edificio conocido como Pemberley House. Era una grandiosa construcción de piedra enclavada en una elevación del terreno y detrás de cuya parte superior destacaba una pequeña cordillera de altas colinas cubiertas de bosques. Frente a la casa pasaba un riachuelo de cierta importancia y de orillas irregulares y descuidadas.

Lizzy estaba maravillada. Jamás había visto un paraje tan mimado por la naturaleza o donde los hombres hubiesen puesto menos su pincelada de mal gusto. En aquel instante se dio cuenta de la importancia de ser la dueña de Pemberley.

Una vez cubierta la pendiente atravesaron un puente y llegaron al umbral de la casa. Mientras se dedicaban a contemplar

de cerca el exterior del edificio, Lizzy volvió a experimentar una profunda sensación de temor ante la posibilidad de encontrarse con el dueño. Temía que la camarera a quien había interrogado se hubiera equivocado.

Después de pedir permiso para visitar la suntuosa mansión fueron conducidos al vestíbulo, y mientras esperaban la llegada del ama de llaves, Lizzy pudo maravillarse de todo lo que allí había.

El ama de llaves era una señora entrada en años, de aspecto respetable, menos distinguida quizá, pero mucho más amable de lo que ella podía suponer. Llevó a los visitantes hasta el comedor, muy espacioso y bonitamente amueblado. Después de una mirada rápida Lizzy se acercó a una ventana para disfrutar del fantástico panorama que desde allí se dominaba: el río, los árboles alineados en sus orillas y las revueltas de la hondonada. Recorrieron otras habitaciones, y en cada una de ellas los objetos tomaban posiciones distintas. Desde cada ventana se descubrían nuevas bellezas. El techo de las salas era alto, y todas tenían líneas agradables. Lizzy notó que el mobiliario estaba en armonía con la fortuna del dueño, pero que no era muy llamativo ni vanamente lujoso; ofrecía menor esplendor posiblemente, pero más elegancia que el de Rosings.

"¡Y yo podía haber sido dueña de esta casa!", se dijo Lizzy, "¡ahora estaría familiarizada con estas habitaciones! Podría estar en ellas como si fuesen mías y recibir aquí a mis tíos como queridos visitantes en lugar de estar ahora contemplándolas como una simple forastera... Pero no", prosiguió haciendo un esfuerzo para rechazar estos pensamientos, "esto no hubiera podido ser, porque en tal caso hubiese quizá perdido a mis tíos al no permitírseme invitarlos."

Esta afortunada reflexión la salvó de algo parecido al remordimiento.

Sentía vivos deseos de preguntar al ama de llaves si el dueño de todo aquello se hallaba en realidad ausente, pero le faltó valor cuantas veces intentó hacer la pregunta. Sin embargo, fue su tío quien la hizo, y la muchacha se volvió asustada mientras la señora Reynolds respondía afirmativamente y añadía:

—Pero lo esperamos mañana. Llegará acompañado de numerosos amigos.

Al oír aquello Lizzy se alegró en el alma de que su propio viaje no hubiese tenido que demorarse por alguna circunstancia ni un solo día.

Su tía la llamó para que se fijara en un cuadro. Era un retrato. Se acercó a él y advirtió la semejanza que tenía con el señor Wickham. Estaba colgado en la pared, sobre la chimenea, y rodeado de varias miniaturas. Sonriendo le preguntó su tía si le gustaba. En aquel momento se les acercó el ama de llaves y explicó que se trataba del retrato del hijo del último mayordomo de la casa, a quien el difunto propietario había hecho educar a sus expensas.

—No hace mucho se ha alistado en el ejército —añadió, completando la información—, pero temo que dondequiera que se encuentre cometerá muchas locuras.

La señora Gardiner dirigió una sonrisa a su sobrina, pero ésta permaneció tan seria como antes.

—Y éste —prosiguió la señora Reynolds— es el retrato de mi amo. Fue hecho al mismo tiempo que el otro, hará ahora unos ocho años.

—He oído elogiar mucho las facciones simpáticas de su dueño —dijo la señora Gardiner contemplando el cuadro—; sin duda, es guapo. Pero nadie mejor que tú, Lizzy, podrá decirnos si se le parece o no mucho.

Al saber que la señorita conocía a su amo, el respeto del ama de llaves hacia ella pareció aumentar de pronto.

—¿La señorita conoce al señor Darcy? —preguntó.

Lizzy se ruborizó, pero contestó con naturalidad:

—En efecto, lo conozco un poco.

—¿Y no le parece, señorita, que es un caballero muy esbelto?

—Así es, muy esbelto.

—No conozco a ningún otro que sea tan guapo como él; pero cuando lleguemos a la galería del piso superior podrán ustedes ver otro retrato suyo, mayor que éste y mejor logrado. La habitación en que ahora nos encontramos era la preferida por mi difunto amo, y las miniaturas que ustedes están contemplando son del estilo de aquella época. Siempre la apreció mucho.

Esta circunstancia explicó a Lizzy por qué se hallaba entre ellas el retrato de Wickham.

Seguidamente, el ama de llaves llamó su atención sobre una miniatura de la señorita Darcy, hecha cuando tenía ocho años de edad.

—¿Es tan guapa como su hermano? —preguntó la señora Gardiner.

—¡Jamás he conocido señorita tan hermosa y tan instruida! Se pasa el día tocando el piano y cantando. En la habitación

de al lado hay un piano nuevo que le acaba de regalar mi amo. La señorita llegará mañana con él.

El señor Gardiner, hombre sencillo y agradable, estimulaba la locuacidad de la señora Reynolds con sus preguntas y observaciones, y ésta, quizá por vanidad, o tal vez porque aquellas personas le merecían confianza, hablaba complacida de su amo y de la señorita Darcy.

—¿Pasa mucho tiempo en esta mansión su amo durante el año?

—No tanto como sería mi deseo, pero casi puedo afirmar que la mitad de su tiempo lo pasa aquí. La señorita Darcy no suele moverse de aquí durante los meses de verano.

"A no ser cuando va a Ramsgate", se dijo Lizzy.

—Si el señor Darcy contrajese matrimonio, ¿lo vería usted con más frecuencia?

—Casi seguro, señor; pero ignoro cuándo puede suceder eso. No conozco a ninguna joven que pueda ser bastante aceptable para él.

Los señores Gardiner sonrieron, y Lizzy no pudo evitar su intervención:

—En verdad lo honra mucho que usted tenga de él ese concepto.

—No digo más que la verdad, y eso mismo es lo que manifiestan cuantos lo conocen —repuso la señora.

Lizzy pensó que la adulación era excesiva y quedó asombrada cuando oyó decir al ama de llaves:

—A pesar de que lo conozco desde que tenía cuatro años, jamás me ha dirigido una palabra que pudiera molestarme.

Tal afirmación constituía el elogio más extraordinario de cuantos habían salido de sus labios hasta entonces y a la vez el más opuesto a su propia opinión respecto al señor Darcy, de quien siempre había asegurado que no podía tener un carácter afable. Una vivaz curiosidad prendió en ella a partir de ese instante y deseó con verdadera ansiedad enterarse de algo más. Se alegró de oír decir a su tío:

—Existen pocas personas en el mundo de quienes pueda decirse otro tanto. Ha de ser una suerte tener un dueño como él.

—En efecto, señor, sí que es una suerte. Aunque recorriera todo el mundo no encontraría otro mejor. Siempre he observado que cuando un hombre es cariñoso siendo niño, lo es también en su mayoría de edad, y él fue el chiquillo más dócil y amable que ustedes puedan imaginarse.

Lizzy se quedó mirándola asombradísima.

"¿Estará hablando del señor Darcy?", se preguntaba.

—Su padre era un caballero excelente —declaró la señora Gardiner.

—Sí, en efecto, señora, y su hijo es exactamente como él, bondadoso y comprensivo con todos, en especial con los pobres.

Lizzy escuchaba atónita, dudaba y se impacientaba por oír más. Las palabras de la señora Reynolds carecían por completo de interés para ella cuando se refería a otras cosas. No prestaba ninguna atención al tema de los cuadros, al de las dimensiones de la sala ni al del precio de los muebles. Divertido por aquella especie de prejuicio familiar de la señora Reynolds al que atribuía tan exageradas alabanzas, Gardiner volvió a hacer alusión a Darcy, y el ama de llaves reanudó con el mismo calor la serie de elogios dedicada a su amo mientras subían por la gran escalera.

—Mi amo es el mejor y al mismo tiempo el más excelente de cuantos propietarios hayan podido existir jamás. No se parece en nada a esos jóvenes alocados que sólo piensan en sí mismos. No hay uno solo de sus criados o de sus arrendatarios que no le profese un sincero cariño. Sé que hay quien lo juzga orgulloso, pero puedo asegurarles que yo jamás he notado en él ese defecto. Apostaría a que dicen eso de él por la simple razón de que no acostumbra charlar con los otros jóvenes.

"¡Qué favorable resulta todo esto para él!", pensó Lizzy.

—Estas referencias, que tanto dicen en beneficio de él —murmuró al oído de la muchacha su tía mientras iban subiendo—, parece que no concuerdan mucho con su conducta respecto a nuestro amigo.

—Tal vez estemos engañadas.

—No lo creo. Nuestra información es muy digna de crédito.

Finalmente alcanzaron el ancho corredor del piso superior y siguieron al ama de llaves hasta un hermoso saloncito que, según se advertía, había sido reformado recientemente y dispuesto con mayor sencillez y elegancia que las habitaciones de la planta baja. Según les explicó la señora Reynolds, aquello había sido hecho con objeto de complacer a la señorita Darcy, porque la última vez que estuvo en Pemberley se había aficionado mucho a aquella sala.

—Con eso demuestra ser un excelente hermano —manifestó Lizzy, dirigiéndose hacia una de las ventanas.

La señora Reynolds ya parecía disfrutar viendo la alegría

de la señorita Darcy cuando entrara en aquel saloncito.

—Es su modo de ser —añadió—. Todo lo que de alguna manera pueda servir para dar gusto a su hermana, se realiza al momento. Haría todo lo que fuese por ella.

Sólo les quedaban por ver la galería y dos o tres dormitorios. La primera estaba llena de cuadros de gran valor; pero Lizzy no entendía mucho de este arte y una vez de nuevo en la planta baja se separó de los demás y se puso a contemplar unos dibujos realizados por la señorita Darcy, cuyos temas no sólo eran más inteligibles, sino también más interesantes para ella.

En la galería de pinturas había muchos retratos de familia, pero ninguno podía llamar poderosamente la atención de un forastero. Lizzy, sin embargo, miraba con ansiedad en busca del único cuyos rasgos fisonómicos conocía. Por fin se detuvo y descubrió la figura de un hombre parecido extraordinariamente a Darcy, con su misma sonrisa y con su misma mirada. Permaneció varios minutos delante del cuadro, contemplándolo fijamente, y volvió a fijarse en él cuando los demás se disponían a abandonar la estancia. El ama de llaves le manifestó que aquel retrato había sido hecho al señor Darcy en vida del difunto dueño.

El espíritu de Lizzy se sentía más inclinado en aquellos momentos hacia el original de lo que había estado en los tiempos de sus relaciones afectuosas. Los elogios que le había dedicado la señora Reynolds eran dignos de tenerse en cuenta. ¿Qué alabanza puede considerarse de mayor valor que la de un criado inteligente? Lizzy pensaba en la felicidad de aquéllos a quienes él tenía bajo su custodia en calidad de hermano, de propietario y de dueño. ¡Cuántas satisfacciones y cuánto dolor podía causar según fuera su comportamiento! ¡Cuánto bien y cuánto mal podía hacer! Todo cuanto había relatado el ama de llaves encomiaba su carácter; y al hallarse ante su retrato, cuya imagen parecía estar mirándola, Lizzy experimentaba un sentimiento de gratitud más profundo que nunca al pensar en el afecto que había tenido hacia ella.

Después de haber visto todo lo de la casa que se permitía ver al público, volvieron a la planta baja y el ama de llaves los confió al jardinero, que se reunió con ellos en la puerta del vestíbulo.

Mientras caminaban por el prado para dirigirse al río, Lizzy se volvió para mirar otra vez; sus tíos se detuvieron también, y mientras el señor Gardiner hacía conjeturas respecto de la antigüedad del edificio, su propietario en persona salió

inesperadamente del camino que conducía a las cuadras, por detrás de la casa.

Se hallaban a menos de veinte metros de él y su aparición fue tan repentina, que Lizzy no pudo evitar que él la viese. Sus miradas se encontraron al instante y ambos se ruborizaron. Él se quedó como clavado, como inmovilizado por la sorpresa, pero serenándose enseguida, avanzó hacia el grupo y habló con Lizzy, aunque no en términos de perfecta serenidad, sí por lo menos con toda cortesía.

Lizzy se había vuelto instintivamente, pero al oír que él se acercaba se detuvo y escuchó sus palabras con una turbación difícil de dominar. Su parecido al retrato que acababan de contemplar era suficiente para que los tíos de Lizzy supieran que tenían delante a Darcy, pero por si éste no bastara, la expresión de sorpresa del jardinero se lo confirmó. Estaban algo apartados mientras Darcy hablaba con su sobrina que, pasmada y confusa, apenas se atrevía a levantar los ojos del suelo para mirarlo y no sabía qué contestar a sus amables preguntas respecto al estado de su familia. Maravillada del cambio sufrido por sus modales desde la última vez que se habían visto, cada palabra que pronunciaba aumentaba su turbación y, segura de la inoportunidad de que él la hubiera encontrado allí, los contados minutos que estuvieron juntos fueron los más apremiados que ella había pasado en su vida. Él, por su parte, tampoco parecía muy seguro de sí mismo al hablar; su acento no tenía su peculiar dominio y sus preguntas sobre cuánto tiempo hacía que había salido de Longbourn y respecto a su estancia en el condado de Derby eran hechas con tanta elocuencia y en forma tan precipitada que evidenciaban la distracción en que se hallaban sumidos sus pensamientos. De pronto pareció que las ideas se negaban a acudir a su cerebro y, después de quedarse unos momentos sin decir nada, se despidió y se dirigió a la casa.

Los Gardiner se reunieron entonces con Lizzy y expresaron su admiración por el esbelto tipo de Darcy. Tan absorta estaba en sus propios sentimientos que la joven no oyó ni una palabra. Se sentía enojada y avergonzada. ¡El haber ido allí había sido lo más descabellado que le hubiese ocurrido jamás! ¡Qué inexplicable tenía que haberle parecido! ¡Qué mal la dejaba esta desfavorable circunstancia a los ojos de un hombre tan vanidoso! Podía creer que ella había pretendido ponerse de nuevo en su camino. ¡Oh! ¿Por qué había ido allí o por qué había llegado él un día antes de lo que se esperaba? Si hubiesen

hecho la visita tan sólo unos minutos más temprano, no se hubieran encontrado con Darcy, porque era evidente que éste acababa de llegar en aquel preciso momento.

Lizzy se ruborizaba una y otra vez pensando en la mala suerte de aquel encuentro, pero a la vez le extrañaba el cambio tan notable que había observado en su conducta. ¿Qué podía significar? Que le dirigiera la palabra ya era sospechoso, pero ¡que le hablara con tanta amabilidad y llegase incluso a interesarse por su familia...! Nunca había visto en él una actitud tan sencilla ni recordaba que le hubiese hablado jamás con la docilidad demostrada en ese inesperado encuentro. ¡Qué contraste con la última vez que le dirigió la palabra al entregarle su carta en Rosings Park! No sabía qué pensar de todo esto ni cómo explicárselo.

Entraron ahora en un hermoso paseo junto a la orilla del río, y a la vez que el terreno describía un suave declive, se divisaba la hermosa extensión de bosques a los cuales se iban aproximando. Pasó mucho tiempo antes de que Lizzy se percatara de estos detalles y, aunque contestaba maquinalmente a las repetidas observaciones de sus tíos y parecía dirigir la mirada a los objetos que éstos le indicaban, no distinguía nada en absoluto. Su pensamiento estaba fijo en algún punto de Pemberley, donde se hallaría en aquel momento Darcy. ¡Cuánto hubiera dado por saber lo que dominaba su espíritu, lo que pensaba de ella y si aún, a pesar de todo, la quería! Tal vez había sido tan cortés porque se sentía tranquilo. Sin embargo, había algo en su voz que no denotaba un natural desahogo. Ella no hubiera podido determinar si él había experimentado más dolor que satisfacción al encontrarla, pero no cabía duda de que no la había visto con calma.

Las observaciones de sus tíos sobre su distracción la despertaron por fin de sus profundas meditaciones y rápidamente sintió la necesidad de parecerse más a sí misma.

Se introdujeron en los bosques y, dejando por un momento el río, subieron a uno de los terrenos más elevados donde, desde algún claro entre el follaje de la arboleda, se divisaban diversos y encantadores paisajes en la hondonada, con las colinas de enfrente cubiertas por extensas hileras de bosques y de cuando en cuando una parte pintoresca del riachuelo. El señor Gardiner propuso dar la vuelta a todo el parque, pero temía que esto resultara al final más que un simple paseo. Con una sonrisa, les hizo saber que tenía diez millas de circunferencia. No se volvió a hablar del asunto y siguieron el mismo camino, que los

llevó a una pendiente entre bosques colgantes a la orilla del río, en uno de sus puntos más estrechos. Lo atravesaron por una simple palanca que encajaba perfectamente en el paisaje; había menos frondosidad que antes, y la hondonada, convertida ahora en barranco, sólo dejaba sitio para la corriente de agua y un camino angosto entre la grosera maleza que lo bordeaba. Lizzy hubiera explorado aquellas revueltas, pero después de cruzar la pasarela y apreciar la distancia a la que se hallaban de la casa, la señora Gardiner, que no era una gran andarina, se negó a caminar más y sólo pensó en volver al coche lo más pronto posible. Por lo tanto, su sobrina tuvo que resignarse y emprendieron el regreso hacia la casa, situada en el lado opuesto del río, por el camino más corto. Pero avanzaban lentamente, porque Gardiner, aunque muy pocas veces podía darse este gusto, era muy aficionado a la pesca y se entretenía en inspeccionar la presencia casual de alguna trucha en el agua y en hablar de ellas con el jardinero.

Mientras iban andando se vieron sorprendidos de nuevo por la aparición de Darcy, que se dirigía hacia ellos y se hallaba ya a escasa distancia. Como el camino era menos frondoso en aquel punto que en la parte opuesta, pudieron verlo antes de encontrarse con él. Por unos instantes ella creyó que él tomaría otro camino, pero una vez pasada una curva que les impidió verlo, Darcy se halló inmediatamente ante ellos. Con una mirada ella comprobó que no había perdido nada de su reciente cortesía. Lizzy correspondió a sus saludos y después se puso a hablar de la belleza del lugar, pero apenas pronunció las palabras "delicioso" y "encantador", algo le hizo pensar que cualquier alabanza suya relativa a Pemberley podía ser mal interpretada. Sus mejillas cambiaron de color y no dijo más.

La señora Gardiner estaba un poco más atrás y, al vacilar Lizzy, Darcy le rogó que le presentara a sus amigos. Este rasgo de cortesía la sorprendió y apenas pudo contener una sonrisa al advertir que ahora él se interesaba por conocer a algunos de sus parientes hacia los cuales había manifestado un orgulloso desdén al hacerle su declaración amorosa.

"¡Qué sorpresa va a recibir cuando sepa quiénes son! Los toma por gente distinguida", se dijo.

La presentación tuvo lugar inmediatamente, y mientras Lizzy exponía los lazos de familia que los unían miró a Darcy con disimulo para ver el efecto que le producía tal circunstancia, porque se figuraba que procuraría abandonar tan pronto como le

fuese posible a unos compañeros que lo honrarían muy poco. Fue evidente su sorpresa por el parentesco; sin embargo, lo soportó con gran presencia de ánimo y, en lugar de alejarse, se acercó a ellos y enseguida se puso a hablar con la señora Gardiner. Lizzy se sentía muy satisfecha. La halagaba saber que tenía al menos algunos parientes de los cuales no necesitaba avergonzarse. Escuchó con suma atención todo lo que decían y disfrutó con cada expresión y con cada frase de su tío, que revelaba evidentemente su inteligencia, su buen gusto y sus modales.

El tema de la pesca surgió enseguida, y oyó cómo Darcy invitaba a su tío, con mucha amabilidad, a pescar por allí siempre que lo deseara durante su permanencia en la localidad; además se ofreció prestarle los pertrechos necesarios, indicándole al mismo tiempo en qué lugares permitía la corriente del río lograr las mejores piezas. La señora Gardiner, que iba del brazo de Lizzy, miraba a su sobrina con gesto de extrañeza.

Aunque Lizzy callaba, se sentía muy satisfecha al comprender que toda aquella serie de cumplidos de Darcy iban dirigidos a ella. No obstante, su asombro crecía por momentos y se preguntaba continuamente:

"¿Qué será lo que lo ha hecho cambiar tanto? ¿Cuál será el origen de todo esto? Sin duda alguna, no puedo ser yo, porque no es posible que sus modales se hayan suavizado de tal manera por consideración a mí. No pueden haber producido semejante cambio los reproches que le dirigí en Hunsford. No puedo creer que continúe amándome."

Las dos mujeres seguían caminando adelante; y los dos caballeros, detrás; pero al descender al borde del río para contemplar mejor unas plantas acuáticas, la señora Gardiner, cansada por el desacostumbrado ejercicio realizado aquella mañana, decidió que el brazo de Lizzy no era suficientemente fuerte para sostenerla, por lo que prefirió apoyarse en el de su marido. Darcy se colocó entonces al lado de Lizzy, y siguieron andando juntos.

Hubo un breve silencio, que finalmente la joven se atrevió a romper. Ardía en deseos de hacer saber a Darcy que si estaba allí era porque le habían asegurado que él estaba ausente. Por eso comenzó haciéndole observar que había sido muy inesperada su llegada a Pemberley.

—El ama de llaves —añadió— nos aseguró que no iba a llegar usted hasta mañana. Incluso antes de salir de Bakewell tomamos noticias de que usted no era esperado.

Darcy reconoció que todo eso era cierto y explicó que lo habían hecho anticipar su regreso unos asuntos para los que fue requerido por su mayordomo, adelantándose de esa forma algunas horas a sus compañeros de viaje.

—Mañana a primera hora se reunirán conmigo —siguió diciendo—. A propósito, entre ellos hay algunos que querrán verla a usted; me refiero al señor Bingley y a sus hermanas.

Lizzy se limitó a hacer una ligera inclinación de cabeza. A su imaginación volvieron instantáneamente las escenas de la última vez en que fue nombrado entre ellos Bingley, y por lo que indicaba el semblante de su compañero dedujo ella que le estaba ocurriendo lo mismo. Después de una breve pausa prosiguió él:

—Con ellos vendrá también otra persona que desea, de un modo más particular, conocerla a usted. ¿Podrá usted permitirme, si no es pedir demasiado, que le presente a mi hermana durante su permanencia en Lambton?

Lizzy quedó tan sorprendida ante este ruego que no acertó a saber si debía o no acceder en aquel preciso instante. Al momento comprendió que, cualesquiera que fuesen los motivos que impulsaban a la señorita Darcy a desear conocerla, su hermano debía de haber tenido en eso mucha intervención, si no toda, lo que, naturalmente, sin detenerse en otras consideraciones, resultaba ya satisfactorio. La halagaba saber que, a pesar de resentimientos anteriores, el aprecio de Darcy para con ella seguía siendo el mismo.

Caminaban en silencio, pendiente de cada uno de sus propias reflexiones. A Lizzy le hubiera sido imposible gozar de tranquilidad en aquellos momentos, pero se sentía halagada y satisfecha. El deseo de Darcy de presentarle a su hermana era, por sí mismo, una atención muy digna de ser tenida en cuenta. Sin advertirlo se habían adelantado a los demás, y cuando llegaron al coche el señor y la señora Gardiner se hallaban a un cuarto de milla de distancia.

Él la invitó a entrar en la casa, pero repuso que no estaba cansada, y continuaron de pie sobre el césped. Tal ocasión podía haberse aprovechado para decir muchas cosas, y el silencio resultaba sumamente embarazoso. Ella sentía la imperiosa necesidad de decir algo, pero todos los temas que podían tratar allí le parecían demasiado delicados. Hasta que por fin recordó que llevaba unos cuantos días viajando, y comenzaron a hablar de Matlock y de Dova Dale. Pero el tiempo y sus tíos avanza-

ban con excesiva lentitud, y antes de terminar el diálogo, la paciencia y las ideas de Lizzy estuvieron a punto de agotarse.

Por fin llegaron los Gardiner y se les hizo una invitación para entrar en la casa y tomar un refresco; pero la gratificación no fue aceptada, y uno y otros se despidieron poco después con la mayor cortesía. Darcy ayudó a las señoras a subir al coche, y cuando éste comenzó a avanzar, Lizzy observó que se dirigía lentamente hacia la casa.

Enseguida empezaron las observaciones de sus tíos, y los dos coincidieron en afirmar que les había merecido mejor opinión de la que tenían de él antes de conocerlo.

—Es perfectamente educado, sencillo y cortés —declaró su tío.

—Sin duda alguna tiene algo de majestuoso —repuso la señora Gardiner—, pero no le sienta mal. Ahora puedo decir, repitiendo las palabras del ama de llaves, que aunque algunos lo consideren orgulloso, yo no he advertido en él ninguna arrogancia.

—Verdaderamente me ha sorprendido su conducta para con nosotros. Nos ha demostrado, más que cortesía, un especial afecto. Y no era necesaria tanta atención, porque su amistad con Lizzy era sólo superficial.

Lizzy se expresó lo mejor que pudo. Dijo que cuando se encontraron en Kent le había parecido ya más agradable que durante su estancia en Netherfield y que nunca lo había visto tan amable como aquella mañana.

—Pero esa amabilidad quizá se deba a un capricho particular o a un estado de ánimo especial —observó su tío—. Estos personajes suelen ser así. Por lo tanto, no consideraré su invitación respecto a venir a pescar, no vaya a ser que cualquier día cambie de opinión y me eche de su finca.

Aunque Lizzy comprendió que al hablar así su tío demostraba desconocer en absoluto el carácter de Darcy, se abstuvo de replicar.

—A juzgar por lo que he podido deducir de sus modales —prosiguió la señora Gardiner—, yo no lo hubiera creído capaz de portarse de un modo tan cruel con el señor Wickham. No tiene aspecto de mala persona. Al contrario, su manera de expresarse resulta agradable, y la dignidad que se aprecia en sus facciones no haría creer a nadie que pueda tener mal corazón. Por otra parte, cuando el ama de llaves aseguraba una y otra vez que tenía un carácter muy bondadoso, yo apenas podía contener la risa, pero supongo que es un amo muy generoso y, a los ojos

de un criado, en esto están comprendidas todas las virtudes.

Lizzy creyó oportuno salir en defensa de la conducta de Darcy para con Wickham y les dio a entender, con la mayor delicadeza posible, que según había oído decir a los parientes que tenía en Kent, su manera de ser podía en muchos casos interpretarse mal y que su carácter no era tan defectuoso como algunos suponían ni el de Wickham tan encomiable como se pretendió demostrar en el condado de Hertford. Para corroborarlo explicó los detalles de las transacciones monetarias efectuadas entre ellos, sin declarar la procedencia de la información, pero afirmando que era totalmente digna de crédito.

A la señora Gardiner la sorprendieron las palabras de su sobrina, pero como se iban acercando al poblado se entregó enseguida al placer de los recuerdos de su juventud y pronto postergó ese tema para dedicarse a mostrar a su esposo los lugares más interesantes.

A pesar de la fatiga producida por el paseo de la mañana, apenas terminaron de comer, la señora Gardiner salió otra vez para ir en busca de las antiguas amistades, y la velada transcurrió alegre y feliz en medio de la satisfacción producida por la reanudación de unas relaciones interrumpidas hacía ya muchos años.

Las emociones del día habían sido demasiado fuertes para que Lizzy pudiera prestar mucha atención a los nuevos amigos, y profundamente maravillada, no podía alejar de sí el pensamiento de la amable conducta de Darcy y, sobre todo, de su interés en que ella conociera a su hermana.

CAPÍTULO XLIV

Lizzy suponía que Darcy y su hermana irían a visitarla al día siguiente de la llegada de ésta a Pemberley, por lo que había decidido no salir de la pensión durante toda aquella mañana. Pero se equivocó al suponerlo así, porque los invitados realizaron la visita a la mañana siguiente de la llegada de Lizzy a Lambton.

Ella y sus tíos volvían de pasear por el pueblo, acompañados de algunos de sus nuevos amigos, y acababan de entrar en sus habitaciones para vestirse antes de ir a comer con ellos cuando, oyendo el ruido de un carruaje, se asomaron a la ventana y vieron a un caballero y a una señorita que llegaban calle arriba en un cochecito descubierto. Lizzy reconoció de inmediato el uniforme del cochero y adivinó lo que todo aquello sig-

nificaba. Al manifestar a sus tíos el honor del que iba a ser objeto, éstos quedaron asombrados, y el nerviosismo que ella demostró al hablar, unido a ciertas circunstancias del día anterior, les hizo ver el asunto desde un nuevo aspecto. Hasta entonces no se les había ocurrido pensar nada, pero ahora comprendían que la única explicación que cabía dar a las atenciones de Darcy era su inclinación afectuosa hacia su sobrina. Mientras ellos pensaban en esto, la agitación de Lizzy iba en aumento. Le extrañaba completamente su turbación, pero entre otros motivos que la justificaban no era el menos importante el que se derivaba de la sospecha de que su hermano hubiese hablado demasiado bien de ella y que, precisamente por desear más que nunca resultar agradable en este caso, no pudiera conseguirlo.

Se retiró de la ventana antes de que pudieran verla, y mientras daba paseos por la habitación, procurando calmarse, descubrió en sus tíos un gesto de sorpresa interrogativa que aún la puso más nerviosa.

Poco después, la señorita y el señor Darcy estaban entre ellos, y llegó el momento tan temido de las presentaciones. Lizzy quedo asombrada al advertir en su nueva amiga la misma turbación que se había apoderado de sí misma. Desde su llegada a Lambton, todos los que le habían hablado de la señorita Darcy le habían hecho creer que era extremadamente orgullosa, pero tan sólo unos instantes de observación pudieron convencerla de que se trataba de una muchacha muy tímida. Le fue difícil obtener de ella algo más que monosílabos.

La señorita Darcy era bastante más alta que Lizzy y, a pesar de que solamente contaba dieciséis años, estaba ya casi formada y ofrecía un aspecto muy agradable. Era menos hermosa que su hermano, pero su rostro reflejaba inteligencia y buen humor, y sus modales eran sencillos. Lizzy esperaba encontrar en ella una muchacha tan observadora y sagaz como su hermano, por lo que se tranquilizó mucho al descubrir en ella la falta de estas cualidades.

Hacía pocos minutos que habían llegado cuando Darcy manifestó que Bingley se acercaría también a saludarla, y apenas había terminado de expresar su satisfacción por ello cuando los rápidos pasos de Bingley comenzaron a oírse en la escalera. Instantes después entraba en la sala. Hacía tiempo que el rencor que Lizzy sentía hacia él se había disipado; pero de no haber sido así, no habría podido resistir a la sincera cordialidad con que él se expresó al volver a verla. Cuando le preguntó por

su familia lo hizo de una manera amistosa y con la sencillez y buen humor que le eran habituales.

Para los señores Gardiner, Bingley resultaba un personaje tan interesante como para la propia Lizzy. Hacía tiempo que deseaban verlo. En realidad todos los presentes despertaban su curiosidad. Las sospechas que acababan de tener respecto a Darcy y a su sobrina los impulsaron a observar a los dos con gran atención, aunque con el natural disimulo, y pronto llegaron a la conclusión de que al menos uno de los dos estaba enamorado. Tenían dudas sobre los verdaderos sentimientos de su sobrina, pero no cabía la menor duda de que el joven la miraba embelesado.

Lizzy, por su parte, estaba muy atareada intentando descubrir los sentimientos de cada uno de sus visitantes. Deseaba calmar los suyos propios y hacerse agradable a todos, y en esto último, que era el punto en que ella temía fracasar, era donde más asegurado estaba el éxito, puesto que le tenían verdadera simpatía todos aquellos a quienes procuraba complacer. Bingley estaba dispuesto, Jorgina deseosa y Darcy decidido a quedar satisfecho.

Lizzy pensó en su hermana Jane cuando volvió a ver a Bingley. ¡Con cuánto ardor deseaba saber si los pensamientos de los demás seguían la misma dirección! Algunas veces le parecía que Bingley era menos locuaz que en tiempos pasados y en una o dos ocasiones la satisfizo advertir que la miraba como si tratara de descubrir un parecido. Pero aún considerando que esto podía deberse nada más que a un defecto de su imaginación, no podía, en cambio, tener duda alguna respecto a la conducta del joven para con la señorita Darcy. Ninguno de los dos hizo manifestación alguna que revelara la existencia de amor entre ellos. Todo indicaba que las esperanzas de Carolina eran injustificadas. Lizzy quedó pronto satisfecha sobre este punto.

Antes de que los visitantes se despidieran, Lizzy captó algunos detalles que, según su interpretación, demostraban que Bingley mantenía todavía un recuerdo de Jane no desprovisto de ternura y un deseo de decir algo más que no se atrevió a manifestar. En un momento de la conversación él le indicó, en un tono que tenía algo de verdadero pesar, que "había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que tuvo el gusto de verla", y antes de que ella pudiera contestar, añadió:

—De eso hace ya más de ocho meses. No nos habíamos visto desde el veintiséis de noviembre, cuando celebramos

aquel baile en Netherfield.

A Lizzy le produjo una gratísima impresión la exactitud de su memoria. Después, en un momento en que los demás no prestaban atención, aprovechó la oportunidad para preguntarle si todas sus hermanas se hallaban en Longbourn. Cierto era que ni en esta pregunta ni en la observación anterior había nada de particular, pero ambas fueron hechas en un tono y con un semblante que se le antojaron muy significativos.

Lizzy no podía dirigir con mucha frecuencia la mirada a Darcy, pero cada vez que pudo hacerlo descubrió en él una expresión de general complacencia y notó en todo lo que él decía un acento tan libre de arrogancia y desdén hacia sus compañeros que quedó plenamente convencida de que, por efímero que fuese, el avance favorable observado en la víspera de sus modales había durado al menos más de un día. Viéndolo buscar la relación y el aprecio de personas de cuyo trato se hubiera sonrojado unos meses antes, y al comprobar su cortesía no solamente para con ella, sino hasta para con los parientes menospreciados con evidente descaro tiempo atrás, recordaba la última y violenta escena entre ellos en el domicilio de Collins. Resultaba tan profundo y completo el cambio y tan violentamente impresionada su alma, que a duras penas podía evitar que los demás advirtieran su asombro. Nunca, ni entre sus amigos de Netherfield ni rodeado de sus aristocráticas amistades de Rosings había visto en él tanto deseo de agradar ni menos presunción ni reserva como ahora, precisamente cuando el éxito de sus esfuerzos podía carecer en absoluto de importancia y cuando incluso sus atenciones hacia aquellas personas tenían que procurarle el ridículo y la censura de las hermanas de Bingley y también las de las mujeres de Rosings.

Los dos caballeros y la señorita Darcy permanecieron con ellos más de media hora, y cuando se disponían a marcharse rogó Darcy a su hermana que se uniera a él para manifestar su deseo de que los señores Gardiner y la señorita Bennet aceptasen la invitación de comer en Pemberley antes de abandonar aquella región.

Aunque con un apocamiento que demostraba su poca costumbre de invitar a la gente, la señorita Darcy accedió gustosamente. La señora Gardiner miró a su sobrina con el objeto de cerciorarse hasta qué punto se hallaba dispuesta a aceptarla, puesto que la invitación se dirigía principalmente a ella. Pero Lizzy había vuelto la cabeza. Sin embargo, presumiendo que ese

deliberado gesto se debía más bien a una turbación momentánea que a una disconformidad con la invitación y observando en su marido su verdadero deseo de aceptar, porque sabía que era muy aficionado a las reuniones de sociedad, prometió su asistencia, y la comida quedó fijada para dos días después.

Bingley se expresó en términos de gran satisfacción ante la perspectiva de volver a ver a Lizzy tan pronto, ya que, según dijo, tenía aún que decirle tantas cosas y hacerle muchas preguntas relacionadas con todos sus amigos del condado de Hertford. Lizzy interpretó todo esto como un deseo de oírla hablar de su hermana y se sintió muy complacida. Por este motivo y por algunos más se consideró capaz, cuando los visitantes se marcharon, de juzgar la última media hora como bastante satisfactoria, aunque hubiera disfrutado poco durante su transcurso. Temiendo las preguntas e indirectas de sus tíos y deseando con anhelo quedarse sola, permaneció con ellos el tiempo indispensable para oír su opinión favorable a Bingley y corrió a vestirse en su habitación.

Sin embargo, no había motivo alguno que justificara su temor a la curiosidad de los Gardiner, porque éstos no tenían intención de forzarla a que hiciera confidencias. Comprendían que conocía y había tratado a Darcy bastante más de lo que ellos se imaginaban, y también era evidente que él estaba muy enamorado de ella. Habían visto muchos detalles que despertaban su interés, pero nada podía justificar ninguna pregunta indiscreta.

Se trataba ahora de mantener un juicio favorable respecto de Darcy, y no encontraban en él nada censurable que pudiera deducirse de su comportamiento. No podían sentir indiferencia ante sus muestras de cortesía y si hubiesen tenido que hacer una descripción de su carácter basándola únicamente en su personal opinión y en las referencias dadas por el ama de llaves, seguro que no lo reconocerían los que habían convivido con él en las reuniones del condado de Hertford. La información del ama de llaves les merecía crédito, por lo que pronto coincidieron en afirmar que el testimonio de una sirvienta a cuyo lado había vivido desde que tenía cuatro años no podía ser desdeñado gratuitamente.

En cuanto a Wickham, los viajeros comprobaron enseguida que en el condado de Derby no se le tenía mucha estima, porque aunque la parte principal de sus relaciones con Darcy era desconocida, todo el mundo sabía que al abandonar aquella región había dejado tras de sí numerosas deudas que más tarde tuvo que saldar éste.

Por lo que respecta a Lizzy, aquella noche sus pensamientos se dirigían a Pemberley más que en la anterior y, aunque le había parecido larga la velada, tuvo tiempo para examinar cuáles eran sus sentimientos para con uno de los habitantes de aquella casa. Durante dos horas permaneció despierta analizándolos minuciosamente. Sin duda alguna no lo odiaba. El odio se había desvanecido por completo y ahora casi se avergonzaba de haber fomentado en sí misma un sentimiento que pudiera calificarse de enemistad hacia él. En aquel momento estaba segura de que lo respetaba y apreciaba, le estaba agradecida y sentía un verdadero interés por su bienestar. Sólo le faltaba saber hasta qué punto deseaba que ese bienestar dependiera de ella y si podría contribuir a la felicidad de ambos el hecho de que pusiese en juego el poder que aún creía tener para que él renovara sus proposiciones amorosas.

Aquella misma noche habían acordado los tres que una atención como la que había tenido la señorita Darcy con ellos acudiendo a visitarlos apenas llegada a Pemberley, tenía que ser imitada y que sería de muy buen gusto ir a saludarla a su casa a la mañana siguiente. A Lizzy le alegró mucho esta decisión y cuando se preguntaba la razón de su alegría no acertaba a explicársela.

El señor Gardiner se marchó solo después de la comida del mediodía. La invitación para la pesca fue renovada el día anterior y había prometido formalmente reunirse con los caballeros en Pemberley hacia las doce.

CAPÍTULO XLV

Lizzy ahora sabía positivamente que la antipatía demostrada por la señorita Bingley hacia ella era motivada por los celos; por eso no podía alejar de sí el pensamiento de lo desagradable que tenía que resultar para aquélla su presencia en Pemberley, pero a la vez sentía curiosidad por comprobar el grado de cortesía con que por parte de ella serían reanudadas las antiguas relaciones.

Al llegar a la casa fueron introducidas en un salón cuya orientación al Norte le procuraba un delicioso aspecto en aquella época de verano. Sus ventanas daban al parque y ofrecían una perspectiva encantadora, con el fondo de las altas colinas cubiertas por densos bosques en la parte posterior de la casa y, más cerca, los hermosos robles y castaños españoles esparcidos por el prado.

En este salón fueron recibidas las dos —el señor Gardiner había acudido a Pemberley con anterioridad para entregarse a su deporte favorito, la pesca— por la señorita Darcy, que estaba sentada al lado de la señora Hurst, de la señorita Bingley y de la señora con quien vivía en Londres. Jorgina les tributó una recepción muy cortés, aunque no pudo evitar aquella turbación que procedía de su apocamiento y del temor de no hacer bien las cosas, que podía ser interpretada por alguno de inferior condición social como una prueba de orgullo y reserva. Pero la señora Gardiner y Lizzy lo comprendieron enseguida y no se molestaron en analizar sus gestos.

La señorita Bingley y la señora Hurst las saludaron con una simple cortesía, y después de que todas tomaron asiento se produjo una pausa engorrosa, como suelen serlo siempre las pausas en tales reuniones. La primera que se decidió a hablar fue la señora Annesley, una mujer afable y de aspecto atractivo, con cuya decisión demostró estar mejor educada que cualquiera de las otras, y entre ella y la señora Gardiner, con espaciadas intervenciones de Lizzy, se logró mantener la conversación. La señorita Darcy parecía no atreverse a intervenir y sólo de vez en cuando se arriesgaba a pronunciar alguna frase muy breve cuando creía que nadie podría oírla.

Lizzy advirtió enseguida que la señorita Bingley la tenía estrechamente vigilada y que no podía decir una palabra, en particular si iba dirigida a la señorita Darcy, sin llamar su atención. Tal descubrimiento no hubiera impedido dirigirse a esta última cuantas veces le apeteciera de haberse sentado más cerca una de otra, pero no lamentó el hecho de no poder conversar a su gusto, porque la tenían demasiado ocupada sus propios pensamientos. A cada momento esperaba ver entrar en la sala a alguno de los caballeros. Deseaba, y a la vez temía, que el dueño de la casa estuviera entre ellos y en realidad no sabía si lo deseaba más que si lo temía. Casi un cuarto de hora transcurrió sin oírse para nada la voz de la señorita Bingley cuando de pronto Lizzy salió de su ensimismamiento al preguntarle a aquella con frialdad por el estado de salud de sus familiares. Ella respondió haciendo gala de la misma indiferencia, y la otra no dijo nada más.

Afortunadamente la reunión fue amenizada por la entrada de los criados con fiambres, pastas secas y frutas de temporada, pero para eso tuvo antes que dirigir la señora Annesley muchas miradas y sonrisas indicativas a la señorita Darcy, para recor-

darle el puesto que ocupaba. Ahora había un motivo de entretenimiento para todas las reunidas, porque aunque no podían hablar todas a la vez tuvieron que congregarse alrededor de la mesa, cargada de pirámides de uvas, ciruelas y melocotones.

Mientras se ocupaban de comer y charlar se dedicó Lizzy a pensar detenidamente si temía o deseaba la presencia de Darcy. En efecto, enseguida tuvo la oportunidad de saberlo cuando lo vio entrar de pronto en la sala y, en aquel momento, a pesar de que había creído que predominaban en ella los deseos de verlo, lamentó que se hubiese presentado.

Darcy había pasado varias horas en el río en compañía del señor Gardiner y de otros dos o tres caballeros invitados de la casa, pero los dejó al enterarse de que las señoras se proponían visitar a Jorgina aquella misma mañana. Tan pronto hubo entrado en la sala se esforzó Lizzy en mostrarse tranquila y desenvuelta, decisión necesaria, pero tal vez difícil de llevar a la práctica, porque sabía que las sospechas y la curiosidad de todos estaban pendientes de ella y de la actitud de Darcy.

Sin embargo, ninguno de los allí presentes reflejaba en su rostro tanta curiosidad como la señorita Bingley, a pesar de las sonrisas que dilataban sus facciones cada vez que decía algo a cualquiera de los integrantes del grupo que era objeto de su interés chismoso, porque lo cierto era que los celos no habían llegado a desesperarla aún y seguía prodigando sus atenciones a Darcy. La hermana de éste se esforzó mucho más en hablar al verlo entrar, y Lizzy advirtió en él muchos deseos de que ella y su hermana se conocieran bien, favoreciendo y apoyando cuanto podía todo intento de conversación entre ellas dos. La señorita Bingley se dio cuenta de eso e, impulsada por un imprudente despecho, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para preguntar con irónica afabilidad:

—Señorita Lizzy, ¿es cierto que el regimiento del condado de *** ha abandonado Meryton? Si es así, eso representará una gran pérdida para su familia...

Aunque no se atrevió a pronunciar el nombre de Wickham en presencia de Darcy, Lizzy comprendió al instante que era a él a quien se refería, y le causaron una momentánea amargura los recuerdos relacionados con él que aquellas palabras llevaron a su imaginación. Pero reaccionó enseguida y pudo contestar en un tono bastante desenvuelto.

Mientras hablaba, una mirada involuntaria le permitió ver a Darcy que, ruborizado, contemplaba con gesto de seriedad a

ella y a su hermana que, visiblemente confusa, no se atrevía a levantar los ojos. Si la señorita Bingley hubiese previsto el malestar que en aquellos momentos estaba causando a su querido amigo, se habría privado, sin duda, de hacer aquella alusión; pero lo había hecho tan sólo para confundir a Lizzy insinuando la idea de un nombre al que ella creía que tenía afecto, con la finalidad de que en el rostro de la muchacha apareciera una emoción que modificara el concepto de Darcy y, quizá también, para que éste recordara los incidentes absurdos ocurridos a algunos de los miembros de la familia de Lizzy por sus relaciones amistosas con ciertos oficiales del referido regimiento. La señorita Bingley desconocía en absoluto el hecho de la premeditada fuga de la señorita Darcy, que no había sido revelado a nadie, excepto a Lizzy, y que, seguramente, por el deseo de que llegara a casarse con Bingley, su hermano había tenido particular interés en ocultarlo a los parientes de éste. En efecto, Darcy tuvo tal propósito, sin que eso fuese el único motivo que lo llevara a influir en el caso de la separación de Bingley y Jane.

La serena e inteligente reacción de Lizzy calmó pronto su emoción. Ofendida y decepcionada por eso, la señorita Bingley no volvió a atreverse a hacer nuevas alusiones a Wickham. Jorgina se recobró enseguida del sofocón, aunque no lo suficiente para intervenir de nuevo en la conversación. Darcy, por su parte, no se ocupó más del asunto, pero en lugar de mostrarse indiferente con Lizzy, pareció fijarse en ella con mayor simpatía aun después de la desafortunada alusión de la señorita Bingley.

Los visitantes se despidieron poco después, y mientras Darcy acompañaba a las señoras al coche, la señorita Bingley desahogó su mal humor criticando el tipo, la conducta y el traje de Lizzy. Pero Jorgina no quiso hacerse eco de esas críticas. La recomendación de su hermano era suficiente para asegurar su simpatía; sabía que nunca se equivocaba al juzgar a una persona y había hablado de Lizzy en términos tan elogiosos, que ella sólo podía encontrarla amable y encantadora.

Al regresar Darcy al salón, la señorita Bingley no pudo resistir la tentación de hacerle saber algo de lo que había estado diciendo a su hermana:

—¡Qué fea estaba Lizzy Bennet está mañana, Darcy! —exclamó—. Nunca he apreciado un cambio tan grande como el que se ha producido en ella desde el invierno pasado. ¿Se ha fijado usted en lo morena y vulgar que se ha vuelto? Luisa y yo estábamos diciendo que no la hubiésemos reconocido.

A Darcy le hicieron muy poca gracia estas palabras, pero se limitó a responder con mucha frialdad que solamente había observado en Lizzy un ligero cambio de color en el rostro, tostado ahora un poco por el sol, lo cual era consecuencia natural de viajar en verano. Pero no satisfecha con esta respuesta, la señorita Bingley replicó:

—Jamás he apreciado en ella ninguna belleza. Tiene una cara excesivamente delgada, un cutis muy poco fino y unas facciones ordinarias. A su nariz le falta carácter y nada resalta en su perfil. Su dentadura es una cosa corriente y no acierto a comprender cómo es posible que haya personas que digan que sus ojos son hermosos, yo no veo que tengan nada de extraordinario. Su mirada es sarcástica y pícara, no me gusta. Y hay una pretensión muy poco distinguida en todo su continente y en su forma de andar, que resulta intolerable.

Persuadida como estaba la señorita Bingley de que Lizzy fuera admirada por Darcy, no era éste el procedimiento más adecuado para recomendarse a sí misma; pero la prudencia no suele acompañar a las personas que tienden a la cólera, por lo que el único éxito que pudo conseguir fue verlo por fin algo ofendido. Y como advirtió que Darcy se obstinaba en permanecer callado, ella, decidida a hacerlo hablar, prosiguió:

—Aún recuerdo la extrañeza que nos produjo a todos la primera vez que la vimos en el condado de Hertford, el hecho de que se la considerara como una belleza, y viene particularmente a mi memoria una frase que pronunció usted cierta noche, después de haber comido ellos en Netherfield: *¡Esa joven, una belleza...! Antes consideraría que su madre es una lumbrera.* Sin embargo, parece que desde entonces tiene usted mejor concepto de ella y, si no me equivoco, hubo una época en que la encontraba usted bastante bonita.

Durante el regreso, la señora Gardiner y Lizzy comentaron extensamente todo lo ocurrido durante la visita, excepto aquellos detalles que interesaban particularmente a ambas. Discutieron los modales y el comportamiento de todas las personas que habían visto, menos los de quien había ocupado más intensamente su atención. Hablaron de la hermana del señor Darcy, de sus amigos, de su casa, de sus frutas, de todo, en fin, excepto de él, a pesar de que a la señora Gardiner le habría agradado muchísimo que su sobrina hablara de él.

CAPÍTULO XLVI

A su llegada a Lambton, Lizzy se decepcionó al no encontrar carta de Jane. Sin embargo, al tercer día de su estancia en la localidad recibió dos a la vez. En uno de los sobres había una indicación que explicaba que la carta había sido enviada equivocadamente a otro punto. Esto no causó la menor extrañeza porque Jane había escrito las señas con una letra casi ininteligible.

Cuando llegaron las cartas acababan de prepararse para salir a dar un paseo. Sus tíos decidieron dejarla sola para que las leyera con tranquilidad y se marcharon.

Tenía que leer primero la que se había extraviado, por haber sido escrita hacía cinco días. La primera parte contenía una exposición de algunas veladas y breves viajes, con algunos datos relativos a la localidad, pero el resto de la epístola, fechada un día más tarde y escrita con evidente agitación, daba pormenores más importantes. Decía así:

Desde que escribí lo anterior, querida Lizzy, ha ocurrido algo inesperado y muy grave. Pero tranquilízate, todos estamos bien. Lo que he de comunicarte se refiere a nuestra hermana Lydia. Ayer, a medianoche, cuando acabábamos de acostarnos, llegó un señor, enviado por el coronel Forster, con el objeto de hacernos saber que Lydia se había marchado inesperadamente a Escocia con un oficial llamado Wickham. ¡Imagínate nuestra sorpresa! A Kitty, sin embargo, parece que no la ha sorprendido gran cosa. Estoy verdaderamente afligida. ¡Qué acción más descabellada! Pero no quiero ser pesimista y, esperando lo mejor, me atrevo a suponer que él no sea tan malo como se ha pretendido. Me inclino a creer que es simplemente un atolondrado, y el hecho (podemos alegrarnos de eso) no revela, a mi entender, ninguna mala intención. Nuestra pobre madre esta desconsolada. Papá lo soporta mejor. ¡Cuánto celebro que ninguna de las dos les hayamos dicho nunca nada de los desfavorables rumores que circulan contra él! Nosotras mismas debemos olvidar lo que se dice por allí. Se supone que se escaparon el sábado último, hacia las doce de la noche. No se descubrió su desaparición hasta ayer a las ocho de la mañana. Querida Lizzy, deben de haber pasado a unas diez millas de nosotros. El coronel Forster dice que vendrá enseguida a vernos. Lydia dejó unas líneas para la esposa de éste en que la ponía al corriente de su intención. Voy a dar fin a esta carta, porque no puedo dejar largo rato sola a la pobre

mamá. Temo que no aciertes a descifrar el lío que me he armado, porque apenas sé lo que he escrito.

Sin detenerse a reflexionar y sin apenas saber lo que hacía, Lizzy tomó instantáneamente la otra carta y, abriéndola con la mayor impaciencia, comenzó a leerla. Estaba escrita un día después de la primera:

A estas horas debes de haber recibido ya mi carta anterior, escrita a toda prisa; deseo, mi querida hermana, que ésta sea más inteligente, pero no puedo responder de conseguirlo, porque mi cerebro está demasiado trastornado. Queridísima Lizzy, tengo que comunicarte malas noticias que no pueden ser demoradas. Por desagradable que resulte una boda entre Wickham y nuestra pobre Lydia, estamos ahora ansiosos por saber si ésta se ha efectuado, porque existen sobrados motivos para temer que no se hayan dirigido a Escocia. El coronel Forster estuvo ayer en casa. Salió de Brighton el día antes, pocas horas después de enviarnos la noticia. Aunque la breve carta que dejó Lydia a la señora Forster daba a entender que pretendió ir a Gretna Green, Denny insinuó que Wickham no tenía intención de casarse con Lydia. Esta declaración fue hecha al coronel, quien, alarmado, salió inmediatamente de Brighton con el propósito de seguirles los pasos, cosa que consiguió fácilmente hasta Clapham. Pero no pudo ir más lejos, ya que al entrar en esa población abandonaron ellos la silla de posta que los había conducido allí desde Epson y alquilaron otro coche. Lo único que se ha conseguido saber después es que se los vio tomar el camino de Londres. No sé qué pensar de todo esto.

Efectuadas todas las investigaciones posibles en la Capital, el coronel se dirigió al condado de Hertford y renovó ansiosamente sus pesquisas por todas las barreras de portazgo y las hosterías de Bennet y de Hertford, pero todo resultó inútil; nadie los había visto pasar por allí. Con el más encomiable interés vino a Longbourn y nos expresó sus sospechas con toda sinceridad. Estoy verdaderamente apesadumbrada por él y por su esposa, pero nadie puede culparlos de nada. Nuestro desconsuelo, queridísima Lizzy, es muy grande. Nuestros padres piensan lo peor, pero yo no puedo creer que él sea tan perverso. Por muchas circunstancias quizá prefirieron contraer matrimonio secretamente en la Capital a seguir su primitivo plan; y aun suponiendo que alimentara intenciones inconfesables contra

una joven como Lydia, lo cual me parece inverosímil, ¿puedo creer que ella estuviese tan falta de decoro...? ¡Imposible!

Sin embargo, me apena mucho la circunstancia de que el coronel no confíe en que se casen. Cuando yo expresé esta esperanza movió negativamente la cabeza y manifestó que, en su opinión, Wickham no es hombre de fiar. Nuestra pobre madre ha enfermado realmente y no sale de su habitación. Por lo que respecta a papá, nunca lo he visto tan disgustado. La pobrecita Kitty está furiosa consigo misma por haber ocultado esos amoríos. Celebro de veras, querida Lizzy, que te hayas podido ahorrar estas escenas dolorosas, pero ahora, pasada ya la primera impresión, ¿puedo confesarte que deseo vivamente tu regreso? Sin embargo, no pretendo con eso forzarte a que vuelvas con urgencia. ¡Adiós!

P. D.: Vuelvo a tomar la pluma para rectificar sobre el último punto. Las circunstancias son tales, que me obligan a rogarles a todos que regresen lo más pronto posible. Conozco tan bien a los tíos, que no tengo inconveniente en pedir esto y aun me atrevo a suplicar algo más todavía al tío. Papá va a trasladarse inmediatamente a Londres con el coronel Forster para tratar de encontrar a Lydia. No sé lo que se propone hacer, pero su profunda amargura le impedirá tomar medidas convenientes y justas, y el coronel Forster tiene que regresar a Brighton mañana por la noche. En tales circunstancias creo que el consejo y la colaboración de nuestro tío serían de incalculable utilidad. Él se hará cargo enseguida de nuestros sufrimientos, y confío en su bondad.

—¡Oh! ¿Dónde está mi tío? —exclamó Lizzy abandonando de un salto la silla en que estaba sentada y echando a correr, al acabar de leer la carta, con el deseo ferviente de encontrarlo de inmediato.

Pero cuando llegó al umbral de la entrada, una sirvienta abrió la puerta y apareció ante la muchacha el señor Darcy. Éste se sobresaltó al advertir el semblante pálido y la impetuosa agitación de Lizzy, y antes de que pudiera recobrarse para hablar, ella, pensando solamente en la situación de Lydia, exclamó con precipitación:

—¡Le ruego que me dispense, señor Darcy! No puedo entretenerme. He de encontrar inmediatamente a mi tío para un asunto inaplazable, no puedo perder ni un solo segundo.

—¡Pero por Dios! ¿Qué ocurre? —preguntó él, expresan-

do en sus palabras más simpatía que deseo de cumplir. Después, reprimiéndose, prosiguió—: No pienso entretenerla a usted ni un minuto, pero permítame que yo mismo vaya a buscar al señor Gardiner o deje que mande al criado. Usted no se encuentra del todo bien y no puede ir.

Lizzy dudó momentáneamente, pero notando que las rodillas se le doblaban y comprendiendo que nada se adelantaría yendo ella misma a buscarlo, fue finalmente llamado el sirviente, y con palabras entrecortadas y casi ininteligibles le encargó que saliera al instante en busca de sus tíos.

Cuando el criado hubo salido de la estancia, Lizzy, que no podía tenerse en pie, se sentó, con aspecto tan enfermo, que Darcy consideró oportuno no dejarla sola y no pudo abstenerse de decirle, en tono de sincera afabilidad:

—Permítame que llame a su doncella. ¿No desea tomar algo que pueda aliviarla...? Una copa de vino... ¿Quiere usted que se lo traiga yo mismo? ¿Se encuentra usted muy mal?

—No, gracias —repuso ella, procurando tranquilizarse—; no tiene importancia. Me encuentro perfectamente. Tan sólo estoy disgustada porque acabo de recibir una mala noticia de Longbourn.

Seguidamente comenzó a llorar y no pudo pronunciar una sola palabra durante algunos minutos. Sin saber qué hacer, Darcy sólo pudo decir en voz muy baja, casi imperceptible, que lo lamentaba muchísimo, y se quedó contemplándola en silencio y posiblemente apenado. Por fin volvió ella a hablar.

—Hace unos momentos me han entregado unas cartas de Jane —dijo—, con noticias espantosas, que no puedo ocultar a nadie. Mi hermana menor se ha fugado con Wickham. Han salido los dos de Brighton. Usted conoce demasiado a ese hombre para que tenga que explicarle el resto. Mi hermana no tiene dinero, ni amistades, ni nada en fin que pueda tentarle para... Se ha perdido para siempre.

Darcy quedó mudo de sorpresa.

—Mi desesperación aumenta cada vez que pienso que yo podía haberlo evitado —continuó diciendo Lizzy, agitadísima—. ¡Yo sabía bien quién era él! Si al menos hubiese revelado a mi familia una parte de lo que ya conocía... Esto no hubiera ocurrido de haber descubierto el verdadero temperamento y la manera de ser de Wickham... Pero ahora ya es tarde.

—Lo lamento mucho, de verdad —manifestó Darcy—; es un hecho que me entristece y me deja desconcertado. Pero eso que me ha dicho... ¿es absolutamente cierto?

—¡Oh, sí! Salieron juntos de Brighton durante la noche del domingo y se les ha seguido la pista hasta cerca de Londres. Después ha resultado inútil seguir investigando. No cabe duda de que no se han dirigido a Escocia.

—¿Y qué se ha intentado para dar con su paradero?

—Mi padre está ya en Londres, y mi hermana Jane ha escrito pidiendo ayuda inmediata a mi tío. Dentro de media hora nos pondremos en camino, pero la verdad es que no sé qué se puede hacer. ¿Cómo se puede detener a un hombre semejante? ¿Cómo podríamos saber dónde se encuentran? No abrigo la menor esperanza. ¡Es horrible!

Darcy movió la cabeza con ademán de silencioso asentimiento.

—Cuando se me descubrió la verdadera personalidad de ese hombre... —se lamentó Lizzy—. ¡Oh, si yo hubiese sabido lo que tenía que hacer...! Pero no me decidí a hacer nada, temí hablar demasiado. ¡Qué desgraciada equivocación la mía!

Darcy no contestó, parecía como si no prestara atención a las palabras de Lizzy. Se paseaba de un lado a otro de la habitación entregado a profundas meditaciones y frunciendo el ceño con gesto melancólico. Lizzy se detuvo un momento a observarlo y enseguida lo comprendió todo. El influjo que últimamente había ejercido sobre él se estaba desmoronando. Todo tenía que hundirse ante una prueba tan evidente de debilidad de una familia entera y ante la seguridad de una ignominiosa deshonra. A Lizzy no le extrañaba su actitud ni podía censurarla, pero la circunstancia de ver cómo Darcy dominaba sus sentimientos no servía de consuelo posible para su corazón dolorido; al contrario, le hacía comprender los suyos propios. Y nunca comprendió tan claramente que podía haberlo amado como en aquel momento, cuando ya era imposible todo amor.

Pero el interés por sí misma no la preocupó demasiado. Estos pensamientos se alejaron pronto ante la imagen de Lydia y la perspectiva de la humillante desventura en que su hermana los sumiría a todos, y no volvió a darse cuenta de su actual situación hasta que volvió a oír la voz de su compañero, quien, en un tono que expresaba compasión a la vez que cierto apuro, dijo:

—Temo que está deseando usted que me marche y, por otra parte, no puedo expresar otro pretexto para quedarme que el interés que siento, tan sincero como inútil. ¡Ojalá pudiera decir o hacer algo para mitigar tanto dolor! Pero prefiero no torturar su ánimo con la exposición de vanos deseos que pueden

interpretarse como un intento de lograr su gratitud. Temo que este desdichado asunto privará a mi hermana de la alegría de verla a usted en Pemberley.

—¡Oh, sí! Por favor, tenga la amabilidad de ofrecer mis excusas a la señorita Darcy y de decirle que un asunto urgente me ha obligado a volver a casa inmediatamente. Mantenga oculta esta triste noticia tanto tiempo como le sea posible, aunque ya sé que no podrá ser mucho.

Darcy le aseguró formalmente que guardaría el secreto y, después de expresar de nuevo su disgusto por lo ocurrido y de manifestar que esperaba un desenlace favorable en el asunto que tanta preocupación le ocasionaba, le dio recuerdos para sus familiares y se marchó con una seria mirada de despedida.

Al verlo salir de la estancia, Lizzy comprendió las escasas probabilidades que quedaban de volver a encontrarse de nuevo en un ambiente tan cordial como el que había presidido aquellas entrevistas celebradas entre ellos en el condado de Derby, y al hacer un ligero examen retrospectivo de sus relaciones anteriores, la sorprendieron sus propios sentimientos, que ahora la hacían desear su continuación.

Si la estima y la gratitud constituyen algunas de las bases más sólidas del afecto, el cambio de sentimientos operado en Lizzy no parecerá inverosímil ni condenable. Pero si, por el contrario, es insensato o absurdo el cariño que brota de tales fuentes comparado con el que nace de manera espontánea aun antes de haberse intercambiado dos palabras, nada puede alegarse en defensa de ella. A no ser que ésta hubiera ensayado el último método con Wickham y que su fracaso podía aconsejarla, quizá, poner en práctica el otro método para buscar el cariño. Sea como fuere, lamentó sinceramente que se hubiese marchado y este primer ejemplo de las consecuencias del acto vergonzoso de Lydia aumentó aún más la dolorosa preocupación que el desgraciado asunto le producía.

Desde la lectura de la segunda carta de Jane, jamás se había hecho ilusión alguna de que Wickham tuviera intención de casarse con Lydia. Únicamente Jane, creía ella, era capaz de mantener semejante esperanza. Lo menos que le podía producir este desenlace sería una gran sorpresa. De ninguna manera podía imaginarse que Wickham llegara a casarse con una muchacha sin dinero, y le parecía imposible que su hermana Lydia hubiese conseguido enamorarlo. Pero todo se comprendía pensando que se trataba de un simple devaneo. Lydia poseía

suficientes encantos para mantener unos amores de esta clase, y aunque Lizzy no creía que su hermana hubiera accedido a fugarse con un hombre sin intención de casarse, no se atrevía tampoco a asegurar que su virtud y su juicio la preservaran de convertirse en una desgraciada.

Lydia nunca había demostrado ninguna simpatía por Wickham mientras el regimiento al que pertenecía estuvo en el condado de Hertford, pero lo cierto era que una muchacha como ella necesitaba de muy poco estímulo para enamorarse de cualquier hombre. Y todos los oficiales habían sido sus preferidos a medida que la hacían objeto de sus atenciones. Siempre anduvo coqueteando con alguno sin una finalidad determinada. ¡Cuánto lamentaba Lizzy ahora que un abandono o indulgencia completamente equivocados ocasionaran tanto daño a aquella muchacha!

Deseaba vivamente hallarse otra vez en su casa para colaborar en lo posible en la solución del espinoso asunto y, sobre todo, para compartir con Jane las preocupaciones que ahora, con una familia tan desorganizada, tenían que recaer íntegramente sobre ella; su padre estaba ausente; y su madre, incapaz de realizar ningún esfuerzo, necesitaba de muchos cuidados.

Concedía una extraordinaria importancia a la intervención de su tío, aun cuando comprendía que era muy poco lo que podía hacerse por Lydia, y vivió unos momentos angustiosos hasta que vio entrar a éste en la estancia. Los señores Gardiner habían regresado precipitadamente, interpretando el relato del criado como un anuncio velado de una inesperada y grave enfermedad de su sobrina. Pero pudo tranquilizarlos enseguida y rápidamente les explicó, sumida en un mar de llanto, la causa que la había impulsado a llamarlos con tanta urgencia. Después les leyó las dos cartas y les hizo notar la posdata de la última con trémula energía.

A pesar de que Lydia nunca les había resultado simpática, los señores Gardiner recibieron un gran disgusto. Aquel caso afectaba no sólo a Lydia, sino también a todos sus familiares; y después de las primeras exclamaciones de horror y de pesar, el señor Gardiner prometió a Lizzy hacer cuanto estuviera a su alcance para ayudarlos. Aunque no esperaba ninguna cosa de él le agradeció la promesa con lágrimas en los ojos, e impulsados los tres por los mismos sentimientos dispusieron todo rápidamente para partir cuanto antes.

—Pero ¿qué vamos a hacer con la invitación de Pemberley? —preguntó la señora Gardiner—. Según nos ha dicho Juan al

darnos tu aviso, el señor Darcy estaba aquí, ¿no es cierto?

—Sí, yo misma le he manifestado que nos sería imposible aceptar su invitación. Por lo tanto, eso ya está arreglado.

"¿Qué será lo que ha quedado arreglado?", se preguntó la señora Gardiner cuando entraba en su habitación para aprestarse, "¿tan íntima será su amistad que ella se ha atrevido a manifestarle la verdad? ¡Oh, si pudiese saber lo que se ha tratado entre los dos!"

Pero su curiosidad no fue satisfecha. Únicamente le sirvió para distraerla durante la hora que siguió al conocimiento de la noticia. Si Lizzy hubiese estado un solo segundo ociosa entretanto, habría creído que era imposible cualquier clase de ocupación para una persona que estaba tan afligida como ella; pero su sobrina se hallaba atareada como ella y, además, se veía en la obligación de escribir algunas notas para sus amistades de Lambton, dándoles sus excusas por su marcha repentina. No obstante, quedó todo listo en una hora, y como el señor Gardiner había abonado ya la cuenta de la posada, lo único que quedaba por hacer era ponerse en camino. Abandonada aún a su propio sufrimiento, Lizzy, en menos tiempo del que hubiese podido suponer, se encontró al instante dentro del coche y en marcha hacia Longbourn.

CAPÍTULO XLVII

—He estado pensando en este asunto, Lizzy —declaró su tío mientras abandonaban la población—, y cada vez me inclino más a juzgarlo de la misma manera que tu hermana mayor. Me parece muy poco verosímil que un joven pueda tener intenciones tan perversas para con una muchacha como Lydia, sabiendo que no carece de protección y de amigos, y que, además, era huésped de su propio coronel. Por eso tengo esperanzas de que suceda lo mejor. ¿Podía él acaso figurarse que las amistades de tu hermana no iban a intervenir inmediatamente? Además, ¿podía creer que volvería a gozar de consideración en el regimiento al que pertenece después de hacer tal afrenta al coronel Forster? Creo que no hay relación entre la tentación y el riesgo.

—¿Lo cree usted así de verdad?

—Yo también empiezo a pensar como tu tío —intervino la señora Gardiner—. En realidad existe una violación dema-

siado grande de la decencia, del honor y del interés, para que Wickham se atreva a responsabilizarse de ella. No puedo pensar tan mal de él. Y tú, Lizzy, ¿lo tienes en tan mal concepto que hasta lo consideras capaz de semejante infamia?

—De desdeñar su propio interés quizá no lo considere capaz, pero de todo lo demás, sí... ¡Ojalá fuese como dice mi tío! Pero no me atrevo a esperarlo. Si no había mala intención, ¿por qué no fueron a Escocia?

—En primer lugar —repuso el señor Gardiner—, no existen pruebas de que no se hayan dirigido a Escocia.

—Sí, pero el hecho de que se hayan trasladado de una silla de posta a un coche de alquiler induce a pensarlo. Por otra parte, no se ha descubierto la menor huella de su paso por la carretera de Bennet.

—Bien, supongamos que están en Londres. Pueden haber ido allá, pero no con fines reprochables, sino con el objeto de esconderse mejor. Es de suponer que estuviesen muy holgados de dinero y quizá se les ocurrió que podrían casarse más económicamente, aunque no en forma tan expeditiva, en Londres que en Escocia.

—Pero ¿y a qué viene todo este secreto? ¿Por qué tienen miedo de que se los descubra? ¿Por qué han de casarse a escondidas? ¡Oh, esto sólo tiene una explicación! El amigo más íntimo de Wickham ha declarado que casi nunca tuvo intención de casarse con Lydia. Wickham no se casará nunca con una mujer sin fortuna, porque él no tiene un céntimo. Y por otra parte, ¿qué cualidades tiene Lydia y qué atractivos puede ofrecer, a no ser su juventud, su buen humor y su salud, para que él renuncie a hacer una boda ventajosa? Ignoro el desprestigio a que dentro del regimiento puede llevarlo su vergonzoso acto, pero en cuanto a la otra objeción que usted ha hecho, no la considero de mucha fuerza, porque Lydia no tiene hermanos que la puedan defender; y ya sabe usted que Wickham ha tenido sobradas ocasiones de comprobar la indolente conducta de mi padre respecto a su propia familia, por lo que no tiene nada de particular que en el momento de pensar en él no le haya causado preocupación alguna.

—Pero ¿consideras a Lydia incapaz de olvidarse de sus propias obligaciones y de negarse a vivir con Wickham si no es unida a él en legítimo matrimonio?

—Eso sería lo más razonable —repuso Lizzy con lágrimas en los ojos—, y resulta verdaderamente horrible que pue-

dan admitirse dudas sobre la decencia y la virtud de una hermana. Pero sinceramente, no sé que decir, Lydia es muy joven, nunca le han enseñado a pensar en cosas serias, y durante estos últimos meses su constante preocupación ha sido divertirse y fomentar su propia vanidad. Ha dispuesto de su tiempo de la manera más ociosa y frívola, y se le ha permitido hacer cuanto ha querido. No ha pensado sino en coquetear con los oficiales desde la llegada del regimiento a Meryton y todo lo que ha hecho solamente la ha ayudado a dar... ¿cómo lo diría?, más susceptibilidad a sus sentimientos, que ya de por sí son naturalmente bastante vivos. Y a todos nos consta que en el tipo y en las palabras de Wickham residen todos los encantos que pueden cautivar a una mujer.

—Pero ya sabes que Jane —replicó su tía— no cree a Wickham capaz de esa infamia.

—¿Creen que Jane puede pensar mal de alguna persona a pesar de que sabe tan bien como yo quién es realmente Wickham? Las dos estamos al corriente de su vida libertina, en el verdadero sentido de la palabra, y sabemos que carece de integridad y de honor, y que es un hipócrita y un seductor.

—¿Y tú sabías todo eso? —exclamó la señora Gardiner, intrigada por el modo en que su sobrina había llegado al conocimiento de tantos detalles.

—Sí —respondió Lizzy, ruborizándose—. El otro día expliqué a ustedes su infame conducta para con el señor Darcy, y durante la última visita que hicieron a Longbourn pudieron ustedes oír en qué forma habló de la persona que con tanta generosidad e indulgencia se portó con él. Y existen otras circunstancias que ni me es permitido ni vale la pena relatar; lo único que puedo decirles es que cuanto ha dicho para referirse a la familia de Pemberley está plagado de embustes interminables. A juzgar por su descripción de la señorita Darcy, yo me imaginaba que iba a encontrarme con una jovencita orgullosa, desagradable y reservada. Y he podido comprobar que es todo lo contrario. Él no debía ignorar que era tan afable y sencilla como la hemos encontrado nosotros.

—Pero ¿es posible que Lydia no esté al corriente de esos minuciosos pormenores que Jane y tú conocen?

—¡Oh, sí...! Eso es lo peor de todo. Yo misma desconocía la verdad hasta que hice el viaje a Kent y tuve ocasión de hablar tan a menudo con el señor Darcy y con el coronel Fitzwilliam. Al regresar a casa faltaba solamente una semana o dos para que

el regimiento saliera de Meryton. Se lo conté todo a Jane, pero ni ella ni yo creímos necesario revelar lo que sabíamos; en realidad, ¿qué necesidad había de modificar el buen concepto que todos tenían de Wickham si pronto iba a abandonar la región? Pero ni siquiera cuando supimos que Lydia se marcharía en compañía de la señora Forster consideré oportuno descubrir el verdadero carácter de aquel hombre. Jamás pude sospechar que ella llegara a hacer lo que hizo.

—Eso parece probar que cuando partieron a Brighton tú no tenías ni la más ligera sospecha de que los dos estuvieran enamorados...

—En absoluto. Si algo hubiese podido deducir por su comportamiento, seguro que no me habría pasado inadvertida esta circunstancia. Ella lo admiraba con embeleso cuando Wickham se presentó con el regimiento, pero esto mismo nos ocurría a todas. Durante los dos primeros meses todas las muchachas de Meryton y de sus alrededores estuvimos locas por él; pero Wickham nunca demostró una preferencia por mi hermana y, después de una breve temporada de locura juvenil, ella empezó a fijar su atención en otros oficiales del regimiento, que pronto se convirtieron en sus favoritos.

Aunque podían añadir muy poca cosa a sus temores, esperanzas o sospechas, fácilmente se comprenderá que este tema fue el único que se trató hasta la llegada de los viajeros a Longbourn, que tuvo lugar al día siguiente a la hora de comer. A Lizzy la consoló extraordinariamente el pensamiento de que Jane no había tenido que sufrir con la angustia de una prolongada espera.

Los hijos de los Gardiner, atraídos por la aparición de la silla de posta, estaban en los escalones de la entrada cuando el coche hizo su irrupción en el parque, y al detenerse delante del umbral de la casa, la alegría que iluminó sus rostros y su manifestación con brincos y piruetas fueron las primeras notas agradables de su bienvenida.

Lizzy abandonó el coche y, después de dar un beso con rapidez a cada uno, echó a correr hacia el vestíbulo, donde se encontró con Jane, que había bajado precipitadamente de la habitación de su madre.

Abrazándose a ella amorosamente y mientras los ojos de ambas se llenaban de lágrimas, Lizzy le preguntó luego si se habían recibido noticias de los fugitivos.

—Todavía no —contestó Jane—. Pero confío en que la

llegada del tío cambie las cosas con rapidez.

—¿Papá está en Londres?

—Sí, se fue el martes, como ya te comuniqué en mis cartas.

—¿Han recibido noticias suyas?

—Una sola vez. Me mandó una nota el miércoles en la que anunciaba que había llegado sin novedad y me daba algunas instrucciones que yo le había pedido particularmente. Añadía tan sólo que no volvería a escribir hasta que tuviese algo importante que comunicarme.

—¿Cómo está mamá? ¿Cómo están todos?

—Mamá está bastante bien, aunque muy afectada todavía. Está en sus habitaciones y se alegrará mucho de verlos a todos. Todavía no sale de allí. Mary y Kitty están perfectamente, gracias a Dios.

—Y tú, ¿cómo estás? —preguntó Lizzy—. Te veo pálida. ¡Cuánto debes de haber sufrido!

El diálogo fue interrumpido después de decir Jane a su hermana que se hallaba perfectamente. Habían aprovechado unos minutos para hablar mientras los señores Gardiner se entretenían con sus hijos, pero de pronto se unió a ellas todo el grupo. Jane corrió al encuentro de sus tíos y les dio la bienvenida y las gracias entre lágrimas y sonrisas.

Cuando todos estuvieron en la sala, las preguntas que ya había formulado Lizzy fueron, como era de esperar, repetidas por los demás, y pronto advirtieron que Jane no tenía ninguna noticia nueva que comunicarles. A pesar de eso, aún no la habían abandonado las risueñas esperanzas que la bondad de su corazón le inspiraba; seguía confiando en que todo acabaría bien y que en cualquier momento llegaría carta de Lydia o de su padre, que daría una explicación razonable de lo ocurrido y anunciaría seguramente la boda.

Después se dirigieron todos a la habitación de la señora Bennet, que los recibió exactamente como podían esperar, con lamentaciones y lágrimas, frases duras contra la villana conducta de Wickham y con interminables quejas por sus propios padecimientos y el mal trato sufrido. Hacía responsable a todo el mundo del lamentable suceso menos a la persona a cuya falta de juicio se debían de un modo especial los errores de su hija.

—Si yo hubiese conseguido ir a Brighton con toda mi familia —dijo—, no hubiese sucedido esto. Allí no se ha cuidado en absoluto de mi pobre Lydia. ¿Por qué no la vigilaron mejor los Forster? No me cabe la menor duda de que han sido

muy descuidados en este aspecto, porque si la hubiesen atendido debidamente, Lydia no habría hecho nunca una cosa semejante. Siempre consideré que eran personas incompetentes para tenerla a su cargo; pero como ocurre siempre, nadie me hizo el menor caso. ¡Pobre hija mía! Y ahora mi marido se ha marchado y dondequiera que encuentre a Wickham lo desafiará a muerte; éste lo matará, ¿y qué será de nosotras entonces? Antes de que el cadáver de mi marido se haya enfriado vendrán los Collins y nos echarán de casa; y si tú no nos ayudas, mi querido hermano, no sé lo que va a ser de nosotras.

Todos protestaron contra estas ideas tan tremebundas. Y después de asegurarle el señor Gardiner que tanto ella como su familia podían contar con su afecto, le dijo que tenía el propósito de dirigirse a Londres al día siguiente, para ayudar a su cuñado en sus esfuerzos encaminados a conseguir el rescate de Lydia.

—No te alarmes inútilmente —añadió—, porque aunque conviene estar preparados para lo peor, no hay razón alguna que nos permita asegurarlo. Todavía no hace una semana que se marcharon de Brighton. Es posible que dentro de unos días recibamos noticias suyas y hasta que nos conste que no están casados y que no tienen intención de hacerlo, no podemos dar por perdido el asunto. En cuanto llegue a la Capital iré a ver a mi cuñado y lo llevaré a mi casa, entonces estudiaremos el plan que debemos seguir.

—¡Oh, querido hermano! —repuso la señora Bennet—. Eso es exactamente lo que yo esperaba de ti. Y cuando hayas llegado a Londres, búscalos, si es necesario, por toda la Capital y hazlos casar si aún no lo han hecho. Procura que no demoren la ceremonia por el hecho de que no dispongan de trajes de boda y dile a Lydia que, una vez casada, tendrá todo el dinero que necesite para adquirirlos. Y sobre todas las cosas procura que mi esposo no vaya a batirse a duelo con Wickham. Hazle comprender en el horrible estado en que me encuentro... y dile que estoy muerta de miedo, que siento tales escalofríos y temblores en todo el cuerpo, tales espasmos en los costados, tal dolor de cabeza y tantas palpitaciones, que no puedo descansar ni de noche ni de día. Y comunica a mi hija Lydia mi deseo de que no encargue la confección de sus trajes hasta que no se haya visto conmigo, porque ella no sabe cuáles son los mejores almacenes. ¡Oh, querido hermano, qué bondadoso eres! Confío plenamente en que sabrás arreglarlo todo.

El señor Gardiner volvió a asegurarle que haría cuanto le

fuese posible y no pudo abstenerse de aconsejarle moderación, tanto al concebir esperanzas como al sospechar desventuras irremediables. Después la dejaron en compañía del ama de llaves, que la atendía en ausencia de las hijas.

Aunque los señores Gardiner estaban convencidos de que no había razón para aislarla de aquella manera, no se opusieron a que continuara su voluntario retiro, porque sabían que no tenía la suficiente prudencia para dejar de hablar delante de los criados que servían la mesa y creyeron más conveniente que se desahogara con una sola persona del servicio, que era quien inspiraba a todos más confianza.

Inmediatamente bajaron al comedor y allí se les unieron pronto Mary y Kitty, que no habían aparecido antes por estar demasiado atareadas en sus habitaciones. Los rostros de ambas demostraban cierta tranquilidad, sin que pudiera advertirse en ellas ningún cambio, excepto un tono displicente en las expresiones de Kitty, producido sin duda por la pérdida de su hermana o por la indignación que el bochornoso asunto le causaba. Mary, sin embargo, fue lo bastante dueña de sí misma para murmurar al oído de Lizzy, con cierto aire de reflexión y gravedad, poco después de haber tomado asiento a la mesa:

—Esta cuestión desgraciada dará seguramente mucho que hablar, pero debemos cortar la corriente de vileza y malicia, y verter luego en nuestras almas heridas el dulce bálsamo del consuelo fraternal.

Lizzy la escuchó, pero como no parecía dispuesta a contestar, su hermana añadió:

—Por desgraciado que este caso resulte para Lydia, podemos sacar de él una lección muy provechosa: que la pérdida de la virtud de la mujer es irreparable, que un mal paso va seguido inmediatamente de la ruina definitiva, que no es menos quebradiza que admirable su reputación y que su conducta nunca será excesivamente cuidadosa contra la mala intención del otro sexo.

Lizzy levantó los ojos asombrada, pero se hallaba demasiado abrumada para poder replicar. No obstante, siguió Mary buscándose un consuelo en deducciones morales por el estilo, fundadas en el infortunio de su familia.

Las dos hermanas mayores pudieron reunirse a solas durante media hora aquella misma tarde, y Lizzy dirigió inmediatamente algunas preguntas a Jane. Y tras extenderse en algunas consideraciones generales sobre las espantosas consecuencias que se derivarían de aquel desventurado acontecimiento,

inevitables a juicio de Lizzy, ésta dijo:

—Te ruego que me digas absolutamente todo lo que aún me queda por saber. Dame más detalles. ¿Qué dijo el coronel Forster? ¿No tenían ninguna sospecha de lo que iba a suceder? Me imagino que debieron verlos juntos muchas veces.

—El coronel Forster manifestó que en ocasiones había advertido en ellos cierta simpatía, especialmente en Lydia, pero nada de particular que pudiera alarmarlo. ¡Cuánto lo siento por él! Se ha portado en extremo atento y bondadoso. Tenía intención de venir a expresarnos su sentimiento por lo ocurrido y cuando empezó a sospechar que no habían ido a Escocia adelantó el viaje.

—Y supongo que ninguno de ustedes dudó que habían contraído matrimonio hasta que vino el coronel Forster.

—¿Cómo podía caber otra idea en nuestro cerebro? Yo estaba realmente inquieta y temía que Lydia no fuera a ser feliz casándose con Wickham, sabiendo como sabía que su conducta no había sido siempre tan honesta. Ni papá ni mamá sabían nada de esto, no hacían otra cosa que censurar la imprudencia de semejante boda. Entonces fue cuando Kitty, con ese afán que siempre tiene de demostrar que sabe más que los demás, confesó que la última carta de Lydia la había puesto al corriente de lo que iba a suceder. Al parecer sabía ya desde hacía algún tiempo que mantenían relaciones amorosas.

—Pero ¿eso empezó antes de partir el regimiento hacia Brighton?

—No, creo que no.

—¿Y qué concepto merece Wickham al coronel Forster? ¿Conoce ya su verdadero modo de ser?

—Debo confesar que el coronel Forster no habla de Wickham en términos tan favorables como antes. Ahora lo ha juzgado atolondrado y derrochador. Hay quienes afirman que ha dejado en Meryton gran número de deudas, pero tal vez esto no sea cierto.

—¡Ah, si hubiésemos sido menos reservadas, mi querida hermana, y hubiéramos confesado lo que sabíamos de él...! Estoy segura de que esto no habría ocurrido.

—Quizás hubiese sido mejor, en efecto —repuso su hermana—. Pero parecía injustificable divulgar las faltas de la vida anterior de una persona, ignorando cuáles eran sus sentimientos actuales. Nuestra intención fue buena.

—¿El coronel Forster explicó los detalles de la carta que

dejó Lydia a su esposa?

—La trajo para que la viéramos.

Jane sacó de su cuaderno notas de la carta y se lo ofreció a Lizzy. Su contenido era el siguiente:

Querida Enriqueta:

¡Cuánto va a reírse usted cuando se entere de que me he marchado! Yo misma no puedo evitar la risa al pensar en la sorpresa que va a recibir usted mañana por la mañana cuando descubra mi ausencia. Me voy a Gretna Green; supongo que ya habrá adivinado usted con quién, porque de otro modo la consideraré como una bobalicona, sabiendo que no hay más que un hombre al que puedo querer en el mundo y que este hombre es un ángel. Sin él mi felicidad sería un absurdo, por lo que no creo que causemos perjuicio a nadie con nuestra fuga. No es necesario que escriba usted a Longbourn dando cuenta de mi ausencia si no le agrada hacerlo, porque de esta forma será mayor aún la sorpresa que reciban cuando yo misma les escriba y firme mi carta con el nombre y apellido de "Lydia Wickham". ¡Qué broma más graciosa será! Apenas puedo escribir a causa de la risa que me está dando.

Le ruego me excuse ante Pratt por no cumplir mi promesa de bailar con él esta noche. Dígale que confío en que sabrá disculparme cuando se entere de todo, y que será un verdadero placer para mí bailar con él en la primera fiesta en que nos encontremos. Cuando regrese a Longborn mandaré a buscar mis trajes, pero le agradecería que indicara usted a Sally que antes de empaquetarlos tenga la bondad de remendar un desgarro que hay en mi vestido de muselina.

Mis cariñosos saludos al coronel Forster. Espero que brinden ustedes por la felicidad de nuestro viaje.

Su afectísima amiga,

LYDIA BENNET

—¡Oh, qué atolondrada! —exclamó Lizzy al terminar de leer la carta—. ¡Vaya manera de expresarse en un momento semejante! Pero demuestra al menos que ha concedido importancia al motivo principal de su viaje. No sé si Wickham logrará inducirla o no a hacer algo censurable, pero está visto que el propósito de ella no era deshonroso. ¡Pobre papá! ¡Cómo lo habrá sentido!

—Nunca he visto a nadie tan trastornado. Durante más de

diez minutos no fue capaz de pronunciar una palabra. Mamá se sintió enferma enseguida, y en toda la casa comenzó a reinar la confusión a partir de entonces.

—¿Hubo algún criado —preguntó ansiosa Lizzy— que no se enterara de todo lo ocurrido antes de terminar el día?

—No lo sé, pero imagino que no. Sin embargo, comprende que ser reservado en tales circunstancias es muy difícil. Mamá tuvo un ataque de nervios, y a pesar de que yo acudí enseguida a asistirla, temo que no me esforcé cuanto podía... Pero probablemente me tenía anonadada el horror de lo que estaba ocurriendo.

—No te ha beneficiado nada tener que cuidarla. Tienes mala cara. ¡Oh! ¿Por qué no habré estado yo aquí en esos momentos? Has tenido que sufrir sola toda la inquietud y la fatiga que procuran semejantes sucesos.

—Mary y Kitty se han portado muy bien, y estoy segura de que hubieran compartido encantadas conmigo tan penosa carga; pero no lo estimé conveniente para ninguna de ellas, porque Kitty está un poco delicada y Mary estudia tanto que no se le pueden robar horas de descanso. El martes vino la tía Philips después de que papá se había marchado y estuvo conmigo hasta el jueves. Nos ayudó mucho a todos y nos consoló con su presencia. La señora Lucas ha sido también muy amable, estuvo aquí el miércoles por la mañana para compadecerse con nosotros y nos ofreció sus servicios o los de alguna de sus hijas si nosotras los considerábamos necesarios.

—Mejor hubiera hecho quedándose en su casa —repuso Lizzy—. Quizás ha actuado con buena intención, pero en casos como éste, cuanto menos vea uno a sus vecinos, mejor... La ayuda es imposible y la compasión se hace insoportable. Que triunfen, si pueden, sobre nosotros y que lo celebren si quieren; pero que se mantengan a distancia...

Después preguntó a su hermana sobre las medidas que se disponía tomar su padre para rescatar a Lydia.

—Según creo —respondió Jane—, tiene intención de trasladarse a Epson, la localidad donde cambiaron de caballos por última vez, hablar con los jinetes y sacar alguna deducción de acuerdo con los datos que éstos tengan a bien darle. Lo que más le interesa es saber el número del coche de alquiler en que salieron de Clapham y hablar con quienes contemplaron la escena. En el caso de que descubriera en qué casa había dejado el cochero al viajero procedente de Londres, quería ir allí para obtener

detalles porque tenía confianza en que iba a encontrar el número de coche. Desconozco el resto de los proyectos que pueda tener, ya que la prisa que llevaba me impidió preguntarle nada.

CAPÍTULO XLVIII

Todos confiaban en recibir carta del señor Bennet a la mañana siguiente en Longbourn, pero el cartero pasó de largo. Su familia sabía que por lo general era muy perezoso para escribir, pero esperaban que en aquella ocasión realizara un esfuerzo. Por lo tanto, tuvieron que deducir que no tendría ninguna noticia favorable que comunicarles, a pesar de que habrían preferido saber que ésta había sido la razón de su silencio. El señor Gardiner sólo había permanecido en la casa hasta aquel momento, para salir en cualquier caso.

Inmediatamente después emprendió el viaje, y la familia quedó tranquila y segura al menos de recibir noticias con frecuencia de lo que ocurriera. Por otra parte, el señor Gardiner prometió hacer lo que pudiera para persuadir a su cuñado de que regresase a Longbourn cuanto antes. Estas palabras consolaron visiblemente a la señora Bennet, que consideró esto como lo único que podía garantizar la evitación del duelo.

La señora Gardiner y los niños se quedaron unos días más en Longbourn, porque ella pensó que allí podía ser útil a sus sobrinas. Colaboró con ellas en los cuidados prodigados a la señora Bennet, y en las vastas horas de ocio su presencia fue un gran estímulo para todos. La señora Philips los visitaba también con mucha frecuencia y siempre, se le manifestaba, con la sana intención de animarlas y distraerlas, pero como nunca dejaba de contarles algún ejemplo reciente de la vida de Wickham solía ocurrir que al abandonar la casa dejaba a las mujeres más desalentadas de lo que lo estaban antes de su llegada.

Todos los habitantes de Meryton parecían haberse puesto de acuerdo para dejar mal parado al hombre que tres meses antes habían admirado como si fuese un ángel. Se lo acusaba ahora de haber dejado numerosas deudas en todos los comercios de la localidad, y sus intrigas "adornadas" siempre con el título de seducción se divulgaban de forma que llegaron a afectar a las familias de los comerciantes. Todo el mundo decía que se trataba del joven más depravado del universo, y cada cual empezó a descubrir de pronto que había desconfiado siempre de

sus apariencias de bondad.

Aunque no daba crédito ni siquiera a la mitad de lo que se decía, Lizzy creía lo suficiente para reafirmar más aún su primitiva convicción de la ruina definitiva de su hermana; y hasta la propia Jane, por lo general más confiada, estaba a punto de perder toda esperanza, mucho más cuando consideraba que en el caso de haber llegado a Escocia, lo que nunca había dudado de un modo absoluto, deberían haberse recibido noticias de ellos.

El señor Gardiner había salido de Longbourn el domingo, y el martes su esposa recibió una carta suya en la que les comunicaba que había encontrado ya a su cuñado y lo había persuadido de que regresara a su casa, que el señor Bennet había estado en Epson y en Clapham sin haber conseguido ninguna información satisfactoria, que ahora estaba decidido a recorrer todos los principales hoteles de Londres, ya que creía posible que, al llegar a la Capital prefirieran hospedarse en uno de ellos a adquirir un piso. Por su parte, el señor Gardiner manifestaba su seguridad de que esta medida conduciría al fracaso, pero como su cuñado insistía tanto en llevarla adelante, se proponía ayudarlo. Añadía que el señor Bennet se había mostrado muy poco partidario de abandonar Londres y prometía volver a escribir en breve. La carta llevaba una posdata que decía lo siguiente:

He escrito al coronel Forster para rogarle que procure enterarse, por medio de alguno de los oficiales amigos del señor Wickham, si éste tiene algún pariente o conocido que pueda saber en qué parte de la ciudad se halla escondido. Ahora mismo no tenemos pista alguna que pueda orientarnos. Espero que el coronel Forster haga todo lo posible para ayudarnos en nuestra empresa. Pero se me ocurre ahora que tal vez Lizzy podría indicarnos mejor que nadie si Wickham tiene algún pariente en la actualidad.

Lizzy comprendió al momento la alusión, pero no pudo dar ninguna referencia satisfactoria. Nunca había oído hablar de ningún pariente de Wickham, excepto de sus padres, ambos fallecidos ya hacía muchos años. Por eso confiaba en que alguno de los oficiales del regimiento pudiera facilitar aquellos informes que necesitaba su tío.

Los días en Longbourn transcurrían en medio de una gran ansiedad, pero el momento de mayor expectación y angustia era el de la llegada del cartero. Las cartas eran el único vehículo

para saber lo que podía suceder de bueno o malo, y cada día se esperaban noticias de importancia.

Antes de recibir una nueva misiva del señor Bennet llegó una carta dirigida a éste, su autor era Collins. Jane se encargaba de abrir toda la correspondencia que llegara para su padre, por lo que enseguida la abrió y se dispuso a leerla. Lizzy, sabiendo que las cartas de su primo solían ser muy curiosas, se colocó detrás de su hermana y, mirando por encima de su hombro, leyó simultáneamente su contenido, que era el siguiente:

Distinguido señor: Tanto por nuestro parentesco como por la condición social, me considero llamado a hacerlo partícipe de mi sentimiento más profundo por la triste contrariedad que los aflige, de la cual me enteré ayer por una carta fechada en el condado de Hertford. Esté usted seguro, mi apreciado señor, de que la señora Collins y yo nos unimos a su dolor y el de su respetable familia en el desdichado trance por el que atraviesan, y que es de los más amargos, puesto que ni siquiera el tiempo puede borrar la causa que lo ha producido.

Por mi parte procuraré buscar algún argumento que pueda mitigar de alguna manera tan horrible desgracia o consolar a usted en una situación que debe de ser sin duda de las más dolorosas para un padre. La muerte de su hija hubiese sido un bien comparada con lo que ha ocurrido. Y es más lamentable aún porque existen motivos para pensar que, según me informa mi querida Carlota, la licenciosa conducta de su hija es tan sólo el resultado de una culpable indulgencia por parte de sus padres, aunque, para consuelo de usted y de su esposa, me inclino a creer que el temperamento de su hija tiende a esta clase de acciones, ya que de otra forma no habría sido capaz de semejante desvergüenza, en especial, siendo tan joven.

Sea como sea, ustedes dos merecen que se les compadezca, y esta opinión es compartida no sólo por mi esposa, sino también por lady *Catalina y su hija, a quienes he hecho una exposición detallada de lo sucedido. Su señoría se halla de acuerdo conmigo en temer que este mal paso que ha dado una de sus hijas perjudicará a todas las demás porque, como se ha dignado decirme, ¿quién va a querer unirse a una familia de tal índole? Y esta consideración me induce además a reflexionar, con creciente satisfacción, en cierto suceso del mes de noviembre último, que de haberse producido como yo deseaba entonces, me habría envuelto ahora en el dolor y el oprobio de ustedes.*

Permítame, entonces, apreciado señor, aconsejarle que se consuele en lo posible y excluya para siempre de su cariño paternal a la hija indigna, dejándola que recoja los frutos de su repugnante acción.

Quedo de usted, apreciado señor, etc.

El señor Gardiner no volvió a escribir hasta después de recibir contestación del coronel Forster, pero no pudo comunicar nada satisfactorio. Nadie sabía que Wickham tuviera ni un solo pariente con el que se relacionara, y era seguro que ya no vivía ningún miembro de la familia. Antes de su ingreso en la milicia había tenido muchas amistades, pero desde que cambió de profesión no parecía que se tratara mucho con ninguna de ellas. No había, por lo tanto, a quién indicar como posible informador de su actual paradero. Por otra parte, su dificilísima situación económica aumentaba los motivos que lo impulsaban a huir de los parientes de Lydia, porque acababa de descubrirse que una considerable cantidad de deudas que había dejado en los lugares donde residió últimamente se debía a pérdidas en el juego. El coronel Forster calculaba que para liquidar solamente las que había dejado en Brighton se necesitarían más de mil libras esterlinas. Estaba en deuda con gran parte de la población, pero eran más dignas de tenerse en cuenta sus deudas de honor. El señor Gardiner no tuvo inconveniente en descubrir estos detalles a la familia de Longbourn, Jane los oyó horrorizada y exclamó:

—¡Un tahúr! ¡Quién pudiera imaginárselo! ¡Jamás lo hubiese creído!

El señor Gardiner añadía en su carta que su cuñado regresaría al día siguiente, que era sábado. Desanimado por el fracaso de sus investigaciones había cedido al fin. Decidió reunirse de nuevo con su familia y dejar que él hiciera lo que considerase conveniente a partir de entonces. Al enterarse de esto, la señora Bennet no demostró tanta satisfacción como sus hijas esperaban de ella, teniendo en cuenta que hasta entonces había temido tanto por su vida.

—¡Cómo! ¿Vuelve a casa sin traer a la pobre Lydia? —exclamó—. Estoy segura de que no saldrá de Londres hasta que haya dado con su paradero. ¿Quién si no va a batirse con Wickham y obligarlo a que se case con mi hija?

La señora Gardiner ya empezaba a tener ganas de volver a su casa, por lo que se acordó que al mismo tiempo que el

señor Bennet salía de Londres, ella y los niños se dirigirían a la Capital. Por lo tanto, el mismo coche que los llevó en la primera etapa de su viaje condujo a Longbourn al señor Bennet.

La lamentable situación de la familia liberaba de toda explicación el abatimiento de Lizzy. Ella se daba cuenta perfectamente de que, de no haber conocido a Darcy, hubiera podido soportar mejor el horror del acto vergonzoso de Lydia. Por lo menos, se habría ahorrado una o dos noches de insomnio.

El señor Bennet llegó a Longbourn con su apariencia habitual de hombre que toma las cosas con mucha filosofía. Habló tan poco como siempre, y en las escasas frases que pronunció no había alusión alguna al asunto que lo había tenido ausente durante unos días. Por eso transcurrieron más de tres horas hasta que sus hijas se atrevieron a preguntarle sobre el tema.

Por la tarde, cuando se reunieron para tomar el té, Lizzy se aventuró a hablarle del asunto. Al expresar brevemente su sentimiento, por lo que había tenido que sufrir su padre, éste repuso:

—Entonces, ¿a quién tocaba sufrir si no a mí? Esto ha sido exclusivamente obra mía y soy yo quien debe sufrirlo.

—No debes ser tan severo contigo mismo, papá —contestó Lizzy.

—En casos como éste no hay paliativos que valgan. ¡La naturaleza humana es tan propensa a buscarlos...! No, Lizzy, permíteme que una vez en mi vida me reproche como merezco. Pero no temas verme abrumado por la impresión. Pasará pronto.

—¿Crees que están en Londres?

—Sí, ¿y en qué otra parte podrían estar mejor escondidos?

—Lydia siempre había manifestado grandes deseos de ir a Londres —añadió Kitty.

—Entonces, a estas horas debe sentirse plenamente feliz —repuso el señor Bennet—, y es de suponer que su permanencia allí dure algún tiempo —hizo una breve pausa y luego prosiguió—: Lizzy, no te guardo rencor por el consejo que me diste en mayo último; lo ocurrido demuestra que estabas en lo cierto.

La conversación fue interrumpida por una de las criadas que iba a buscar el té para la señora.

—¡Esto es consolador! —exclamó él—. ¡Da tono a nuestra desgracia! Otro día yo lo haré también. Me encerraré en la biblioteca con mi bata y mi gorro de dormir, y molestaré a todo el mundo tanto como pueda; o mejor pensado, lo dejaré para cuando se fugue Kitty.

—Yo no me fugaré nunca, papá —replicó Kitty con gesto

de mal humor—. Si alguna vez fuese a Brighton, me portaría mejor que Lydia.

—¿Tú a Brighton? Ni por cincuenta libras esterlinas te dejaría ir ni siquiera a East Bourne. No, Kitty; por fin he aprendido a obrar con prudencia, y tú sentirás los efectos de mi nueva actuación. Nunca más volverá un oficial a entrar en mi casa. La asistencia a los bailes quedará absolutamente prohibida, a no ser que tomes por pareja a una de tus hermanas. Y no volverás a salir para nada de casa hasta que hayas demostrado capacidad para vivir en una actitud razonable diez minutos cada día.

Kitty tomó en serio estas amenazas y comenzó a llorar.

—Bueno, bueno —dijo él—, no te alarmes demasiado. Si durante los próximos diez años te portas bien, inmediatamente después de cumplidos te llevaré a ver un desfile militar.

CAPÍTULO XLIX

Dos días después del regreso a Longbourn del señor Bennet, mientras Lizzy y Jane paseaban juntas por el jardín de la parte posterior de la casa, vieron al ama de llaves que se dirigía hacia ellas. Suponiendo que iba a darles un recado de parte de su madre, salieron a su encuentro; pero en lugar de lo que esperaban se asombraron al oírla decir de pronto:

—Perdonen la interrupción, pero creía que habían recibido ustedes buenas noticias de Londres y por eso me he permitido venir a preguntarles.

—¿Qué quiere decir con esas palabras, Hill? No tenemos noticias de Londres.

—Entonces —repuso Hill con gran extrañeza—, ¿ignoran ustedes que acaba de llegar un hombre enviado por el señor Gardiner con una carta para el dueño?

Sin querer oír más, las muchachas echaron a correr; después de atravesar el vestíbulo ingresaron a toda velocidad en la salita donde servían el desayuno y desde allí se dirigieron a la biblioteca. En ninguno de los tres sitios se hallaba su padre. Se disponían a subir a las habitaciones del piso superior cuando tropezaron con el mayordomo, que les dijo:

—Si buscan ustedes al amo, lo encontrarán en la arboleda.

Las muchachas volvieron rápidamente sobre sus pasos, atravesaron el vestíbulo y se lanzaron a la carrera por el césped para alcanzar a su padre, que deliberadamente iba caminando

despacio hacia un pequeño bosque situado junto al pastizal.

Jane no era tan ágil como Lizzy ni estaba tan acostumbrada a correr, por lo que pronto quedó rezagada mientras su hermana se reunía jadeante con su padre y exclamaba con ansiedad:

—Papá, ¿qué hay de nuevo? ¿Has recibido noticias de nuestro tío?

—Sí, acaba de llegar un mensajero con una carta de él.

—¿Y qué noticias contiene la carta? ¿Buenas o malas?

—¿Qué podemos esperar de bueno? —repuso el señor Bennet, extrayendo la carta del bolsillo—. Tomen, lean si quieren.

Lizzy, impaciente, le arrebató la carta de las manos. En aquel momento los alcanzaba Jane.

—Léela en voz alta —dijo su padre—, que yo apenas me he enterado de lo que dice:

Lizzy comenzó a leer:

Distrito de Gracechurch, Londres, 2 de agosto

Mi querido hermano: Por fin puedo transmitirte algunas noticias positivas de mi sobrina y espero que, en conjunto, lo dejarán satisfecho.

Poco después de separarnos el sábado, tuve la suerte de descubrir por fin el lugar donde se escondía la pareja. Conocerás los detalles cuando la veamos. Por ahora es suficiente que sepas que han sido descubiertos. Los he visto a ambos.

—Entonces es lo que yo he creído siempre —exclamó, jubilosa, Jane—. ¡Se han casado!

Lizzy continuó leyendo:

Los he visto a ambos. No se han casado ni existe motivo alguno que me lleve a sospechar su intención de hacerlo: pero si tú estás dispuesto a cumplir los compromisos que me he permitido contraer en tu nombre, tengo la seguridad de que no tardarán mucho en hacerlo. Todo lo que se te exige es que asegures a tu hija Lydia la parte que le corresponde, en calidad de dote, de cinco mil libras a repartir entre tus hijas después de que tú y tu esposa hayan fallecido, y además que mientras vivas te comprometas a pagarle cien libras esterlinas cada año. Tales son las condiciones que, después de meditar mucho sobre eso, no he dudado en aceptar en tu nombre, hasta tal punto que me

he considerado autorizado para hacerlo. Te envío esta carta por medio de un mensajero con el fin de no perder tiempo con tu contestación.

Fácilmente comprenderás, después de haber leído lo que antecede, que no es tan desesperada la situación de Wickham como en general se cree. La gente se ha engañado sobre este particular, y puedo comunicarte con agrado que quedarán algunos fondos, incluso después de liquidadas todas sus deudas, para dotar a mi sobrina, además de darle lo que le pertenece por derecho de herencia. Si, como espero, aceptas y me envías plenos poderes para actuar en tu nombre en todo lo que a este asunto se refiere, daré instrucciones a Haggerston inmediatamente para que prepare un contrato formal. No será necesario que vengas de nuevo a Londres; puedes quedarte tranquilo en Longbourn y confiar en mí.

Contéstame cuanto antes y procura ser muy explícito. Hemos considerado que lo mejor será que Lydia salga de mi domicilio para casarse, lo cual supongo aceptarás. Hoy viene a vivir con nosotros. Escribiré tan pronto como se tome algún otro acuerdo.

Tuyo, EDUARDO GARDINER

—¿Será posible? —exclamó cuando hubo terminado la lectura—. ¿Realmente se casará con ella?

—Eso quiere decir que Wickham no es tan indigno como nosotras nos creíamos. Papá te felicito.

—¡Y has contestado ya a esta carta? —preguntó Lizzy.

—No, pero tendré que hacerlo enseguida.

—¡Oh, papá! —exclamó—. Vuelve a casa y escribe inmediatamente. Piensa en la importancia que cada instante tiene en este caso.

—Si no tienes ganas de tomarte esa molestia, déjame que escriba yo —intervino Jane.

—Me resulta bastante desagradable —replicó él—, pero tendré que hacerlo.

Y dicho eso, dio media vuelta con ellas y se dirigió hacia la casa.

—Supongo —dijo Lizzy— que aceptarás las condiciones.

—¿Aceptarlas? ¡Lo que me avergüenza es que pida tan poco!

—¡Y ha de casarse con semejante hombre...!

—Sí, así es, se han de casar. No pueden hacer otra cosa. Pero hay dos detalles que me interesa mucho conocer. En pri-

mer lugar, cuánto dinero ha invertido su tío en solucionar este asunto y después, de qué forma voy a poder yo pagárselo...

—¿Dinero, nuestro tío? —exclamó Jane—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Sencillamente, que ningún hombre que esté en sus cabales se casaría con Lydia por la tentación de una cantidad tan ridícula como son cien libras anuales mientras yo viva y cincuenta después de mi muerte.

—Es cierto —repuso Lizzy—, había pasado por alto ese detalle. Si liquidarán sus deudas y aún quedará algo, sin duda alguna, eso lo habrá conseguido gracias a mi tío. ¡Qué hombre tan generoso! Pero me temo que debe hallarse en un aprieto. Es imposible lograr una cosa semejante con tan poco dinero.

—No —replicó el señor Bennet—. Wickham sería un bobalicón si consintiera en aceptarla por una cantidad inferior a diez mil libras. Me sabría muy mal tener que formarme de él un concepto tan desfavorable en el mismo instante de comenzar nuestro parentesco.

—¡Diez mil libras! ¡Por amor de Dios! ¿Cómo podríamos pagar ni la mitad de esa suma?

El señor Bennet guardó silencio, y sumido cada cual en sus respectivas meditaciones llegaron los tres a la casa. El padre subió a su despacho a escribir y las jóvenes entraron en la salita del desayuno.

—¡Y es cierto que van a contraer matrimonio! —exclamó Lizzy cuando estuvieron solas—. ¡Qué extraño resulta todo esto! ¡Y lo peor es que aún debemos estar agradecidos! ¡Parece imposible que nos veamos obligados a alegrarnos de que se casen, a pesar de que con el temperamento tan ruin que él demuestra tener, las probabilidades que existen de que sean dichosos son mínimas. ¡Oh, Lydia!

—Lo único que me consuela —replicó Jane— es que seguramente no se casaría con Lydia si no estuviese enamorado de ella de verdad. Pero pienso también que aun cuando nuestro bondadoso tío haya hecho algo para liquidar sus cuentas pendientes, es muy extraño que haya adelantado diez mil libras o algo por el estilo. Tiene hijos y todavía puede tener más. ¿Cómo podría desprenderse de semejante cantidad?

—Si al menos pudiésemos saber a cuánto ascendían las deudas de Wickham —dijo Lizzy— y la dote que se ha fijado a nuestra hermana, sabríamos casi con exactitud lo que ha hecho en su favor el tío Gardiner, porque Wickham no dispone ni de

un céntimo. Nunca podremos pagar la generosidad de nuestros tíos. El hecho de que hayan tomado la decisión de llevársela a su casa y dispensarle su protección y su garantía personal, supone ya un sacrificio que años enteros de gratitud no bastarán para recompensarle. A estas horas ya está con ellos. ¡Si no la avergüenza tanta bondad, no merece ser feliz! Quisiera saber qué es lo que ha sentido cuando se encontró con mi tía.

—Considero que ambas partes debemos esforzarnos y olvidar lo pasado —dijo Jane—, tengo confianza en que aún podrán ser felices. A mi entender, el hecho de que Wickham consienta en casarse con Lydia ya es una prueba de que empieza a ser juicioso. El mutuo afecto que se tengan los inducirá a ser prudentes, y me atrevo a confiar en que lograrán formar al menos un hogar modesto y tranquilo en el que llevarán una vida razonable que, con el tiempo, los hará olvidar sus antiguas imprudencias.

—Es inútil hablar de eso —replicó Lizzy—. Su conducta ha sido tal, que ni tú, ni yo, ni nadie podrá olvidar jamás lo que han hecho.

En aquel momento se les ocurrió a las dos jóvenes que su madre ignoraba aún las últimas noticias, por lo que se dirigieron al despacho de su padre para preguntarle si tenía algún inconveniente en que se lo comunicaran. Lo encontraron allí escribiendo y les contestó con frialdad, sin levantar la cabeza:

—Hagan lo que les parezca.

—¿Podemos leerle la carta que te ha escrito el tío?

—Llévensela si quieren y déjenme solo.

Lizzy tomó la carta de encima de la mesa y se dirigieron juntas al piso superior. La señora Bennet estaba acompañada por Mary y Kitty, de forma que todas quedarían enteradas a la vez. Tras un pequeño prólogo en que se anunciaban buenas noticias, fue leída la carta en voz alta.

La señora Bennet apenas pudo contenerse. En cuanto Jane leyó el párrafo que se refería a las esperanzas del señor Gardiner de que se casarían pronto, empezó a lanzar exclamaciones de júbilo. Tan excitada estaba ahora por la satisfacción como lo había estado antes por la inquietud y el enojo. Le bastaba saber que Lydia iba a casarse; su felicidad futura no la preocupaba ni pensaba ya en las humillaciones producidas por su mala conducta anterior.

—¡Mi querida Lydia! —exclamaba—. ¡Es una verdadera delicia...! ¡Volveré a verla cuando se hayan casado...! ¡Habrá contraído matrimonio a los dieciséis años! ¡Qué gran hombre es

Gardiner! Ya sabía yo lo que iba a suceder y no me cabía la menor duda de que él lo arreglaría todo. ¡Qué ganas tengo de volver a verla! ¡Y a mi querido Wickham también! Pero ¿y los trajes de boda? Tengo que escribir inmediatamente a mi hermana para darle instrucciones respecto de ellos, Lizzy, querida, ve abajo corriendo y pregunta a tu padre cuánto le va a dar. No, espera, iré yo misma. Kitty, busca a Hill y dile que venga enseguida. Voy a vestirme en un momento. ¡Mi querida Lydia, mi queridísima Lydia! ¡Qué alegría vamos a recibir cuando nos veamos!

Jane trató de imponer un poco de moderación a tan excesivo júbilo dirigiendo sus pensamientos hacia la gratitud que, por su generosa ayuda, todos debían al señor Gardiner.

—En gran parte al menos hemos de atribuir a su bondad este feliz desenlace —dijo—. Tenemos casi la seguridad de que se ha comprometido a prestar ayuda económica a Wickham.

—Eso está bien —repuso su madre—, perfectamente bien; pero ¿quién tenía que hacerlo sino tu tío? En el caso de no haber tenido hijos, todo su dinero, ¿comprendes?, habría sido íntegramente para mí y para mis hijas; y ésta es la primera vez que, exceptuando algunos regalos que nos ha hecho en muy señaladas ocasiones, obtenemos algo de él. Bueno, ¡qué contenta estoy! ¡Dentro de muy poco tiempo tendré ya una hija casada! ¡La señora Wickham! ¡Suenan perfectamente estas palabras! ¡Y ha cumplido dieciséis años en junio! Querida Jane, tan emocionada estoy, que me resultaría imposible escribir con mi propia mano; será mejor que vayas escribiendo lo que yo te dicte. Después arreglaremos con tu padre lo referente al dinero; lo que más urge ahora es hacer inmediatamente los encargos.

A continuación se extendió durante largo rato sobre todos los detalles del percal, la muselina y la batista que serían necesarios para confeccionar los vestidos de boda, y no hubiera tardado en hacer los pedidos si Jane, aun cuando con grandes dificultades, no la hubiese convencido de que antes era preciso consultar con su padre. Por fortuna, la señora Bennet era demasiado feliz en aquellos momentos para mostrarse tan terca como de costumbre. Además, estaba imaginando ya otros proyectos.

—Tan pronto como me haya vestido —dijo— iré a Meryton a comunicar estas agradables noticias a mi hermana Philips y al regreso visitaré también a la señora Lucas y a la señora Long. Kitty, ve abajo y ordena que me preparen el coche. Estoy segura de que me sentará muy bien un poco de aire. Niñas, ¿tienen que hacerme algún encargo para Meryton?

¡Oh, ahí está Hill! Mi querida Hill, ¿conoce usted ya las buenas noticias que hay? Mi hija Lydia se va a casar, y ustedes van a tomarse un buen tazón de ponche para celebrar la boda.

Hill manifestó rápidamente la alegría que le producía saberlo. Lizzy recibió sus felicitaciones junto a las demás; y luego, cansada de aquella exaltación, corrió a refugiarse en sus habitaciones para poder reflexionar con entera libertad.

En el mejor de los casos la situación de la pobre Lydia debía ser bastante mala, pero lo cierto era que aún debía agradecer que no lo fuese más todavía. Lizzy lo consideraba así, a pesar de que, mirando el porvenir, no resultaba lógico esperar para su hermana ni felicidad moral ni prosperidad mundana.

CAPÍTULO L

El señor Bennet se había arrepentido con mucha frecuencia de no haber ahorrado una suma anual para destinarla a su esposa y a sus hijas en el caso de que aquélla lo sobreviviera, en lugar de haber estado gastando toda su renta. Pero ahora se arrepentía más que nunca. Si desde años atrás hubiese tenido en cuenta esto y lo hubiera llevado a la práctica, ahora no debería Lydia a su tío la honra y el crédito que éste acababa de comprarle.

Le preocupaba profundamente el hecho de que un asunto del que no iban a derivarse ventajas para casi nadie estuviera a punto de resolverse únicamente a expensas de su cuñado, por lo que estaba decidido a averiguar a cuánto ascendía el precio de la cooperación prestada, para liquidar esa deuda tan pronto como pudiera hacerlo.

Recién casado, el señor Bennet no había creído necesario hacer ninguna clase de economías, porque estaba seguro de que nacería un varón que heredaría la hacienda al alcanzar la mayoría de edad, en cuyo caso la viuda y los hijos hubieran podido disfrutar siempre de una situación holgada. Pero fueron naciendo sucesivamente niñas hasta un número de cinco, y el varón nunca llegó, a pesar de que la señora Bennet aún confiaba en que eso sucedería incluso bastantes años después del nacimiento de Lydia. Pero al final tuvo que abandonarse toda esperanza y entonces era ya demasiado tarde para pensar en ahorrar. Por otra parte, la señora Bennet nunca conoció la virtud del ahorro y sólo gracias al afán de independencia de su esposo pudo evitar que toda la renta de la que disfrutaban fuese derrochada.

Por cláusulas matrimoniales a su favor habían quedado aseguradas a la señora Bennet y a sus hijas cinco mil libras esterlinas; pero quedaba a voluntad de los padres la forma en que deberían ser distribuidas entre estas últimas. Este punto tenía que ser resuelto ahora, en especial en lo que se refería a Lydia, y el señor Bennet dudaba en aceptar o no las propuestas que se le hacían. Finalmente, en términos de sincero agradecimiento, escribió a su cuñado para comunicarle su aprobación a todo cuanto había hecho y exponiéndole su propósito de cumplir cuantos compromisos había contraído en su nombre. Nunca hubiera podido imaginar que, si podía obligar a casarse a Wickham con su hija, esto se pudiese lograr con tan poco perjuicio para él como se derivaba del acuerdo concertado. Al abonarle cien libras esterlinas al año a partir de aquella fecha, apenas él iba a perder diez, ya que contando la manutención, los gastos de bolsillo y los continuos regalos que le hacía su madre, los gastos de Lydia alcanzaban casi aquella suma.

Resultaba además otra agradable sorpresa para él la circunstancia de que todo se arreglara satisfactoriamente con tan poco esfuerzo por su parte, puesto que siempre había deseado intervenir lo menos posible en la solución del engorroso asunto. Pasados los primeros accesos de cólera sufridos a raíz de las pesquisas realizadas para encontrar a Lydia, había vuelto a su indolencia habitual. Su carta fue enviada inmediatamente; en ella pedía detalles relativos a la cantidad que debía a su cuñado, pero estaba demasiado resentido con Lydia para enviar recuerdos para ella.

La grata nueva corrió enseguida por toda la casa y con proporcionada rapidez por todo el barrio, donde fue recibida con bastante filosofía. Como tema de conversación hubiese convenido más, naturalmente, a los habituales comentaristas, que Lydia Bennet hubiera sido encontrada errante por las calles de Londres y recluida luego en alguna mansión aislada. Pero a pesar de todo, la circunstancia de que por fin se casara daba motivo a suficientes habladurías, y los votos que todas las viejas maliciosas de Meryton habían hecho por su felicidad perdieron muy poco de su sentido compasivo después de este cambio, porque se consideraba inevitable la desgracia de Lydia al unirse a semejante hombre.

Después de quince días de enclaustramiento voluntario, la señora Bennet volvió a ocupar su sitio a la cabecera de la mesa con un aire radiante y provocador. Parecía que su triunfo no

podía ser ensombrecido por ningún sentimiento de rubor. Por fin iba a tener lugar la boda de una de sus hijas, que había sido el objeto principal de sus anhelos desde que Jane había cumplido dieciséis años, y no podía pensar en nada más ni hablar de otra cosa que no guardara relación con el elegante compromiso: coches nuevos, finas muselinas y muchos criados. Recorría ansiosamente el barrio buscando un alojamiento conveniente para su hija y, sin tener en cuenta cuáles podían ser sus recursos económicos, rechazaba muchos pisos por parecerle poco espaciosos o por carecer de importancia.

—Nos convendría Haye Park —declaraba— si se marcharan los Gollding, o la casa de Stoke si el salón fuese un poco más espacioso. Ashworth está demasiado lejos, y no podría resignarme a tener a Lydia a diez millas de aquí. En cuanto a Pulvis Lodge, tiene unas buhardillas espantosas.

El señor Bennet dejó que hablara sin interrumpirla mientras se hallaban delante los criados, pero cuando éstos se retiraron dijo:

—Antes de que se te ocurra alquilar alguna de esas casas o todas ellas para tu yerno y tu hija, quiero dejar algo bien sentado, y es que en esta localidad hay una casa donde no serán recibidos jamás, porque no quiero dar alas a la imprudencia de ninguno de los dos admitiéndolos en Longbourn.

Una irritada discusión siguió a esta sorprendente declaración del señor Bennet, ya que él se mantuvo firme. Pero la polémica que se entabló a continuación tuvo tonos épicos al enterarse la señora Bennet de que su marido se negaba a dar ni una guinea para comprar ropas a su hija.

El señor Bennet declaró que en aquella ocasión Lydia no recibiría la más mínima prueba de afecto de su parte. Tan extraña actitud no podía ser comprendida por la señora Bennet. Le parecía imposible que la indignación de su marido llegara hasta aquel extremo, y demostraba más disgusto por la afrenta que la falta de trajes nuevos imprimiría al acontecimiento nupcial que por la vergüenza de la fuga de ésta con Wickham, sucedida quince días antes de celebrarse la boda.

Lizzy ahora sentía mucho haber hecho partícipe a Darcy, en la angustia de los primeros instantes, de los temores que su hermana le inspiraba, porque, ya que el desagradable suceso iba a terminar con un desenlace decente, hubiera sido mejor ocultarlo todo a aquéllos no afectados directamente en el caso.

Sabía positivamente que Darcy no lo divulgaría. Muy

pocas personas había en cuya discreción hubiera confiado ella más que en la de él, pero a la vez, no había nadie a quien mortificara tanto la fragilidad de su hermana como a él y no precisamente por el perjuicio que esto pudiera acarrear a ella, puesto que en cualquier caso, parecía existir entre los dos un abismo infranqueable. Aunque se hubiese realizado en honrosas condiciones el casamiento de Lydia, no era posible que Darcy consintiera ingresar en una familia en la que iba a hallarse con la insuperable objeción de tener que contraer parentesco con el hombre a quien despreciaba con sobrada razón.

De ninguna manera podría sorprenderla, entonces, que procurara evitar semejante parentesco. Tampoco podía confiar en que él intentara ganarse su cariño después de un golpe tan rudo. Se sentía afligida y humillada, y se arrepentía, aunque no acertaba a saber de qué. Se volvía celosa de su propia estima precisamente cuando ya no podía esperar nada de ella; necesitaba que le hablaran de él cuando todo parecía indicar que nunca más volvería a recibir noticias suyas. Y ahora que no era probable que se produjera un nuevo encuentro entre ambos, estaba convencida de que con él habría sido una mujer dichosa.

"¡Qué triunfo para él!", pensaba Lizzy, "¡si supiese que las peticiones amorosas que en una ocasión rechacé serían ahora aceptadas de buena gana!"

No dudaba del desinterés y de la lealtad de Darcy, pero sabía que, como hombre, tenía que halagarlo naturalmente su triunfo.

Lizzy comenzaba a comprender que, por su situación y su talento, Darcy era el hombre que más le hubiera convenido. Aunque muy distinto a los suyos, su temperamento y su inteligencia habrían respondido plenamente a sus deseos. La alianza podía haber resultado beneficiosa para ambos, el carácter vivaracho de la joven hubiera suavizado la rigidez de Darcy y mejorado su trato, y en cambio la educación, el juicio sereno y el conocimiento del mundo que el poseía la habrían beneficiado a ella.

Pero un enlace matrimonial tan acertado no podía ofrecerse a la admirada multitud. Como contraste espectacular iba, sin embargo, a tener efecto muy pronto en la familia una alianza matrimonial muy distinta, que además excluía la posibilidad de la otra.

No acertaba a comprender cómo su hermana y Wickham podrían vivir dentro de una tolerable independencia económica y preveía con claridad la escasa dicha de la que iba a poder gozar aquella pareja que se unía tan sólo porque sus pasiones

eran más fuertes que su virtud.

El señor Bennet volvió a recibir pronto una nueva carta de su cuñado. Contestaba a las manifestaciones de gratitud que le había expresado, manifestando brevemente su deseo de contribuir al bienestar de toda su familia y terminaba suplicando que no le volviera a mencionar aquel asunto. El objeto principal de la carta era comunicarle que Wickham había decidido dejar de pertenecer a la milicia.

En cuanto quedó concertada la boda —añadía—, *sentí vivos deseos de que lo hiciera y me atrevo a asegurar que estarás de acuerdo conmigo en que era conveniente dejar de pertenecer a aquel cuerpo, tanto en interés suyo como en el de Lydia. Wickham se propone ingresar en el ejército regular, y hay todavía entre sus amigos algunos que pueden y están dispuestos a hacer algo por él en este sentido. Le han ofrecido una plaza de teniente en el regimiento del general, actualmente de guarnición en el Norte. La ventaja que a todos procura un destino tan lejos de esta parte del reino es evidente. Él ha prometido portarse bien, y yo creo que entre personas desconocidas, en un ambiente donde cada cual tiene que preocuparse de conservar su propio prestigio, los dos serán más prudentes.*

He mandado una carta al coronel Forster en la que le comunico lo que acabamos de acordar y le ruego que indique a los acreedores de Wickham en Brighton y sus alrededores que, en un plazo muy breve, el deudor les pagará cuanto les debe, de lo cual respondo yo. Te agradecería que te tomaras tú igualmente la molestia de dar las mismas seguridades a los acreedores de Meryton, de los que te adjunto una lista, de acuerdo con los detalles facilitados por el propio interesado. Ha confesado todas sus deudas y espero que no nos haya engañado. Haggerston ya ha recibido instrucciones y todo quedará solucionado dentro de una semana. Seguidamente se trasladarán al punto en que se halla ahora su nuevo regimiento, a no ser que se los invite a pasar por Longbourn, ya que según me ha dicho mi esposa, Lydia tiene muchas ganas de verlos a todos antes de dirigirse al Norte. Se encuentra en buen estado de salud y manda sus saludos afectuosos para ti y para su madre.

El señor Bennet y sus hijas comprendieron las ventajas que ofrecía el alejamiento de Wickham del condado con tanta claridad y acierto como el señor Gardiner. En cambio, para la

señora Bennet fue una gran decepción el hecho de que Lydia tuviera que residir en el Norte precisamente cuando su plan era establecerla cerca de Longbourn; además, le daba pena que Lydia se alejara de un regimiento en el que conocía a todo el mundo y donde tenía tantos admiradores.

—Quiere tanto a la señora Forster —decía—, que es una crueldad separarla de su lado. Además, hay algunos jóvenes muy simpáticos, y en el regimiento del general*** es posible que los oficiales no sean tan agradables.

La súplica de su hija de que volvieran a admitirla en el seno de su familia antes de dirigirse al nuevo destino de su marido fue acogida al principio con una resuelta negativa. Pero Jane y Lizzy suplicaron a su padre con tanta insistencia, y a la vez con tan acertados razonamientos y tal delicadeza, que el señor Bennet acabó pensando y deseando lo mismo que sus hijas, y su esposa recibió una enorme satisfacción al saber que podía exhibir a su hija casada al vecindario antes de que ésta saliera para su destierro del Norte. Por lo tanto, el señor Bennet manifestó a su cuñado cuando volvió a escribirle que daba su permiso para que fueran los novios, y quedó decidido que una vez concluida la ceremonia se dirigiera a Longbourn. No obstante, a Lizzy le extrañó que Wickham aceptara semejante plan; y de haberse dejado llevar solamente por su propia inclinación no habría deseado en absoluto volver a verlo.

CAPÍTULO LI

Había llegado por fin el día señalado para la boda, y se mandó el coche para buscarlos a ***, para que llegaran a la casa a la hora de comer. Las dos hermanas mayores temían por su presencia, en particular Jane, que atribuyendo a Lydia el mismo estado de ánimo que ella hubiera tenido en el caso de haber sido la culpable, se hallaba muy apenada al pensar en lo que tenía que sufrir su hermana.

La pareja llegó en el tiempo esperado. Toda la familia se hallaba reunida en una sala para recibirlos. El rostro de la señora Bennet dibujó una larga sonrisa cuando el coche se detuvo ante el umbral de la entrada; el de su marido reflejaba una expresión de impenetrable gravedad, y sus hijas estaban inquietas, turbadas y nerviosas.

La voz de Lydia sonó con fuerza en el vestíbulo; de pron-

to, la puerta se abrió de par en par bruscamente, y la recién casada entró corriendo en la estancia. La señora Bennet se adelantó, la abrazó y le dio la bienvenida en medio de un ruidoso júbilo; después, con una afectuosa sonrisa, ofreció la mano a Wickham, que llegaba detrás de su esposa y dio la enhorabuena a ambos.

El señor Bennet les dispensó un recibimiento mucho menos cordial. Su actitud se recrudecía a cada instante y apenas despegó los labios. La descarada tranquilidad de la joven pareja era en verdad suficiente para irritar a cualquiera. Lizzy se hallaba asqueada e incluso Jane se sentía avergonzada. Todo indicaba que Lydia seguía siendo la misma criatura indómita, imprudente, atolondrada y atrevida. Se dirigió a cada una de sus hermanas pidiendo sus felicitaciones y cuando por fin tomaron asiento todos, miró con afán los rincones de la estancia, se fijó si se había producido algún cambio en ella y, echándose de pronto a reír, observó que hacía mucho tiempo que no frecuentaba aquel aposento.

Wickham no daba la impresión de estar más turbado que ella; sus modales seguían siendo agradables, y si su casamiento se hubiese hecho como Dios manda, su sonrisa y su facilidad de palabra habrían cautivado a todos al presentarse como pariente tan allegado. Lizzy nunca lo hubiera creído capaz de semejante desfachatez y prontamente se decidió a no fijar en lo sucesivo límites al descaro de un hombre desvergonzado. Jane y ella se sonrojaron, pero no por eso cambiaron de color las mejillas de los que originaban su malestar.

No hubo necesidad de pronunciar discursos. Lydia y su madre no podían hablar más deprisa, y Wickham, que se había sentado casualmente al lado de Lizzy, comenzó a preguntarle por las antiguas amistades de la localidad con tanto aplomo y tan buen humor, que la muchacha tuvo que esforzarse al dar sus contestaciones para poder igualarlos. Cualquiera hubiese afirmado que ambos pretendían comentar alegremente los más deliciosos recuerdos del mundo. No se evocaba con pesar nada en cuanto a los acontecimientos pasados, y Lydia hacía mención espontánea de cosas que ninguna de sus hermanas se hubiera atrevido a citar.

—¡Y pensar que sólo hace tres meses que salí de aquí!... —exclamó—. Parece que hubieran transcurrido quince días y, sin embargo, ¡cuántas cosas han sucedido en tan corto tiempo! ¡Dios mío! Nunca pensé al marcharme que volvería casada, por más que pensaba que, de resultar así, sería muy divertido.

El señor Bennet levantó los ojos. Jane se sintió afligida y Lizzy dirigió una severa mirada a Lydia; pero ésta, que nunca veía u oía nada cuando no le interesaba, prosiguió alegremente:

—Mamá, ¿saben ya todos los vecinos que me he casado hoy? Ante el temor de que lo ignoraran, cuando adelantamos a William Goulding en el carromato bajé los cristales de nuestro coche, me quité un guante y puse un momento la mano sobre el marco de la ventanilla que daba a su lado para que pudieran verme el anillo de boda; después saludé y sonreí durante largo rato.

Lizzy no pudo soportar aquello más tiempo. Se levantó y salió deprisa de la sala y no volvió a reunirse con ellos hasta que los oyó dirigirse al comedor. Al entrar ella se disponía Lydia a sentarse a la derecha de su madre al tiempo que decía a su hermana mayor:

—Jane, ahora tengo yo que ocupar tu sitio, y tú has de colocarte más abajo, porque no debes olvidar que soy una señora casada.

No era presumible que el tiempo diera a Lydia una sensatez de la que había carecido siempre. Su buen humor y su frescura iban en aumento. Deseaba con ansiedad ver a la señora Philips, a los Lucas y a todo el resto del vecindario y oírse llamar señora Wickham por cada uno de ellos; y para aprovechar bien el tiempo, después de comer fue a enseñar su anillo y a darse tono de señora casada ante la señora Hill y las dos criadas.

—Bueno, mamá —dijo cuando se encontraron de nuevo reunidas en la salita del desayuno—, ¿qué me dices de mi marido? ¿Verdad que es un hombre encantador? Estoy segura de que me tienen envidia mis hermanas. Sólo deseo que cada una de ellas tenga la mitad de la suerte que yo he tenido. Deberían ir todas a Brighton. Es un lugar ideal para pescar marido. ¡Qué lástima, mamá, que no pudiéramos ir todos!

—Eso creo yo también; y si hubiese dependido de mí, habríamos ido, pero, querida Lydia, me apena que tengas que ir tan lejos. ¿Es inevitable ese traslado tan largo?

—¡Claro, tengo que ir, y a mí me parece muy bien! Lo prefiero a cualquier otro gusto que ahora pudiesen ofrecerme. Papá y tú y mis hermanas tienen que ir a vernos. Pasaremos el invierno en Newcastle; supongo que allí se organizarán bailes y yo me encargaré de buscar buenas parejas para mis hermanas.

—¡Eso sería mi mayor satisfacción! —exclamó la señora Bennet.

—Y después, cuando regresen a Longbourn, una o dos de

mis hermanas pueden quedarse allí. Antes de que termine el invierno espero poderles encontrar un buen marido.

—Muchas gracias por lo que a mí se refiere —dijo Lizzy—, pero no me gusta tu sistema de búsqueda.

Los recién casados sólo podían permanecer con ellos diez días, porque a Wickham le habían entregado el nombramiento antes de salir de Londres y tenía que incorporarse a su nuevo destino antes del quince.

Con excepción de la señora Bennet, nadie de la familia lamentó que su estancia fuese tan breve. Ésta aprovechó la mayor parte del tiempo para visitar a todas las amistades en compañía de su hija y para organizar frecuentes fiestas de sociedad en su casa.

De acuerdo con las sospechas de Lizzy, el afecto de Wickham por Lydia no era igual al que ella sentía por él. No tardó mucho en comprender que la fuga de la pareja se había debido más al amor que su hermana le profesaba que al que movía a Wickham. Le hubiese extrañado mucho que, sin encontrarse enamorado de su hermana con pasión, se le hubiera ocurrido raptarla; pero las circunstancias difíciles que atravesaba le habían aconsejado hacerlo.

Lydia lo amaba con verdadera locura. Hablaba de su querido Wickham sin cesar, y nadie podía compararse a él. Consideraba que su marido lo hacía todo mejor que cualquier otro hombre del mundo y estaba segura de que el día 1.° de septiembre mataría más pájaros que cualquier otro habitante de la región.[1]

A los pocos días de su llegada, mientras se hallaba sentada una mañana en compañía de sus hermanas mayores, dijo a Lizzy:

—Lizzy, creo que aún no te he explicado todos los detalles de mi boda. Tú no estabas presente cuando se los expuse a mamá. ¿No te interesa saber cómo se arregló todo?

—En realidad, no —repuso Lizzy—; me parece que no conviene a nadie hablar mucho de eso.

—¡Qué estrambótica eres, caramba! Porque aunque no quieras vas a oír cómo fue todo. Nos casamos en San Clemente, ¿sabes?, porque el alojamiento de Wickham pertenecía a aquella misma parroquia. Habíamos acordado reunirnos todos allí a las once. Mis tíos y yo teníamos que ir juntos, y los demás nos esperarían en la puerta de la capilla. Entonces, llegó la mañana del lunes. Yo estaba muy intranquila, porque temía que cual-

1 Expresión inglesa *(He will kill many birds on the first september)* empleada para manifestar el optimismo que se siente, ya que la mencionada fecha marca el comienzo del período de caza.

quier imprevisto nos obligara a aplazar la boda, en cuyo caso creo que me hubiese desesperado. Mientras me estaba vistiendo, mi tía no hacía más que hablarme, como si me estuviese dedicando un sermón. Pero yo no la escuchaba, porque como puedes suponer, estaba pendiente tan sólo de Wickham y sentía verdadera impaciencia por ver si acudiría a la ceremonia vestido con la casaca azul.

A las diez almorzamos, como de costumbre. Yo creía que aquello no terminaría nunca, porque debo hacerles saber que, durante mi estancia con ellos, mis tíos se portaron conmigo de un modo terriblemente desagradable. Me crean o no, les diré que ni una sola vez puse un pie más allá de la puerta de la casa y eso que permanecí allí quince días. ¡Ni reuniones, ni excursiones, ni nada! Es cierto que en Londres había poca gente, pero también lo es que el Little Theatre, por ejemplo, está siempre abierto. Entonces, en el preciso instante en que el coche se detenía ante la puerta para recogerme se presentó en casa un tipo horrible llamado Stone, que iba a hablar de negocios con el tío. Yo sabía que cuando se reunían nunca terminaban de tratar los asuntos que se traían entre manos y por eso temía que llegáramos tarde y no pudiéramos casarnos hasta el otro día. Pero afortunadamente el tío levantó la sesión a los diez minutos y enseguida nos pusimos en marcha. Sin embargo, recordé después que, aunque él no hubiera podido acompañarme, no había sido necesario aplazar la boda, puesto que podía haberlo reemplazado el señor Darcy.

—¿El señor Darcy? —repitió Lizzy asombradísima.

—Sí, tenía que acompañar a Wickham, ¿comprendes? Pero..., ¡oh, Dios mío, qué distracción la mía! No tenía que haber dicho una sola palabra sobre esto... Se lo prometí a los dos formalmente... ¿Qué diría Wickham si se enterase? Debía guardar el secreto...

—Si debías guardar el secreto —repuso Jane—, no digas ni una palabra más. No vayas a creer que tengo interés en conocer algo más.

—Efectivamente —añadió Lizzy, a pesar de que se moría de curiosidad—, no te haremos ninguna pregunta.

—Se los agradezco —dijo Lydia—, porque sé que si me preguntasen, se los contaría todo, y luego Wickham se enojaría conmigo.

Ante tan manifiesta invitación a que se le preguntase más, Lizzy no tuvo más remedio que marcharse para resistir la tentación.

Pero vivir ignorando deliberadamente un punto tan esencial era imposible o, por lo menos, lo era abstenerse de obtener información. Darcy había estado presente en la boda de su hermana, y esta escena era en la que menos podía figurar él, porque los actores que iban a actuar en ella eran los menos indicados para forzarlo a tomar parte. Por el cerebro de Lizzy cruzaron, rápidas y turbulentas, numerosas conjeturas sobre lo que podía significar eso, pero ninguna la satisfizo. Le parecían demasiado improbables aquellas que más la halagaban, porque representaban la conducta de Darcy elevada al más alto grado de lealtad.

Finalmente no pudo soportar tanta incertidumbre y, tomando de pronto un papel y una pluma, escribió a su tía una breve carta en que le pedía información sobre lo que Lydia acababa de decir, si es que resultaba compatible con el secreto que al parecer debía guardarse.

Usted comprenderá con facilidad —le decía— *la curiosidad que me domina por saber cómo una persona que no tiene nada que ver con nosotros y, pudiéramos decir, extraña totalmente a nuestra familia, se encontraba entre ustedes en tan importante momento. Le agradeceré infinitamente que a vuelta de correo me escriba explicándome el caso, a no ser que, por razones de imprevisible trascendencia, tal circunstancia tenga necesariamente que permanecer en el secreto, según opina Lydia; y si es así tendré que resignarme a ignorarlo todo.*

"De ninguna manera podré resignarme", se dijo Lizzy y terminó de escribir la carta.

Y le advierto, querida tía, que si no me lo explica usted de una manera fiel y convincente, me veré obligada a recurrir a estratagemas o a pretextos astutos para enterarme.

Jane tenía en demasiada estima el concepto del honor para atreverse a insinuar nada a Lizzy sobre lo que Lydia había dicho. Y ésta se alegró en aquella ocasión de que fuese tan discreta. Prefería no tener confidentes hasta ver si sus preguntas recibían la adecuada respuesta.

CAPÍTULO LII

Rápidamente llegó una contestación a la carta de Lizzy, lo que le produjo una gran satisfacción. Tan pronto se la entregaron corrió al bosquecillo, buscando un lugar donde nadie la interrumpiera, se sentó en uno de los toscos bancos que por allí había y se dispuso a gozar de las buenas noticias que esperaba, porque la extensión de la carta así lo hacía presumir.

Distrito de Gracechurch (Londres). 6 de septiembre

Mi querida sobrina: Hace unos instantes recibí tu carta y voy a dedicar toda la mañana a dar cumplida contestación a su contenido, porque preveo que una breve exposición no sería suficiente para comunicarte todo cuanto tengo que decir.

En primer lugar he de confesarte que me ha sorprendido tu ruego. No lo esperaba. A tu tío le ha producido tanta extrañeza como a mí, ya que a no ser por la seguridad que tenía de que tú estabas muy interesada en eso, de otra forma no hubiese obrado como lo ha hecho. Pero si realmente ignoras de qué se trata, tendré que ser más explícita.

Precisamente el mismo día de mi llegada de Longbourn, mi esposo recibió una visita que nunca hubiera esperado. El señor Darcy vino a casa y estuvo varias horas encerrado con él. En el momento de mi llegada, la conferencia había terminado, de modo que mi curiosidad no se sintió tan atormentada como parece haberlo estado la tuya. Venía a comunicar a tu tío que acababa de descubrir el paradero de tu hermana y de Wickham, añadiendo que los había visto y hablado con ellos, en especial con Wickham; con Lydia sólo había hablado una vez.

De lo que yo pude enterarme dedujo que el señor Darcy salió del condado de Derby un día después que nosotros y llegó a Londres decidido a encontrarlos. Según manifestó, el motivo que lo impulsó a hacer esto fue su convicción de que nadie sino él tenía la culpa de que la verdadera personalidad de Wickham no hubiera sido suficientemente conocida para evitar que cualquier muchacha decente se enamorase de él o le depositara su confianza. Con inverosímil generosidad lo atribuía todo a su equivocado orgullo y reconocía que, hasta entonces, no le había parecido oportuno exponer a nadie los detalles de su vida privada. Por lo tanto, estimó como un deber de conciencia hacer cuando estuviera a su alcance para remediar el mal que él mismo había ocasio-

nado. Si además de éste existía otro motivo, estoy segura de que no se trataba de nada censurable. El caso es que él estaba en posesión de una pista que nosotros desconocíamos.

Según parece, hay una señora, apellidada Younge, que hace muchos años fue institutriz de la hermana de Darcy, y a quien éste despidió por algún hecho reprobable, aunque no ha revelado de qué se trataba. Ella alquiló entonces una casa bastante amplia en la calle Edwards y desde aquella fecha se ha ganado la vida realquilando habitaciones. Darcy conocía la existencia de una amistad muy íntima entre dicha señora y Wickham, y el primer paso que dio al llegar a la Capital fue ir a visitarla para pedirle noticias respecto a este último. Sin embargo, tuvo que esperar dos o tres días antes de obtener de ella lo que le interesaba. Supongo que la referida señora se negaba a traicionar la confianza que los fugitivos le habían conferido si no mediaba una buena recompensa, porque lo cierto es que la señora conocía el paradero de su antiguo amigo. En efecto, había recibido la visita de Wickham en cuanto éste llegó a Londres, y si le hubiese sido posible a la señora Younge admitirlos en su casa, habrían quedado instalados en ella inmediatamente.

*Por fin el señor Darcy logró obtener las señas que buscaba. Vivían en la calle ***. Darcy se entrevistó con Wickham y luego insistió en ver a Lydia. Según nos indicó, su intención principal era persuadirla de que reflexionara seriamente sobre la deshonrosa situación en que se hallaba y regresara al hogar paterno tan pronto como lograra ser admitida en él, ofreciéndole para eso todo el apoyo necesario. Pero se encontró con que Lydia estaba absolutamente resuelta a seguir adelante. Su familia no le importaba en absoluto, no precisaba la ayuda de Darcy ni quería oír hablar de nada relativo a abandonar a Wickham. Tenía la seguridad de que un día u otro se casarían y le importaba muy poco que esto fuera pronto o tarde.*

Convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, Darcy comprendió que lo único que podía hacer era encaminar a éstos a asegurar y adelantar una boda que, según había podido deducir de su primera conversación con Wickham, él no tenía intención de llevar a cabo. Éste confesó que se había visto obligado a abandonar el regimiento a consecuencia de ciertas deudas de honor muy apremiantes y no dudó en atribuir exclusivamente las consecuencias de la fuga de Lydia al loco atolondramiento de la joven enamorada. Se proponía renunciar inmediatamente a su empleo y no podía hacer conjeturas respecto a su futuro.

Sabía que tendría que ir a alguna parte, pero ignoraba adónde; lo único que pudo asegurar es que no contaría con ningún medio de vida. Darcy le preguntó por qué no se había casado ya con Lydia, puesto que aunque su padre no estaba considerado como hombre de mucha fortuna, en cualquier caso podría hacer algo por él, y su propia situación se beneficiaría con aquel matrimonio. Pero por la contestación recibida comprendió Darcy que Wickham confiaba más en conseguir una fortuna casándose con otra muchacha. Y no era probable, por otra parte, que en las circunstancias en que se hallaba pudiera resistir la tentación de aceptar una solución inmediata.

Como había mucho que discutir, se entrevistaron varias veces. Naturalmente Wickham exigía siempre más de lo que podía obtener, pero por fin se vio obligado a entrar en razón.

Cuando todo quedó concertado entre ellos, el señor Darcy decidió comunicar a tu tío todo lo ocurrido y la noche anterior a mi regreso estuvo en casa. Pero no pudo ver a tu tío. El señor Darcy se enteró de que tu padre estaba todavía en Londres, pero que iba a salir hacia Longbourn a la mañana siguiente. Juzgó entonces que tu padre no era la persona más indicada para consultar el caso y por consiguiente aplazó la visita. No dejó su nombre y hasta el día siguiente se supo tan sólo que se trataba de un caballero que había venido para hablar de un asunto de interés. Volvió el sábado. Tu padre se había marchado ya y tu tío se hallaba en casa, y así fue como celebraron la primera conferencia.

Volvieron a reunirse el domingo, y entonces fue cuando se envió un recado urgente a Longbourn. Pero nuestro visitante se mostró muy obstinado. Me atrevo a asegurar, mi querida Lizzy, que el verdadero defecto de su carácter es la terquedad. Todo lo que había que hacer lo hacía él mismo, y eso me consta positivamente (y no te lo digo para que se lo agradezcas y por eso te ruego que no hables con nadie sobre este particular) que tu tío lo hubiese arreglado todo con mucho gusto.

Durante largo rato estuvieron batallando y haciendo, tal es la verdad, más de lo que merecían la dama y el caballero en cuestión. Pero finalmente tu tío tuvo que ceder y, en lugar de ser él quien ayudara a su sobrina, tuvo que resignarse a aparentarlo, papel que aceptó muy a regañadientes. Por eso sospecho que tu carta le ha provocado una enorme satisfacción, porque la explicación que pides servirá para poner las cosas en su lugar y hará recaer el elogio en la persona que realmente lo merece.

Pero todo esto, Lizzy, debe quedar entre nosotras dos, y sólo Jane puede saberlo. Supongo que está enterada de todo cuanto se ha hecho por la joven pareja. Van a ser pagadas las deudas de Wickham que, según creo, ascienden a bastante más de mil libras; se han añadido a la dote de Lydia otras mil y se ha comprado el empleo de Wickham. Antes te he expuesto el motivo que ha impulsado al señor Darcy a hacer todo esto: su opinión de que se debió a su imprudente reserva todo lo ocurrido, por no saberse, a causa de él, quién era Wickham; lo cual permitió que éste gozara del inmerecido aprecio y consideración de la sociedad. Es posible que haya algo de cierto en todo esto, aunque dudo de que su reserva o la de cualquier ser humano fuese la verdadera culpable de lo ocurrido. Sin embargo, puedes estar segura, querida Lizzy, de que a pesar de todas estas buenas palabras, tu tío nunca lo hubiese consentido de no haber supuesto todos nosotros en él "otro interés" en el asunto.

Después de convenirse todo esto, regresó Darcy al lado de sus amigos, que aún se hallaban en Pemberley. Pero según había prometido, regresó a Londres para asistir a la boda, y entonces se acabaron de resolver los últimos detalles relativos al dinero.

Con esto creo que ya te lo he dicho todo. Por tus manifestaciones me atrevo a deducir que este relato te causará gran sorpresa, pero al mismo tiempo espero que no te disguste. Lydia vino a vivir con nosotros y Wickham fue recibido en casa cuantas veces quiso. Era exactamente el mismo que conocí en el condado de Hertford. No quisiera referirme a lo poco satisfecha que he quedado del comportamiento de Lydia mientras convivió con nosotros y si lo hago es porque me doy cuenta, por una carta que recibí de Jane el miércoles pasado, de que su conducta para con ustedes ha sido muy parecida; por lo tanto, no puede disgustarte lo que voy a comunicarte ahora más de lo que debes estarlo ya. En varias ocasiones le dirigí severos reproches criticándole su mala acción y el disgusto que había causado a la familia. Creo que si llegó a oírme fue por casualidad, porque estoy segura de que nunca me prestó atención. A veces parecía que iba a dominarme la indignación, pero pensaba en mis queridas Lizzy y Jane, y en atención a ellas lo soportaba todo con paciencia.

El día después de la boda vino el señor Darcy a comer con nosotros. Tenía el propósito de abandonar de nuevo la Capital el miércoles o el jueves. Espero que no te enfades con-

migo, querida Lizzy, si aprovecho esta oportunidad para manifestarte que lo encuentro muy simpático. Su conducta para con nosotros me ha recordado en todo momento la que pude observar en él cuando estuvimos en el condado de Derby. Me encantan su inteligencia y sus opiniones; sólo le falta un poco de buen humor, y si tiene la necesaria "prudencia" para casarse, su esposa le enseñará a ser tan jovial como ella. Lo encontré muy reservado, y apenas mencionó tu nombre. Pero parece que la reserva está de moda.

Perdóname por haber hecho demasiadas suposiciones, o al menos no tomes represalias conmigo excluyéndome de "P". No estaré satisfecha hasta haber dado toda la vuelta al parque. Un faetón bajo con un precioso par de jaquitas sería lo más adecuado... Pero no puedo hacer más larga la carta, porque hace media hora que los niños me están echando de menos.

Sinceramente tuya, M. GARDINER

El estado de agitación en que puso a Lizzy el contenido de esta carta era tal que se hacía muy difícil comprender si dominaba en ella la alegría o la pena. La inseguridad respecto a lo que podía haber hecho el señor Darcy para favorecer la boda de su hermana la hacía alimentar vagas esperanzas que no se atrevía a fomentar. Por una parte, porque implicaban muestras de bondad en exceso magnánimas para ser posibles; y por otra, temía que tuviesen fundamento, porque tendría que humillarse al quedar agradecida. Darcy había ido expresamente detrás de ellos a Londres; había emprendido la tan laboriosa tarea de realizar una humillante investigación, a lo largo de cuyo desarrollo se había visto obligado a suplicar a una mujer que aborrecía y a visitar con frecuencia, a persuadir y finalmente a sobornar al hombre de quien con más anhelo deseaba apartarse y cuyo solo nombre le repugnaba. Y todo esto lo había hecho por una muchacha a la que no podía apreciar en absoluto. Lizzy escuchó una vez de su propio corazón que le decía que lo había hecho por ella misma.

Pero esta esperanza se desvanecía enseguida ante otras consideraciones, y al momento sintió que ni su propia vanidad era suficiente para convencerla de que el afecto que Darcy podía sentir por ella, después de haberlo rechazado, fuese capaz de superar un sentimiento tan natural como la repugnancia a emparentar con Wickham. ¡Él, cuñado de Wickham! Cualquier género de orgullo se rebelaría ante tal posibilidad. No podía

ponerse en duda que él había hecho mucho. Lizzy estaba avergonzada de que hubiese hecho tanto. Pero la causa sobre la que había fundamentado su intervención debía ser reconocida, sin esfuerzo alguno, como buena. Parecía normal que Darcy comprendiera su equivocación; era generoso y se hallaba en situación de poder serlo.

Resultaba sumamente doloroso saber que habían contraído una deuda de gratitud con un hombre a quien nunca podrían recompensar de ningún modo. Le debían el rescate de Lydia, su buena reputación, todo. ¡Oh, cuánto lamentaba Lizzy aquellos sentimientos de aversión que había fomentado contra él! Se avergonzaba de sí misma y a la vez se sentía orgullosa de él. Orgullosa de que en un asunto de honor y de compasión hubiese demostrado poseer un dominio absoluto sobre sí mismo. Leía una y otra vez las alabanzas que su tía dedicaba a Darcy. No eran muchas, pero la satisfacían. Incluso llegó a experimentar cierto júbilo, aunque mezclado con un poco de tristeza, al advertir que sus tíos tenían la convicción de que existía afecto y confianza entre ella y Darcy.

De pronto sus reflexiones fueron interrumpidas y se levantó de su asiento al ver que Wickham se acercaba a ella, y antes de que pudiera decir nada habló él:

—Lamento haber interrumpido tu solitaria meditación, querida hermana.

—En efecto, la has interrumpido —repuso ella sonriendo—, pero eso no quiere decir que la interrupción sea mal recibida.

—Me disgustaría mucho si así fuese. Siempre hemos sido buenos amigos y ahora somos algo más que eso.

—Así es. ¿Van a salir los demás?

—Lo ignoro. La señora Bennet y Lydia se van en coche a Meryton. ¿De manera que, según me han dicho nuestros tíos, has estado en Pemberley?

La joven contestó afirmativamente.

—Casi me estás dando envidia y a no ser porque temo recibir una impresión demasiado fuerte, pasaría por allí en mi viaje a Newcastle. Supongo que habrás visto a la vieja ama de llaves. La pobre señora Reynolds me tuvo siempre mucho cariño. Pero seguramente no te habló de mí.

—Sí me habló de ti.

—¿Y qué te dijo?

—Que habías ingresado en el ejército y que temía que... tu decisión acabara mal. Desde tan lejos, compréndelo, las

cosas se ven muy distintas de la realidad.

—En efecto —repuso él, mordiéndose los labios.

Lizzy pensaba que después de esto ya no volvería a hablar, pero al momento continuó:

—Me sorprendí al ver en Londres a Darcy el mes pasado. Nos encontramos varias veces por la calle. Me pregunto qué es lo que puede estar haciendo allí.

—Quizás esté preparando su boda con la señorita de Bourgh —repuso Lizzy—. Sea lo que sea, ha de tratarse de algo muy importante para que permanezca allí en esta época del año.

—No cabe duda. ¿Se vieron durante su estancia en Lambton? Creo haber oído decir a los Gardiner que sí.

—Sí, nos presentó a la señorita Darcy.

—¿Y la encontraste simpática?

—Mucho.

—Ciertamente, tengo referencias de que durante estos dos últimos años ha mejorado notablemente. La última vez que la vi no prometía mucho. Celebro de verdad que te pareciera una joven agradable. Confío en que llegará a ser algo.

—Así lo creo, puesto que ha pasado ya la edad crítica.

—¿Pasaron por Kympton?

—En este momento no me acuerdo.

—Lo digo porque es la parroquia que me correspondía. ¡Un lugar delicioso! ¡Una magnífica casa rectoría! Me hubiera convenido desde todos los puntos de vista.

—Pero ¿te hubiese gustado echar sermones?

—Muchísimo. Lo había considerado como una parte de mi misión y no hubiera tardado en hacerlo sin esfuerzo alguno. Ahora ya no es tiempo de quejarme, pero realmente hubiese sido una cosa tan agradable para mí... La tranquilidad, el aislamiento de una existencia austera hubieran colmado todos mis anhelos de felicidad... Pero eso no se había preparado para mí. ¿No oíste decir algo a Darcy de todo esto mientras estuviste en Kent?

—Lo que supe, creo que de fuente bien autorizada, fue que el beneficio eclesiástico se te concedió sólo condicionalmente y a voluntad del actual beneficiario.

—¿Eso te dijeron? Sí, algo había de eso. Recordarás que te lo expuse cuando hablamos de ello por primera vez.

—También oí decir que durante cierta época no parecías tan aficionado a echar sermones como ahora y que incluso declaraste formalmente que renunciabas a ser clérigo.

—¿También te dijeron eso? De modo que no deja de ser

cierto. Recuerda, si no, lo que te dije sobre este particular.

Estaban ya casi en el umbral de la entrada, porque ella había procurado andar velozmente para librarse de él, y no queriendo enojarlo por consideración a su hermana, cuando le dijo con una sonrisa jovial:

—Bien, Wickham, ahora somos hermanos, ¿entendido? Olvidemos el pasado. En lo sucesivo espero que estemos siempre de acuerdo.

Le ofreció la mano, que él besó con afectuosa galantería, aunque nervioso y sin saber a dónde ni cómo mirar, y entraron en la casa.

CAPÍTULO LIII

El escarmiento que recibió Wickham con esta conversación hizo que nunca más volviera a hacer menciones inapropiadas ni a provocar a su cuñada con nuevas insinuaciones.

Por fin llegó el día en que él y Lydia tenían que marcharse, y la señora Bennet tuvo que resignarse a aceptar una separación que, por la negativa de su marido a trasladarse todos a Newcastle, iba a prolongarse por lo menos un año.

—¡Oh, querida Lydia! —exclamó—. ¿Cuándo nos volveremos a ver?

—¡Dios mío! No lo sé. Quizá pasen dos o tres años...

—Escríbeme con frecuencia, querida.

—Lo haré tan a menudo como pueda. Pero ya sabes, mamá, que las mujeres casadas no tienen mucho tiempo para escribir. Mis hermanas pueden hacerlo. Apenas tendrán otras ocupaciones.

La despedida de Wickham fue mucho más afectuosa que la de su mujer. Sonrió con simpatía y dijo muchas frases bonitas.

—Es un hombre muy agradable —dijo el señor Bennet cuando los recién casados se hubieron ido—, nunca conocí otro igual. Sonríe como un tonto, pone cara de cándido y nos hace el amor a todos. Estoy orgulloso de él. Desafío al mismo William Lucas a que nos presente un yerno más aceptable.

La señora Bennet quedó sumida en una profunda tristeza durante algunos días por la pérdida de su hija.

—A veces pienso que nada hay tan amargo como separarse de los seres queridos —decía—. Se encuentra una tan abandonada sin ellos...

—¿Ves, mamá? Ésta es la consecuencia de casar a una hija —repuso Lizzy—. Esto te consolará de que las otras cuatro continuemos solteras.

—Nada de eso. Lydia no me deja por haberse casado, sino tan sólo porque el regimiento de su marido está de guarnición tan lejos. Si hubiese estado más cerca, no se hubiera marchado tan pronto.

Pero de inmediato desapareció el estado de abatimiento en que la dejó esta circunstancia y no tardó en entregarse de nuevo a la esperanza como consecuencia de ciertas noticias que empezaron a circular. El ama de llaves de Netherfield había recibido orden de preparar la casa, ya que el dueño iba a llegar en uno o dos días con objeto de pasar una semana de caza. Henchida de satisfacción, la señora Bennet no encontraba cómo componerse. O la miraba a Jane, o sonreía, o meneaba la cabeza muy expresivamente. La señora Philips, que fue quien llevó la noticia, le dijo:

—Bien, bien; de modo que viene el señor Bingley, hermana. Tanto mejor. No es que me interese mucho, la verdad. Ya sabes que esto no significa nada para nosotros y, además, te aseguro que no deseo volver a verlo. A pesar de todo, sea bienvenido a Netherfield si ése es su gusto. ¿Y quién sabe lo que puede ocurrir? Pero no me importa. Recuerda que hace tiempo convinimos en no volver a decir ni una palabra de esto. Entonces, ¿es seguro que viene?

—No lo dudes —repuso la otra—, la señora Nichols estuvo en Meryton anoche. Yo la vi pasar y salí para enterarme de si era cierto. Ella me manifestó que sí. El señor Bingley llegará el jueves, como tarde, lo más probable es que el miércoles. La señora Nichols añadió que tiene ya seis patos a punto de ser sacrificados.

Jane no podía oír hablar de la llegada de Bingley sin ponerse colorada. Hacía muchos meses que no había pronunciado su nombre en presencia de Lizzy; pero ahora, en cuanto estuvieron solas, dijo:

—Cuando comentaba hoy la tía lo que se dice por ahí he visto que me mirabas. Ya sé que piensas que estaba turbada, pero me puse nerviosa en ese momento porque comprendí que todos me iban a mirar. Te aseguro que la noticia no me causó la más mínima impresión. Pero me alegro de que venga solo, porque así lo veremos menos. No es que tenga miedo de mí misma, pero me molestan los comentarios maliciosos de la gente.

Lizzy no sabía cómo juzgar aquel inesperado regreso. Si

no hubiese visto a Bingley en el condado de Derby, hubiera creído lo que suponían los comentaristas; pero sospechaba que aún su interés por Jane seguía vivo y se preguntaba si llegaría con el consentimiento de su amigo o si se habría atrevido a hacerlo sin su autorización.

"En cualquier caso es fastidioso", reflexionaba a veces Lizzy, "que no pueda venir a una casa que tiene legalmente alquilada sin provocar gran expectación. Será mejor dejarlo en paz."

A pesar de lo que decía su hermana respecto de la llegada de Bingley, Lizzy podía ver fácilmente que Jane se sentía afectada por aquel acontecimiento. Estaba más turbada, más desconcertada que nunca.

Aquel asunto, que tan apasionadamente había sido discutido entre sus padres un año antes, volvía a ser el tema central de las conversaciones.

—Sobra decir, querido —indicó la señora Bennet—, que tan pronto como haya llegado el señor Bingley tendrás que hacerle una visita de cumplido.

—No, no lo haré. Ya me obligaste a visitarlo el año pasado, asegurándote que si iba a venir se casaría con una de mis hijas, y como has visto, todo quedó en la nada. No quiero dar más pasos en falso.

Su esposa insistió en la necesidad absoluta de efectuar aquella visita de cortesía.

—Eso es una etiqueta que yo desprecio —replicó el señor Bennet—. Si el señor Bingley desea nuestra compañía, que venga a buscarla. Ya sabe dónde vivimos. Me molesta perder el tiempo yendo detrás de mis vecinos cada vez que se ausentan o regresan.

—Lo único que yo sé es que supondrá una grosería abominable el hecho de que te abstengas de visitarlo, pero sea como sea, yo estoy decidida a invitarlo a comer. He invitado a la señora Long y a los Goulding, de manera que con nosotros resultaremos trece; quedará, entonces, el sitio justo para él.

Hallando consuelo en su propia resolución, pudo soportar mejor la indiferencia de su marido; aunque la mortificaba mucho saber que, como consecuencia de su descortesía, todos los vecinos verían a Bingley antes que ellos. Entretanto se aproximaba el día de la llegada.

—Empieza a parecerme mal que venga —dijo Jane a su hermana—. Yo creo que sabría comportarme con completa indiferencia, pero lo que no puedo resistir es que se esté hablando continuamente de él. Mamá lo hace con buen fin, pero nadie

sabe lo que sufro con lo que ella dice. ¡Qué feliz seré cuando se haya acabado su estancia en Netherfield!

—Quisiera decirte algo que pudiese servirte de consuelo —repuso Lizzy—, pero eso es completamente imposible; ni siquiera puedo aconsejarte paciencia, porque sé que no hay quien te supere en eso.

Llegó por fin Bingley. La señora Bennet, con la ayuda de los criados, se las arregló para ser la primera en enterarse del hecho, y con eso aumentaron su mal humor y su impaciencia. Contaba los días que tenían que transcurrir antes de que le fuera posible enviar la invitación, porque no tenía esperanza alguna de poder verlo antes. Pero a los tres días de su llegada al condado de Hertford lo vio por la mañana, desde la ventana de su tocador, entrando a caballo por el pastizal y dirigiéndose hacia la casa. Inmediatamente llamó a sus hijas para que participaran de su júbilo. Jane, sin embargo, no prestó atención y siguió sentada en su sitio habitual, junto a la mesa; pero Lizzy se acercó a la ventana para complacer a su madre. Miró, vio que el señor Darcy iba con él, y volvió a sentarse al lado de su hermana.

—Viene un caballero con él, mamá —dijo Kitty—; ¿quién será?

—Debe de ser algún amigo suyo, no lo conozco.

—¡Fíjate! —continuó Kitty—. Se parece a aquel individuo que solía ir siempre con él... El señor... ¿cómo se llamaba? Aquel señor alto, orgulloso.

—¡Santo, Dios! ¡El señor Darcy! Y juraría que lo es... Bueno, cualquier amigo del señor Bingley será siempre recibido en nuestra casa, aunque he de confesar que preferiría no verlo.

Jane miró a Lizzy con sorpresa y preocupación. Sabía muy poco respecto de su encuentro en el condado de Derby y sufría por la turbación que sentiría su hermana al verlo por primera vez después de recibir su carta aclaratoria. Las dos hermanas se hallaban bastante desconcertadas. Cada una sufría por la otra y, naturalmente, por sí misma. Entretanto, su madre seguía hablando de la antipatía que le inspiraba Darcy y de su resolución de testimoniarle tan sólo la afabilidad que merecía en su calidad de amigo de Bingley.

Pero los motivos que inquietaban a Lizzy y que Jane no podía sospechar, ya que no conocía la carta de la señora Gardiner ni el cambio de sentimientos de su hermana para con Darcy, eran otros. Para Jane, éste era solamente el hombre cuya declaración de amor había rechazado Lizzy y cuyo mérito había

menospreciado. Pero para Lizzy, mejor enterada, Darcy era la persona a la cual toda la familia debía el mayor de los favores y a quien ella consideraba con un interés si no tan cariñoso, por lo menos tan razonable y justo como el que Jane sentía por Bingley. Su asombro de que volviera a Netherfield y al mismo Longbourn, y que por su propia iniciativa fuese en busca de ella, era casi igual al que había experimentado al advertir su cambio de conducta en el condado de Derby. El color, que se había retirado de sus mejillas, volvió a ellas aún más vivo durante medio minuto, y una sonrisa de satisfacción feliz aumentó el brillo de sus ojos al pensar que el afecto y los anhelos de Darcy debían de continuar siendo los mismos. Pero no acababa de creerlo.

"Primero observaré cómo se comporta", se dijo, "y luego ya habrá tiempo de entregarse a la esperanza."

Se esforzó en mostrarse tranquila y no se atrevió a levantar los ojos hasta que una ansiosa curiosidad la indujo a dirigir la mirada a su hermana al advertir que el criado se acercaba a la puerta. Jane estaba algo más pálida que de costumbre, pero más serena de lo que Lizzy esperaba.

Al aparecer los dos caballeros se ruborizó ligeramente; sin embargo, los recibió con bastante naturalidad y sin ningún ademán ni palabra que indicara resentimiento o innecesaria complacencia.

Lizzy dijo a cada uno de ellos lo menos que la buena educación permitía y volvió a sentarse para continuar su labor. Solamente se atrevió a mirar una vez a Darcy. Éste estaba tan serio como de costumbre, e incluso le pareció que lo estaba más de lo que solía estarlo en Hunsford o en Pemberley. Pero quizá no podía observar la misma actitud en presencia de su madre que cuando se hallaba entre sus tíos. Era una suposición penosa, pero no imposible.

A Bingley también lo vio un solo instante y le pareció a la vez satisfecho y apurado. La señora Bennet lo recibió con tan exagerada afabilidad, que avergonzó a sus dos hijas, particularmente cuando la comparaban con el ceremonioso y frío recibimiento que dispensó a su acompañante. En especial Lizzy, que sabía que su madre debía a este último el hecho de haber salvado a su hija de una irremediable deshonra, se sentía profundamente disgustada por aquella injusta distinción.

Después de preguntar a Lizzy por sus tíos, pregunta a la que ella no pudo contestar sin cierta turbación, Darcy apenas dijo nada más. No estaba sentado a su lado, y tal vez era ésta la razón de su silencio; pero no había sucedido lo mismo en el con-

dado de Derby. Allí había hablado con sus tíos cuando no podía conversar con ella. Pero ahora transcurrieron algunos minutos sin dejar oír su voz, y cuando, incapaz de resistir su curiosidad, dirigía la mirada a su rostro, Lizzy lo sorprendía siempre con los ojos puestos en Jane tanto como en ella misma y a veces mirando simplemente al suelo. Evidentemente se mostraba pensativo y con menos anhelo de hacerse agradable que la última vez que se encontraron. Lizzy estaba desilusionada y sentía rencor contra sí misma por la decepción que experimentaba.

"Esto era de esperar", decía para sí misma. "Y no obstante, ¿por qué ha venido?"

No estaba de humor para hablar con nadie más que con él y, sin embargo, no se atrevía a dirigirle la palabra.

Le preguntó por su hermana, pero fue lo único que pudo hacer.

—Hace ya muchos meses que se marchó usted, señor Bingley —dijo la señora Bennet—; empezaba a temer que no volviera nunca más. Incluso llegó a afirmarse que pensaba abandonarnos definitivamente para instalarse en San Miguel; pero confío en que eso no será cierto. Ha habido muchas novedades en el vecindario desde que usted se marchó. La señorita Lucas se casó, y una de mis hijas ha contraído matrimonio también. Supongo que ya debe de saberlo usted, seguramente lo habrá leído en los periódicos. Sé que el *Times* y el *Crurier* publicaron la noticia, aunque no en la debida forma. Sólo decían: *El señor Jorge Wickham, con la señorita Lydia Bennet*, pero sin añadir ni una palabra relativa a quién era el padre de la novia, ni dónde vivía, ni nada. Mi hermano fue quien redactó la noticia y no acierto a comprender cómo pudo cometer semejante torpeza. ¿La leyó usted?

Bingley contestó afirmativamente y le dio la enhorabuena. Lizzy no se atrevía a levantar los ojos y por consiguiente no le fue posible ver qué cara ponía Darcy.

—Naturalmente es muy agradable tener una hija casada —prosiguió la madre—, pero al mismo tiempo, señor Bingley, resulta muy penoso que la hayan alejado de mi lado. Se han ido a Newcastle, una región muy al norte, según parece, e ignoro cuánto tiempo deberán permanecer allí. Su regimiento está de guarnición en aquella localidad, porque lo supongo enterado de que Wickham abandonó la milicia para ingresar en el ejército. Podemos agradecer a Dios que aún le queden algunos amigos, aunque quizá no tantos como merece.

Lizzy comprendió que todo aquello iba contra Darcy y se sentía tan profundamente avergonzada, que apenas pudo estar quieta en su silla. Sin embargo, esto la indujo irresistiblemente a hacer un esfuerzo para hablar, y preguntó a Bingley si esta vez pasaría mucho tiempo en el campo.

—Unas cuantas semanas... —contestó él.

—Cuando haya exterminado usted todas las aves de su hacienda, señor Bingley —dijo la señora Bennet—, puede venir aquí a cazar tantas como quiera, en el coto de mi esposo. Estoy segura de que a él le gustará poder complacerlo y le reservará las mejores bandadas de pájaros.

Ante tan innecesaria y oficiosa atención, el mal humor de Lizzy alcanzó su grado extremo. Estaba convencida de que sus ilusiones y esperanzas acabarían, como el año anterior, de la misma desgraciada manera. En aquellos momentos comprendió que años enteros de felicidad no compensarían a Jane y hasta a ella misma aquellas horas de dolorosa confusión.

"Mi deseo más ferviente", se dijo Lizzy, "es no encontrarme nunca más con ninguno de los dos. Su compañía no causa agrado alguno que pueda contrarrestar semejante engorro. ¡Ojalá no los vuelva a ver!"

No obstante la angustia mortal que inexorablemente se había apoderado de ella, recibió un ligero alivio al observar que la belleza de su hermana despertaba de nuevo la admiración de su antiguo adorador. Bingley le había hablado muy poco al llegar, pero a cada minuto que iba transcurriendo demostraba estar más prendado de ella. La encontraba tan hermosa como el año anterior, tan bondadosa y sencilla, aunque no tan locuaz. Jane deseaba evitar que se notara en ella alguna diferencia y estaba realmente persuadida de que hablaba tanto como antes. Pero las reflexiones que invadían su espíritu eran tantas, que no siempre se daba cuenta de que guardaba silencio.

Cuando se levantaron los caballeros para marcharse, la señora Bennet se acordó de sus proyectos y los invitó a comer en Longbourn unos días después.

—Señor Bingley, me debe usted una visita —dijo—, porque cuando se fue a la Capital el invierno pasado prometió venir tan pronto regresara a comer con nosotros en familia. Ya ve usted que no lo he olvidado, y le aseguro que tuve una gran decepción al ver que usted no volvía.

A Bingley pareció desconcertarlo algo este reproche y se excusó expresando lo mucho que lamentó que sus asuntos se lo

hubiesen impedido. Después los dos amigos se marcharon.

La señora Bennet había estado a punto de invitarlos a que se quedaran a comer aquel mismo día, pero aunque su mesa estaba siempre bien servida pensó que se necesitaban dos guisados suculentos, por lo menos, para agasajar a un caballero respecto del cual ella tenía tan ambiciosos planes, y para satisfacer el apetito y el orgullo de otro que disfrutaba de una renta de diez mil libras.

CAPÍTULO LIV

Una vez que se hubieron marchado los visitantes, Lizzy salió de su casa con objeto de dar un ligero paseo que la animara para poder entregarse, sin que nadie la interrumpiera, a aquellos pensamientos que más tenían que desanimarla. La conducta de Darcy la sorprendía y la enojaba.

"¿Por qué ha venido, sabiendo que iba a permanecer callado, con aire grave e indiferente?", se preguntaba.

Pero no podía darse ninguna respuesta satisfactoria.

"En Londres se manifestó amable y simpático con mis tíos. ¿Por qué entonces no lo ha sido ahora conmigo? Si teme mi presencia, ¿por qué viene?; y si le intereso, ¿por qué guarda silencio? ¡Qué hombre tan extraño! ¡No quiero pensar más en él."

Tuvo oportunidad de cumplir esta resolución al acercársele su hermana con aire alegre, revelador de que la visita de los dos caballeros la había satisfecho más que a Lizzy.

—Después de esta entrevista —dijo Jane— me siento completamente tranquila. Soy consciente de mi propia fuerza y sé que su presencia no volverá a desconcertarme. Me alegro de que venga a comer con nosotros el martes, entonces se demostrará que tanto uno como el otro podemos estar juntos como dos personas que se conocen desde hace tiempo y se tratan con absoluta indiferencia.

—Sí, con absoluta indiferencia —repuso Lizzy sonriendo—. ¡Jane, ten cuidado!

—Querida Lizzy, ¿acaso me juzgas tan débil que consideras que me hallo en peligro?

—Creo que a partir de ahora corres el riesgo de enamorarte más que nunca.

Hasta el martes siguiente no volvieron a ver a los caballeros. Entretanto, la señora Bennet vivía entregada a la ilusión de

sus felices proyectos, que la afabilidad habitual y el buen humor de Bingley habían logrado reanimar en media hora de visita.

El día fijado para la comida hubo en Longbourn una reunión muy animada, y las dos personas a quienes con más ansiedad esperaban llegaron puntualmente. Al aparecer, en el comedor estaba Lizzy, impaciente por comprobar si, como había sucedido en todas las reuniones anteriores, Bingley decidiría tomar asiento al lado de su hermana. Al parecer, su madre pensaba lo mismo y por eso se abstuvo de hacerle ninguna insinuación a este respecto. Bingley pareció vacilar en el momento decisivo, pero Jane tuvo el buen acierto de mirarlo con una sonrisa, y todo quedó decidido, tomó asiento a su lado.

Lizzy miró a Darcy con una sensación de triunfo, mirada que él soportó con elevada indiferencia. Ella se hubiera figurado que Bingley había recibido autorización para ser dichoso a no ser porque vio sus ojos igualmente vueltos hacia Darcy con una expresión de inquietud apenas disimulada con una sonrisa.

Aunque más discreta que tiempo atrás, la conducta que evidenció Bingley hacia Jane durante la comida revelaba tal admiración hacia ella, que Lizzy quedó convencida de que si se le permitía obrar con libertad, su felicidad y la de su hermana podrían considerarse aseguradas en un plazo muy breve. Esto la animaba hasta el grado que su humor, no muy alegre, le permitía.

Darcy se había sentado junto a la señora Bennet y estaba separado de Lizzy por toda la distancia de la mesa. La joven no podía oír lo que decían, pero se daba cuenta de que se hablaban muy poco y de que las frases que se dirigían eran demasiado formales y frías. Este gesto grosero de su madre aumentaba el dolor íntimo de Lizzy al pensar en lo que debían al generoso joven, y a veces hubiera renunciado a todo por decirle que su bondad no era ignorada y desdeñada por todos los miembros de la familia.

Albergaba una ligera esperanza de que durante la velada se les presentaría oportunidad de estar solos y de que no terminaría sin antes poder entablar conversación. Ansiosa e intranquila como estaba, le resultó tan fastidioso y exasperante el largo rato que pasó antes de que los caballeros se acercaran a ella, que casi llegó a mostrarse descortés. Esperaba el instante de reunirse con Darcy como si dependieran de él todas las satisfacciones que podía procurarle la velada.

"Si no viene a hablarme", se decía, "lo abandonaré definitivamente".

En el momento de levantarse le pareció a Lizzy que él se

disponía a responder a sus esperanzas; pero ¡ay!, todas las señoras invitadas se habían agrupado en torno a una mesa en que preparaba el té una de las señoritas Bennet. Lizzy, por su parte, servía el café entre un grupo tan compacto de invitados que cerca de ella no quedaba ni el más mínimo espacio para poner una silla.

Darcy se marchó a otro lado del salón. Ella lo siguió con la mirada, envidiando a todas las mujeres que hablaban con él; apenas le quedaba paciencia para servir el café y se hallaba furiosísima consigo misma por ser tan torpe.

"¡Un hombre que ha sido rechazado ya una vez! ¿Cómo he podido ser tan necia para alimentar la esperanza de un nuevo comienzo de su amor? ¿Puede existir algún hombre capaz de ceder hasta el extremo de hacer a una misma mujer dos declaraciones de amor? Para los sentimientos de los hombres no puede haber mayor indignidad."

Sin embargo, se sintió un poco reanimada al ver que iba él mismo a devolver su taza de café vacía y aprovechó la ocasión para preguntarle:

—¿Está todavía en Pemberley la señorita Darcy?

—Sí, se quedará allí hasta la próxima Navidad.

—¿Sola? ¿La han abandonado todos sus parientes y amigos?

—Está con ella la señora Annesley. Los demás se han marchado a Searborough para pasar allí tres semanas.

No acertó a decir más. Pero ¡con qué placer lo habría escuchado si él hubiese deseado seguir hablando! Sin embargo, Darcy permaneció en silencio a su lado durante algunos minutos y, por último, al ver que otras muchachas comenzaban a hacer preguntas a Lizzy, se alejó.

Después de retirarse el servicio de té y de colocarse las mesas de juego, todas las señoras se levantaron, entonces Lizzy confió en que Darcy se le acercaría; pero rápidamente se desvanecieron todas sus ilusiones al ver que su madre la acaparaba y que tomaba asiento con ella entre los jugadores de *whist*. En aquel momento Lizzy perdió toda esperanza de felicidad para el resto de la velada. Uno y otra se hallaban sentados alrededor de distintas mesas. Sólo deseaba que Darcy tuviera la ocurrencia de dirigir la mirada frecuentemente hacia la parte del salón donde ella estaba y que esto lo hiciera jugar tan mal como jugaba ella.

La señora Bennet tenía intención de retener a los dos caballeros de Netherfield para invitarlos a cenar; pero por des-

gracia éstos fueron los primeros en pedir su coche, y la ocasión se esfumó.

—Bien, niñas —dijo tan pronto como quedaron solas—, ¿qué me dicen de esta velada? Me parece que todo ha ido como una seda. La comida ha sido tan suculenta como la que más. Tan apetitoso era el asado que, según me manifestaron algunos comensales, nunca habían saboreado una carne tan deliciosa. La sopa era cincuenta veces mejor que la que nos sirvieron los Lucas la semana pasada; y hasta el mismo señor Darcy tuvo que reconocer que las perdices habían sido condimentadas perfectamente, y eso que él debe disponer de dos o tres cocineros franceses, por lo menos. Querida Jane, jamás te he visto tan hermosa. También lo afirmó así la señora Long cuando yo se lo pregunté. ¿Y qué piensan que añadió? "¡Ah, señora Bennet, por fin vamos a verla a usted en Netherfield!" La señora Long es la mujer más amable del mundo; sus sobrinas son unas muchachas muy bien educadas, aunque bastante feas, pero muy simpáticas.

Resumiendo, la señora Bennet estaba entusiasmadísima. El comportamiento de Bingley para con Jane la había convencido de que ésta lograría al fin pescarlo, y tan exageradas esperanzas concibió de las ventajas que con eso obtendría la familia, que su decepción fue muy grande al ver que al día siguiente no iba él a declararse.

—Ha sido un día muy agradable —dijo Jane a Lizzy—. La concurrencia era muy escogida y cordial. Espero que nos volvamos a reunir muy pronto.

Lizzy sonrió.

—Me disgusta que seas así, Lizzy. No tienes derecho a sospechar de mí. Me mortifica. Te aseguro que ahora he aprendido a disfrutar con su conversación y lo considero sólo como un joven afable y juicioso, sin desear nada más. Por su actual actitud me convenzo ahora de que jamás tuvo intención de enamorarme. Lo que ocurre es que está dotado de un carácter muy afable y de un vivo deseo de hacerse simpático.

—Me desconciertas —repuso su hermana—; no quieres que me sonría y, sin embargo, me estás incitando a hacerlo a cada momento.

—¡Qué difícil es conseguir que le crean a una en ciertos casos!

—¡Y qué imposible en otros!

—Pero ¿por qué intentas insinuar que siento por él más simpatía de la que confieso?

—No puedo contestar a esa pregunta. Las dos decimos muchas cosas, pero sólo las que no importan que los demás sepan. Perdóname, pero si insistes en mostrarte indiferente, no me hagas confidencias.

CAPÍTULO LV

Bingley volvió a presentarse en la casa pocos días después de esta visita, pero esta vez venía solo. Su amigo había salido aquella misma mañana hacia Londres, pero tenía que volver al cabo de diez días. Estuvo con los Bennet más de una hora y se mostró muy jovial. La señora Bennet lo invitó a comer con la familia, pero manifestó que, sintiéndolo mucho, no podía aceptar la invitación porque lo esperaban en otra casa. Añadió que cualquier otra ocasión le sería muy grata y que, si se lo permitían, aprovecharía la primera oportunidad para hacerles otra visita.

—¿Puede usted venir mañana?

—Sí; no tengo ningún otro compromiso —respondió complacido.

Se presentó al día siguiente con tanta puntualidad, que las damas no se habían vestido aún. La señora Bennet fue corriendo a las habitaciones de sus hijas en salto de cama y a medio peinar, gritando:

—Jane, baja enseguida. El señor Bingley ha llegado ya. De verdad, ya está en casa. Sara, ven a ayudar a la señorita a ponerse el vestido. Deje de peinar a Lizzy.

—Bajaremos tan pronto como podamos —repuso Jane—; pero creo que Kitty está más dispuesta que nosotras, porque hace ya media hora que empezó a arreglarse.

—¡Oh, deja a Kitty ahora! ¿Qué tiene que ver ella con esto? ¡Vamos, termina pronto! ¿Dónde está tu faja, querida?

Pero cuando quedaron solas, Jane se negó a bajar si no era acompañada por una de sus hermanas.

Por la tarde, la señora Bennet quiso dejar solos a Jane y a Bingley. Como de costumbre, el señor Bennet se encerró en su biblioteca después de tomar el té y Mary se fue al piso superior a estudiar su lección de piano. Suprimidos de esta manera dos obstáculos de los cinco que ellos representaban, la señora Bennet comenzó a mirar y a guiñar el ojo a Lizzy y a Kitty. Así estuvo durante largo rato, pero todo resultaba inútil, Lizzy no le hacía caso, y cuando Kitty respondió por fin a sus señas fue

para decir con total ingenuidad:

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Por qué me guiñas el ojo? ¿Qué quieres que haga?

—No, nada, pequeña; no te guiñaba el ojo.

Continuó sentada otros cinco minutos; pero incapaz ya de dejar que se escapara tan gran ocasión, se levantó súbitamente y dijo a Kitty:

—Ven conmigo, hija mía; tengo que hablarte.

Y así consiguió sacarla de la sala.

Jane dirigió una furtiva mirada a Lizzy en la que manifestaba su disgusto por aquella acción tan descarada y a la vez rogaba a su hermana que no se dejara arrastrar por los manejos de su madre. Pero al cabo de cinco minutos la señora Bennet entreabrió la puerta y dijo:

—Lizzy, querida, tengo que hablarte.

Lizzy se vio obligada a abandonar la habitación.

—Es mejor que estén solos, ¿comprendes? —le dijo cuando estuvieron en el vestíbulo—. Kitty y yo nos vamos al tocador y esperaremos allí.

Lizzy no hizo nada por que su madre entrara en razón, pero se quedó tranquilamente en el vestíbulo hasta que ésta y Kitty desaparecieron, y entonces volvió a entrar en la sala.

La estrategia de la señora Bennet no obtuvo aquel día el resultado esperado. Bingley se mostró como un joven encantador, pero nadie pudo afirmar la inminencia de una declaración amorosa. Su franqueza y optimismo constituyeron una nota muy agradable en aquella reunión nocturna; su manera de soportar la oficiosidad indiscreta de la madre y de oír todas sus disparatadas advertencias dejó muy complacida a la hija.

Aceptó enseguida cuando lo invitaron a quedarse a cenar; y antes de marcharse, la señora Bennet le hizo prometer que al día siguiente volvería para salir de caza con su marido.

A partir de ese día, Jane no volvió hablar de su indiferencia. Las hermanas no pronunciaron una sola palabra relativa a Bingley, pero Lizzy se acostó aquella noche convencida plenamente de que todo se arreglaría con rapidez, a no ser que Darcy regresara antes de la fecha que se había indicado. No obstante, empezaba a pensar seriamente que todo aquello se estaba realizando con la aprobación absoluta del caballero.

Bingley volvió a la mañana siguiente y hasta el mediodía estuvo con el señor Bennet, según lo convenido. Este último se mostraba bastante más agradable de lo que su compañero había

esperado. Bingley no demostraba ninguna presunción o extravagancia que pudiera originar tedio o motivo de mofa, y su aire comunicativo y normal extrañó al señor Bennet.

Naturalmente, Bingley se quedó a comer, y la señora Bennet se las ingenió nuevamente para que todo el mundo se alejara del visitante y de su hija Jane. Lizzy tenía que escribir una carta y con ese propósito se encerró en la salita del desayuno después de que todos hubieron tomado el té, ya que se disponían a jugar naipes. Pero cuando, escrita la carta, volvió al salón, comprobó asombradísima que su madre había sido ingeniosa en verdad. Al abrir la puerta tuvo ocasión de contemplar a Bingley y a su hermana manteniendo embelesados una conversación muy seria; y como si con esto no hubiera tenido suficiente para sospechar, lo decía todo la cara que pusieron ambos al volverse y separarse al instante. Los dos estaban en una situación bastante embarazosa, pero la de Lizzy lo era todavía más. Ninguno de los tres dijo una sola palabra, y Lizzy se disponía a abandonar el salón cuando Bingley, que lo mismo que Jane, acababa de sentarse, se puso de pie, murmuró unas palabras al oído de ésta y salió rápidamente de la habitación.

Jane no podía ocultar a su hermana nada que pudiera satisfacerla y, echándose en sus brazos inmediatamente, le confesó emocionada que se consideraba la joven más feliz del mundo.

—¡Es demasiado —añadió—; excesivamente demasiado! Creo que no merezco tanto... ¿Por qué no podrá ser todo el mundo tan feliz como lo soy yo?

Lizzy la felicitó con una satisfacción difícil de explicar con palabras.

—Tengo que ir a ver a mamá —exclamó Jane—. Por nada del mundo quisiera decepcionar su amorosa solicitud y permitir que se enterara por nadie que no fuese yo. Bingley ha corrido a ver a papá. ¡Oh, qué alegría me produce saber la felicidad que causará la noticia a mi querida familia! ¿Cómo podré resistir tanta felicidad en este momento?

Inmediatamente corrió al lado de su madre, que había interrumpido a propósito su partida de naipes y se hallaba en el piso superior acompañada de Kitty.

Al quedarse sola, Lizzy sonrió pensando en la facilidad y rapidez con que se había solucionado por fin un asunto que había tenido a todos sumidos en la incertidumbre desde hacía tantos meses.

"¡Éste es el resultado de la vigilante actitud de su amigo

y de todas las falsedades e intrigas de sus hermanas!", se dijo Lizzy. "El final no podía resultar ni tan feliz ni tan lógico."

Minutos después volvió Bingley al salón. La conferencia con el señor Bennet había sido breve.

—¿Dónde está Jane? —preguntó nerviosamente al abrir la puerta.

—En el piso superior, reunida con mi madre. Espero que dentro de un momento esté aquí de nuevo.

Bingley cerró la puerta y, acercándose a Lizzy, le rogó que le diera la enhorabuena y que lo considerase en adelante como un hermano. La muchacha le expresó con honradez y cordialidad su sincera satisfacción ante la perspectiva de su próximo parentesco. Se estrecharon la mano afectuosamente y luego, hasta que su hermana bajó, escuchó complacida lo que él le dijo sobre su propia felicidad actual y sobre las perfecciones de Jane, que tanto admiraba.

La velada transcurrió en medio de la alegría general. El rostro de Jane reflejaba su interior satisfacción, y su felicidad la hacía aparecer más hermosa que nunca. Kitty sonreía como una tonta y hacía muecas dando a entender que pronto llegaría su turno. La señora Bennet no encontraba palabras para expresar su satisfacción, a pesar de que durante más de media hora no habló de otra cosa con Bingley. El mismo señor Bennet, cuando se unió a ellos para cenar, revelaba en su voz y en su actitud la alegría que interiormente lo embargaba. A pesar de eso, no salió de sus labios ni una sola palabra que hiciera alusión al feliz suceso. Pero cuando su visitante se marchó, se volvió hacia su hija y dijo:

—Jane, te felicito. Serás una mujer muy dichosa.

Jane se levantó y, acercándose a él, le dio un beso y agradeció su bondad.

—Eres una buena muchacha —repuso él—, y me causa mucha alegría saber que estarás tan bien casada. No puedo admitir la menor duda sobre su mutuo entendimiento. No existe la menor disparidad entre sus caracteres. Ambos son tan complacientes, que jamás resolverán nada, tan sencillos que todos los criados los timarán y tan generosos que gastarán siempre más de lo que sus recursos se lo permitan.

—Espero que no aciertes, papá, en especial en el último punto. La irreflexión o la imprudencia en materia económica serían defectos imperdonables en mí.

—Querido Bennet, ¿cómo puedes decir que vayan a gas-

tar más de lo que les permitan sus recursos? —exclamó su esposa—. Olvidas que Bingley disfruta de una renta anual de cuatro o cinco mil libras, o probablemente más. ¡Oh, querida Jane! —añadió luego dirigiéndose a su hija—. ¡Tan contenta estoy, que no voy a poder dormir en toda la noche! Yo he esperado siempre que ocurriera así. No tenía duda de que tu belleza obtendría por fin el premio merecido. Recuerdo que cuando el año pasado lo vi por primera vez llegar a este condado, presentí enseguida que llegarían a ser marido y mujer. ¡Oh! ¡Jamás existió joven tan apuesto!

Ya no se acordaba de Wickham ni de Lydia para nada. Jane era su hija preferida sin competencia posible. En aquel momento no pensaba en ninguna de las demás. Las hermanas menores empezaron rápidamente a importunar a Jane, exponiéndole las ventajas que podían derivarse para ellas en el futuro después de su boda. Mary solicitó poder utilizar la biblioteca de Netherfield, y Kitty pidió que se organizara algún baile durante la temporada de invierno.

Bingley se convirtió desde entonces en un visitante cotidiano en Longbourn; solía llegar antes del desayuno y no se despedía hasta después de la cena, a no ser que algún vecino desconsiderado, al que en lo sucesivo guardaría rencor, le hubiese formulado alguna invitación que él consideraba forzoso aceptar.

Lizzy apenas podía conversar con su hermana, porque mientras Bingley estaba en la casa no atendía a nadie más. Sin embargo, se dio cuenta de que era considerablemente útil a ambos durante las horas de la inevitable separación. Cuando Jane estaba ausente, él se acercaba a Lizzy por el gusto de hablar de ella; y cuando Bingley se marchaba, Jane acudía enseguida a la misma fuente de consuelo.

—¡Qué feliz me ha hecho —manifestaba Jane una noche— al decirme que ignoraba por completo mi estancia en Londres durante la última primavera! Se me había antojado que era imposible que lo ignorara.

—Yo me lo figuraba así —repuso Lizzy—. Pero ¿cómo lo explica?

—La culpa debió de ser de sus hermanas. Al parecer no les gustaba que yo me tratara con él, y no me extraña, porque sin lugar a dudas podía haber elegido una novia mejor que yo en todos los aspectos. Pero cuando comprueben, como confío en que lo harán, que su hermano es feliz a mi lado, se conformarán enseguida y volveremos a mantener las mismas relaciones.

—Acabas de pronunciar las palabras más ingenuas que he oído en mi vida —replicó Lizzy—. ¡Qué inocentona eres! ¿Serías capaz de dejarte engañar de nuevo por el afecto hipócrita de la señorita Bingley?

—¿Me creerías, Lizzy, si te dijese que cuando al final del último noviembre él se fue a Londres ya me amaba, y sólo la creencia de que me era indiferente lo impulsó a no volver más por aquí?

—No hay duda de que se hallaba equivocado, pero su actitud ha hecho honor a su modestia.

A Lizzy le satisfizo comprobar que Bingley había silenciado la intervención de su amigo, puesto que, aun cuando Jane tenía el corazón más indulgente y generoso del mundo, comprendía que esta circunstancia hubiera podido enemistarla con Darcy.

—¡Verdaderamente, soy la mujer más feliz del mundo! —repetía Jane—. ¡Oh, Lizzy! ¿Por qué he de distinguirme entre toda la familia y he de ser la más favorecida de todas las hermanas? ¡Si pudiese verte tan dichosa como yo...! ¡Si hubiese otro hombre igual para ti...!

—Aunque tuvieras poder para procurarme cuarenta hombres como Bingley, nunca podría ser tan dichosa como tú. No podré gozar de una felicidad como la tuya hasta que tenga tu mismo carácter y tu bondad. No; deja que me arregle sola y quizá con un poco de suerte, logre encontrar algún día otro Collins.

Los acontecimientos producidos en la familia Bennet no podían mantenerse durante mucho tiempo en secreto. La señora Bennet se permitió el privilegio de contarlo todo al oído de su hermana Philips, y ésta se aventuró, sin autorización para eso, a hacer otro tanto con todas sus vecinas de Meryton.

Todos consideraron a los Bennet como la familia más afortunada del mundo, a pesar de que, con ocasión de la fuga de Lydia, se los había juzgado, sólo unas pocas semanas antes, como predestinados al más cruel de los infortunios.

CAPÍTULO LVI

Luego de ocho días de anunciarse el compromiso de Bingley con Jane, mientras él y la familia se hallaban reunidos una mañana en el comedor, llamó la atención el ruido de un carruaje, y al mirar por la ventana vieron una silla de posta tirada por cuatro caballos que avanzaba por el césped hacia la casa.

Era demasiado temprano para sospechar que se tratara de una visita y, además, por el equipaje no parecía que fuese ninguno de los vecinos. Los caballos eran de posta, y no conocían el coche y el uniforme del lacayo que lo precedía. No obstante, como lo que no ofrecía duda era que alguien se acercaba, Bingley convenció inmediatamente a Jane de que, para evitar que la persona intrusa interrumpiera su coloquio, se fuera con él al jardín. Ambos salieron y las otras tres jóvenes se quedaron haciendo conjeturas de todo género, hasta que se abrió la puerta y entró la persona visitante, era *lady* Catalina de Bourgh.

Ciertamente todos esperaban una sorpresa, pero su asombro excedió a todo lo imaginable, sobre todo, en Lizzy, porque para la señora Bennet y Kitty era desconocida la recién llegada.

Su señoría entró en la estancia con un aire más arrogante que de costumbre, limitándose a corresponder el saludo de Lizzy con una ligera inclinación de cabeza y se sentó sin haber dicho una sola palabra. Al entrar, mencionó Lizzy el nombre a su madre, a pesar de que aquélla no había sido presentada.

Estupefacta, aunque a la vez halagada por recibir una visita de tanta importancia, la señora Bennet la recibió con la mayor cortesía. Después de permanecer unos momentos callada, dijo la señora Catalina con gesto casi hostil a Lizzy:

—Supongo que se encuentra usted bien, señorita Lizzy. ¿Es su mamá esta señora?

Lizzy contestó afirmativamente.

—Y "ésta" me figuro que debe de ser una de sus hermanas...

—En efecto, señora —intervino la señora Bennet, encantada de poder hablar con la señora Catalina—; es la penúltima de mis cinco hijas. La menor se ha casado hace poco, y la mayor está en el jardín con un joven que, si no me equivoco, entrará a formar parte de la familia.

—El parque de esta finca es muy pequeño —declaró la señora Catalina después de una breve pausa.

—Me figuro que es insignificante comparado con Rosings, señora, pero le aseguro que es mucho mayor que el del señor William Lucas.

—Esta sala debe de ser muy incómoda para las veladas de verano, las ventanas dan al poniente.

La señora Bennet le aseguró que no la usaba después de comer y luego añadió:

—¿Puedo permitirme la libertad de preguntar a su señoría si el señor Collins y su esposa quedaron en perfecto estado de salud?

—En efecto, así es. Los vi anteayer a la noche.

Lizzy creyó entonces que sacaría una carta de Carlota para ella, porque éste parecía ser el único motivo de aquella inesperada visita. Pero la carta no apareció y quedó profundamente intrigada.

Mientras se deshacía en cumplidos, la señora Bennet invitó a su señoría a tomar un refrigerio, pero *lady* Catalina, con mucha resolución y poca cortesía, se negó a aceptar nada. Luego, levantándose, dijo a Lizzy:

—Señorita Bennet, me ha parecido ver en una parte de la finca una especie de arboleda pequeña muy agreste y me gustaría dar un paseo por allí, si usted quiere favorecerme con su compañía.

—Ve, querida —exclamó su madre—, y enséñale los diferentes paseos a su señoría. Creo que la capilla le gustará.

Lizzy obedeció y después de subir a su habitación en busca de una sombrilla se dispuso a complacer a su visitante. Al atravesar el vestíbulo abrió *lady* Catalina las puertas del comedor y del salón, echó una ojeada y, después de declarar que eran unas salitas bastante decentes, salió.

El coche seguía ante la entrada, y Lizzy vio que dentro de él estaba esperando su doncella. Caminaron en silencio por el pasillo de arena que conducía al bosquecillo. Lizzy estaba decidida a no hacer ningún esfuerzo para dar conversación a una mujer que se estaba mostrando más desagradable e insolente que nunca.

"¿Cómo se me ha podido ocurrir alguna vez que se parecía a su sobrino?", se dijo mientras le contemplaba el rostro.

En cuanto entraron en el bosquecillo comenzó *lady* Catalina:

—Señorita Bennet, no le resultará difícil comprender la razón de mi presencia en este lugar. Su propio corazón y su propia conciencia le habrán dicho ya por qué he venido.

Lizzy la miró con asombro no disimulado.

—Se equivoca usted, señora. En realidad no me explico a qué se debe el honor de su visita.

—Señorita Bennet —repuso su señoría en tono de indignación—. Debería usted saber que no me gustan las bromas. Pero por hipócrita que pretenda ser con su actitud, no la imitaré. Mi temperamento se ha distinguido siempre por la sinceridad y la franqueza, y no obraré de modo distinto en un asunto de tanta importancia como éste. Hace dos días que llegó a mis oídos un rumor de lo más alarmante. Me enteré de que no sólo su hermana está a punto de hacer una boda muy ventajosa, sino también

de que pretende usted casarse con mi sobrino, con mi propio sobrino, el señor Darcy. Naturalmente, supongo que esto debe de ser una escandalosa mentira, pero a pesar de que no quisiera agraviarlo a él creyendo que la noticia pudiera ser cierta, inmediatamente decidí venir aquí para exponerle mis sentimientos.

—Si usted creía imposible que fuera cierto —replicó Lizzy enrojeciendo de asombro y de desdén—, me extraña que se haya molestado hasta el extremo de venir desde tan lejos. ¿Qué propósito pudo inducirla a visitarnos?

—Conseguir que se desmienta públicamente ese rumor.

—El hecho de que su señoría se halle en Longbourn ahora —repuso Lizzy con frialdad— resultará más bien una confirmación de lo que se rumorea, si es que realmente circula ese rumor.

—Entonces ¿pretende usted hacerme creer que lo ignoraba? ¿No ha sido, entonces, intencionadamente lanzado al público por ustedes mismos? ¿Usted no sabe que este asunto es la comidilla de la gente?

—Nunca he oído decir nada sobre el asunto.

—¿Y puede usted declarar igualmente que el rumor no tiene fundamento?

—Yo no pretendo tener la misma franqueza que su señoría. Usted puede dirigirme preguntas a las que no me parezca oportuno responder.

—¡Es insoportable! Señorita Bennet, exijo que se me den satisfacciones. ¿Le ha hecho mi sobrino alguna proposición matrimonial?

—Su señoría acaba de manifestar que eso es imposible.

—Tendría que serlo... ¡Tiene que serlo mientras él esté en su sano juicio! Pero las malas artes y los halagos de usted pueden haberle hecho olvidar en un momento de pasión los deberes que tiene para consigo y para con su familia. Puede usted haberlo embaucado.

—Si lo hubiese hecho, sería la última persona a quien se lo confesara.

—Señorita Bennet, ¿olvida usted quién soy? No estoy acostumbrada al lenguaje que emplea. Soy casi el pariente más próximo que le queda al señor Darcy en la tierra, y por eso tengo derecho a conocer sus afectos más íntimos.

—Pero no tiene usted ningún derecho a conocer los míos, y una actitud como la que está mostrando no puede de ningún modo aconsejarme a ser explícita.

—Atienda bien lo que voy a decirle: esta unión matrimo-

nial a la cual tiene usted la pretensión de aspirar no se realizará jamás. ¡Jamás! Darcy está prometido a mi hija. ¿Qué tiene usted que decir ahora?

—Que si realmente es así, no hay razón para que usted suponga que me haya hecho proposición alguna.

Lady Catalina titubeó un instante y luego replicó:

—El compromiso que existe entre ellos es muy especial. Desde niños que están destinados el uno para el otro. Era la mayor ilusión de su madre, como es también la mía. Las dos proyectábamos ya esta unión cuando aún estaban en la cuna, y ahora, precisamente en el momento en que podrían verse realizados con su boda los deseos de las dos hermanas, ¡ésta sería imposible por la intromisión de una joven de inferior condición social, por una muchacha sin importancia en el mundo y ajena totalmente a la familia! ¿No le merecen a usted ninguna clase de consideración los deseos de los familiares de Darcy y su tácito compromiso con la señorita de Bourgh? ¿Ha perdido usted todo sentido de delicadeza y de corrección? ¿No me ha oído decir que fue ya destinado a su prima desde los primeros momentos de su vida?

—Sí, ya lo había dicho antes. Pero eso ¿qué tiene que ver conmigo? Si la única objeción que existe para que me case con su sobrino es ésta, no me impedirá hacerlo la circunstancia de saber que su madre y su tía pretendían casarlo con su hija. Ustedes dos hicieron todo lo posible para preparar la boda, pero su realización depende de otros. Si el señor Darcy no se cree obligado a casarse con su prima, por razones de honor o de afecto, ¿por qué no puede elegir otra mujer? Y si yo soy la elegida, ¿quién puede impedir que lo acepte?

—El honor, el decoro, la prudencia y el interés mismo. Sí, señorita Bennet, el interés, porque sepa usted que la familia y los amigos de él se negarán a tener tratos con usted si se obstina en llevar a cabo sus maquinaciones contra el deseo de todos. Los parientes y amigos de Darcy la censurarán y despreciarán. Su alianza será una deshonra, y su nombre jamás será pronunciado por ninguno de nosotros.

—Todo eso es en verdad muy desagradable —replicó Lizzy—. Pero la mujer que se case con Darcy encontrará en su matrimonio tantos motivos de felicidad que, a pesar de cuanto me ha dicho, nunca podrá arrepentirse de haberlo tomado por esposo.

—¡Qué muchacha tan obstinada y testaruda! Me avergüenzo de usted. ¿Así es como me agradece las atenciones que

le dispensé durante la última primavera? ¿No me debe usted nada en este concepto? Sentémonos. Señorita Bennet, he venido aquí con la firme resolución de salirme con la mía y nada podrá persuadirme de lo contrario. No estoy acostumbrada a ceder a los caprichos de nadie ni a sufrir decepciones.

—En ese caso lamentaré que empeore la situación de su señoría, pero eso a mí no me producirá ningún efecto.

—¡No le consiento que me interrumpa! Escúcheme y haga el favor de callar. Mi hija y mi sobrino han nacido el uno para el otro. Por línea materna descienden del mismo noble linaje, y por parte de los padres, de respetabilísimas y honorables familias, aunque carezcan de título nobiliario. La fortuna de una y de otra rama es espléndida. Están destinados al matrimonio por el voto de todos los miembros de sus respectivas casas... ¿Y qué es lo que puede separarlos? ¿Las pretensiones presuntuosas de una intrusa, de una joven de familia vulgar, sin relaciones ni fortuna? ¿Se puede tolerar esto? ¡De ninguna manera! Si usted comprendiese bien lo que le conviene, no pretendería salir de la esfera en que se ha criado.

—El hecho de contraer matrimonio con su sobrino no me obligaría a cambiar de condición social. Él es un caballero, y yo la hija de otro caballero; hasta aquí somos iguales.

—Cierto, usted es la hija de un caballero; pero ¿quién era la madre de usted antes de casarse? ¿Y quiénes son sus tíos y sus tías? No crea que ignoro su condición social.

—Sean cuales sean mis parientes —replicó Lizzy—, si su sobrino no los rechaza, no pueden importarle a usted.

—Dígame de una vez, ¿está usted comprometida con Darcy?

Aunque no hubiese querido contestar a esta pregunta, por el mero hecho de complacer a su señoría, Lizzy, después de un momento de reflexión, tuvo que decir:

—No.

Lady Catalina pareció satisfecha.

—¿Y quiere usted darme su palabra de que nunca aceptará este compromiso?

—Con respecto a ese punto no puedo darle mi palabra.

—Señorita, estoy asombrada y ofendida. Esperaba encontrar a una joven más razonable. Pero no crea usted que voy a ceder. No me marcharé de aquí hasta que me haya dado la seguridad que le exijo.

—Y yo le aseguro que no se la daré jamás. No logrará usted intimidarme induciéndome a hacer algo tan fuera de sen-

tido. El propósito de su señoría es conseguir que su hija se case con el señor Darcy; pero ¿acaso la promesa que se me pide haría más probable esta boda? Suponiendo que él estuviera enamorado de mí, el hecho de que yo lo rechazase, ¿lo llevaría a pretender la mano de su prima? Permítame que le diga, señora, que son tan frívolos los argumentos que expone usted en apoyo de su extravagante pretensión como indiscreto su obstinado ruego. Se ha equivocado usted de medio a medio respecto de mi carácter si cree que logrará convencerme con razones de tal naturaleza. No sé hasta qué punto aprobaría el señor Darcy que usted se entremeta en sus asuntos personales, pero de ningún modo tiene derecho usted a meterse en los míos. Por consiguiente, le ruego que no me importune más con este asunto.

—No se precipite, por favor. Aún no he terminado. Tengo que añadir todavía otra objeción a las que acabo de exponerle. Conozco los detalles de la vergonzosa fuga de su hermana menor. Estoy al corriente de todo, la circunstancia de que el joven se casara con ella fue sólo un remiendo aplicado al caso a expensas de su padre y de su tío. ¿Y mi sobrino tendría que ser cuñado de una muchacha de esa calaña? ¿Y su marido, hijo del mayordomo de su difunto padre, su cuñado? ¡Cielo santo! ¿Acaso no se da usted cuenta? ¿Pueden ser profanadas de manera tan vil las sombras de Pemberley?

—Le ruego que no continúe —replicó Lizzy con visible enojo—. Me ha insultado usted en todas las formas imaginables. Le ruego que volvamos a casa.

Y diciendo esto se levantó. Su señoría hizo lo mismo, y comenzaron a hacer el camino de regreso. La señora estaba muy sulfurada.

—Por lo que veo, el honor y el buen nombre de mi sobrino le importan a usted un bledo. ¡Es usted una muchacha cruel y egoísta! ¿No comprende que un matrimonio semejante la degradaría a los ojos de todo el mundo?

—Señora, no tengo nada que añadir a lo que ya le he dicho. Ya conoce usted mis sentimientos.

—Entonces ¿está usted completamente decidida a casarse con él?

—No he dicho tal cosa. A lo que estoy decidida es a obrar de la manera que, a mi juicio, pueda procurarme la felicidad, sin tener por eso que dar explicaciones ni a usted ni a nadie que sea, como ocurre en su caso, tan ajeno a mis asuntos personales.

—Está bien. Eso quiere decir que se niega usted a com-

placerme y que los dictados del deber, del honor y de la gratitud son papel mojado para usted. Está empeñada en destruir la buena reputación de la que mi sobrino goza entre todos sus amigos y en convertirlo en el blanco del desprecio de todo el mundo.

—Ni el deber, ni el honor, ni la gratitud exigen nada de mí en este caso —replicó Lizzy—. Jamás olvidaría ninguno de estos principios si algún día me casara con el señor Darcy; y si por el hecho de haberse casado conmigo se produjera ese resentimiento de su familia o la indignación de la gente a la que usted ha aludido, no me preocuparía ni un solo minuto. Me consta, además, que el segundo caso no tendría lugar, porque la gente tiene en general demasiado buen criterio para unirse a los que por una cosa como ésta manifestaran su indignación.

—¿Y esto es lo que opina de verdad? ¿Ésta es su última palabra? Está bien, ahora ya sé lo que tengo que hacer. Señorita Bennet, no piense jamás que su ambición va a verse satisfecha algún día. He venido aquí a probarla, y aunque me marcho convencida de que es usted una chica muy poco juiciosa, no le quepa duda de que, al final, me saldré con la mía.

En términos parecidos continuó hablando su señoría hasta que llegaron al pie de la portezuela del coche, entonces se volvió de pronto y añadió:

—No me despido de usted ni envío recuerdos a su madre. Ninguno de ustedes merece esa atención. Estoy verdaderamente disgustada.

Lizzy no replicó, pero tampoco hizo nada para convencer a *lady* Catalina de que entrara en la casa, luego se alejó de ella. Mientras subía por la escalera oyó el ruido del carruaje que rodaba hacia la salida del parque. Su madre se unió a ella enseguida y le preguntó con impaciencia por qué no había entrado *lady* Catalina para descansar.

—Se ha negado a entrar, mamá, y ha preferido marcharse.

—Esa señora tiene un aspecto muy distinguido, y su visita supone una prueba extraordinaria de amabilidad, porque me imagino que habrá venido únicamente para comunicarnos que los Collins siguen sin novedad. Debe de ir de viaje hacia algún sitio y con toda seguridad pensó que podía hacerte una visita al pasar por Meryton. Me figuro que no te ha dicho nada de particular, ¿no es así, Lizzy?

La muchacha tuvo que mentir un poco sobre este punto, ya que no podía revelar nada de lo que habían tratado en su conversación.

CAPÍTULO LVII

Lizzy no pudo dejar de pensar durante las horas siguientes en la visita inesperada, no era fácil de calmar la inquietud en que la había dejado sumida. Al parecer, *lady* Catalina se había tomado el trabajo de hacer un viaje tan largo desde Rosings a Longbourn con la única finalidad de romper el supuesto compromiso de ella con su sobrino. Sin dudas, el plan había sido bien meditado; pero Lizzy no acertaba a adivinar la procedencia de aquel rumor de su pretendido noviazgo hasta que pensó que la circunstancia de mantener él íntima amistad con Bingley y ser ella hermana de Jane era un motivo más que suficiente para explicarlo todo, en un momento en que todo el mundo deseaba que ante la inminencia de una boda tuviese también lugar la otra. Se daba cuenta perfectamente de que el matrimonio de su hermana les procuraría abundantes ocasiones de verse. Y, por consiguiente, la familia del señor William Lucas —que era, en su opinión, quien había puesto al tanto de todo a *lady* Catalina por medio de los Collins— no había hecho más que considerar como seguro e inminente un acontecimiento que ella había deseado como una situación feliz para el porvenir.

Pero meditando más profundamente sobre cuanto le había dicho *lady* Catalina, no podía rechazar la inquietud que le producían las posibles consecuencias de la absurda intervención de la dama.

Respecto de la resolución de *lady* Catalina de evitar la boda, estaba segura de que se proponía entrevistarse con su sobrino, y en este caso, Lizzy no se atrevía a predecir cómo acogería éste la relación de los perjuicios que, en opinión de su tía, podía acarrearle una alianza con ella. Ignoraba el grado de cariño que Darcy profesaba a su tía o hasta qué punto tomaría en consideración los consejos de ésta, pero era muy lógico suponer que tenía mejor concepto de su señoría que de ella, y al exponerle la serie de calamidades que lo perseguirían si se casaba con una muchacha cuya familia era de condición social tan inferior a la suya, no cabía duda de que lo atacaría por su punto más débil. El concepto que Darcy tenía de la dignidad lo obligaría a juzgar que los argumentos que a ella le habían parecido inconscientes y ridículos estaban muy razonados y completos de sentido.

Sus anteriores dudas sobre lo que debía hacer quedarían disipadas por completo ante los consejos y las suplicantes

advertencias de una parienta tan próxima, y decidiría seguir conservando su dignidad inmaculada. En este caso, Darcy no volvería nunca más. *Lady* Catalina podía verlo al pasar por la Capital y quedaría sin cumplir la promesa que había hecho a Bingley de volver a Netherfield.

"Por lo tanto, si Bingley recibe dentro de unos días una carta excusándose de no poder cumplir la promesa", siguió pensando Lizzy, "ya sé cómo deberé interpretarla. Si esto llegase a suceder, a partir de ese momento dejaré de confiar en su constancia y, a la vez, de desearla. Si se conforma con echarme de menos, siéndole tan posible conseguir mi amor y mi mano, dejaré de pensar en él muy pronto."

El resto de la familia recibió una gran sorpresa al enterarse de quién era su visitante, pero todos se contentaron suponiendo lo mismo o algo parecido a lo que había dicho Lizzy a su madre para librarse de un aluvión de preguntas y comentarios.

A la mañana siguiente, cuando Lizzy bajaba por la escalera, tropezó con su padre, que salía de la biblioteca con una carta en la mano.

—Lizzy, te estaba buscando —le dijo—; ven a mi habitación.

La joven lo siguió, vivamente intrigada al pensar que el asunto que su padre quería tratar con ella podía tener alguna relación con el contenido de aquella carta. De pronto pensó que ésta podía ser de *lady* Catalina y quedó anonadada ante la posibilidad de tener que dar las consiguientes explicaciones.

Una vez en la habitación tomaron ambos asiento junto a la chimenea. Entonces dijo su padre:

—Acabo de recibir una carta que me ha causado una gran sorpresa. Como se refiere principalmente a ti, debes enterarte de su contenido. Ignoraba que tuviese dos hijas a punto de contraer matrimonio. Y, ante todo, permíteme que te dé la enhorabuena por haber hecho una conquista tan importante.

Lizzy se ruborizó al pensar que la carta en cuestión podía haberla escrito el sobrino en lugar de la tía y no sabía si alegrarse de que Darcy se hubiese decidido por fin a manifestar sus sentimientos o irritarse porque aquella carta no había sido dirigida a ella. Su padre prosiguió:

—La expresión de tu cara me hace sospechar que sabes ya de qué se trata. Las jóvenes están dotadas de un gran poder de penetración en asuntos de esta índole, a pesar de lo cual me atrevo a desafiar tu sagacidad y a invitarte a que adivines el

nombre de tu admirador. Esta carta está firmada por Collins.

—¿Por Collins? ¿Y qué es lo que tiene que decirme Collins?

—Algo muy oportuno, naturalmente, como de costumbre. Empieza felicitándome por el próximo enlace matrimonial de mi hija mayor, del cual se ha enterado, al parecer, por esas excelentes cotorras que son las Lucas. Pero no quiero cansarte leyéndote lo que dice sobre ese particular. Lo que se refiere a ti es lo siguiente: "Después de ofrecer a usted mis más sinceras congratulaciones y las de mi esposa por tan fuerte suceso, permítame ahora que añada una breve consideración sobre otro, del cual nos hemos enterado por el mismo conducto. Se rumorea y casi se presume que su hija Lizzy ostentará el apellido Bennet por poco tiempo, después de que lo haya abandonado su hermana mayor, y que el hombre que será compañero de su vida puede ser considerado con toda justicia como uno de los personajes más ilustres del país. El joven en cuestión está dotado de todo aquello que más puede desear el corazón de un mortal, posición espléndida, alta alcurnia y gran influencia. No obstante y a pesar de todas estas cualidades tentadoras, voy a permitirme llamar la atención de mi prima Lizzy y también la de usted, sobre los perjuicios que la circunstancia de aceptar de un modo irreflexivo las proposiciones del caballero de referencia pueden acarrearles". ¿Sospechas ya, Lizzy, quién puede ser el caballero a quien alude el señor Collins? Si no es así, ahora vas a saberlo. Escucha: "Las razones que me impulsan a darle este consejo son las siguientes: tenemos motivos fundados para suponer que su tía, la distinguida señora *lady* Catalina de Bourgh, no ve esta boda con buenos ojos".

—Como puedes ver, ¡se trata del señor Darcy! —exclamó el señor Bennet—. Ahora habrás satisfecho tu curiosidad y tu sorpresa. ¿Podían los Collins o los Lucas haber encontrado en todo el círculo de nuestras amistades un joven cuyo nombre hubiese podido desmentir más rotundamente lo que ellos mismos andan contando por ahí? ¡Precisamente el señor Darcy, que nunca mira a una mujer si no es para encontrarle defectos y que, probablemente, no se ha dignado a mirarte a ti en toda su vida! ¡Es algo verdaderamente extraordinario!

Lizzy procuró seguir la broma a su padre, pero sólo pudo esbozar una sonrisa muy forzada. El señor Bennet no había hecho nunca galas de agudezas tan poco agradables para ella.

—¿No te parece divertido? —preguntó.

—¡Oh, sí! Sigue leyendo.

—"Después de exponer yo a su señoría anoche las probabilidades de este matrimonio, ella manifestó, con su habitual condescendencia, cuáles eran sus sentimientos en este caso, contrarios, como es lógico, a consentir una alianza que calificó de infame. He creído, por consiguiente, un deber de conciencia comunicar a mi prima esta noticia, para que ella y su noble admirador reflexionen detenidamente sobre lo que van a hacer y no se precipiten en contraer un matrimonio que no haya sido sancionado de forma conveniente. Celebro que el deplorable asunto del que ha sido protagonista mi prima Lydia se haya resuelto al fin favorablemente, y sólo lamento y me causa honda preocupación que la circunstancia de haber vivido juntos antes de casarse sea conocida por todo el mundo. Sin embargo, no olvido los deberes que me impone mi condición, por lo que no puedo abstenerme de expresar mi sorpresa al enterarme de que no tuvo usted inconveniente de recibir en su casa a los fugitivos tan pronto como se casaron. Esto es alentar el vicio, y si yo hubiese sido rector de Longbourn me hubiera opuesto a eso con toda la energía de la que soy capaz. Sin duda alguna, su deber era perdonarlos, como buen cristiano, pero nunca admitirlos en su hogar ni querer siquiera oír mencionar su nombre." ¡Vaya noción de la misericordia cristiana! —exclamó el señor Bennet—. El resto de la carta —prosiguió— se refiere al buen estado de salud de su querida Carlota que, según parece, está esperando su primer hijo. Parece que todo esto no te hace mucha gracia. Supongo, Lizzy, que no irás a irritarte por un falso rumor. ¿Cuál es el objeto de nuestra vida sino tomar a chacota todo cuanto se refiere a nuestros vecinos y reírnos de ellos cuando se presenta una buena ocasión?

—¡Oh! —exclamó Lizzy—. Encuentro el caso asombrosamente divertido. Pero ¡es tan extraño...!

—Sí, esto es precisamente lo que le da más gracia. Si se hubiesen fijado en otro hombre, la cosa me hubiera parecido bastante normal; pero la indiferencia de él hacia ti y tu manifiesta antipatía hacia él ponen el caso en una situación absurda. Me fastidia mucho tener que escribir, pero no evitaría la correspondencia de Collins por ningún motivo. Es más, cuando leo algunas de sus cartas no puedo menos de preferirlo incluso a Wickham, aun cuando aprecio mucho el descaro y la hipocresía de mi yerno... Bien, ¿y qué dice *lady* Catalina respecto a este amor? ¿Ha venido quizá para negar su consentimiento?

Lizzy contestó a esta pregunta con una carcajada. En rea-

lidad jamás había tenido que hacer un esfuerzo tan grande para disimular sus sentimientos. Tenía que reír cuando hubiese querido llorar. Su padre acababa de mortificarla cuando dijo que ella era indiferente a Darcy, y se extrañaba de la falta de perspicacia de su progenitor, a la vez que pensaba que quizá no era que él viera demasiado poco, sino que todo se debía a que ella se había forjado demasiadas ilusiones.

CAPÍTULO LVIII

Bingley nunca llegó a recibir carta de excusa de su amigo, como Lizzy temía. Por el contrario, pocos días después de la visita de *lady* Catalina llegó a Longbourn acompañado de Darcy.

Los caballeros se presentaron temprano, y antes de que la señora Bennet tuviera ocasión de decir a Darcy que había visto a su tía, lo cual temió Lizzy por un momento, Bingley propuso a todos ir a dar un paseo, porque lo que buscaba era quedarse solo con Jane. Todos aceptaron encantados, pero como la señora Bennet no estaba acostumbrada a andar y Mary nunca disponía de tiempo libre, los otros cinco se marcharon juntos. Bingley y Jane dejaron pronto que se les adelantaran Lizzy, Kitty y Darcy, que caminaban juntos. Ninguno de ellos decía nada de particular, a Kitty le producía un respeto imponente la presencia de Darcy y tenía miedo de hablar con él; Lizzy estaba preparando una resolución desesperada y era posible que él estuviese disponiéndose a hacer otro tanto.

Kitty tenía grandes deseos de ver a Mary Lucas, por lo que se dirigían a la casa de ésta; pero como Lizzy no creía necesario que entraran todos, cuando Kitty los dejó se quedó sola con Darcy. Pensó que había llegado el momento de poner en práctica su resolución y, antes de que le faltara valor para decidirse, dijo:

—Señor Darcy, por temperamento soy una persona muy egoísta y para satisfacer mis propios sentimientos soy capaz de no considerar hasta qué punto puedo herir los de usted. Ya no puedo seguir guardando silencio ni abstenerme por más tiempo de agradecerle su bondadoso comportamiento para con mi pobre hermana. He sentido el más vivo deseo de testimoniarle mi gratitud desde el momento en que me enteré de su incomparable rasgo de generosidad. Mi familia no conoce el hecho, de modo que será sólo mi agradecimiento el que puedo expresarle.

—Lamento sinceramente —repuso Darcy en un tono de

emoción y sorpresa— que hayan puesto en su conocimiento algo que, mal interpretado, puede haber sido un motivo de disgusto para usted. Nunca creí que la señora Gardiner fuese tan poco digna de confianza.

—No debe usted censurar a mi tía. Lo que me hizo saber su intervención en aquel asunto fue el atolondramiento de Lydia; y, naturalmente, trabajé después cuanto pude hasta conseguir enterarme de los detalles. Permítame, entonces, que le reitere la gratitud de toda la familia por la desinteresada compasión que lo movió a molestarse tanto para descubrir el paradero de mi hermana.

—Si quiere usted agradecérmelo —replicó él—, hágalo en nombre de usted solamente. No puedo ni quiero negar que el deseo de procurarle a usted una alegría dio fuerza a otros móviles que me guiaban..., pero su familia no está en deuda conmigo, ya que, incluso respetándola mucho, lo que hice fue pensando solamente en usted.

El estado de ansiedad y de turbación en que se hallaba Lizzy era demasiado intenso para poder decir una palabra.

Después de una ligera pausa prosiguió Darcy:

—La considero a usted demasiado generosa para atreverse a burlarse de mí. Si sus sentimientos siguen siendo aún los mismos que me manifestó el mes de abril pasado, dígamelo ahora. Mi afecto y mis deseos no han experimentado cambio alguno desde entonces, pero una sola palabra suya me hará callar para siempre.

Comprendiendo rápidamente lo apurada que era su situación, Lizzy realizó un supremo esfuerzo para hablar y, aunque con no mucha desenvoltura, le dio a entender que habían sufrido un cambio tan completo sus sentimientos desde el período al que él aludía, que le era permitido tomar con profunda satisfacción y gratitud su actual declaración amorosa.

Darcy experimentó la mayor alegría de su vida al oír esta contestación y seguidamente comenzó a expresarse con el juicio y la vehemencia de un hombre enamorado apasionadamente. Si Lizzy hubiese sido capaz de fijar sus ojos en los de Darcy, habría observado lo bien que sentaba en su rostro la expresión de deliciosa dicha de aquel momento. Pero aun cuando le resultara imposible mirar, podía en cambio escuchar; y lo oyó referirse a sentimientos que daban cada vez más valor a su cariño, porque demostraban la importancia que ella tenía para él.

Continuaron el paseo sin saber exactamente hacia dónde

se dirigían. Tenían demasiadas cosas que pensar, sentir y decir para prestar atención a nada que no fuese su propio embeleso. Entonces supo Lizzy que debía el feliz desenlace a los denodados esfuerzos de *lady* Catalina, quien, al regresar a Rosings, se detuvo en Londres y fue a visitar a Darcy para relatarle su viaje a Longbourn, el motivo de éste, su diálogo con ella y las expresiones de Lizzy, que en opinión de su señoría demostraban con claridad el descaro y la malignidad de la muchacha. La aristocrática dama creyó sin duda que este relato favorecería su intento de arrancar a su sobrino la promesa formal que Lizzy se negó a darle. Pero por desgracia para su señoría, sus palabras tuvieron un efecto totalmente contrario.

—Todo esto —manifestó él— me hizo concebir esperanzas que anteriormente no hubiera pedido tener. Conozco bastante bien su carácter para asegurar que si hubiera estado irrevocablemente decidida a rechazar cualquier nuevo intento de declaración por mi parte, se lo hubiera declarado con toda franqueza a *lady* Catalina.

Lizzy se ruborizó y contestó riendo:

—Ya sé que conoce usted mi sinceridad lo suficiente para considerarme capaz de hacerlo. Después de haberlo injuriado con tanto descaro, lo lógico es que no tuviera escrúpulos para hablar mal de usted a sus parientes.

—¿Acaso me ha dicho algo que yo no mereciera? Porque, a pesar de que sus acusaciones carecían de fundamento por tener su origen en afirmaciones erróneas, la conducta que yo demostré con usted en aquella ocasión era merecedora de la más severa reprobación. Fue imperdonable. Cada vez que pienso en eso siento verdadera repugnancia.

—No discutamos ahora lo que ocurrió aquella tarde ni perdamos el tiempo en averiguar cuál de los dos merece más reproches por eso —dijo Lizzy—; examinada imparcialmente, la conducta de ambos fue reprochable; pero supongo que, en cuanto se refiere a amabilidad, los dos hemos mejorado mucho desde entonces.

—No me resulta fácil reconciliarme conmigo mismo. Durante muchos meses el recuerdo de lo que dije en aquella ocasión, de mis modales, de mi conducta y de los términos en que me expresé durante las horas que estuvimos juntos, ha sido para mí muy penoso. Nunca olvidaré aquellas palabras que le oí decir: *Si se hubiese usted portado con más caballerosidad...* Jamás podrá imaginarse usted cómo me han torturado. No obs-

tante, confieso que transcurrió algún tiempo hasta que reconocí cuán merecidas eran...

—Verdaderamente estaba muy lejos de sospechar que pudieran causarle tan profunda impresión. No podía suponer tal efecto.

—No lo pongo en duda. Estoy seguro de que entonces me suponía usted exento de sentimientos elevados. Siempre conservaré en mi memoria la expresión de su rostro cuando me dijo que de cualquier forma que yo me hubiese acercado, me habría rechazado.

—Por favor, no repita lo que dije entonces. Ya no sirven para nada esos recuerdos. Le aseguro que hace mucho tiempo que me avergüenzo de todo corazón al recordarlos.

Seguidamente Darcy hizo alusión a su carta.

—¿Formó usted mejor concepto de mí al leerla? —preguntó—. ¿Concedió usted algún crédito a su contenido?

Lizzy explicó entonces el efecto que le había producido aquella carta y cómo se habían ido disipando gradualmente sus anteriores prejuicios.

—Ya sabía —declaró él— que tenía que causarle pena lo que en ella le manifestaba, pero era inevitable. Supongo que habrá usted destruido aquella carta. En algunos de sus párrafos, particularmente en los primeros, había conceptos que no quisiera que volviese usted a leer ahora. Recuerdo algunas frases que, con mucha razón, podrían inducir a usted a odiarme muy merecidamente.

—Si usted lo cree necesario para la conservación de mi afecto, quemaré la carta, pero aunque los dos tenemos motivos para asegurar que puedo modificar mis opiniones, me figuro que no varían con tanta facilidad como usted quiere dar a entender.

—Cuando escribí aquella carta —repuso Darcy— me creía completamente indiferente y tranquilo, pero no tardé en convencerme de que tracé sus párrafos con el alma llena de una amargura horrible.

—El principio era muy áspero y severo, pero no terminaba de igual modo; y la despedida era todo un curso de benevolencia. Pero le ruego que no vuelva a pensar en la carta. Han cambiado tanto los sentimientos de la persona que la escribió y los de la persona que la leyó, que hoy deben ser olvidadas todas las desagradables circunstancias que la rodearon. Usted ha de aprender algo de mi filosofía. Recuerde solamente del pasado aquello que pueda serle grato.

—Soy incapaz de suponer la existencia en usted de una filosofía de esta naturaleza. Tan completamente exentas de reproches están sus evocaciones, que la satisfacción que le produce no es consecuencia de ninguna filosofía, sino, lo que es mucho mejor, de la ignorancia. Pero en mi caso no ocurre lo mismo. A mi mente acuden recuerdos dolorosos que no pueden ni deben ser olvidados. En la práctica, aunque no por principio, he sido un hombre egoísta durante toda mi vida. En mi niñez me enseñaron cuanto me convenía, pero nunca me hicieron comprender la manera de corregir mi temperamento. Me inculcaron buenos principios, pero me permitieron seguirlos con vanidad y orgullo. Desgraciadamente fui el único hijo varón (y durante muchos años hijo único) y estuve muy consentido por mis padres, que aunque eran muy buenas personas, me permitieron y hasta me alentaron a ser egoísta y despótico, a preocuparme tan sólo de mi familia, a considerar muy poco a los demás y a despreciar o por lo menos a subestimar la cordura y el valor del prójimo comparados con los míos. Así he sido yo desde los ocho hasta los veintiocho años y así seguiría siendo a no ser por usted, mi querida Lizzy. Ahora comprenderá cuánto le debo. Usted me dio una buena lección, dura al principio, pero muy beneficiosa. Yo merecí la humillación a la que me sometió. Me dirigí a usted demasiado seguro de que me otorgaría una excelente recepción, pero recibí una demostración de lo insuficientes que eran mis pretensiones para enamorar a una mujer digna de ser enamorada.

—¿De modo que estaba usted completamente seguro de que yo iba a aceptarlo?

—En efecto, lo estaba. No sé lo que pensará usted de mi vanidad, pero yo imaginaba que lo único que estaba deseando y esperando era mi declaración amorosa.

—Mi actitud debió de ayudar a que usted se lo imaginara así, pero le aseguro que no fue intencionada. Nunca pretendí engañarlo, pero es posible que mi estado de ánimo me desorientase. ¡Cuánto ha debido de odiarme usted desde aquella tarde!

—¿Odiarla a usted? Tal vez me sentí enojado al principio, pero mi indignación comenzó pronto a tomar el rumbo conveniente.

—Casi no me atrevo a preguntarle qué juicio le merecí cuando nos encontramos en Pemberley. ¿Me juzgó usted mal por haberme encontrado allí?

—En absoluto, sólo me quedé asombradísimo al verla.

—Su asombro no podía ser mayor que el mío al comprobar sus atenciones hacia mí. Estaba convencida de que yo no era merecedora de una amabilidad como aquélla y confieso que lo único que esperaba recibir era lo que me merecía.

—Lo que yo pretendí entonces —repuso Darcy— fue demostrarle, por medio de mis atenciones, que yo no era tan mezquino como para guardar resentimiento por lo pasado. Y a la vez confiaba en obtener su indulgencia y restar en lo posible el mal concepto en que usted me tenía, eso le mostraría que habían sido tenidos en cuenta sus reproches. Ahora mismo no podría decirle en qué momento se presentaron otras inquietudes, pero creo que esto sucedió una media hora después de haberla visto a usted.

A continuación le habló del gusto que había procurado a Jorgina en el momento de conocerla y de la desilusión que le había producido la repentina interrupción de sus relaciones; y como, naturalmente, esto la llevaba a la causa de aquella interrupción, Lizzy supo enseguida que la decisión del joven de salir en busca de su hermana fue tomada por él antes de abandonar la casa en que se hospedaban y que su preocupación no era originada por otras luchas morales que no fuesen las que guardaban alguna relación con aquel propósito.

Lizzy volvió a expresar su gratitud; pero resultaba demasiado penoso este punto para ambos, por lo que no se insistió demasiado en él.

Recorrieron varias millas caminando lentamente, demasiado abstraídos en su conversación para darse cuenta de hacia dónde se dirigían y se percataron por fin, al mirar sus relojes, de que era ya hora de regresar casa.

—¡Dónde estarán Jane y Bingley?

Esta pregunta, hecha por Darcy, los llevó a ocuparse de éstos y de sus asuntos. Darcy manifestó su agrado de que se hubiesen comprometido. Su amigo lo había puesto al corriente del caso inmediatamente.

—Permítame que le pregunte si se sorprendió usted al saberlo —preguntó Lizzy.

—En absoluto. Al marcharme estaba ya seguro de que esto tendría que suceder.

—Lo que quiere decir es que ya había dado usted su autorización. Lo adiviné inmediatamente.

Aunque él protestó contra aquella frase, Lizzy comprendió que, poco más o menos, éste había sido el caso.

—El día anterior a mi partida hacia Londres —explicó él—, hice a Bingley una confesión que creo debí haberle hecho bastante tiempo atrás. Le expuse todo cuanto había ocurrido y añadí que mi intromisión en sus asuntos había sido absurda e improcedente. Su sorpresa no tuvo límites. Nunca lo había sospechado. Además, le dije que me creía equivocado al suponer que a su hermana no le interesaba y que, como podía darme cuenta fácilmente de que no había cambiado en absoluto su cariño por ella, no dudaba de que ambos podrían ser dichosos.

Lizzy no pudo evitar una sonrisa de satisfacción.

—Cuando advirtió a Bingley que mi hermana lo quería —dijo—, ¿hablaba usted basándose en su propia observación o solamente en lo que yo le había manifestado en la pasada primavera?

—En mi observación. Durante las dos últimas visitas que hice aquí la estuve vigilando arduamente y quedé convencido de su afecto.

—Y supongo que su seguridad lo convenció a él inmediatamente.

—En efecto. Bingley tiene un carácter muy sencillo. En un caso de tanta importancia, su timidez le habría impedido actuar por cuenta propia, pero su confianza en mí hizo que todo resultara muy fácil. Entonces me vi obligado a confesarle una cosa, que durante algún tiempo después lo ofendió y no sin motivo. No pude ocultarle que Jane había estado tres meses en Londres durante el invierno último, que yo lo sabía y que deliberadamente había procurado que él lo supiera. Él se irritó. Pero estoy seguro de que su enojo duró tan sólo mientras tuvo alguna duda respecto a los sentimientos de Jane. Ahora me ha perdonado de todo corazón.

Lizzy estuvo a punto de declarar que Bingley había sido para él un amigo encantador, por la facilidad con que se dejaba conducir, pero se contuvo. Recordó que Darcy no había aprendido aún a soportar las indirectas y que era demasiado pronto para dedicarse a esta enseñanza con él. Dejó, entonces, que Darcy siguiera hablando de la felicidad de Bingley, que según afirmó, solamente era inferior a la suya, y así transcurrió el tiempo hasta que llegaron a la casa, en cuyo vestíbulo se separaron.

CAPÍTULO LIX

—Querida Lizzy, ¿por dónde han ido? —preguntó Jane a su hermana en cuanto ésta hubo entrado en el comedor.

Ella se limitó a decir que habían ido de paseo hasta pasando el terreno que ella conocía. Se ruborizó mientras dio esta explicación, pero ninguno de los presentes pudo sospechar nada sobre la auténtica verdad.

La tarde transcurrió en medio de una tranquilidad absoluta. Los novios oficiales no hacían más que hablar y sonreír, y los enamorados en secreto guardaban silencio. A Darcy no le gustaba manifestar su felicidad bulliciosamente, y Lizzy, agitada y confusa, sabía, más que sentía, que era dichosa; porque aparte de la turbación de aquellos momentos, la oprimían ciertos temores. Comenzaba a pensar en lo que dirían sus familiares al enterarse de su compromiso; sabía que, a excepción de Jane, a nadie le caía simpático Darcy, y la sobrecogía el temor de que la aversión de los demás hubiera alcanzado tal grado de intensidad, que no fuesen suficientes para disiparla ni siquiera la fortuna y la influencia del joven.

Por la noche expuso abiertamente su situación a Jane que, aunque nunca solía ser desconfiada, en este caso se mostró incrédula y sorprendida.

—Estás bromeando, Lizzy. Eso no puede ser. ¡Prometida del señor Darcy...! ¡Imposible! Tú quieres engañarme...

—La verdad es que el comienzo no es nada halagüeño. Sólo contaba contigo y si tú no me crees, no sé quién va a creerme. Sin embargo, te estoy hablando muy en serio. Estoy diciendo la verdad. Él continúa amándome y nos hemos prometido.

Jane se quedó mirándola con gesto de duda.

—¡Lizzy, no es posible! Yo sé la antipatía que sientes por él.

—Tú no sabes nada. Lo que estás diciendo ya fue olvidado hace mucho tiempo. Quizá no le he tenido siempre el cariño que le tengo ahora, pero en casos como éste, lo correcto es no tener memoria. Ésta será la última vez que yo recuerde aquello.

Jane continuaba tan sorprendida que Lizzy tuvo que repetirle de nuevo que lo que estaba diciendo era cierto.

—¡Santo Dios! Pero ¿es posible? Y, sin embargo, tengo que creerte —exclamó Jane—. ¡Mi queridísima Lizzy! Quisiera felicitarte..., pero ¿estás segura, completamente segura, de que podrás ser feliz a su lado?

—No me cabe la menor duda. Hemos decidido ya que

seremos la pareja más dichosa del mundo. ¿Te alegra esto, Jane? ¿Te gustaría que Darcy fuese tu cuñado?

—Muchísimo. Nada podría procurarnos mayor alegría a Bingley y a mí. Pero habíamos hablado de eso y lo considerábamos como algo imposible. Entonces... ¿es cierto que tú lo amas también? Lizzy, haz cualquier cosa menos casarte sin tener la seguridad de que lo quieres. ¿Sientes de verdad la pasión que deberías sentir?

—¡Oh, sí! Cuando te lo haya explicado todo comprenderás que mi cariño es más profundo quizá de lo que tendría que ser.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo que confesar que lo quiero más que tú a Bingley. Temo que te enfades por haber dicho esto.

—Te ruego que seas formal y que me hables tan seriamente como yo suelo hacerlo. Dime, ¿desde cuándo lo amas?

—Mi amor fue despertándose de una forma tan insensible, que apenas recuerdo cuando empezó. Pero creo que comencé a sentirlo cuando vi por primera vez su hermoso parque de Pemberley.

Pero una nueva llamada a la formalidad produjo el efecto deseado, y Jane quedó pronto satisfecha cuando su hermana le afirmó solemnemente que su amor era sincero. Convencida por fin de eso, Jane ya no podía desear más.

—Ahora ya me siento dichosa por completo —dijo—, porque sé que serás tan feliz como yo. Siempre apreció a Darcy. Aunque sólo fuese porque él te quiere, le hubiera tenido cariño; pero ahora, en su condición de amigo de Bingley y de marido tuyo, sólo ustedes dos serán las personas a quienes yo idolatraré. Pero, Lizzy, has sido muy reservada conmigo. ¡Qué poco me dijiste de lo que pasó en Pemberley y en Lambton! Todo lo que sé lo debo a otra persona, no a ti.

Lizzy le explicó los motivos que la indujeron a ser tan reservada. Su deseo de no hablar de Bingley había sido la causa principal de que tampoco quisiera mencionar el nombre de su amigo. Pero ahora no podía ocultar más la participación de éste en el casamiento de Lydia. Luego se lo explicó todo, y así pasó la mitad de la noche en una ininterrumpida conversación.

—¡Apostaría a que es ese antipático de Darcy el que viene con nuestro querido Bingley! —exclamó al día siguiente la señora Bennet, asomada a la ventana—. ¿Qué pretenderá con su odiosa insistencia en presentarse aquí? ¿No podría irse a cazar o adonde le viniera en gana en lugar de venir a fastidiarnos con

su inoportuna compañía? Lizzy, me temo que tendrás que ir otra vez a pasear con él para que deje en paz a Bingley.

Lizzy apenas pudo contener la risa ante tan oportuna invitación, pero lamentaba el hecho de que su madre dedicara siempre a Darcy tan injustas como desagradables frases.

Al entrar en la casa los dos amigos, Bingley la miró de una forma tan expresiva y le dio la mano con tal efusión, que ella no tuvo la menor duda de que estaba bien informado. Instantes después dijo a la señora Bennet:

—Señora, ¿no sabe usted dónde hay otro sendero por donde Lizzy pueda volver a extraviarse hoy?

—El señor Darcy, Lizzy y Kitty —respondió la señora Bennet— podrían ir esta mañana hasta el monte Oakham. Es un paseo bonito aunque un poco largo, pero al señor Darcy le gustará contemplar desde allí un maravilloso panorama.

—Ese paseo puede resultar agradable para Lizzy y para mi amigo Darcy, pero estoy seguro de que a Kitty le resultará pesado —repuso Bingley—. ¿Verdad, Kitty?

Kitty respondió que prefería quedarse en casa; Darcy demostró una afanosa curiosidad por contemplar el paisaje desde el monte, y Lizzy consintió en silencio. Ésta se dirigió hacia su habitación para arreglarse, y la señora Bennet la siguió para decirle:

—Lamento mucho, hija mía, que te veas obligada a ir sola con ese joven tan antipático y desagradable. Pero supongo que no tendrás inconveniente en hacerlo por Jane; no es necesario que le des mucha conversación. De manera que no tienes que preocuparte.

Durante el paseo se convino en que Darcy pediría el consentimiento del señor Bennet al final de la velada. Lizzy se reservó el de solicitárselo a su madre. No podía asegurar cómo reaccionaría ésta. A veces dudaba de que fueran suficientes la fortuna y el prestigio de Darcy para contrarrestar la aversión que sentía hacia él. Pero tanto en el caso de que recibiera con entusiasmo la noticia o se manifestase violentamente contrariada, no había duda de que lo haría de forma muy desatinada, y a Lizzy le fastidiaba tanto tener que soportar la exaltación de júbilo de su madre como la vehemencia de su desaprobación.

Al anochecer, momentos después de haberse retirado el señor Bennet a su biblioteca, Darcy lo siguió hasta allí. Lizzy comenzó a sentir interiormente una profunda agitación. No temía que su padre se opusiera, pero comprendía que éste se iba

a disgustar, ya fuese porque no le pareciera bien la elección o por el pensamiento de tener que separarse de su hija predilecta. Tales reflexiones duraron hasta que Darcy volvió a aparecer, al mirarlo se sintió animada al ver que él le dirigió una larga sonrisa. Inmediatamente Darcy se acercó a ella y, simulando que admiraba su labor, le dijo en voz muy baja:

—Tu padre está esperándote en la biblioteca, ve inmediatamente.

Minutos después, Lizzy se encontraba en presencia de su padre, que se paseaba con aire grave e impaciente por la habitación.

—Lizzy —dijo—, ¿qué significa todo esto? ¿Has perdido el juicio para aceptar a ese hombre? Siempre lo has odiado, ¿no es así?

Nunca como en aquel momento deseó Lizzy haber tenido más moderación sobre sus anteriores juicios y expresiones. Ahora se habría ahorrado explicaciones y revelaciones que le era difícil y embarazoso tener que dar; pero resultaba necesario hacerlo y, aunque con cierto nerviosismo, aseguró a su padre que era sincero y profundo el cariño que sentía por Darcy.

—Lo que quiere decir que estás decidida a no dejarlo escapar, ¿no es cierto? Es rico y, naturalmente, tendrás trajes mejores y coches más elegantes que Jane. Pero ¿crees que serás feliz en su compañía?

—¿Es la sospecha de mi indiferencia la única objeción que puedes ponerme? —preguntó Lizzy.

—La única. Todos sabemos que es antipático y orgulloso, pero esto no importaría en absoluto si lo quieres de verdad.

—Papá, ya te he dicho que lo quiero con toda mi alma —repuso Lizzy con lágrimas en los ojos—. En realidad no es tan orgulloso como parece. Al contrario, es muy amable. Ustedes desconocen cuál es su verdadero carácter. Te ruego, por lo tanto, que no me mortifiques hablando de él en esos términos.

—Lizzy —manifestó el señor Bennet—, le he dado mi consentimiento. Sea cual sea su carácter, lo cierto es que Darcy es uno de esos hombres a los que yo no sabría negar nada. Ahora te lo doy a ti también si estás resuelta a contraer matrimonio con él. Pero permíteme aconsejarte que lo pienses bien. Conozco tu temperamento, Lizzy, y sé que, a no ser que lo quieras de verdad, no podrías ser dichosa. Pero tu inteligente vivacidad te expondría a riesgos difíciles en el caso de un matrimonio desigual. Te resultaría complicadísimo librarte del padecimiento y de la deshonra. Lizzy, no me pongas en el trance dolo-

roso de verte incapaz de respetar al compañero de toda tu vida. No sabes a lo que te expones.

Más afectada aún por estas palabras, Lizzy respondió con decisión y fervor a su padre, y le aseguró finalmente una vez más que Darcy era el elegido de su corazón. Luego le explicó el cambio que gradualmente había ido experimentándose en ella respecto de su manera de juzgarlo, exponiéndole su seguridad absoluta de que su cariño no se había elaborado en un día, sino que había resistido la prueba de muchos meses de vacilaciones, enumerando con firmeza y valentía todas las buenas cualidades que adornaban a Darcy, hasta que logró vencer la incredulidad de su padre.

—Está bien, hija mía —dijo él cuando ella terminó de hablar—. No tengo nada más que añadir. Siendo así las cosas, Darcy es digno de ti. Me hubiera opuesto a separarme de ti, mi querida Lizzy, para entregarte a otro hombre que valiese menos que yo.

Para redondear la favorable impresión que sus palabras habían producido a su padre, Lizzy le expuso entonces las circunstancias de la voluntaria y generosa intervención de Darcy en el arreglo de la boda de su hermana Lydia. El señor Bennet escuchó visiblemente asombrado, y luego exclamó:

—¡Verdaderamente esta noche está formada de una sucesión increíble de prodigios! ¡Conque Darcy fue quien arregló la boda, dio el dinero, pagó las deudas de ese individuo y le compró el empleo! Me alegro de que haya sido así. Esto me ahorrará muchas molestias y privaciones. Si en lugar de hacerlo él, lo hubiese hecho tu tío, yo hubiese tenido que pagarle y lo habría hecho, sin duda alguna; pero estos jóvenes enamorados lo solucionan todo en un abrir y cerrar de ojos. Mañana hablaré con él y me ofreceré para pagarle, naturalmente él protestará en nombre del amor que te profesa y asunto concluido.

Entonces recordó la turbación de Lizzy en el momento de leerle la carta de Collins unos días antes; y después de gastarle algunas bromas a cuenta de ello, la dejó marchar por fin, no sin antes decirle en tono jocoso:

—Lizzy, si viene algún otro caballero a solicitar la mano de Mary o de Kitty, hazlo pasar inmediatamente; hoy estoy disponible para todos.

Después de haberse quitado aquel gran peso de encima, Lizzy se encerró en su habitación y permaneció en ella durante media hora, luego de la cual bajó a reunirse con los demás con

una expresión bastante normal. La velada prosiguió con absoluta tranquilidad; habían cesado los temores y el bienestar del sosiego y de la familiaridad llegarían con el tiempo.

Lizzy siguió a su madre aquella noche, cuando ésta se dirigía al tocador, para comunicarle la gran noticia. La señora Bennet quedó anonadada y no pudo pronunciar una palabra. Pasó un largo rato antes de que pudiera darse perfecta cuenta de lo que acababa de oír, a pesar de que ordinariamente daba crédito inmediato a toda noticia referente a algún beneficio de la familia o al futuro noviazgo de alguna de sus hijas. Pero finalmente logró recobrar el uso de sus cinco sentidos y empezó a agitarse en la silla, a levantarse, a sentarse de nuevo, hasta que de pronto exclamó, en medio de una crisis espantosa de alegría:

—¡Cielo santo! ¡Que Dios me bendiga! ¡Imagínense! ¡Qué milagro! ¡El señor Darcy! ¿Quién lo hubiera creído? Pero ¿es verdad lo que dices? ¡Oh, mi queridísima, mi deliciosísima Lizzy! ¡Qué noble y qué rica vas a ser! ¡Cuánto dinero, joyas y coches vas a tener! Lo de Jane no significa nada comparado con todo esto. ¡Qué contenta estoy! ¡Qué feliz soy! ¡Un hombre tan encantador, tan guapo y tan esbelto como Darcy! ¡Oh, querida Lizzy, cuánto me pesa haberlo tratado con tanta desconsideración! Dile que me perdone y que confío que querrá olvidarlo. ¡Mi querida, mi idolatrada Lizzy! ¡Una casa en Londres! ¡Lo que más podía desear! ¡Tres hijas casadas! ¡Diez mil libras de renta anual! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué será de mí? Me volveré loca...

Estas exclamaciones eran suficientes para demostrar que su aprobación era indiscutible, y alegrándose de que nadie más hubiese oído tan exageradas manifestaciones de entusiasmo, Lizzy se retiró enseguida. Pero apenas pasados tres minutos, se presentó su madre en la habitación.

—¡Hija de mis entrañas —exclamó de nuevo—, no puedo pensar en otra cosa! ¡Diez mil libras al año o más! ¡Esto es casi tanto como alcanzar el título de *lord*! ¡Y un privilegio! ¡Van a casarse con venia especial! Pero, hija de mi corazón, dime enseguida qué guisado prefiere el señor Darcy para presentarlo a la mesa mañana.

Esto presagiaba ya la conducta que su madre iba a tener con el propio Darcy, y Lizzy comprendió al momento que, aun contando con el profundo cariño del joven y con la aprobación de sus padres, le quedaba todavía algo que desear. Pero la mañana del día siguiente transcurrió mucho mejor de lo que ella temía, ya que tanto espanto le infundía a la señora Bennet la

presencia de su futuro yerno que apenas se atrevía a hablarle a no ser para hacerle objeto de alguna atención especial o para asentir con monosílabos a todo lo que él decía.

Lizzy recibió otra satisfacción al ver cómo se esforzaba su padre en entablar conversación con Darcy. Poco después aseguró a su hija que su novio le inspiraba cada vez más afecto y simpatía.

—Admiro sinceramente a mis tres yernos —declaró—. Tal vez sea Wickham mi favorito, pero creo que llegaré a tener tanto o más cariño a tu marido y al de Jane.

CAPÍTULO LX

Una vez recobrada la tranquilidad quiso Lizzy que Darcy le explicara cómo llegó a enamorarse de ella.

—¿Cuál fue el principio? —le preguntó—. Me imagino que, después de dado el primer paso, no hiciste más que seguir a tu propio instinto; pero ¿qué es lo que te incitó en el primer momento?

—Me resultaría imposible determinar la hora, el lugar, la mirada o las palabras que sirvieron de base a mi pasión. Hace ya demasiado tiempo que esto sucedió. Cuando me di cuenta de que me había puesto en marcha me hallaba ya a medio camino.

—Desde el principio habías observado mi belleza, y en cuanto a mis modales, mi comportamiento para contigo tocó siempre los límites de la descortesía, y nunca te dirigí la palabra sin sentir interiormente más deseos de fastidiarte que de dejarte en paz. Ahora dime con sinceridad: ¿fue mi impertinencia lo que hizo que me admiraras?

—Te admiré por la impetuosidad de tu carácter.

—Puedes calificarlo de impertinencia sin reparo alguno. En realidad fue muy poco menos... Lo cierto es que tú sufrías un empacho de cortesía, de protocolo y de atenciones oficiosas. Ya estabas harto de mujeres que no hacían más que hablar contigo, admirarte y pensar en ti con la única finalidad de conseguir tu aprobación. Entonces aparecí yo con mi despectiva desenvoltura y desperté tu interés al juzgarme diferente de las demás. Si no hubieses sido especialmente bondadoso, mi conducta te hubiera impulsado a odiarme; pero aun cuanto te esforzabas en ocultar tu verdadero temperamento, tu inclinación fue siempre noble y justa, y en lo más íntimo de tu corazón despreciabas a los que vivían solamente para halagarte. Como verás,

te he ahorrado el trabajo de explicármelo todo y, considerándolo bien, empiezo a juzgarlo muy razonable. Ya sé que actualmente no ves en mí ninguna bondad positiva, pero nadie es capaz de pensar en eso cuando se enamora.

—¿Acaso no demostraste tu fondo bondadoso con tu conducta cariñosa hacia Jane cuando tuvo que quedarse por su enfermedad en Netherfield?

—¡Mi queridísima Jane! ¿Quién no hubiese hecho otro tanto por ella? A pesar de todo considéralo como una virtud. Mis buenas cualidades se hallan ahora bajo tu custodia y deberás exagerarlas cuanto puedas; en cambio yo tengo que preocuparme de fastidiarte continuamente y de buscarte ocasionales peleas siempre que me sea posible; y voy a comenzar ahora mismo haciéndote esta pregunta: ¿por que demonios diste tantos rodeos? ¿Por qué causa te mostraste tan tímido ante mí la primera vez que nos visitaste, cuando comiste con nosotros? Y, finalmente, ¿por qué cuando estuviste en casa disimulabas tu interés por mí?

—Porque ponías una cara demasiado seria y no hacías nada para alentarme.

—Es que yo estaba muy nerviosa.

—Y yo también.

—Pero podías haberte acercado a hablar conmigo cuando viniste a comer.

—Un hombre menos emocionado que yo en aquellos momentos pudiera haberlo hecho, pero no yo.

—¡Qué desgracia es que tengas siempre una respuesta razonable para todo y que, además, yo sea lo bastante razonable para admitirla! Pero dime, ¿cuánto tiempo hubieras seguido en esa actitud si yo no te hubiese ayudado? Si yo no hubiese tenido la ocurrencia de hablarte, ¿cuándo te hubieras decidido a hacerlo tú? La circunstancia de que yo tomara la resolución de darte las gracias por tu intervención en el caso de Lydia fue de gran efecto. Incluso temo que el efecto fue excesivo; porque ¿dónde queda la moral cuando nuestra felicidad nace del quebrantamiento de una promesa? Pero no he debido referirme a este asunto, porque temo que su mención nunca servirá para nada.

—No te preocupes. La moral queda siempre a buen recaudo. Lo que sirvió para resolver todas mis dudas fue el inaudito comportamiento de mi tía. Mi felicidad actual no se debe a tu deseo de expresarme tu gratitud. Anteriormente no creía que alguna vez quisieras decidirte a iniciar nuestras relaciones. Pero

la exposición de mi tía me hizo concebir grandes esperanzas y me propuse averiguar de una vez para siempre toda la verdad.

—La actitud de *lady* Catalina nos ha resultado de gran utilidad, y esto deberá ser para ella un motivo de alegría, puesto que siempre le gustó ser servicial. Pero ¿por qué viniste a Netherfield? ¿Fue simplemente porque querías acobardarme presentándote en Longbourn o te animaba otra finalidad más importante?

—Mi verdadera intención era verte y deducir si por tu comportamiento conmigo podía esperar que llegaras a amarme. Pero oficialmente vine aquí para comprobar si tu hermana seguía queriendo a Bingley y, en caso afirmativo, revelar a éste mi conducta anterior.

—¿Tendrás valor para comunicar a *lady* Catalina lo que le espera?

—Lo que puede ocurrir es que antes me falte tiempo que valor, Lizzy. Y como alguna vez hay que hacerlo, si me procuras una hoja de papel, lo haré en este mismo instante.

—Y si yo no tuviese que escribir también una carta, me sentaría a tu lado y me pondría a admirar la simetría de tu letra, como otra joven lo hizo en cierta ocasión; pero tengo una tía en Londres a quien no puedo olvidar por más tiempo.

Ante el reparo de tener que confesar sus anteriores relaciones con Darcy, Lizzy no había dado contestación aún a la extensa carta que la señora Gardiner le había escrito, pero consciente ahora de que era su obligación comunicar algo que sabía que iba a alegrar mucho a sus tíos, casi se avergonzaba pensando que los había privado de tres días de satisfacción y al momento escribió lo siguiente:

Querida tía: Cumpliendo mi deber hubiese tenido que escribirle antes para agradecerle sus detalladas, amables y buenas noticias; pero lo cierto es que me hallaba demasiado malhumorada como para poder escribir. Usted suponía en su carta más de lo que en realidad había; pero ahora suponga usted todo cuanto le venga en gana, dé rienda suelta a su imaginación y si llega a la conclusión de que ya estoy casada, se equivocará, aunque no mucho. Debe usted escribirme otra vez para ponderarle mucho más de lo que lo hizo en su última carta. No sé cómo podré agradecerle su decisión de no ir a los lagos. ¡Cómo pude ser tan boba para desilusionarme por eso!

Su idea de las jaquitas es muy acertada. Nos pasearemos

por el parque todos los días. Soy la mujer más feliz del mundo. Esto lo han dicho antes otras personas, pero ninguna con tanto motivo como yo. Incluso soy más feliz que Jane; ella no hace más que sonreír, y yo, en cambio, río. Darcy les envía a todos el cariño que puede escatimarme a mí. Los invitamos a todos a pasar la Navidad en Pemberley.

El estilo de la carta que Darcy escribió a *lady* Catalina era muy distinto, y lo era más aún el de la que envió el señor Bennet contestando a la última de Collins:

Querido señor: De nuevo he de ponerle en el aprieto de tener que felicitarme. Mi hija Lizzy va a ser pronto la esposa del señor Darcy. Haga usted cuanto esté a su alcance para consolar a lady *Catalina. Pero si yo me encontrase en el lugar de usted, me pondría de parte del sobrino, que puede dar bastante más... Lo saluda atentamente...*

En la carta de felicitación que la señorita Bingley mandó a su hermano había tanta demostración de afecto exagerado como de ficción. Incluso llegó a escribir a Jane para expresarle su alegría y sus nuevos reclamos de cariño. Jane no podía llamarse a engaño, pero a pesar de todo se emocionó y, aunque no le inspiraba ninguna confianza, le contestó en términos más cariñosos de los que en realidad merecía.

La alegría que recibió la señorita Darcy al conocer la noticia fue tan sincera como la de su hermano al transmitírsela. En un pliego escrito con letra apretada por las cuatro caras le expresó su júbilo y su ferviente deseo de merecer el cariño de su cuñada.

Antes de que llegara la contestación de Collins o la felicitación de su esposa para Lizzy, los habitantes de Longbourn se enteraron de la llegada de ambos a la Mansión Lucas. El motivo de tan inesperado viaje era evidente. La cólera que produjo a *lady* Catalina el contenido de la carta de su sobrino había llegado a tal grado de desbordamiento, que Carlota, que en realidad se alegraba por la boda, manifestó su deseo de alejarse de Hunsford hasta que hubiese amainado el temporal. En un momento como aquél, Lizzy atendió a su amiga con verdadera satisfacción, si bien en el curso de la entrevista tuvo motivos fundados para pensar con ansiedad que el precio un poco caro que tenía que pagar por ella al ver a Darcy expuesto a la ridí-

cula y molesta solemnidad de Collins. Sin embargo aquél logró soportarlo con una calma digna de elogio. Incluso escuchó estoicamente al señor William Lucas cuando éste, después de darle la enhorabuena, le dijo que se llevaba la joya más valiosa de todo el país y le expresó su confianza de encontrarse a menudo en el palacio de Saint James. Darcy no se encogió de hombros hasta que el señor William se marchó.

Otras de las mayores pruebas a las que tuvo que someterse la paciencia de Darcy fue la vulgaridad de la señora Philips y aunque, como ocurría a la madre de Lizzy, dicha señora le tenía demasiado respeto para atreverse a hablarle con la familiaridad que parecía estimular el magnífico humor del joven, cada vez que lo hacía se mostraba más ordinaria.

Lizzy se esforzaba con esfuerzo para proteger a Darcy contra las frecuentes atenciones de su madre y de su tía. Procuraba mantenerlo a su lado o confiárselo a aquellos familiares que pudieran hablar con él sin mortificarlo; y aunque las molestias que esto le procuraba le restaban mucho tiempo para entregarse al placer de disfrutar de su noviazgo, aumentaban en cambio las esperanzas en el futuro. Ella pensaba con creciente embeleso en el momento en que ambos tendrían que abandonar una sociedad y un ambiente que tanto les desagradaba, para disfrutar de la comodidad y elegancia de la vida familiar que harían en Pemberley.

CAPÍTULO LXI

Para sus sentimientos maternales, el día en que la señora Bennet pudo deshacerse por fin de sus dos mejores hijas fue uno de los más felices de su vida. Será fácil adivinar con qué orgullo tan desmedido visitaba después a la señora Bingley o hablaba de la señora Darcy. Por consideración a su familia quisiera decir que la circunstancia de que se hubiesen cumplido sus deseos al casarse tres de sus cinco hijas produjo en ella un efecto tan favorable, que incluso llegó a convertirla en una mujer sensata, afable y reservada para el resto de sus días; y quizá fue una gran suerte para su esposo —que de otra forma no hubiese sabido gozar de una felicidad doméstica tan extraña— que de vez en cuando continuara padeciendo crisis nerviosas y poniéndose tremendamente estúpida.

El señor Bennet echaba mucho de menos a su segunda

hija; el afecto especial que había sentido siempre por ella lo impulsaba a salir de la casa más que de costumbre, y le gustaba trasladarse a Pemberley, en especial cuando no se lo esperaba.

Bingley y Jane residieron en Netherfield solamente un año. La excesiva proximidad de su madre y de los parientes de Meryton no encajaban en el temperamento señorial de él ni en el enamorado corazón de ella. Entonces fue cuando el deseo ferviente de las hermanas de Bingley se vio satisfecho, ya que éste compró una finca en una región próxima al condado de Derby, y Jane y Lizzy vieron colmada su felicidad por la circunstancia de hallarse separadas por sólo treinta millas de distancia.

Kitty aprovechó cuanto pudo la situación de sus dos hermanas mayores y pasaba la mayor parte de su tiempo con ellas. El perfeccionamiento de sus modales fue notable por la oportunidad de frecuentar una sociedad tan superior a la que hasta entonces había conocido. No era irreductible como Lydia y, alejada de la influencia de ésta, tratada y dirigida con cuidado, fue haciéndose menos irritable, menos irritante y menos insípida. Con el mayor cuidado se procuró evitarle la peligrosa compañía de Lydia, y aunque ésta la invitaba con frecuencia a su casa, prometiéndole bailes y caballeros jóvenes que podían cortejarla, el señor Bennet nunca consintió que fuera.

La única hija que quedó en el hogar paterno fue Mary; necesariamente tuvo que abandonar sus estudios para dedicarse a atender a su madre, que no era capaz de pasar sola ni un solo momento. Esto la hizo mezclarse más con la gente, pero así tenía oportunidad de filosofar sobre cada visita que recibían, y como ya nadie podía mortificarla haciendo comparaciones entre su belleza y la de sus hermanas, su padre acabó convenciéndose de que se estaba adaptando sin gran disgusto a la nueva situación.

En cuanto a Lydia y Wickham, su modo de ser no sufrió variación alguna con la boda de sus hermanas. Él soportó con la mayor presencia de ánimo la convicción de que ahora Lizzy tenía que estar enterada de todo cuanto se refería a su vida pasada; a pesar de eso abrigaba la esperanza de que algún día Darcy lo ayudaría a hacer fortuna. Lizzy llegó a esta conclusión después de leer la carta de felicitación que recibió de Lydia, aunque era ésta la que se expresaba en tales términos. La carta decía lo siguiente:

Mi querida Lizzy: Deseo que seas muy feliz. Si quieres a Darcy sólo la mitad de lo que yo quiero a Wickham, lo serás sin duda. Me procura mucha alegría el pensamiento de saber que eres tan rica, y espero que cuando no tengas nada que hacer nos recuerdes. Sé que a Wickham le gustaría mucho conseguir un empleo en la corte y no creo que dispongamos, al menos por el momento, de dinero suficiente para vivir sin cierta protección... un cargo cualquiera con una remuneración de trescientas o cuatrocientas libras anuales nos aliviaría mucho; no obstante, si no estás dispuesta a hacer nada, no digas ni una palabra a Darcy sobre este asunto.

Lizzy no sentía el menor deseo de complacer a su hermana, por lo que en su contestación procuró poner término a todo ruego y a toda esperanza de esta índole. No obstante, los ayudaba todo lo que podía enviándoles con frecuencia el producto de lo que en concepto de gastos personales lograba economizar. Siempre había estado segura de que tenían que resultar insuficientes los ingresos tan modestos como los de Wickham y Lydia, en especial si eran administrados por dos personas tan derrochadoras como ellos, que nunca pensaban en el porvenir. Su manera de vivir era en extremo desordenada, incluso cuando el retorno a la paz les permitió el regreso al hogar. Continuamente iban de un lado a otro buscando una situación modesta, pero siempre gastaban más de lo que sus recursos les permitían. El cariño de Wickham para con Lydia se convirtió pronto en indiferencia; el de ella resistió un poco más, y a pesar de sus modales y su juventud logró conservar la buena reputación que le confirió su matrimonio.

Darcy nunca quiso recibir a Wickham en Pemberley; sin embargo, en atención a Lizzy, lo ayudó para que progresara en su profesión. De cuando en cuando, sobre todo en ocasiones en que su marido iba a Londres o a Bath a divertirse, Lydia visitaba a Lizzy, y otras veces pasaban tanto tiempo con los Bingley, que llegaba incluso a desdibujarse el humor de éste y lo inducía a echarles alguna indirecta para que se marcharan.

La persona que más profundamente se sentía mortificada por la boda de Darcy era la señorita Bingley, pero como le interesaba conservar el derecho de visitar Pemberley, no tardó en olvidar su resentimiento. Se mostró con la señorita Darcy casi tan atenta como antes con la hermana de ésta y correspondió cumplidamente a todos los atrasos de cortesía que

tenía pendientes con Lizzy.

El hogar de Jorgina era ahora Pemberley; y el afecto que se profesaban respondía exactamente a las esperanzas de Darcy. Se manifestaban dispuestas a quererse tanto como se lo habían propuesto. Jorgina tenía un concepto extraordinariamente bueno de Lizzy, aunque al principio le había procurado serios sobresaltos la manera enérgica y traviesa con que ésta hablaba con su hermano. Veían a éste ahora como objeto de la más descarada mofa, cuando a ella le había inspirado siempre un respeto casi siempre superior a su cariño. Pero Lizzy logró tranquilizarla y le hizo comprender que una mujer puede tomarse con su marido ciertas libertades que éste no estaría dispuesto siempre a tolerar a una hermana diez años más joven que él.

La indignación de *lady* Catalina por el casamiento de su sobrino fue tal, que en la carta de contestación a la que éste escribió anunciándole el fausto acontecimiento dio rienda suelta a toda la franqueza de la que su temperamento era capaz. En ella empleaba términos injuriosos y un lenguaje muy insultante, en especial para Lizzy, y durante algún tiempo quedó interrumpida toda clase de relación entre ellos. Pero las súplicas de Lizzy consiguieron por fin que Darcy olvidara la ofensa y buscase una forma de reconciliación; y así, después de un ademán de resistencia por parte de su tía, ésta se olvidó finalmente de su resentimiento, bien fuese por el cariño que tenía a su sobrino o bien por la curiosidad de comprobar cuál sería su conducta, y se dignó a hacerles una visita en Pemberley a pesar de que los bosques y el parque de la hacienda habían sido profanados no sólo por la presencia de semejante dueña, sino por las visitas de los tíos que ésta tenía en la Capital.

Siempre estuvieron unidos con los Gardiner por lazos de íntima amistad. Tanto Darcy como Lizzy les profesaban un verdadero cariño. La feliz pareja no pudo olvidar jamás que ellos habían sido los que, al llevar a Lizzy al condado de Derby, habían facilitado su anhelado matrimonio.

Índice

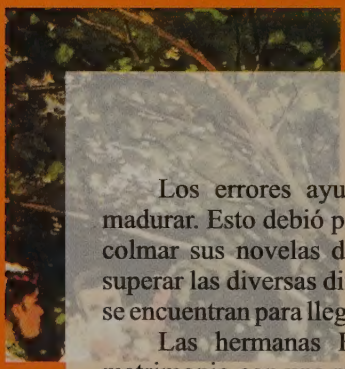
Estudio Preliminar 3
Orgullo y Prejuicio
Capítulo I 17
Capítulo II 19
Capítulo III 22
Capítulo IV 26
Capítulo V 29
Capítulo VI 32
Capítulo VII 38
Capítulo VIII 43
Capítulo IX 49
Capítulo X 53
Capítulo XI 59
Capítulo XII 63
Capítulo XIII 65
Capítulo XIV 70
Capítulo XV 73
Capítulo XVI 76
Capítulo XVII 85
Capítulo XVIII 88
Capítulo XIX 100
Capítulo XX 105
Capítulo XXI 109
Capítulo XXII 114
Capítulo XXIII 118
Capítulo XXIV 121
Capítulo XXV 126
Capítulo XXVI 130
Capítulo XXVII 135
Capítulo XXVIII 138
Capítulo XXIX 142
Capítulo XXX 148

Capítulo XXXI 151
Capítulo XXXII 155
Capítulo XXXIII 159
Capítulo XXXIV 164
Capítulo XXXV 169
Capítulo XXXVI 175
Capítulo XXXVII 179
Capítulo XXVIII 182
Capítulo XXIX 185
Capítulo XL 189
Capítulo XLI 192
Capítulo XLII 198
Capítulo XLIII 202
Capítulo XLIV 214
Capítulo XLV 219
Capítulo XLVI 224
Capítulo XLVII 231
Capítulo XLVIII 241
Capítulo XLIX 246
Capítulo L 252
Capítulo LI 257
Capítulo LII 263
Capítulo LIII 270
Capítulo LIV 277
Capítulo LV 281
Capítulo LVI 286
Capítulo LVII 294
Capítulo LVIII 298
Capítulo LIX 305
Capítulo LX 311
Capítulo LXI 315

Este libro se terminó de imprimir en
Tinta PHI S.A.,
Av. San Martín 1275 - C.P. 1704 - Ramos Mejía,
Pcia. de BS. AS. en abril de 2017.

Orgullo y Prejuicio

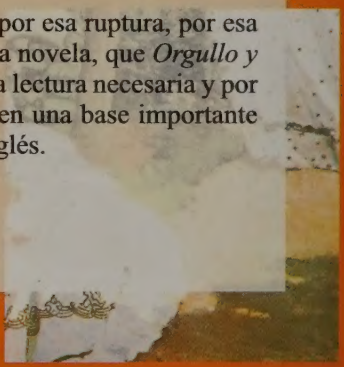
Jane Austen



Los errores ayudan a aprender y a madurar. Esto debió pensar **Jane Austen** al colmar sus novelas de mujeres que saben superar las diversas dificultades con las que se encuentran para llegar a la plena madurez.

Las hermanas Bennet, hijas de un matrimonio con una perturbadora situación económica a futuro, se encuentran ante la dicotomía de la placentera vida que el romance les promete y el rechazo de una sociedad que las enfrenta, fruto del prejuicio.

Es justamente por esa ruptura, por esa denuncia que hace la novela, que *Orgullo y Prejuicio* resulta una lectura necesaria y por lo que se convirtió en una base importante del romanticismo inglés.



Edición íntegra

Gradifco

ISBN 978-987-1093-72-4